

JOELLE CHARBONNEAU



LA
PRUEBA

NO CONFÍES EN NADIE



Lectulandia

Tras ser elegida para ir como candidata a la Prueba que da acceso a la Universidad, Cia quiere demostrar por todos los medios que merece estar allí. Pero cuando llegan al Instituto de la Prueba descubrirá que no solo tendrá que demostrar sus conocimientos por escrito sino que también tendrá que demostrar su capacidad de improvisar, de trabajar en equipo y, lo más importante, de sobrevivir. ¿Puede confiar en Thomas, su compañero de colonia y quizá algo más? Porque en la Universidad, nada ni nadie es lo que parece y a final de curso no cuenta qué nota has sacado, sino si has sobrevivido.

Lectulandia

Joelle Charbonneau

La prueba

La prueba - 1

ePub r1.0

Ablewhite 11.06.2018

Título original: *The testing*
Joelle Charbonneau, 2013
Traducción: Neus Adrián Pons

Editor digital: Ablewhite
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Stacia Decker, por tantas razones.

Capítulo 1

El día de la graduación.

Me cuesta contener los nervios mientras mi madre me alisa el vestido de fiesta rojo y me esconde un mechón de pelo castaño claro detrás de la oreja. Por fin me da la vuelta y me veo en el reflector que cuelga en la pared de la vivienda. Rojo, voy de rojo. Se acabó el rosa: ahora soy adulta. Siento un cosquilleo en el estómago cuando soy consciente de ello.

—¿Estás lista, Cia? —pregunta mi madre. Ella también va de rojo, aunque su vestido es de una tela vaporosa que se arremolina suavemente hacia el suelo. A su lado, el mío sin mangas y las botas de piel parecen infantiles, pero no importa, tengo tiempo para adaptarme a mi nueva condición de adulta. En realidad, con dieciséis años, soy joven para ello, la más joven de la clase con diferencia.

Me miro por última vez en el reflector y deseo que el día de hoy no signifique el fin de mi educación, aunque eso no depende de mí. Solo espero que mi nombre salga elegido para la Prueba. Trago saliva y asiento.

—Vamos.

La graduación se celebra en la plaza, entre las tiendas repletas de bollería y leche fresca, porque el colegio es demasiado pequeño para albergar a todos los asistentes. La colonia al completo asiste a la graduación porque aquí todo el mundo es familia de al menos uno de los estudiantes que entran en la edad adulta o que celebran su paso al curso siguiente. Este año la colonia Five Lakes ha tenido la clase más numerosa de su historia: ocho chicos y seis chicas, un signo tangible de que prosperamos.

Mi padre y mis cuatro hermanos, todos vestidos del morado ceremonial que llevan los hombres adultos, nos están esperando fuera de casa. El mayor, Zeen, me sonrío y me alborota el pelo.

—¿Estás preparada para terminar el colegio y salir al mundo real con el resto de inútiles?

Mi madre frunce el ceño.

Yo me río.

Zeen y mis otros hermanos no son para nada inútiles. De hecho, las chicas prácticamente se les lanzan a los brazos pero, aunque ellos aceptan el tonto de buena gana, ninguno parece tener la intención de sentar la cabeza. Están más interesados en crear la próxima tomatera híbrida que en empezar una familia, sobre todo Zeen. Es alto, rubio y listo; muy, muy listo y aun así nunca lo seleccionaron para la Prueba. Pensarlo le quita esplendor al día. Quizás esta sea la primera regla que aprenda como adulta, que no siempre consigues lo que quieres. Zeen debería haber ido a la Universidad, seguir los pasos de papá; seguro que sabe cómo me siento. Por un

instante desearía hablar con él, preguntarle cómo superó la decepción que probablemente me aguarda a mí también. Será una suerte que seleccionen a un estudiante de la colonia para la Prueba, si es que seleccionan a alguno, porque han pasado diez años desde la última vez que un estudiante de Five Lakes fue convocado. Yo soy buena en el colegio, pero los hay mejores, mucho mejores. ¿Qué posibilidades tengo?

Con una sonrisa forzada, digo:

—Ya lo creo, no puedo seguir en el colegio si mi intención es dirigir la colonia para cuando todos os hayáis casado.

Hart y Win se sonrojan. Tienen dos años más que yo y solo de pensar en citas o matrimonio salen corriendo a esconderse. Los dos son felices trabajando codo con codo en el vivero, cultivando las flores y los árboles que papá ha creado para reavivar la tierra corrompida de las afueras.

—Nadie hará gran cosa como no nos movamos. —La voz de mamá suena cortante mientras se dirige hacia el sendero y mis hermanos y mi padre la siguen rápidamente. La falta de perspectivas de matrimonio de Zeen y Hamin es un tema delicado para ella.

Por el trabajo de papá, nuestra casa está más lejos del centro que la mayoría. Mis hermanos y mi padre han conseguido que nuestra pequeña casa esté rodeada de plantas y árboles, pero a unos treinta metros de la puerta delantera la tierra está quebrada y agrietada, salvo por algún hierbajo y arbustos. Papá me contó que la tierra que hay más al oeste está mucho peor y que por este motivo nuestros líderes decidieron situar la colonia Five Lakes aquí.

Normalmente, cuando tengo que ir a la ciudad, voy en bicicleta. Un par de vecinos tienen coche, pero la gasolina y los paneles solares necesarios para moverlos son demasiado costosos para el uso diario. Hoy, ando rezagada detrás de mi familia mientras recorremos los casi ocho kilómetros que nos separan de la plaza comunitaria de la colonia.

No se trata de la típica plaza cuadrada, se parece más a una tortuga, con el centro ovalado y algunos apéndices en los lados. En el centro hay una hermosa fuente que lanza agua cristalina y centelleante al aire. Es un lujo, aquí no es fácil conseguir agua limpia, pero se nos permite el derroche y la belleza en honor al hombre que descubrió cómo eliminar la contaminación de los lagos y estanques después de la Séptima Etapa. El agua que queda en los océanos es más difícil de purificar.

Cuanto más nos acercamos al centro, el suelo se vuelve más verde y se oye cantar a los pájaros. Mamá no habla mucho durante el camino. Zeen le toma el pelo diciéndole que no quiere que me haga mayor, pero no creo que eso sea cierto.

O quizás sí.

Mamá y yo nos llevamos bien, pero durante los últimos dos años ha estado algo distante. Menos dispuesta a ayudarme con los deberes y más interesada en conseguir que los chicos se casen o en hablar sobre dónde me van a colocar de aprendiz cuando

termine el colegio. Cualquier comentario sobre la posibilidad de que me seleccionen para la Prueba no es bien recibido, así que hablo cada vez menos con ella y cada vez más con mi padre. No quiere que me lleve una decepción, supongo.

El sol calienta y el sudor me gotea por la espalda mientras subimos la última cuesta. El rumor de música y risas desde lo lejos me hace apresurar el paso, pero justo antes de llegar arriba, papá me rodea con el brazo y me pide que espere un momento mientras los demás se adelantan.

El alboroto detrás de la colina tira de mí, pero me quedo y pregunto:

—¿Va todo bien? —Tiene la mirada ensombrecida, aunque su sonrisa es radiante.

—No pasa nada —dice—. Solo quería un momento con mi pequeña antes de que empiece el barullo. Todo cambiará en el momento en que crucemos la colina.

—Lo sé.

—¿Estás nerviosa?

—Más o menos. —Entusiasmo, miedo y otras emociones se mezclan en mi interior, impidiéndome entender lo que realmente siento—. Me confunde no saber qué haré mañana cuando me levante.

La mayoría de mis compañeros de clase ya han elegido su futuro. Saben dónde trabajarán como aprendices o si se trasladarán a otra colonia para buscar trabajo. Algunos incluso saben con quién van a casarse. Yo no sé nada de todo esto, aunque mi padre ha dejado claro que si quiero podría trabajar con él y mis hermanos. En el mejor de los casos sería una opción nefasta porque no se me da bien para la jardinería. La última vez que ayudé a papá casi destruyo el semillero de girasol que tantos meses había tardado en crear. Soy buena en mecánica, no con las plantas.

—Te levantarás y afrontarás lo que venga. Yo estaré orgulloso de ti pase lo que pase hoy.

—¿Incluso si no me aceptan para la Prueba?

—Sobre todo si no te aceptan para la Prueba. —Sonríe y me da un golpecito suave en la barriga. Cuando era pequeña este gesto siempre me provocaba ataques de risa; hoy todavía me hace sonreír. Es agradable saber que hay cosas que nunca cambian, aunque no me acabo de creer las palabras socarronas de mi padre.

Papá fue a la Universidad. Ahí es donde aprendió a alterar genéticamente las plantas y los árboles para que sobrevivieran en la tierra devastada por las plagas. No habla mucho sobre ello o sobre la colonia en la que creció, probablemente porque no quiere que nos sintamos presionados por su éxito, pero yo sí lo estoy.

—¿Crees que no me aceptarán?

Mi padre tuerce el gesto.

—Lo que yo creo es que eres más lista de lo que tú te piensas. Nunca sabes a quién va a escoger el comité ni por qué. Por ejemplo, seleccionaron a cinco de mi clase. Los otros cuatro siempre fueron mejores, pero yo fui el único que llegó a la Universidad. La prueba no siempre es justa y no siempre está en lo cierto.

—Pero no te arrepientes de haber ido, ¿no? Mira todas las cosas increíbles que

consigues cada día. —Los árboles a nuestro alrededor están repletos de flores que aseguran manzanas para los próximos meses. Las zarzamoras silvestres crecen junto a las margaritas y otras flores, cuyos nombres nunca me aprendí, pero sé que papá ayudó a crearlas. Estas plantas no existían cuando yo era pequeña, al menos no las versiones saludables que hoy en día vemos repartidas por las colinas. Todavía recuerdo el dolor de estómago al acostarnos con hambre. En esa época de escasez papá trabajaba con los granjeros intentando cultivar algo, y lo consiguieron. En la colonia Five Lakes no derrochamos, pero el hambre ha dejado de ser nuestra principal preocupación. Y esto es gracias a mi padre.

—No puedo arrepentirme de algo que no pude elegir. —Su mirada se pierde en la lejanía mientras los pájaros pían a nuestro alrededor. Finalmente sonrío, aunque sus ojos no consiguen deshacerse de los recuerdos que capturan su atención—. Además, si no hubiera ido a la Universidad no me habría mudado aquí y no habría conocido a tu madre. Así que, ¿quién sabe dónde estaría ahora?

—Probablemente viviendo con tus padres y preocupando a tu madre por no tomarte en serio tu futuro.

Las nubes se desvanecen en las profundidades, sus ojos brillan de nuevo y me alborota el pelo.

—Suenan casi peor que la muerte. —Que es como mi madre lo pinta cada vez que le dice a Zeen que la vida le está pasando por delante sin enterarse—. Vamos, tu madre dará la alarma si no nos movemos. Tan solo quiero que recuerdes una cosa: yo creo en ti, pase lo que pase.

Empezamos a caminar cogidos del brazo hacia la cima de la cuesta para unirnos a la celebración. Sonrío, pero en el fondo de mi corazón me preocupa que papá siempre haya pensado que no estaré a la altura de sus logros, que le decepcionaré haga lo que haga.

La colonia se extiende a lo largo de muchos kilómetros, así que este es el único día del año en que la población de Five Lakes se reúne al completo. Nos congregamos algunas otras veces cuando los líderes del país quieren hacer llegar un mensaje a todo el mundo, pero eso ocurre en contadas ocasiones. Con poco más de novecientos habitantes, nuestra colonia es una de las más pequeñas y alejadas de la ciudad de Tosu, donde el gobierno de las Confederaciones Unidas tiene su base. No llamamos mucho la atención y casi todos lo preferimos así, nos va bien por nuestra cuenta. No rechazamos a los forasteros pero tampoco los recibimos precisamente con los brazos abiertos, antes deben convencernos de que merecen ser aceptados.

La plaza es bastante grande, pero se queda pequeña porque está abarrotada de gente vestida con sus mejores galas. Tiendas de velas, de bollería, de zapatos y de todo tipo de enseres se alinean alrededor de los confines de la plaza. Cerrarán cuando empiece la ceremonia de graduación, pero ahora están haciendo un gran negocio con los ciudadanos que no van mucho al centro y que aprovechan la ocasión para comprar o intercambiar artículos necesarios. En nuestra colonia no es muy corriente utilizar la

moneda de las Confederaciones aunque los pocos que forman parte de la plantilla del gobierno, como papá, la utilizan.

—¡Cia! —Veo a mi mejor amiga Daileen saludándome mientras corre hacia mí. Su pelo rubio y el vestido rosa ondean al aire cuando esquiva al gentío. Sujeta con firmeza un cucurucho de helado de fresa que se derrite rápidamente. Me estrecha en un fuerte abrazo y me dice—: ¿Te puedes creer que hoy te gradúas? Es tan emocionante, ¡incluso están regalando helados!

Le devuelvo el abrazo, con cuidado de esquivar el cucurucho medio derretido; a mi madre le dará algo como me manche el vestido nuevo antes de la ceremonia.

—Emocionante y aterrador, Daileen, no olvides la parte aterradora.

Solo le he contado a ella mis miedos sobre el futuro si no me escogen para la Prueba. Mira a su alrededor para cerciorarse de que nadie nos oye y dice:

—A mi padre le han contado que habrá un invitado especial y que supuestamente dará un discurso.

El día de la graduación habla mucha gente: nuestros profesores, la Magistrada y algunos de los líderes de Five Lakes. Cuando la colonia se reúne nunca faltan temas que tratar, así que el invitado no parece tan especial hasta que Daileen añade:

—Dice mi padre que el invitado viene de Tosu.

Ahora sí que ha captado toda mi atención.

—¿En serio? —La última vez que un oficial de Tosu vino a Five Lakes fue hace tres años, cuando falleció el antiguo Magistrado y vinieron dos hombres y una mujer para seleccionar al nuevo líder de la colonia. En general, desde Tosu se comunican con nosotros mediante proclamas o por radio con el Magistrado.

—Eso ha oído mi padre. —Daileen lame las gotas de helado derretido que le chorrean por el dorso de la mano—. Papá cree que ha venido para acompañar a un candidato a la Prueba. Podrías ser tú. —Su sonrisa titubea un segundo—. Te echaré mucho de menos.

Daileen y yo solo nos llevamos dos semanas y somos amigas desde que teníamos tres años. Sus padres la inscribieron en el colegio a la edad obligatoria de seis años, en cambio los míos decidieron enviarme a los cinco, por lo que no vamos a la misma clase. Ella es la más tímida, lista y delicada de las dos. También le cuesta más hacer nuevos amigos, a menos que haya alguien que se encargue de mantener viva la conversación. Si yo no la empujara a charlar con los demás a la hora del almuerzo o a quedarse un rato después de clase, probablemente comería sola y se iría a su casa triste y vacía mucho antes que el resto de alumnos. Su madre murió hace dos años en un accidente y su padre, aunque es buena persona, no está mucho por casa y deja que Daileen cargue con las tareas y los recuerdos ella sola. Yo intento que esté de buen humor durante las horas de clase, pero a veces los fantasmas le abruman, me preocupa que algún día la envuelvan por completo sin que haya nadie a su lado para ahuyentarlos.

Le doy otro abrazo rápido y digo:

—Cada año se rumorea que va a venir un oficial de Tosu a la graduación. —Sin embargo, una pequeña parte de mí no puede evitar anhelar que este año sea cierto. Para distraernos, añado—: Ahora vamos, quiero uno de esos helados antes de que se terminen.

De camino hacia el puesto de los helados me encuentro con otras amigas, muchas de ellas a punto de empezar su último año de colegio. Espero que alguna se haga cargo de Daileen cuando vuelvan a empezar las clases dentro de unas semanas. Si no, encontraré la manera de facilitarle las cosas.

Mi madre me hace un gesto con la mano y me mira con cara de pocos amigos, así que dejo a una sonriente Daileen en compañía de las otras estudiantes y cruzo la plaza en dirección a la fuente donde me espera. Muchos con los que me cruzo me saludan. En nuestra familia nos mudamos a una nueva vivienda casi cada año, a la sección de la colonia donde la Magistrada cree que las habilidades de papá son más necesarias. Tanto ir y venir hace que sea difícil sentir apego hacia un hogar, pero al contrario que muchos ciudadanos que solo conocen a sus vecinos y antiguos compañeros de clase, yo conozco de vista a la mayoría de la gente de la colonia.

Los niños demasiado pequeños para ir al colegio, vestidos de amarillo y verde pálido, bailan alrededor de la fuente circular de más de tres metros de ancho y, de vez en cuando, se salpican unos a otros con el agua, pero evitan la zona donde mi madre está sentada. Su expresión da a entender perfectamente que si la mojan se llevarán una buena reprimenda, como la que probablemente voy a recibir yo.

Mi madre me examina.

—Tienes el pelo hecho un desastre. ¿Qué has estado haciendo?

Entre los rizos y el encrespamiento siempre tengo el pelo fatal. Le he propuesto llevarlo corto, pero mamá insiste en que una melena larga y en cascada es un atractivo necesario para una chica soltera. Si mi pelo se pareciera mínimamente a una melena en cascada, estaría de acuerdo con ella.

El sonido de tambores y trompetas detiene la arremetida de mi madre y el corazón me da un vuelco, o dos. Ha llegado el momento de colocarme en mi sitio entre los estudiantes, la graduación está a punto de empezar.

Mi padre y mis hermanos aparecen entre la multitud y me abrazan antes de dirigirme hacia la plataforma donde mis compañeros y yo estaremos de pie durante la ceremonia. Suelen decir que los once años de colegio son más fáciles de llevar que las dos horas y pico que permaneces de pie en el escenario. Espero que quienes dijeran eso solo estuviesen bromeando.

Nos colocamos en dos hileras en la parte posterior de la plataforma: las chicas delante y los chicos detrás. Lo agradezco porque de lo contrario no vería nada; con mi metro cincuenta y ocho de altura, soy la chica más baja de la clase. Mis hermanos heredaron la altura de mis padres, yo en cambio habré salido a algún antepasado.

La señora Jorghen, nuestra profesora, refunfuña sobre nuestra posición y nos recuerda al menos una docena de veces que sonriamos, que nos mantengamos

erguidos y que prestemos atención. Es su primera ceremonia de graduación en la colonia Five Lakes así que sin duda está nerviosa. Una vez satisfecha, toma su lugar en medio de la plataforma y vuelven a sonar trompetas y tambores. La Magistrada Owens aparece a través del portal de su casa, la única construcción de tres pisos de la plaza, y avanza con paso severo entre el gentío. Es una mujer robusta, de pelo canoso y con arrugas profundas en el rostro, y lleva un vestido de un rojo más oscuro que el de la mayoría, más parecido al óxido. Al llegar al estrado en la parte delantera del escenario, se inclina hacia el micrófono y anuncia:

—Feliz Día de la Graduación.

Todos le respondemos con las mismas palabras y varios ciudadanos aplauden. La Magistrada Owens espera a que la plaza vuelva a quedar en silencio antes de decir:

—El Día de la Graduación es un día emocionante para todos nosotros pero en especial para los estudiantes que tengo aquí detrás. Después de hoy, serán bienvenidos como nueva mano de obra a nuestra colonia. Hace veinticinco años, el gobierno de las Confederaciones Unidas decidió enviar a ciento cincuenta hombres, mujeres y niños a esta zona y crearon Five Lakes con la esperanza de que nuestro trabajo consiguiera que la tierra dañada, en el pasado rica en bosques y campos de labranza, prosperara. Los cinco lagos, a los que debemos nuestro nombre, fueron conocidos en su día como los Grandes Lagos. Con el servicio de nuestros ciudadanos estamos ayudando a devolverles su nombre original y, para hacerlo posible, necesitamos a todos y cada uno de los miembros de nuestra comunidad. Así, el Día de la Graduación de este año añade a catorce de vosotros a nuestra causa y nos sentimos afortunados por ello. Por cada paso que avanzamos necesitamos más manos que ayuden a impulsar el progreso y créanme cuando digo que nunca son suficientes. Sé que muchos de vosotros aún no habéis decidido qué carrera vais a emprender, pero todos nosotros estamos agradecidos por el trabajo que desempeñaréis aquí, sea cual sea, en los años venideros.

El público aplaude. El estómago me da un salto de nervios y emoción cuando la Magistrada Owens anuncia:

—Que empiece el desfile del Día de la Graduación.

Tengo que morderme el labio para detener el temblor mientras suena la melodía del desfile. Se me nublan los ojos con lágrimas contenidas, impidiéndome por un instante ver la entrada de los que pronto serán mis antiguos compañeros. Todos los años, los estudiantes del colegio marchan por la plaza entre grandes aplausos. Cada clase confecciona una pancarta que anuncia qué lecciones han aprendido ese curso y dos estudiantes la llevan en la cabecera de la comitiva. Después de la ceremonia, las pancartas se expondrán en la plaza y se votará cuál es la favorita. A menudo hay apuestas amistosas entre los adultos sobre qué clase será la ganadora. Por primera vez no estoy entre los que desfilan y me doy cuenta de que ya no lo estaré nunca más.

La clase de los más pequeños encabeza la procesión, seguida del curso superior y así sucesivamente hasta que desfilan todos. Marchan alrededor de la fuente al ritmo

de los tambores hacia una zona a la izquierda de la plataforma acordonada especialmente para ellos. Cuando las diez clases están de pie al lado del escenario, la Magistrada Owens da a conocer el nuevo sistema de ferrocarril que han desarrollado la ciudad de Tosu y diez de las otras colonias, y la intención de continuar construyéndolo hasta que todos los territorios sean accesibles por ferrocarril. Desde mi posición en el escenario alcanzo a ver la excitación del público ante la noticia. Cuando termina de relatar las novedades sobre las Confederaciones Unidas, la Magistrada invita a los ciudadanos responsables del agua, la energía, la agricultura y otros proyectos de renovación a que expongan sus breves discursos. El acto dura más de una hora y los discursos tratan desde recordatorios sobre el uso responsable del agua hasta peticiones de voluntarios que ayuden a construir viviendas para las parejas de recién casados. Incluso mi padre anuncia que su equipo ha desarrollado una nueva variedad más resistente de patata.

Pestaño e intento no mostrar mi sorpresa. No por la nueva patata, que ya conocía. El antiguo tubérculo tenía una piel dura de más de un centímetro de grosor que se volvía negra al exponerse al aire. Tenía algo que ver con la mejora genética que papá le hizo en los inicios para que sobreviviera a la plaga que había en la tierra. En general a nadie le importaba la piel negra ya que, una vez retirada la parte exterior, la patata podía comerse sin peligro alguno, pero Zeen decidió probar suerte con una nueva versión y el resultado fue sorprendente. Así que no, no son las patatas las que me han cogido por sorpresa, sino las palabras que papá ha utilizado para anunciarlas. La semana pasada nos dijo que Zeen iba a llevarse todo el mérito del proyecto.

Pero no ha sido así. Nunca mencionan el nombre de Zeen.

Estiro el cuello y lo busco entre la multitud. ¿Estará decepcionado? Se suponía que iba a ser un momento triunfal para él. ¿Estará tan confundido como yo? Lo diviso apoyado en un árbol en medio de los aplausos del público. Varias personas le están dando palmadas en la espalda por ser miembro del equipo de papá, pero su sonrisa no me engaña. La posición de la mandíbula y los ojos entrecerrados me indican que está ofendido.

Papá baja del escenario entre más aplausos y nuestra profesora ocupa su sitio. Se me cierra el estómago y se me acelera la respiración: ya está, estoy a punto de graduarme.

La señora Jorghen nos sonrío, se acerca al micrófono y dice:

—Tengo el orgullo de leerles la lista de graduados que hoy hacen el paso de estudiantes a adultos.

Uno a uno, pronuncia los nombres de mis compañeros que también se gradúan hoy, se dirigen al centro del escenario, le dan la mano a la Magistrada Owens y vuelven a ocupar sus posiciones en la fila. Los lee por orden alfabético, así que el mío no sale hasta el final.

—Malencia Vale.

Me tiemblan las piernas de los nervios y las tengo entumecidas de estar de pie, pero camino hacia el estrado y les doy la mano a la señora Jorghen y a la Magistrada mientras el público aplaude. Los vítores de Daileen sobresalen por encima de los demás y verla sonreír hace que lo haga yo también. Se me dispara el corazón. Ya es oficial, soy adulta. Lo he conseguido.

Todavía sonriendo, regreso a mi sitio entre mis compañeros mientras la Magistrada Owens sube al estrado. El público se queda en silencio y una oleada de expectación me forma un nudo en el estómago y me hace apretar los puños. Si se ha seleccionado a algún estudiante para la Prueba, este es el momento en el que se hará público. Estiro el cuello, intentando vislumbrar una cara desconocida entre la muchedumbre, la del oficial de Tosu sobre el que tanto se rumorea.

Solo que no ha venido ningún oficial de Tosu. La Magistrada Owens nos ofrece una gran sonrisa y dice:

—Enhorabuena a todos los estudiantes de este año y en especial a los que hoy se gradúan. Estoy impaciente por ver lo que os depara el futuro.

El público nos ovaciona de nuevo y mis labios dibujan una sonrisa, aunque la decepción y las lágrimas se agolpan en mi garganta. Llevo años preparándome para este día y ya ha terminado, igual que mis sueños de futuro. No importa lo duro que haya trabajado, no he sido lo suficientemente buena como para que me seleccionaran para la prueba.

Al abandonar el escenario y recibir los abrazos y felicitaciones de mis amigos no dejo de preguntarme: ¿y ahora qué voy a hacer?

Capítulo 2

—¿Te escondes?

Me sobresalta la voz de mi hermano. Por su sonrisa veo que Zeen ya sabe la respuesta, así que dejo morir en mis labios el no que tenía a punto. Me encojo de hombros.

—Hoy ha sido un día de locos. Solo necesitaba unos minutos para recuperar el aliento.

Guitarras, tambores y varios instrumentos de viento suenan delante de la panadería mientras docenas de personas bailan y aplauden al ritmo de la música. Al otro lado de la plaza se siguen cortando y repartiendo porciones de carne asada bajo una combinación de antorchas y luz eléctrica que ilumina el lugar, donde la gente ríe, canta y juega, pero la luz llega hasta la zona sombría en la que me encuentro. Durante unas horas he estado bailando y cantando como se esperaba que hiciera. No hacerlo dejaría mi decepción al descubierto, que a su vez revelaría mi arrogancia al pensar que era lo suficientemente lista como para ser elegida.

—Toma. —Zeen asiente comprensivo y me tiende una copa—. Podrías echar mano de esto.

La bebida es dulce, pero esconde el inconfundible sabor fuerte y amargo del alcohol. Puesto que la mayoría de frutas y cereales que se utilizan para hacer alcohol son necesarios para la alimentación de los habitantes de la colonia, solo una pequeña parte de la cosecha se destina a licor, sin embargo, cada año se separa una cantidad para ocasiones especiales, como la noche de la graduación. Solo a los adultos se les permite consumir bebidas especiales, pero algunas veces mis hermanos me han dejado probar de las suyas. El sabor no me gusta mucho, así que le doy un sorbo rápido y le devuelvo la copa a Zeen.

—¿Mejor, hermanita?

Desvío la mirada hacia el suelo para evitar sus ojos.

—No exactamente.

—Ya. —Se apoya contra el gran roble y vacía el líquido que quedaba en la copa—. Las cosas no siempre salen como esperamos. Solo tienes que reponerte y encontrar un nuevo rumbo.

El tono de su voz me alerta y hace que me pregunte: ¿Esto es lo que vas a hacer tú? Hace un par de años Zeen había contemplado la idea de buscar otras oportunidades fuera de Five Lakes, pero ahora no me gustaría que lo hiciera. Sería muy triste que se fuera de la colonia y, además, me rompería el corazón saber que se marcha enfadado.

Aunque aprieta la copa con fuerza, habla con suavidad cuando responde:

—No voy a enviar ninguna solicitud a Tosu, si es lo que piensas. La Magistrada le pidió a papá que cambiara el discurso de hoy y así lo hizo. Ya me conoces, estaré

cabreado unos días y después se me pasará. —Se encoge de hombros y desvía la mirada hacia la fiesta. Se está haciendo tarde. Algunos seguirán la celebración hasta el amanecer, pero muchos otros están volviendo a casa. El Día de la Graduación está llegando a su fin.

Tras varios minutos, Zeen dice:

—Tú podrías hacerlo, ¿sabes?

—¿Hacer qué?

—Hablar con la Magistrada, enviar una solicitud a Tosu.

La idea es tan aterradora como tentadora. Cualquier colono interesado en trabajar en la ciudad de Tosu o en otra colonia puede rellenar una solicitud y presentarla en la oficina del Magistrado. Después, si hay alguna vacante, el gobierno de las Confederaciones Unidas contactará con el candidato para asignarle un puesto apropiado. En mis dieciséis años de vida solo he sabido de dos candidatos con los que se pusieron en contacto para ofrecerles un trabajo. Después de la decepción de hoy, no creo que esté preparada para afrontar otra.

La duda debe verse reflejada en mi rostro porque Zeen me pasa el brazo por los hombros y me da un achuchón.

—No te preocupes, hermanita. Todavía tienes mucho tiempo para decidir qué vas a hacer el resto de tu vida.

Qué pena que mamá no esté de acuerdo.

A la mañana siguiente todos dormimos hasta tarde, pero apenas he tenido tiempo de vestirme cuando mi madre dice:

—Si estás decidida a no trabajar con tu padre, Kip Drysten tiene una vacante en su equipo. Deberías hablar con él antes de que alguno de los otros graduados te quite el puesto.

El equipo de Kip Drysten repara maquinaria agrícola. Aunque me gusta trabajar con artilugios mecánicos, la idea de pasar el resto de mi vida reparando tractores averiados resulta deprimente.

—Lo pensaré —respondo.

El entrecejo fruncido de mi madre habla por sí solo, así que acabo subiendo a la bici y pedaleando lentamente hacia la ciudad en busca del señor Drysten.

Los Drysten viven en una casa pequeña pero muy bonita al otro lado de la colonia. Llamo a la puerta y trago saliva. No puedo evitar sentir una oleada de alivio cuando su esposa me dice que Kip ha salido pronto esa misma mañana hacia la granja de los Endress. No esperan que regrese hasta dentro de varios días. Me acaban de conceder un aplazamiento.

El día después de la graduación es un día de descanso. La mayoría de los negocios están cerrados y las familias se quedan en casa para las celebraciones más íntimas. Mi madre está organizando una gran cena para más tarde e incluso ha invitado a algunas de mis amigas. Probablemente debería regresar a casa y ayudar con los preparativos, sin embargo, al llegar a la plaza del pueblo, me bajo de la

bicicleta.

La apoyo contra un árbol y me siento al lado de la fuente. Un par de vecinos me saludan al pasar, pero están demasiado ocupados y no entablan conversación; mejor así. Apoyo la cabeza entre las manos y observo el borboteo del agua en la fuente mientras intento ignorar el vacío que se ha apoderado de mí desde la ceremonia de ayer. Soy adulta. Desde pequeña siempre veía a mis padres y a otros adultos y soñaba con el día en que sería uno de ellos, fuerte y segura de mí misma. Pues bien, llegado el día, en mi vida me había sentido tan insegura.

Suena el reloj desde lo alto de la casa de la Magistrada. Son las tres en punto, hora de volver antes de que mi madre empiece a preocuparse. A medio camino veo acercarse a mi hermano Hart a toda velocidad por el sendero de tierra; viene a mi encuentro. Mierda. Si mamá le ha enviado a buscarme voy a tener problemas.

Pero no es mi madre la que me busca.

—La Magistrada Owens ha enviado un mensaje de radio por pulsación a papá justo después de que te fueras. Se supone que debes presentarte en su casa a las cuatro para hablar sobre tus planes de futuro. Como no viniste directa a casa, mamá nos envió a todos a buscarte. —Hart me sonrío con una mueca disimulada—. Más vale que te des prisa si quieres llegar a tiempo.

Tiene razón. Cuando llego a la plaza tengo la cara empapada en sudor, el pelo agitado y el estómago en un puño. En diferentes ocasiones mi padre y mis hermanos han sido convocados a presentarse en casa de la Magistrada para hablar de sus proyectos, pero esta es mi primera vez. ¿Quiere hablar sobre mis planes de futuro? No puedo evitar preguntarme si esta citación fue propiciada por la preocupación de mi madre. ¿Se puso en contacto con la Magistrada Owens y solicitó su ayuda o acaso mi falta de trayectoria profesional ha sido evidente para todos? La idea de que gente ajena a la familia se haya dado cuenta de mi desengaño me irrita y me avergüenza.

Preparada para recibir un sermón, me paso las manos por el pelo y me aliso la túnica blanca de manga corta y los pantalones grises antes de llamar a la puerta principal de la magistrada.

—Bien, lo has conseguido. —La Magistrada Owens me dedica una sonrisa que no acaba de verse reflejada en sus ojos—. Por favor, pasa Cia. Los demás ya están aquí.

¿Los demás?

La Magistrada Owens me guía hasta un salón amplio y alfombrado donde cuatro caras dirigen sus miradas hacia mí. Conozco a las tres personas que están sentadas: Tomas Endress, guapo y de ojos grises; Malachi Rourke, tímido pero dulce, y Zandri Hicks, bella y artística. Son compañeros de graduación, conozco a los tres de casi toda la vida. Sin embargo, a la cuarta persona no.

Tomas me indica con un gesto que tome asiento a su lado y el hoyuelo que aparece en su mejilla al sonreír hace que sea imposible no devolverle la sonrisa. La Magistrada Owens cruza la sala, se sitúa de pie junto al extraño y dice:

—Gracias a todos por venir con tan poca antelación. Lamento haberos apartado de vuestras celebraciones familiares, pero era inevitable. —Sus ojos recorren la habitación y nos mira uno a uno—. Este es el oficial Michal Gallen, de la ciudad de Tosu. Su intención era presentarse ayer a tiempo para la graduación, pero llegó tarde debido a un problema mecánico.

Tosu.

Me estremezco cuando el oficial Gallen da un paso hacia adelante y extrae un papel doblado del bolsillo. Es algo mayor que nosotros aunque no mucho más. Debe tener la edad de Zeen, con el pelo castaño y greñado y una torpeza desgarbada que contrasta con la autoridad que debe traer consigo desde Tosu.

Sus ojos oscuros expresan seriedad cuando mira el papel y lee:

—Cada año, las Confederaciones Unidas examinan los logros que los graduados de las dieciocho colonias han alcanzado a lo largo de sus estudios. Los mejores alumnos del grupo son trasladados a Tosu para realizar la prueba de acceso a la Universidad. Ser seleccionado es todo un honor. Los universitarios son nuestra gran esperanza, contamos con ellos para ayudar a regenerar la tierra y mejorar nuestra calidad de vida. Son los futuros científicos, doctores, profesores y oficiales del gobierno. —Retira el papel y nos sonrío—. Vosotros cuatro habéis sido seleccionados para participar en la Prueba.

Me asalta una oleada de emoción. Miro a mi alrededor para comprobar que lo he entendido bien y veo una sonrisa radiante en la cara de Tomas. Es el más listo de la clase, así que es lógico que lo hayan elegido. Según este oficial, a mí también; a cuatro de nosotros. Esto es real. No tendré que trabajar con tractores. Me han seleccionado para la Prueba. Lo he conseguido.

—Mañana mismo partiréis hacia Tosu.

La felicidad del momento se desvanece cuando la realidad de las palabras del oficial choca contra mi pecho. Nos vamos mañana.

—¿Por qué mañana? —pregunta la magistrada Owens—. Antes había más tiempo entre la selección y el inicio de la Prueba.

—Las cosas han cambiado desde la última vez que su colonia tuvo un candidato —responde el oficial. Su voz suena profunda y con un deje de impaciencia—. El proceso empezará esta semana. Supongo que estará de acuerdo en que los candidatos tienen más probabilidades de aprobar si llegan a tiempo.

—¿Qué pasa si no queremos ir?

Todos clavamos nuestras miradas en Zandri. Tiene la cara casi del mismo tono que su túnica carmesí. Al principio pienso que es de vergüenza, pero después levanta la barbilla y por el brillo de sus ojos azules queda claro que está furiosa. El hecho de que escogieran a cuatro de nosotros para la Prueba ya es increíble, pero que Zandri sea una de las elegidas es quizás aún más sorprendente. No es que no sea lista, lo es, pero la mayoría de nosotros la tenemos más por artista que por estudiante. Zandri solo destaca en ciencias cuando le inspiran para crear nuevos cuadros y, a pesar de

que nunca ha expresado el deseo de querer seguir estudiando, su pregunta me sigue sorprendiendo. ¿Quién rechazaría el honor de ser seleccionado para la prueba?

El oficial de Tosu sonrío y a mí me recorre un escalofrío, es una sonrisa desprovista de afecto.

—No tienes elección. La ley establece que todo ciudadano de las Confederaciones Unidas que haya sido seleccionado para la prueba debe presentarse en la fecha establecida o se enfrentará al castigo.

—¿Qué tipo de castigo? —pregunta Zandri a la Magistrada Owens, desvía la vista al oficial y mantienen la mirada hasta que la Magistrada dice:

—De acuerdo con la ley, no presentarse a la prueba se considera traición.

Y el castigo más común por traición es la muerte.

Alguien, quizás Malachi, murmura una protesta. Siento como si alguien me hubiera rodeado el pecho con los brazos y me presionara con fuerza. Toda la emoción por haber sido elegida se evapora y es sustituida por un miedo paralizador. Pero no hay motivos para tener miedo, yo quiero enfrentarme a la Prueba. En mi caso el castigo no será necesario.

Ni para ninguno de mis compañeros. Ante la palabra traición, Zandri abandona la lucha.

Al vernos tan asustados, la Magistrada Owens explica que la ley que rige el castigo por no aceptar nuestro lugar en la Prueba se remonta a los inicios de las Confederaciones Unidas. Había facciones anárquicas que deseaban derrocar el nuevo gobierno e intentaban convencer a los candidatos para que se rebelaran.

Se habla de cambiar la ley, pero estos trámites llevan tiempo.

Me siento un poco mejor sabiendo que la ley no se ha aplicado durante décadas y la emoción empieza a resurgir cuando la Magistrada nos enumera los enseres básicos que necesitaremos en Tosu. A los candidatos se les permite llevar: dos conjuntos de ropa de diario, dos mudas de ropa interior, un juego de ropa de dormir, dos pares de zapatos y dos objetos personales. Ni libros ni papeles, nada que pueda dar ventaja a un candidato sobre otro, y todo debe caber en las bolsas que nos darán al terminar la reunión. Debemos estar en la plaza con nuestras mochilas mañana al amanecer, donde el oficial Michal Gallen nos estará esperando para acompañarnos al Instituto de la Prueba.

Entonces, expresa lo orgullosa que se siente de nuestros logros y añade que está convencida de que todos saldremos victoriosos, pero sé que miente. Mi madre pone la misma sonrisa forzada y exagerada cuando está preocupada: la Magistrada no cree que todos aprobemos. ¿Acaso teme que nuestro fracaso influya negativamente en la colonia Five Lakes?

Sigo dándole vueltas cuando nos acompañan a la entrada principal.

Al abrirse la puerta nos recibe un sol resplandeciente. Soy la última de los cuatro en recoger la bolsa marrón oscuro, con el símbolo rojo y morado de las Confederaciones Unidas, que nos entrega la Magistrada Owens. Al colgarme el asa

ancha del hombro me doy cuenta de que la cena de celebración que mi madre ha planeado tan minuciosamente no podrá alargarse mucho, ya que entonces, no tendría tiempo suficiente de mentalizarme para lo que vaya a ocurrir mañana ni para hacer la bolsa.

Zandri ya se ha ido cuando salgo a la plaza, pero Tomas y Malachi me están esperando. Por un momento los tres nos miramos sin saber qué decir. No me sorprende que sea Tomas el primero en recobrar la voz y, con una de sus sonrisas de infarto, me mira a los ojos y dice:

—Creo que deberíamos irnos a casa. Mañana va a ser un gran día.

Y sé que tiene razón. Es hora de volver a casa y decirle a mi familia que mañana por la mañana me iré de casa para no volver.

Capítulo 3

El murmullo de las risas de mi familia me da la bienvenida al abrir la puerta. En la pared del fondo cuelga una pancarta de felicitación. La mesa está cubierta con platos llenos de pan, carne y dulces para celebrar mi graduación. Ahora también será una fiesta de despedida.

—Ahí está —exclama Zeen al encontrarse conmigo en la entrada—. Os dije que no llegaría tarde a su propia fiesta y menos habiendo bollos de canela.

Mi padre se da la vuelta sonriendo, pero en el instante en que divisa la bolsa colgada en mi hombro, la sonrisa desaparece y de repente lo comprende.

—Te han seleccionado para la Prueba.

Las risas se silencian y las sonrisas se desdibujan de la cara de todos al girarse hacia mí en busca de confirmación. A pesar de estar feliz por haber sido elegida, se me forma un nudo en la garganta al asentir. Los graduados universitarios van donde los oficiales de las Confederaciones Unidas les envíen, donde sus habilidades sean más necesarias. Si paso la Prueba con éxito, las posibilidades de regresar a casa son casi inexistentes.

Los gemelos son los primeros en sobreponerse. Antes de darme cuenta, me están estrujando en uno de sus abrazos sándwich, felicitándome a gritos. Hamin es el siguiente y, aunque su emoción no es tan escandalosa, no es menos sincera. Después se acerca mi madre. Le tiemblan las manos al abrazarme, pero su sonrisa está llena de orgullo cuando me pregunta qué me permiten llevar y cuándo debo partir. Apenas he tenido tiempo de contestar o de ver a Zeen saliendo sigilosamente de la habitación cuando unos golpes en la puerta anuncian la llegada de mis amigas.

Estoy feliz de verlas, sobre todo a Daileen. Me alegro de tener la oportunidad de despedirme de ellas en persona. Estallan más gritos de alegría y más lágrimas cuando les doy la noticia de la Prueba y les cuento quiénes más fueron seleccionados. Daileen es la que más pena y alegría siente al mismo tiempo. Intenta esconder su dolor tras amplias sonrisas, pero a medida que avanza la fiesta veo cómo se va situando en un segundo plano, lejos de mí y de aquellas que siempre ha considerado más amigas mías que suyas. Y me asusto, pues aunque mi familia sentirá mi ausencia, se tendrán los unos a los otros, pero Daileen no tendrá a nadie.

Por lo que, cuando mi madre hace saber a las invitadas que la fiesta debe terminar temprano, la primera persona a la que busco para despedirme es a Lyane Maddows. Ella no salta de alegría ni grita para llamar mi atención, por el contrario, espera tranquila al lado de la puerta a que mis hermanos la acompañen a casa. Lyane y yo no somos grandes amigas. Siempre nos saludamos al vernos, pero pocas veces nos sentamos juntas a la hora de comer o charlamos al salir del colegio. Sin embargo, la he invitado porque a Lyane y a mí nos une un vínculo, que sé que no ha olvidado. Espero que ese recuerdo signifique que puedo contar con su ayuda.

Mientras las chicas todavía gritan y parlotean detrás de mí, rodeo a Lyane con los brazos. Sus hombros se tensan por la sorpresa, pero no se echa atrás. Al oído, le susurro:

—Daileen necesitará una amiga cuando me vaya mañana. ¿Podrás cuidar de ella y asegurarte de que no esté sola? Por favor.

Lyane me abraza más fuerte, casi puedo sentir cómo sopesa mi petición. Me contesta en bajito y me hace llorar de alivio y gratitud. Daileen no estará sola.

Lyane sale de casa sin mirar atrás y yo me doy la vuelta para despedirme de las demás. Daileen espera el último turno. Se esfuerza en contener el llanto cuando me promete que nos veremos el próximo año en Tosu.

—Voy a estudiar más que nunca. No tendrán más remedio que escogerme.

Lo único que impide que se me rompa el corazón cuando la veo salir es la voz de Lyane desde fuera diciendo:

—Daileen, ¿quieres que vayamos juntas? —Y después la pierdo de vista.

Lyane sabe lo que demasiada soledad puede hacer a una persona. Hace cuatro años la ayudé a salir de la penumbra cuando la encontré en los límites de la colonia, asomada al filo de un barranco y dispuesta a saltar. Pero no la dejé. Por el contrario, la obligué a hablar sobre su padre, que era oficial del gobierno en Tosu, y sobre su madre, que odiaba vivir en Five Lakes y descargaba toda su ira y frustración contra su hija. Por lo que sé, solo me ha enseñado a mí las cicatrices que recibió de las manos de su madre. Con la ayuda de mi padre y del Magistrado, los padres de Lyane se reunieron en Tosu mientras que ella fue acogida por otra familia en Five Lakes y encontró motivos para volver a sonreír. Confío en que ayude a Daileen a encontrarlos también.

Con mis hermanos acompañando a las chicas, la casa parece más grande que de costumbre mientras ayudo a mis padres a recoger la mesa y a ordenar la sala principal. La casa donde vivimos ahora es más grande de lo normal: además de esa sala, tenemos dos habitaciones al fondo de la casa. La de la derecha es la de mis padres, y mis hermanos y yo dormimos en la de la izquierda, aunque Zeen y Hamin roncan tan fuerte que me he acostumbrado a dormir sobre la pila de sábanas en frente de la chimenea de la sala principal. Sonrío. Ir a Tosu significa que quizás volveré a dormir en una cama.

Mientras limpiamos, mamá habla sobre lo que debería llevarme y sobre cómo tendría que comportarme cuando esté en la ciudad. En más de una ocasión deja lo que está haciendo y gimotea ante la idea de que yo sea la primera de sus hijos en irse de casa. Mi padre no dice nada en estos momentos, aunque sé que le gustaría.

Una vez hemos lavado y guardado todos los platos, mi padre propone:

—¿Por qué no damos un paseo? —Cuando mi madre abre la boca para protestar, añade—: Sé que Cia tiene que hacer la bolsa, pero antes de que regresen los chicos y todo se alborote, me gustaría tener un momento de tranquilidad con mi pequeña.

Mi madre lloriquea y a mí se me encoge el corazón al adentrarme con mi padre en

la noche cada vez más oscura.

Mi padre me coge de la mano y juntos rodeamos la casa hacia el jardín trasero.

La luna y las estrellas borrosas empiezan a brillar sobre nosotros. Dicen que hubo un tiempo en que el cielo era claro y que en las noches despejadas las estrellas brillaban como diamantes. Quizás fuera cierto, es difícil de imaginar.

Una vez en el patio, papá pulsa un interruptor. Primero se escucha un zumbido y luego las luces parpadean una a una alrededor del jardín, iluminando las hermosas margaritas, rosas y vegetales de detrás de casa. Mientras que las plantas pertenecen a papá y mis hermanos, las luces son cosa mía. La colonia tiene leyes estrictas que regulan el uso de la electricidad, ya que la producción y el almacenamiento de energía en nuestra zona están limitados. La mayoría de viviendas particulares no utilizan nada de electricidad a menos que sus habitantes sean capaces de generar la suya propia. Pocos se molestan en intentarlo puesto que las velas y las antorchas funcionan a la perfección. Hace unos años decidí afrontar el reto y hablé con papá para que me dejara experimentar con tubos de riego, chatarra bañada en cobre y alambre de espino que no fuera a aprovechar.

Engatusé a mamá para que me diera algunas jarras de cristal, un poco de nuestra preciada sal y un puñado de trastos viejos y me puse manos a la obra. El resultado fue una red de quince bombillas que se iluminan con la energía que mis paneles solares han almacenado durante el día. Aunque ahora podría crear un sistema mucho más sofisticado, papá insiste en seguir utilizando este. El de ahora es el tercer patio que hemos iluminado y, por un instante, me pregunto cuánto tiempo pasará hasta que tengamos que trasladarlo otra vez. Y entonces me doy cuenta de que yo ya no estaré aquí para ayudar cuando llegue el momento.

Papá me lleva hasta el banco de roble que Hamin le hizo a mamá por su cumpleaños y se sienta. Me siento a su lado y espero a que hable.

Los grillos chirrían y el viento susurra sobre nosotros entre las ramas del árbol. Desde algún lugar entre las crecientes sombras llegan los aullidos débiles de los lobos y otros animales nocturnos.

Después de lo que parece una eternidad, papá me coge la mano y la sostiene con fuerza. Cuando empieza a hablar tengo que acercarme a él para poder oírle.

—Hay cosas que no te he contado y que esperaba no tener que contarte nunca. Incluso ahora no estoy seguro de hacerlo.

Me enderezo en el asiento.

—¿Es sobre la Prueba?

Papá nunca ha hablado sobre su Prueba y mucho menos sobre sus días en la Universidad, a pesar de todas las veces que le he preguntado. Por un instante me siento más cerca de él, sabiendo que compartiremos esta experiencia, pero enseguida la atmósfera se rompe.

—No tendrían que haberte escogido.

Sus palabras son como una bofetada. Intento soltarle la mano, pero él no me deja.

Su mirada se desvía hacia la oscuridad, aunque la expresión de su rostro revela que no ve nada. El reflejo del miedo en su semblante me hace olvidar el disgusto y se me empieza a formar un nudo de preocupación en el pecho cuando los ojos de mi padre se encuentran con los míos.

—Mis padres y yo soñábamos con que me eligieran. La colonia de Omaha era una de las más grandes de las Confederaciones, pero éramos demasiada gente para tan pocos recursos y lo cierto es que nunca hubo suficiente comida para todos. Nuestra familia apenas sobrevivía. Todo el mundo conocía a alguien que había muerto de hambre. Mis padres creían que yo podía ayudar a encontrar una solución, a restablecer el equilibrio en la tierra, y yo quería que ellos recibieran el dinero que el gobierno entrega a las familias de los candidatos para compensar la pérdida del estudiante. Lo cierto es que una parte de mí creía en lo que decían mis padres, creía que podía ayudar. Al menos quería intentarlo.

No sabía que el gobierno daba dinero a las familias de los candidatos. Me pregunto si él y mamá también recibirán la compensación cuando me vaya, pero me guardo la pregunta porque papá continúa hablando.

—Por aquel entonces solo había catorce colonias. Seleccionaron a setenta y uno de nosotros y nos reunieron en el Instituto de la Prueba, donde finalmente tan solo dieciséis fuimos elegidos para continuar nuestros estudios en la Universidad. Al terminar el examen, me dijeron que la Prueba de mi grupo había durado cuatro semanas, pero yo no recuerdo ni un solo día. El director del comité de la Prueba nos explicó que, una vez completado el proceso, se borraban todos los recuerdos generados durante esas semanas para asegurar la confidencialidad.

—¿Así que no puedes decirme cómo serán los exámenes? —Siento la decepción agolpándose en mi estómago. Esperaba que la experiencia de papá me ayudara a prepararme, que me diera ventaja. Sin duda esto es exactamente lo que el gobierno de las Confederaciones pretendía prevenir.

—Recuerdo llegar al Instituto de la Prueba, que se me asignó un compañero de habitación, Geoff Billings, y que brindamos por nuestro brillante porvenir con los vasos llenos de leche fresca y comiendo tarta. Había mucha comida y excitación. Apenas pegamos ojo la primera noche ante la idea de que nuestros sueños terminaran al día siguiente si no realizábamos los exámenes correctamente. Lo próximo que recuerdo es estar sentado en una habitación llena de sillas y a alguien diciendo que la Prueba había llegado a su fin. Tres semanas después empecé a asistir a la Universidad, pero ni Geoff ni las dos chicas de la colonia que viajaron conmigo estaban allí.

Desde algún punto en la noche nos llega el ulular de una lechuza, pero papá parece no oírlo.

—La Universidad fue todo un reto para mí, disfruté mucho de las clases. Me gustaba saber que estaba haciendo algo importante. Además, mis padres pudieron avisarme de que estaban sanos, salvos y orgullosos. Era feliz. Nunca me detuve a

pensar en Geoff o en el resto de candidatos que no pasaron la Prueba.

Papá cierra los ojos y yo permanezco sentada, preguntándome cómo sería perder los recuerdos de mis amigos; recordar solamente el día en que conocí a Daileen, pero no los ataques de risa ni las aventuras que hemos vivido. Solo de pensarlo me entran ganas de llorar, así que enlazo mis dedos con los de papá para reconfortarnos.

—Después de graduarme me enviaron a la colonia Lenox. Había un botánico que estaba a punto de hacer un gran descubrimiento y las Confederaciones creyeron que mis ideas podían ayudar. Trabajé allí durante un año antes de toparme con un chico que me recordó a Geoff. Esa noche empecé a tener sueños. Me despertaba empapado en sudor y con el corazón a toda velocidad, sin saber por qué. No conseguía dormir ni una sola noche del tirón. El trabajo empezó a resentirse y los médicos del gobierno me recetaron medicamentos que me ayudaban a dormir toda la noche, pero las pastillas no detuvieron los sueños, al contrario, hacían que fuera más difícil evitarlos. Con el tiempo empecé a recordar los sueños una vez despierto. Al principio eran *flashes*: Geoff levantando los pulgares a través de una habitación blanca con pupitres negros, un reloj grande con números rojos contando el tiempo mientras mis dedos manipulaban tres cables azules, una chica gritando.

Papá suelta mi mano y se pone de pie. Siento una punzada de miedo cuando se pasa una mano por el pelo y empieza a pasear.

—Los recuerdos fugaces se detuvieron y en su lugar surgió un sueño recurrente. Aparecemos Geoff, una chica llamada Mina y yo bajando por una calle flanqueada por edificios de acero quemados y con el suelo cubierto de cristales rotos. Estamos buscando agua y un lugar donde pasar la noche. Los edificios están tan dañados que dudamos que se puedan aprovechar como refugio, aunque quizás no tengamos otra opción debido a los depredadores que hemos visto merodeando por la noche. Mina cojea. Diviso una rama grande y me ofrezco para hacerle un bastón. Mientras estoy trabajando en ello, Geoff explora el bloque aunque le promete a Mina que no se alejará mucho. Al cabo de unos minutos nos grita que ha encontrado algo y entonces el mundo explota.

Papá se queda inmóvil. El corazón me late con fuerza. Su voz se ha vuelto tan tenue que tengo que inclinarme hacia él para oírle.

—Primero encontré a Mina, medio enterrada bajo un bloque de hormigón, con sangre corriéndole por la cara.

Papá traga saliva, le cuesta respirar, contrae y relaja los puños a los costados y sé que no quiere seguir hablando. Yo también preferiría que dejara de hablar, todo esto parece demasiado real. Puedo ver la sangre. Siento el miedo de mi padre.

—A tres metros del cuerpo de Mina encuentro una de las botas de Geoff. Tardo unos segundos en darme cuenta de que su pie todavía está dentro y entonces me pongo a gritar. Así es como termina el sueño.

Por un instante la noche se queda en silencio, no se oyen las lechuzas ni los insectos. Lo único que centraba mi atención era la imagen de un chico no mucho

mayor que yo despedazado en una calle abandonada. Un chico que se presentó a la Prueba...

—Solo era un sueño. —Esto es lo que papá solía decirme cuando tenía pesadillas. Yo siempre le creía, quiero creerlo ahora.

—Es posible. —Mi padre alza los ojos. La desesperación angustiada que se ve en lo más profundo de su mirada me corta la respiración—. Durante años me dije a mí mismo que solo eran sueños. Me consolaba el hecho de que, al despertar, no tenía ningún recuerdo de una chica llamada Mina. Hicimos grandes avances en nuestros experimentos, las nuevas plantas que había ayudado a crear empezaban a crecer con fuerza y, entonces, las Confederaciones me asignaron un nuevo puesto de trabajo en Five Lakes. Dios, estaba furioso. Que me enviaran a Five Lakes era como un insulto. Aquí solo había un puñado de graduados y ni siquiera tuve casa propia cuando llegué, sino que tuve que acomodarme en la sala de estar de Flint Carro.

Esta parte de la historia ya la conozco, aunque normalmente la cuenta sonriendo: cuando se hizo amigo del doctor de la colonia; cuando Flint lo llevó a rastras a la sastrería; cuando vio a mi madre sentada ante un telar, tejiendo, y cuando se enamoró de su elegancia y su amabilidad.

Pero esta vez la historia no es así y mi padre no sonríe.

—La casa de Flint es pequeña y allí no podía esconder las pesadillas. Flint esperó una semana antes de preguntarme por ellas. Yo intenté no hacerle caso, pero ahí fue cuando él me habló de sus propios sueños, que no eran tan aterradores pero sí desconcertantes: caras de gente que no recordaba o verse esperando a amigos que nunca regresaron tras un examen. Durante el año siguiente, Flint y yo hablamos con otros graduados universitarios. Por aquel entonces éramos siete. Tuvimos que ir con cuidado porque cada empleado de las Confederaciones está en contacto con sus superiores en Tosu y no queríamos poner nuestros trabajos en peligro. Estoy convencido de que cuatro de ellos no sabían lo que era pasar una noche en vela, pero una, la directora del colegio, tenía una mirada angustiada que yo reconocía. Negó tener pesadillas, pero no cabe duda de que las tenía.

—No puedes saberlo. —Me levanto y cruzo los brazos sobre el pecho, esperando que me dé la razón. Necesito que me dé la razón.

Nuestras miradas se encuentran.

—No, pero ni un solo estudiante de Five Lakes fue seleccionado para enfrentarse a la Prueba mientras ella estuvo al mando de la escuela. No creo que sea una coincidencia, ¿tú sí?

Un escalofrío me recorre la espalda: no sé qué creer. Es impensable que los sueños de mi padre sean algo más que sueños. Mañana parto hacia Tosu y a finales de semana empezaré mi prueba. Renunciar sería traición, con lo que ello conllevaría... Quisiera gritar, pero lo único que puedo hacer es permanecer de pie y temblar.

Mi padre me rodea con el brazo y me conduce de nuevo al banco. Apoyo la cabeza contra su hombro como solía hacer cuando era pequeña y, por un momento,

me siento segura, aunque no por mucho tiempo.

—Flint dice que los sueños podrían estar provocados por el sistema que utilizaron para borrar los recuerdos, que nuestros cerebros pueden estar creando falsos recuerdos para substituir los que fueron extraídos.

—Pero tú no lo crees.

Niega con la cabeza.

—Me sentí agradecido cuando tus hermanos se graduaron y no vino nadie desde Tosu para llevárselos a la Prueba. Ayer ofendí a tu hermano al no otorgarle el mérito públicamente, pero lo hice por él, porque la Magistrada había recibido la noticia de que un oficial de Tosu estaba en camino. No quería que nadie se cuestionara si deberían haber escogido a algunos alumnos antes o si deberían volver a evaluar a antiguos graduados.

Me aprieta fuerte contra sí y apoya la barbilla en mi cabeza. Una lágrima resbala por mi mejilla, pero no es mía: mi padre, que siempre ha sido tan fuerte, listo y seguro, está llorando.

—¿Y ahora qué? —Me libero de sus brazos y me pongo de pie, furiosa. Furiosa porque en ninguno de nuestros largos paseos o conversaciones me habló de estas cosas. Ni una sola vez, cuando me quedaba estudiando hasta entrada la noche para hacerlo bien en un examen, me contó cuáles podían ser las consecuencias—. Me voy mañana por la mañana, ¿por qué me cuentas esto ahora? ¿De qué sirve?

Mi padre no alza la voz para ponerla a la altura de la mía.

—Quizás no sirva de nada, quizás Flint tenga razón y nuestros sueños sean solo alucinaciones, pero si existe alguna posibilidad de que no lo sean, es mejor que lo sepas. Es mejor que vayas a Tosu preparada para cuestionar todo lo que veas y a todo aquel que conozcas. Quizás sea lo que marque la diferencia entre el éxito y el fracaso. —Viene hacia mí y posa las manos sobre mis hombros. Intento retirarme, pero el reflejo de la luz en sus ojos anegados en lágrimas me hace abandonar la lucha.

—¿Lo sabe mamá? —Supongo que sí, pero llegados a este punto ya no estoy segura de nada.

—Tu madre sabe lo del lavado de memoria y que tengo pesadillas, pero no sabe sobre qué.

Analizo las palabras en mi cabeza, sopesando su veracidad.

—Entonces, ¿por qué mamá no quería que me escogieran?

Papá reposa una mano en mi rostro y me acaricia la mejilla con el pulgar.

—Cia, no he vuelto a ver a mis padres desde el día en que partí a examinarme. Que seleccionen a un hijo tuyo es un honor, pero también implica perderlo. Tu madre no quería perderte.

No sé cuánto tiempo nos quedamos sentados en silencio. El suficiente para escuchar las voces de mis hermanos anunciando su regreso y los gritos de mi madre reprendiéndoles por coger dulces a escondidas. Como un día normal.

Cuando se secan las lágrimas de mis mejillas, mi padre me coge de la mano y me

conduce de vuelta al interior. No mencionamos los sueños de papá ni mis nuevos miedos cuando Hamin chincha a los gemelos por tontear con mis amigas. Mamá trae una bandeja con pastelitos y té de menta azucarada mientras los chicos sacan una baraja de cartas para echar la última partida en familia. Aunque disfruto de las risas y la calidez alrededor de la mesa, echo en falta a Zeen, que todavía no ha regresado. En más de una ocasión me descubro mirando hacia la puerta de entrada. Quiero a todos mis hermanos pero es a Zeen a quien acudo cuando tengo un problema del que necesito hablar. Siempre es paciente y perspicaz, hace preguntas. Siempre me siento mejor después de hablar con él. Esta noche tengo un problema, pero él no está aquí.

Cuando termina la partida, mi madre me recuerda la hora y la tarea que aún tengo pendiente. Me disculpo, cojo la bolsa de las Confederaciones y me deslizo hacia la habitación que comparto con mis hermanos.

Saber que quizá no volveré a estar en mi habitación me hace verla con otros ojos. El fuego brilla en la chimenea situada en la pared del fondo y una alfombra cuadrada, de un marrón desgastado, reposa en el centro de la habitación. A cada lado de la alfombra hay dos literas y mi cama, que está al fondo y es la más cercana a la chimenea, es la única que está hecha y tiene el edredón alisado. En cuanto los chicos se graduaron, mamá les dijo que ya eran lo suficientemente mayores como para hacerse sus propias camas. Ellos decidieron que eran lo suficientemente mayores como para no importarles si dormían con las sábanas arrugadas o no.

Cada uno de nosotros tiene un arcón de madera para la ropa y los zapatos diarios, en cambio las prendas especiales están colgadas en el armario grande de madera que hay en la esquina. Mamá siempre habla sobre la importancia de las primeras impresiones, así que, mordiéndome el labio inferior, sopeso las ventajas de cada prenda. Siempre es más fácil sentirse seguro cuando uno lleva algo especial, pero oigo la respuesta de mi padre en la cabeza mientras me imagino la calle de la ciudad abandonada por la que caminaba en su sueño. Los dos vestidos que tengo no serían de gran ayuda en esa situación e, incluso si los sueños no son reales, en el fondo de mi corazón sé que vestirme con ropa bonita no me servirá de nada cuando comience la Prueba.

Ignoro los atuendos especiales y me dirijo al arcón de madera que he utilizado desde que era una niña. Selecciono dos pares de pantalones cómodos y resistentes, dos camisetas de batalla y el mejor par de botas que tengo, todo heredado de mis hermanos. Saber que una parte de ellos viene conmigo me ayuda a aliviar la soledad que ya siento en mi interior. Cojo un pijama y ropa interior y cuidadosamente lo pongo todo en la bolsa. Todavía hay espacio de sobra para los dos objetos personales que puedo llevar.

Sentada en el borde de la cama, recorro la habitación con la mirada. Si mi padre no hubiera compartido sus sueños conmigo, probablemente me habría llevado la flauta o el colgante de plata que me regaló mamá cuando cumplí dieciséis años. En vez de eso, me planteo qué podría ser de ayuda si la Prueba resulta ser algo más que

exámenes de papel y lápiz.

Tras varios minutos, me escurro de la cama y saco del arcón una pequeña navaja de bolsillo. Cada uno de mis hermanos tiene una parecida, es un regalo de papá. La navaja también tiene un destornillador y algunas herramientas más. Ya tengo uno, ahora a por el segundo. Solo puedo pensar en otra cosa que pueda ser útil, pero no es mía y Zeen no está aquí para pedirle permiso.

El año pasado, papá empezó a dejar que Zeen trabajara por su cuenta. De vez en cuando, alguno de sus proyectos lo envía fuera de las fronteras de la colonia. Esos límites no están diseñados para evitar la entrada de animales o extraños, sino para recordar a los ciudadanos que la tierra que hay justo después es potencialmente peligrosa. Las plantas venenosas y los depredadores son solo una parte del riesgo. Durante las últimas tres etapas de la guerra, la tierra fue sacudida por violentos terremotos. Si un viajero solitario cae en una de las fisuras que se abrieron, morirá fácilmente en el fondo, ya sea de hambre, de frío o por romperse el cuello. Para evitar las dos primeras, papá le dio a Zeen un pequeño dispositivo de mano llamado Comunicador de Tránsito, que le envió el gobierno de las Confederaciones. El aparato tiene una brújula, una calculadora y un sistema de comunicación que, en el caso de que hubiera algún problema, le permitiría contactar con un dispositivo idéntico situado en la oficina de papá. No sé cómo funciona, pero apuesto a que si lo necesito sabré utilizarlo.

Cuando Zeen no está trabajando fuera, lo guarda en una estantería al lado de su cama. Efectivamente, ahí está. Me duele el pecho al coger el aparato con los dedos. Ojalá Zeen estuviera aquí para darme permiso, para decirme que me perdona por haber sido seleccionada cuando él no lo fue. Quisiera decirle que nuestro padre estaba intentando protegerle cuando ayer hizo el anuncio sobre la patata, que no fue por ego sino por amor.

Envuelvo el Comunicador de Tránsito con unos calcetines para protegerlo y lo introduzco en la bolsa, con la esperanza de que Zeen vuelva a tiempo para decirle que me llevo una parte de él conmigo, aunque sé que no lo hará. Zeen es el más listo de mis hermanos, pero también es el más emocional. Mientras que Win, Hart y Hamin son cariñosos y amables, tienen una actitud despreocupada ante la vida que llena de frustración a mi madre, Zeen, por el contrario, es extremadamente apasionado. Su temperamento hace que estalle rápido, pero su amor es abrumador, lo que hace que la pérdida de un ser querido le resulte casi insoportable. Apenas habló durante un mes cuando el abuelo murió.

Sentada en la cama de Zeen, le escribo una nota que servirá para pedirle permiso para coger el dispositivo y recordarle que le quiero. No es la despedida que deseo, pero es la única que tendré.

Ahora que ya he hecho las elecciones me invade el pánico. Mañana me alejaré de todo lo que conozco para adentrarme en un mundo extraño y potencialmente peligroso. Lo que más me gustaría en este momento es meterme en la cama y

cubrirme la cabeza con las sábanas, pero en lugar de eso, cierro la bolsa con un clic y salgo a reunirme con mi familia para disfrutar de las últimas horas que me quedan a su lado.

Capítulo 4

Mis hermanos todavía duermen en su habitación cuando papá me despierta de una noche de sueño irregular. Me pongo unas mallas de color canela y una túnica de manga corta azul celeste, me calzo las botas y recojo la bolsa. Mi madre sostiene una taza de leche para que me la beba. Tiene los ojos enrojecidos, pero ahora no está llorando. Me dice que está orgullosa de mí e intento no aferrarme a ella cuando nos damos el abrazo de despedida. De repente, lamento todas las veces que le recriminé no alentar mi sueño de ir a la Universidad. Ahora entiendo por qué tenía miedo de que lo consiguiera, pero es demasiado tarde.

Conteniendo las lágrimas, me bebo la leche, cojo la manzana que me ha dejado sobre la encimera y prometo escribir en cuanto llegue a la ciudad. Mi padre espera en la puerta, así que le doy un último abrazo a mi madre y salimos al aire húmedo de la mañana. El cielo todavía está oscuro cuando emprendemos el mismo camino que recorrimos ayer. Caminamos más de un kilómetro antes de que papá rompa el silencio.

—¿Has podido dormir?

—Algo. —Y con pesadillas entre medias.

—Lo más seguro es que Flint tenga razón. Los sueños son solo sueños.

—Eso espero.

—Y yo. —Enlaza sus dedos con los míos mientras subimos la colina—. Eres lista. Y fuerte. Estoy totalmente convencido de que pasarás cualquier prueba que te planteen. Simplemente, no dejes que los otros candidatos te pongan nerviosa. Algunos de los niños de mi colonia eran despiadados, habrían hecho cualquier cosa por ser el número uno.

—¿Como qué? —Permanecer toda la noche despierto estudiando para un examen era normal en mi clase, incluso yo lo había hecho en un par de ocasiones.

—Una de las tácticas preferidas de un par de chicas de mi grupo era el veneno.

Me detengo.

—¿Veneno?

—No con la intención de matar, solo el suficiente para hacerte sentir mal y no poder presentarte a un examen. Durante el último curso tuve cuidado de comer solamente lo que yo traía al colegio.

—¿Las castigaron?

Mi padre me sonrío con tristeza.

—Eran demasiado listas para que las pillaran, pero incluso si lo hubieran hecho, dudo que hubieran recibido algo más que una reprimenda. Es duro castigar a un niño por intentar sacar a su familia de la pobreza.

Avanzamos los siguientes kilómetros sin hablar mientras considero las implicaciones de las palabras de mi padre. No hay pruebas de que sus sueños sean

reales, pero esto... No puedo pensar en un solo estudiante del colegio de Five Lakes que fuera capaz de sabotear a un compañero para conseguir mejor nota. No somos una colonia rica, pero tampoco conozco a nadie que esté pasando hambre; ya no. Aquí, si una familia pasa apuros, el resto de la comunidad arrima el hombro para echarles una mano. Un mundo en el que llegues a envenenar a la competencia para poder dar de comer a tu familia me resulta inconcebible.

Destellos rosas y morados tiñen el cielo a medida que nos acercamos a los alrededores de la ciudad. Papá me pasa el brazo por los hombros y me mantiene cerca de él.

—Asegúrate de comer bien y de dormir lo suficiente. Te ayudará a mantenerte fuerte y a pensar con claridad.

Asiento ante los consejos que ya conozco.

Justo antes de empezar a subir la última colina, añade:

—Ten cuidado en quien confías, Cia. Si lo haces, todo saldrá bien.

Cogidos de la mano, entramos en la plaza.

Delante de la casa de la Magistrada hay un enorme aerodeslizador negro con el sello de las Confederaciones estampado en un lateral. Tomas y Malachi están de pie junto a la parte trasera con sus familiares. Malachi se ha puesto sus mejores galas: pantalones planchados, zapatos negros brillantados, camisa y chaqueta. El blanco radiante de su camisa contrasta vívidamente con su piel oscura y, por la curvatura de sus hombros, es evidente que está conteniendo el llanto. La elección de ropa de Tomas es más parecida a la mía. Con los pantalones color gris claro y la camiseta con cuello de pico, parece que se ha vestido para trabajar en la granja de su padre más que para viajar a Tosu. La expresión de su cara es ilegible mientras su madre le toquetea el flequillo rebelde.

El oficial de Tosu y la Magistrada Owens están delante del aerodeslizador y saludan al ver que papá y yo nos acercamos. Hoy, el oficial Michal Gallen lleva un mono entallado de color morado, también con el logo de las Confederaciones, y el pelo greñado recogido en una coleta, dejando al descubierto las facciones de su rostro.

La Magistrada Owens retira a mi padre hacia un lado, dejándome a solas con el oficial. Me sonrío y, para mi sorpresa, veo por primera vez un destello de calidez en sus profundos ojos verdes.

—¿Estás nerviosa por el viaje, Malencia?

Por alguna razón, no esperaba que recordara mi nombre y me complace que lo haga.

—Me pone más nerviosa decepcionar a la colonia si no hago bien las pruebas, señor Gallen.

Se ríe.

—Llámame Michal. Y no te preocupes, se te pasará.

¿Los nervios o preocuparme por la colonia? No tengo la oportunidad de

preguntarle, porque abre el vehículo y tiende la mano.

—¿Te guardo la mochila? No la necesitarás hasta que lleguemos a Tosu. —En la otra mano tiene una bolsa transparente con dos bandas gruesas de plata, una más grande que la otra—. Este es tu brazalete de identificación. A cada candidato se le asigna un símbolo identificativo que se graba en el suyo. Tú llevarás este puesto y el pequeño irá en el asa de tu bolsa, de esta forma nadie puede confundirse.

Cierra el broche de la pulsera de identificación alrededor de mi muñeca izquierda y pone la otra en la bolsa. Cuando desaparece en el interior del aerodeslizador, analizo el brazalete. Es de unos dos centímetros y medio de ancho y está compuesto por segmentos metálicos gruesos. Sé que tiene un broche, pero es imposible distinguir el cierre entre las otras piezas. Giro la muñeca y estudio el gran disco plateado adherido a la parte superior. En él, hay una estrella de ocho puntas grabada en negro y, justo en su centro, un rayo estilizado.

—La estrella representa el grupo al que perteneces. —La voz de Michal me sobresalta. No me había dado cuenta de que había vuelto—. Verás a otros chicos con el mismo símbolo en sus brazaletes, pero el tuyo será el único con un rayo.

—¿Los símbolos significan algo específico? —La pregunta se me escurre entre los labios sin que pueda contenerla. Quizás los niños de otras colonias que siempre tienen candidatos para la Prueba sepan lo que significan.

Si le ha parecido una pregunta estúpida, Michal disimula.

—La estrella de ocho puntas es el símbolo del rejuvenecimiento. Los candidatos que están dentro de este grupo demuestran aptitudes en muchas áreas diferentes; es un grupo bastante bueno. —Su sonrisa es amable y alentadora. Le devuelvo la sonrisa, a la vez que me pregunto en qué grupo debió estar él.

Al escuchar un leve pitido, Michal mira la hora. Echa un vistazo a la plaza y su sonrisa desaparece. Zandri todavía no está aquí y no sé si es simplemente por la poca atención que presta siempre al reloj o porque ha decidido rechazar su plaza en la Prueba y desafiar las leyes.

¿Acaso cree que no se respetarán por llevar tanto tiempo sin aplicarse?

Michal se disculpa y se acerca a la Magistrada Owens y a mi padre. Por la manera en que señala el reloj, considera que el margen de tiempo de llegada de Zandri ha finalizado. Mi padre y la Magistrada intentan razonar con él para que espere un poco más. Me aparto y contengo la respiración, sabiendo cuál podría ser el castigo. Y entonces la veo. Entrecierro los ojos por la claridad para asegurarme antes de exclamar:

—Aquí está.

—Gracias a Dios —musita alguien.

Zandri llega caminando sin prisa. El viento bate la falda de gasa multicolor y la blusa, y su pelo largo y rubio brilla bajo la luz del sol. Detecto una leve sonrisa en sus labios cuando nos alcanza. No ofrece ninguna disculpa, y entonces lo entiendo. Ha planeado esta entrada. Está demostrando que por mucho que la obliguen a ir, no la

pueden controlar. Admiro sus agallas, pero la mirada de disgusto en los ojos de Michal hace que me preocupe por ella.

Mi padre me rodea con el brazo mientras Michal le entrega sus brazaletes de identificación y mete su bolsa en el aerodeslizador. No queda rastro de su actitud afectuosa cuando nos ordena a todos que entremos en el vehículo. Es hora de irnos.

El torbellino de emociones que he estado conteniendo me golpea con todas sus fuerzas cuando papá me atrae hacia sí y me estrecha en un fuerte abrazo. Las lágrimas amenazan con ahogarme al decirle que le quiero. Dejo a un lado el dolor por no despedirme de Zeen y le pido a mi padre que le dé la nota y les diga a todos que les quiero. Mi padre me contesta que también me quiere y en un último susurro me recuerda:

—Cia, no confíes en nadie.

Soy la última en subir al brillante aerodeslizador. La puerta se cierra detrás de mí y oigo cómo se bloquean las cerraduras cuando el motor se enciende dando un rugido. Mi padre pone la mano en el cristal de la ventanilla y yo pego la mía contra la suya, como si de un espejo se tratara. Nos miramos durante unos segundos y una lágrima consigue escapar contra mi voluntad cuando empezamos a elevarnos. Papá retrocede y un instante después estamos avanzando, dejando atrás la plaza en dirección a Tosu y alejándonos de todo lo que conocemos.

El corazón se me acelera por la excitación, aun estando partido en dos. Veo las mismas emociones contradictorias en los rostros de mis compañeros. La ceremonia de graduación cambió nuestro estatus de adolescentes a adultos, pero este viaje lo hace oficial. Estamos solos.

Miro por la ventana hasta que las últimas vistas conocidas se desvanecen en el horizonte. Almaceno las imágenes de los campos y las colinas en mi memoria para los próximos días, e incluso años. Entonces me giro y empiezo a asimilar el nuevo entorno. Mi padre y su equipo tienen un par de aerodeslizadores que utilizan para el trabajo, así que ya había subido en uno antes, pero este es mucho más sofisticado y rápido. En realidad, aparte del nombre y del hecho de que se sostienen en el aire a muchos metros del suelo, los vehículos no se parecen en nada. Mientras que los aerodeslizadores del invernadero son pequeños y caben un máximo de cuatro personas, y eso en el caso de ir bien apretados, este tiene espacio suficiente para acoger a doce personas cómodamente. La parte delantera del compartimento de pasajeros está rodeada por un suave sofá tapizado en tonos grises, y en la parte trasera del vehículo hay una pequeña cocina y una puerta que conduce a otra zona. El techo del aerodeslizador es tan alto que me permite pasear por la cabina con espacio de sobra.

No veo las bolsas y me planteo preguntarle a Michal dónde las ha guardado, pero está sentado delante, en el área separada del conductor. Por la posición de sus hombros diría que está concentrado en la conducción, lo cual es bueno. Aunque los aerodeslizadores están diseñados para mantenerse en el aire hasta a cuatro metros y

medio del suelo, el mecanismo de propulsión que impulsa al vehículo necesita que haya tierra en algún punto por debajo. Si un aerodeslizador pasa sobre un agujero profundo dejará de deslizarse. También suelen tener problemas sobre el agua, por lo que algunos los han adaptado para flotar en caso de que fuera necesario.

—Nunca me había subido en algo así —dice Malachi desde el otro lado de la cabina. Sus ojos abiertos reflejan preocupación. Su padre trabaja en el riego y su madre fabrica edredones. No, Malachi nunca había tenido la ocasión de montar en algo más sofisticado que una bicicleta, hasta ahora. Ladeo la cabeza para ver mejor el símbolo de su brazalete: un triángulo con una flecha en el centro. No estamos en el mismo grupo.

—Creo que ninguno de nosotros había montado antes en algo como esto. —Tomas se levanta de su asiento en la parte trasera y cruza la cabina para sentarse al lado de Malachi—. Al paso que vamos, estaremos en Tosu antes de que anochezca.

—¿De verdad? —La mirada de Malachi se serena un poco—. ¿Crees que nos dejarán visitar la ciudad?

—Probablemente no, no hasta que hayamos finalizado las pruebas. Parece que vamos a tener una agenda bastante apretada. —De repente Tomas esboza una sonrisa y le da una palmadita en la espalda a Malachi—. Pero una vez seamos estudiantes universitarios tendremos que salir a conocer el lugar y las chicas, ¿cierto?

Malachi también sonríe.

—Cierto.

—No a todas nos resulta atractivo el pedigrí universitario. —Zandri sacude su melena rubia y les dirige una mirada de indignación. Malachi se recuesta en los almohadones y Tomas simplemente se ríe. Con un poco de esfuerzo, consigue que Malachi hable sobre las fotografías que ha visto de la ciudad de Tosu, donde algunos edificios tienen más de diez pisos de altura. Al final, Zandri deja a un lado su mal humor y habla sobre las esculturas que espera visitar.

Les escucho conversar y no me sorprende en absoluto que sea Tomas el que consiga relajar el ambiente. Como siempre, soy muy consciente de sersé que soy la más joven y la menos experimentada. En clase me aseguraba de levantar la mano solo cuando sabía la respuesta con certeza, para que no pensarán que no era uno de ellos. Ahora, como en clase, me contengo y escucho. Alta, rubia y guapa, Zandri parece distante, pero su actitud a la defensiva se suaviza cuando habla de arte con Malachi. Me sorprende el gran conocimiento que tiene él sobre artistas que fallecieron hace tiempo.

Ahora que Malachi y Zandri están hablando, Tomas se recuesta en el asiento y solo añade algún comentario aislado. Él también está observando, sopesando sus risas y sus silencios. Tomas me descubre observándole. Rápidamente, aparto la mirada y mis mejillas se encienden. Está acostumbrado a que lo miren, la mayoría de chicas de la clase se pasaría el día entero contemplándole a él en lugar de a la pizarra. Como su pupitre estaba justo detrás del mío, nunca tuve esa distracción, pero tendría que estar

ciega para no darme cuenta de cómo su sonrisa, con su hoyuelo en la mejilla izquierda, le transforma el rostro anguloso. También, más de una vez, he sentido el impulso de retirarle el mechón de pelo que siempre le cuelga en la frente. Nunca me atreví a hacerlo, mejor así. Mi lista de prioridades en el colegio no incluía chicos ni citas y, por supuesto, ahora menos.

El trío de enfrente se ríe por algo. Intento hacer caso omiso a la sensación de exclusión, sonrío al grupo e intento mostrarme interesada en la charla. Al cabo de un rato, Zandri y Malachi admiten que no durmieron nada bien la noche anterior, así que se estiran sobre los bancos acolchados de la parte delantera y se duermen casi de inmediato.

—Vamos a la parte de atrás, así no les molestamos —susurra Tomas. El corazón me da un brinco al seguirle. El primer orden del día para Tomas es explorar la parte trasera de la cabina. Disfruto abriendo las puertas de los armarios, que contienen nueces, fruta seca, queso y galletas, y asomándome al otro compartimento, que resulta ser un aseo.

Cogemos una bolsa de fruta seca y un poco de agua y nos tumbamos. Tomas da vueltas a un chip de manzana entre sus manos fuertes y callosas y dice:

—Cuesta creer que este año seleccionaran a cuatro de nosotros.

Veo el dibujo de su brazalete, una estrella de ocho puntas con tres líneas onduladas horizontales en el centro; está en mi grupo. Debo manifestar mi sorpresa y preocupación en la cara, porque Tomas me pregunta qué ocurre. Le explico lo de los símbolos de identificación y entonces, como Malachi y Zandri están durmiendo profundamente, decido sincerarme.

—Vas a tumbar a todos los del grupo de un plumazo, incluyéndome a mí.

—¿Estás de broma? —Los ojos color gris claro de Tomas analizan mi rostro. Tras unos segundos, se ríe y sacude la cabeza—. Pues no, no estás de broma.

—Todo el mundo sabe que eras el mejor de la clase.

—Solo porque la profesora no estaba el año pasado. No sabe que fuiste tú quien construyó los generadores eólicos y solares que utilizamos en el colegio.

—Me ayudaron mis hermanos. —El logro no era solo mío, no habría podido hacerlo sin ellos—. Mi padre dice que el sistema de riego que diseñaste va a ayudar a revitalizar terrenos tras las fronteras. Es impresionante.

Se encoge de hombros.

—Solo ayudé aportando algunas ideas y en la instalación, mi padre ya llevaba años trabajando en ello. No digo que no fuese importante, pero yo no era el genio que la señora Jorghen me hacía ser. Tengo la impresión de que pensaba que los estudiantes de Five Lakes éramos unos simplones, ya sabes, porque no se había elegido a nadie para la Prueba durante años. Mi reseña sobre el nuevo sistema de riego la primera semana de clase la impresionó.

Tomas tiene razón sobre las ideas preconcebidas que nuestra profesora tenía acerca de Five Lakes. Durante los primeros días del nuevo curso escolar, pronunciaba

cada palabra lenta y deliberadamente, como si estuviera hablando con un grupo de niños de cuatro años, pero todo cambió cuando nos puso la tarea «Qué he hecho durante las vacaciones». La cara de la señora Jorghen nunca demostró sorpresa, pero los deberes se volvieron más difíciles y dejó de utilizar palabras de dos sílabas. Ahora que lo pienso, esto hace que me pregunte si mi padre tendría razón y si nuestra antigua profesora indujo al gobierno de las Confederaciones a creer erróneamente que no éramos lo suficientemente listos para ser líderes. Si fue así, ¿por qué haría tal cosa? ¿Porque detestaba ver cómo separaban a las familias o porque realmente creía que algo siniestro aguardaba en el otro extremo del trayecto?

—¿Qué te pasa?

Pestaño.

—¿Qué quieres decir? —Su ceja levantada demuestra que no se traga mi pequeña actuación. Así que pregunto—. ¿No te parece extraño que Five Lakes no tuviera ningún candidato para la Prueba en diez años?

Se mete una pasa en la boca y reflexiona sobre la pregunta.

—Lo único que se me ocurre es que el gobierno de las Confederaciones considerara que éramos muy pocos habitantes para justificar la salida de ciudadanos. Five Lakes ha crecido mucho en los últimos diez años.

Unos 350 habitantes se han trasladado a Five Lakes durante la última década. No parece mucho teniendo en cuenta que otras colonias tienen decenas de miles de ciudadanos.

—¿Tú crees que hay otra razón?

Quiero contarle lo que mi padre sospechaba, compartir la carga. Saber que otro par de ojos estará alerta en busca de signos de peligro, pero las palabras de despedida de mi padre suenan alto en mi cabeza. Si solo fuésemos Tomas y yo quizás ignoraría la advertencia, pero no estamos solos. Así que en lugar de eso, digo:

—Parece que debería haberla, ¿no te parece?

—Si descubres cuál es, por favor, dímela para que se lo diga a mi hermano. Se ha ofendido porque yo lo he conseguido y él no.

—Sé cómo te sientes, Zeen también está disgustado.

Me sonrío y el hoyuelo aparece fugazmente. Durante la siguiente hora hablamos de nuestros amigos, de nuestras familias, de lo que echaremos de menos de Five Lakes, de lo que esperamos conseguir si logramos llegar a la Universidad... Me sorprende cuando dice que le gustaría entrar en el sector de revitalización de la tierra como mi padre, pensé que buscaría algo más glamuroso. A pesar de ser atractivo y de carácter extrovertido, Tomas ha sido un líder tranquilo. Siempre está dispuesto a ayudar a un vecino o a los estudiantes más jóvenes, y lo hace sin esperar elogios ni nada a cambio. Mi padre estaría orgulloso de tener a alguien como él en su equipo.

Nos terminamos la bolsa de fruta seca y todavía tenemos hambre, así que Tomas coge una caja de galletas y se dispone a abrirla cuando Michal grita hacia atrás:

—En unos minutos pararemos a almorzar, quizás queráis despertar a vuestros

amigos.

No hace falta, la voz de Michal suena tan alta que lo hace por nosotros.

Mientras Zandri y Malachi se desperezan y van al baño, me pregunto cómo supo Michal que Tomas había cogido la caja de galletas; la sincronización fue demasiado perfecta como para ser una coincidencia. Tomas no parece preocupado, simplemente guarda la caja en el armario y camina hacia la cabina para charlar con los demás. Sin embargo, él había estado todo el rato de espaldas al compartimento del conductor, probablemente dio por hecho que Michal había mirado hacia atrás y le había visto coger las galletas, solo que yo sé que no lo hizo. En ningún momento giró la cabeza, así que ¿cómo lo supo?

Ahí está. En la esquina de la cabina veo el brillo de un cristal redondo. ¿Será la lente de una cámara? Escudriño el resto del habitáculo. No hay ninguna más, lo que me convence de que estoy en lo cierto.

Nos están vigilando. ¿Solo nos ve Michal o la cámara transmite a más distancia? ¿Esto significa que la Prueba ya ha empezado? La idea de que mi cara salga en la televisión de algún desconocido me da escalofríos. En Five Lakes no utilizamos muchos televisores. La Magistrada tiene uno, hay otro en el trabajo de mi padre y en algunas otras localizaciones selectas, pero se utilizan en contadas ocasiones. Queda claro que fuera de la colonia no se usan con tanta moderación.

Me dirijo a la parte delantera de la cabina, con la sensación de que la cámara sigue todos mis pasos. ¿También escucha mis palabras? Si tuviera la oportunidad de inspeccionarla podría saberlo, pero no me atrevo. Decido que es más seguro asumir que sí lo hace y miro por la ventana intentando mantener el descubrimiento en secreto de quien sea que nos esté observando.

El paisaje marrón y resquebrajado por el que hemos estado viajando está empezando a transformarse en un terreno más saludable y verde. Desde varios metros de altura veo que la tierra también es mucho más rica, más oscura: los signos de la revitalización, el trabajo de otra colonia. Avanzo por la cabina y me quedo de pie detrás del compartimento del conductor. Efectivamente, a lo lejos, en el horizonte, se ven edificios. Algunos son altos, mucho más que los de Five Lakes. Me pregunto cuál será la colonia que tenemos delante y me doy cuenta de que lo he dicho en voz alta cuando Michal responde:

—Es Ames. Haremos un alto en el camino a las afueras y comeremos algo. El comité de la Prueba lo organizó para nosotros como punto intermedio.

—¿No veremos la colonia?

Me lanza una sonrisa.

—La veréis algún día. En estos momentos se os debe mantener aislados para que no os veáis influenciados por fuentes externas. Ahora es mejor que te sientes si no quieres caerte cuando detenga esto.

Regreso a la cabina de pasajeros, tomo asiento y traslado las palabras de Michal a los demás, todo ello sintiendo unos ojos observándome atentamente desde algún

punto tras una pantalla. Saber que hay una cámara y que mis movimientos están limitados hace que me duela la cabeza y que se me tensen los músculos de los hombros. El avance del paisaje se ralentiza. Al cabo de un par de minutos el aerodeslizador desciende y se detiene con tal sacudida que hace caer a Malachi al suelo.

—Disculpa —dice Michal, saliendo del compartimento del conductor—. Todavía le estoy cogiendo el tranquillo al aterrizaje de esta bestia. Tuvieron que cambiarle los frenos hace un par de días y se ha vuelto un poco brusca. —Le tiende una mano a Malachi para ayudarlo a ponerse en pie, luego aprieta un botón y la puerta del aerodeslizador se abre.

El aire cálido y el olor a hierba fresca nos embelesan al seguir a Michal hacia el exterior, donde a quince metros de distancia nos aguarda una cabaña de madera no muy grande. A su alrededor se alzan árboles de hoja perenne, abundantes arbustos y muchas hierbas altas. Es difícil creer que más allá, en el horizonte, la tierra está seca y podrida. Quienquiera que fueran los encargados de la tierra en esta colonia, hicieron bien su trabajo.

Seguimos a Michal por un camino de tierra hacia la construcción de madera. Dentro hay una pequeña cocina equipada con una mesa y cinco sillas, pero el aseo está fuera. El espacio total probablemente sea de unos cuatro metros cuadrados y huele a carne, ajo y verduras asadas. Sobre la encimera hay una gran barra de pan y una pieza de queso cubierta por una campana de cristal. El aire es fresco en el interior y Michal nos aconseja no dejar las ventanas o puertas abiertas para no alterar la temperatura. Uno a uno vamos al servicio y nos lavamos las manos y la cara. Opto por ir la última y pasear por la habitación, fingiendo que admiro las cortinas de las ventanas. Diviso la primera cámara en la lámpara que cuelga sobre la gran mesa de madera; la segunda está en la esquina derecha del techo de la cocina. Si hay más, no las veo, aunque la presencia de estas dos es suficiente para impedirme disfrutar de la comida. De todos modos, aun sabiendo que probablemente se estén juzgando todos mis movimientos, me como el guiso, sonrío y me esfuerzo por estar alegre. Por el rabillo del ojo pillo a Michal observándome con una ceja levantada. Alza la vista hacia la cámara, después me mira y sonrío.

Sabe que lo sé.

Me meto un buen trozo de pan en la boca para tener que masticar en lugar de hablar y así gano tiempo para pensar. La sonrisa de Michal era de satisfacción, de orgullo, como si me hubieran encargado una tarea difícil y me hubiera lucido.

Quiere que lo sepa.

Estoy segura, por eso nos dijo que parábamos a comer cuando Tomas cogió las galletas. Claro que podría atribuirse a un desliz. Pero, a pesar de que es más joven que cualquier otro oficial de Tosu que haya visto, si cometiera este tipo de errores por descuido, nunca habría pasado la Prueba, ni habría ido a la Universidad ni tendría este trabajo. ¿Percatarse del comportamiento de Michal y de lo que ello implica es

parte de la Prueba, o es que me está dando ventaja?

Michal abre un armario y vuelve con un plato lleno de galletas muy parecidas a las que mi madre hizo para la fiesta de graduación. El recuerdo me entristece mientras los demás se lanzan sobre el festín inesperado. Empujo la silla hacia atrás y pregunto si puedo salir a dar un paseo.

—Prometo quedarme cerca, simplemente necesito estirar las piernas un rato antes de volver a entrar en el aerodeslizador.

—No veo por qué no. —Mira el reloj—. Todavía quedan treinta minutos antes de la hora prevista para la partida. ¿Alguien más quiere ir?

Al ver que nadie se levanta, cojo una galleta de la mesa, me dirijo hacia la puerta y salgo al exterior. El aire es cálido y maravilloso, pero la sensación de libertad es mejor aún: sin cámaras, sin que me juzguen, sin la preocupación de decir o hacer algo equivocado que induzca al fracaso. Consciente de lo que me espera, me propongo disfrutar de este último momento de libertad, conservar el encanto del momento para mantenerme serena y fuerte durante las próximas semanas.

Vislumbro un grupo de árboles caducos a mi derecha y camino hacia ellos. La hierba alta me roza las caderas al caminar por la tierra floreciente y disfruto de la galleta desmigajada mientras me acerco a la arboleda.

—Cia, espera un momento.

Me giro, entrecierro los ojos por el brillo del sol y coloco una mano en mi frente a modo de visera. Me sorprendo de ver lo mucho que me he alejado en tan poco tiempo. La construcción donde hemos comido está a casi cien metros, pero Tomas está mucho más cerca, y se acerca rápidamente entre la hierba. La idea de tener que compartir mis últimos minutos de libertad sin vigilancia, hace que quiera gruñirle para que se vaya. No obstante, también son sus últimos momentos de desinhibición que tendrá él, aunque todavía no lo sepa, y no me atrevo a quitárselos.

Espero a que me alcance antes de girarme y continuar la caminata.

—¿Adónde vas? —Su pregunta suena algo entrecortada.

—Solo hasta esos árboles. —Caminamos los siguientes minutos en silencio y nos sentamos en el suelo fresco, bajo la sombra—. Deberías ir con cuidado o Zandri se pondrá celosa, te ha echado el ojo. —Lo digo en broma, pero tras mis palabras se esconde algo de verdad. Cada pestañeo y cada movimiento que hace con su pelo dorado están destinados a que Tomas se fije en ella. Hasta el momento, él no parece poner de su parte; no sé cómo me sentiré si llega a hacerlo.

—Ella no me preocupa, me preocupas tú. —Me pone la mano en el brazo y me sube un escalofrío por la espalda.

—¿Por qué?

—El gesto de tu boca, la preocupación en tus ojos... Conozco tu cara, Cia, me doy cuenta cuando algo no va bien.

Me encojo de hombros e intento desviar el tema:

—Acabamos de dejar atrás a nuestras familias y amigos y es posible que nunca

los volvamos a ver.

—Te he visto preocupada por tu familia y tus amigos antes, y tensa por querer dar con la respuesta correcta a una pregunta. Esto es diferente. —Coloca su mano sobre la mía y la aprieta con suavidad—. Sé que no era tu mejor amigo cuando estábamos en casa, pero puedes confiar en mí.

¿Puedo?

El corazón me da un vuelco y desvío los ojos de su intensa mirada hacia el aerodeslizador, hacia la cabaña, donde las cámaras nos están esperando. Conozco a Tomas de toda la vida. Hemos jugado y trabajado juntos en proyectos de la escuela, e incluso bailamos durante una hora memorable en la fiesta de graduación del año pasado. Este curso no hemos hablado tanto; culpa mía. En más de una ocasión Tomas me ha propuesto ir a dar una vuelta o trabajar con él en alguna tarea, pero siempre he encontrado alguna razón para decirle que no. Las bromas de mis hermanos tras la fiesta, las miradas de enfado de las otras chicas y la incertidumbre sobre lo que significaron aquellos bailes me hicieron dar un paso atrás. Ahora debo elegir entre retroceder otra vez o correr el riesgo y tenderle la mano. Técnicamente Tomas es un competidor, por lo que debería rechazarlo.

Pronto saldrán los demás de la cabaña. Las cámaras estarán de nuevo vigilando y grabando todos nuestros movimientos y probablemente también las conversaciones. Sé que aquí, a la sombra de estos árboles, donde estoy casi segura de que las cámaras no han llegado, es donde tengo la última oportunidad de compartir mis preocupaciones sin que me oigan. Mi padre me dijo que no confiara en nadie, pero vuelvo a mirar los ojos grises y serios de Tomas y decido ignorar el consejo por una sola vez. Si es un error, será mi error. Me atenderé a las consecuencias.

—Hay una cámara oculta en el aerodeslizador y he descubierto dos más en la cabaña.

—¿Estás segura?

Asiento.

Un mechón de pelo le cae sobre la frente al mirar hacia el aerodeslizador.

—No lo entiendo. ¿Por qué nos tendrían que estar vigilando ahora?

—Porque la Prueba ya ha comenzado —digo.

Capítulo 5

Ahora que he empezado, no puedo parar de hablar: los recuerdos perdidos de mi padre, sus pesadillas fragmentadas, las mismas que compartía con nuestra profesora anterior que, quizás se valió de su autoridad para evitar que los estudiantes de Five Lakes fueran seleccionados para la Prueba... Aguanto la respiración y espero a que Tomas condene las ideas de mi padre y me diga que estaremos a salvo, que esto es solo otro examen más, como los que hemos hecho durante toda nuestra vida.

Por el contrario, dice:

—Es bueno que estemos en el mismo grupo, podremos cuidar el uno del otro.

—¿Crees que las pesadillas de mi padre son recuerdos reales?

—Creo que es buena idea estar preparados para lo que pueda ocurrir. Si no son reales, no nos hará ningún daño mantenernos alerta. Si lo son... —Sus dedos se enlazan con los míos y permanecemos allí sentados, con las palabras inacabadas flotando entre nosotros.

Un silbido nos sobresalta. Es Michal haciéndonos señas con la mano, está listo para partir.

Tomas se pone de pie y tendiéndome la mano me ayuda a levantarme. No me suelta mientras caminamos de vuelta a través de la hierba alta. A la mitad del trayecto hacia el aerodeslizador se detiene y saca algo envuelto en un pañuelo de algodón blanco del bolsillo del pantalón: galletas. Coge una y me ofrece otra.

—Ya que somos socios...

La palabra me hace sonreír. Socios. Como lo hemos sido tantas otras veces antes. Siempre que trabajábamos juntos en el colegio conseguíamos las notas más altas de la clase y quiero que esta vez sea igual.

—Bien, socio —digo al cogerla—, tú por si acaso asegúrate de rechazar las galletas que te ofrezcan los otros candidatos.

Como era de esperar, Zandri parece disgustada cuando nos ve subir juntos al aerodeslizador. Aunque puede que a Tomas no le interese ella, las miradas asesinas que me lanza dejan claro que ella no siente lo mismo. De hecho, puede que aliarme con Tomas me haya conseguido una nueva adversaria, quizás no tan peligrosa como los que me envenenarían la comida para sacarme ventaja, pero aun así preocupante, teniendo en cuenta la longitud de sus uñas.

Tomas se dirige hacia la parte trasera para sentarse con los otros. Cuando empiezo a ir hacia ellos, una mano me toca el brazo.

—¿Va todo bien?

Los ojos de Michal muestran preocupación. Sonrío y, plenamente consciente de la cámara, digo:

—Todo perfecto. Ha sido interesante ver el trabajo de revitalización de cerca; mi padre estaría impresionado.

Le echa un vistazo a la cámara y me devuelve la sonrisa, cambiando la cara de preocupación por la de satisfacción.

Sí. Por alguna razón, de los cuatro que venimos de Five Lakes, Michal ha decidido ayudarme a mí. Y está claro que cree que lo he hecho bien.

Me dice que tome asiento y se mete en el compartimento del conductor. Mientras me hundo en uno de los sofás y el aerodeslizador empieza a moverse, Zandri atosiga a Tomas hablando sobre una fiesta a la que ambos asistieron hace unas semanas. Juega con su brazalete, un cuadrado con una flor estilizada en el centro, a la vez que se inclina hacia adelante para dirigir la atención hacia el escote holgado de su blusa. No sé si a la gente que nos está observando le molesta el flirteo de Zandri, pero a mí sí. Es más, estoy segura de que las tonterías que hace no ayudarán a su prestigio académico, y menos teniendo en cuenta que en un primer momento se mostró reacia a presentarse...

Espero la oportunidad y le pregunto a Zandri sobre el diseño del nuevo molino de viento en el que iba a participar. Aunque su gran pasión es la pintura, tiene muy buen ojo para la simetría y el equilibrio y el arquitecto de la ciudad lo ha aprovechado con mucho gusto. Apuesto a que el dibujo de su brazalete tiene algo que ver con esta habilidad.

Zandri me mira con curiosidad, probablemente porque yo también estaba involucrada en el proyecto, pero no desaprovecha la oportunidad de hablar sobre ella. Tomas le hace preguntas sobre el molino y además, consigue que Malachi hable sobre los proyectos en los que ha estado trabajando. Durante la siguiente hora, Tomas y yo entrevistamos a nuestros compañeros, haciéndoles quedar bien delante del comité invisible de la prueba. Son mis competidores, pero sobre todo son mis amigos de la infancia y haré lo que pueda para mantenernos a todos a salvo.

La conversación decae y me encuentro luchando por mantener los ojos abiertos después de un día tan largo.

—¿Por qué no duermes un poco? —Tomas se desliza hasta el asiento junto al mío y me sonrío con calidez—. Te despertaré si ocurre algo emocionante.

Sigo su consejo y me estiro sobre los cojines cerca de la parte delantera de la cabina. No creo que llegue a dormir bien sabiendo que Tomas puede verme babear, pero cierro los ojos y lo intento. Lo último que escucho antes de que el mundo real se desvanezca es a Tomas diciéndoles a Zandri y a Malachi que hablen más bajo.

Mi padre me habla en sueños; el papá que conocía antes de que me seleccionaran. Me está enseñando pacientemente cómo ensamblar genes vegetales. Guía mis manos para que imite sus movimientos; me dice que a menudo los grandes descubrimientos vienen precedidos de grandes fracasos; que pase lo que pase, nunca debo desanimarme; que aprenda de mis errores y todo saldrá bien.

—Cia, despierta. —Mi padre me zarandea. No, mi padre no, Tomas. Ya no estoy en casa. Cuando abro los ojos, Tomas me sonrío—. Levanta, Michal dice que no querías perderte esto.

Tiene razón. Al otro lado de la ventana veo una masa de agua brillante e increíblemente transparente. La luz tenue no desmerece su pureza. Los cinco grandes lagos bajo los que nombraron a nuestra colonia se han limpiado, pero no así; todavía no. La visión me deja sin aliento.

Y entonces me fijo en lo que los demás están observando más allá del agua con los ojos vidriosos y las bocas abiertas. Edificios plateados y luces tan brillantes que se pueden ver a muchos kilómetros de distancia. Esto solo puede significar una cosa: Tosu. Hemos llegado.

En el colegio nos explicaron que hace noventa y nueve años la ciudad de Tosu se creó como el primer signo tangible de que nosotros, como seres humanos, habíamos sobrevivido a las Siete Etapas de la Guerra: las Cuatro Etapas de destrucción en las que los humanos arremetieron unos contra otros y las siguientes Tres Etapas, en las que la tierra se defendió. Se escogió este lugar porque durante la guerra había sido un objetivo militar sin importancia. Aunque no escapó de la descomposición de la tierra o de los terremotos, tornados e inundaciones, gran parte de la ciudad todavía se mantenía en pie cuando la tierra se calmó y aquellos que sobrevivieron empezaron a reconstruirla.

Parece que los edificios se van haciendo más altos según nos acercamos. Qué emocionante y aterrador debe ser ver el mundo desde ahí arriba. Algunos son más bajos, pero sus formas achaparradas y perfectamente cilíndricas construidas en acero y cristal no son menos impresionantes. Edificio tras edificio, uno tras otro. No sabría decir cuántos son nuevos o cuáles sobrevivieron a las guerras. Los bloques empiezan a confundirse entre sí y hay gente por todas partes, caminando, corriendo, riendo, apresurándose. Aerodeslizadores y bicicletas abarrotan las calles. Coches antiguos y motos planeadoras. La mayoría de las calles por las que pasamos están cuidadas, limpias y nuevas; exactamente lo que esperaba de la ciudad que concentra las esperanzas de futuro de nuestro país. Pero mientras vamos avanzando veo otras que están más sucias y en peor estado. La gente que circula por esas calles parece agotada y consumida. Algunos tienen pinta de hambrientos, otros, de no haberse bañado en semanas, y me pregunto por qué. Por el colegio sé que la mayor concentración de nuestra población está en esta ciudad; hay al menos cien mil personas. Hasta este momento nunca comprendí por completo la magnitud de esa cifra y, ahora que lo entiendo, me siento abrumada. Tomas enlaza sus dedos con los míos y me coge la mano con fuerza. Está pálido y tiene los ojos muy abiertos. Me siento acompañada ante la sensación de insignificancia y confusión.

Michal nos comunica que nos dirigimos directamente a las instalaciones de la prueba. No se nos permite visitar la ciudad, pero me doy cuenta de que pasamos por delante del imponente edificio del Capitolio y del Departamento de Justicia, frío y de piedra: dos sitios que Malachi quería visitar. Conduce el aerodeslizador a través de la gran puerta arqueada, donde un letrero de hierro forjado al lado del arco anuncia: UNIVERSIDAD DE LAS CONFEDERACIONES UNIDAS.

El corazón me da un vuelco. Estamos en la Universidad. Aquí es evidente que los edificios son viejos: ladrillo rojo, molduras blancas, la torre del reloj... Algunos son de cristal, otros de piedra, pero todos muestran la huella del tiempo y la sabiduría. Veo una gran escultura de dos manos enlazadas entre sí. ¿En oración? ¿De esperanza? Zandri probablemente lo sepa pero no quiero preguntarle, solo quiero absorberlo todo.

Pasamos un gran estadio y momentos después, el aerodeslizador ralentiza el paso para detenerse por completo delante de un edificio sólido y elegante construido en acero y cristal negro. El terreno a su alrededor es exuberante, verde y está lleno de flores, pero de ningún modo suaviza el exterior rígido e imponente. Un pequeño letrero de bronce en la entrada dice: INSTITUTO DE LA PRUEBA.

La puerta del aerodeslizador se abre y bajamos los cuatro. Alzo la vista hacia la alta estructura y después hacia la puerta principal de acero grueso, y se me encoge el estómago. Siento la calidez de una mano posándose en mi hombro. Es Tomas. Saber que está a mi lado me ayuda a mantener bajo control el pánico que me recorre por dentro.

—Toma. —Michal me da la bolsa marcada con mi símbolo—. Asegúrate de no perderla de vista. —Lo dice en un tono bajo y tranquilo. Me mira a los ojos. No hay sonrisa ni diversión en su mirada; habla en serio. Pase lo que pase debo mantener las pocas posesiones que traigo conmigo.

Entonces el momento se esfuma. Michal se gira y su voz resuena:

—Una vez dentro os asignarán los dormitorios y vuestros compañeros de habitación. La mayoría de los otros candidatos ya están aquí, puesto que sus aerodeslizadores no tuvieron problemas mecánicos. Los pocos que faltan por llegar lo harán durante la noche. —Nos sonrío y pregunta—: ¿Estáis listos para entrar?

Solo se acepta una respuesta:

—Sí —contestamos todos.

Michal asiente y pulsa seis botones en un pequeño teclado al lado de la puerta. Se oye un clic. La puerta se abre y le seguimos hacia el interior. El último en cruzar el umbral es Tomas y, en cuanto lo hace, la puerta se cierra a su espalda. El sonido de las cerraduras bloqueándose acompaña nuestra primera visión del Instituto de la Prueba que, para ser sincera, es un poco decepcionante. La zona del vestíbulo está débilmente iluminada; las paredes son blancas y con el suelo gris, gastado. Hay dos sillas grises de madera dispuestas en una esquina que ofrecen un lugar donde reunirse a conversar, pero tienen el aspecto de no haber sido usadas nunca. Tampoco las llegamos a utilizar ahora porque Michal nos conduce por un largo pasillo blanco y gris hasta un grupo de ascensores. Nunca me he subido en uno, pero he leído sobre ellos, he estudiado cómo funcionan.

Las puertas se abren en el instante en que Michal pulsa un botón y todos entramos. *Zuum*. En cuestión de segundos los números sobre la puerta han pasado del uno al cinco. El ascensor emite un sonido y las puertas se deslizan hacia los lados

para dejar a la vista un vestíbulo iluminado con luz eléctrica y con el suelo de baldosas blancas y brillantes. Las paredes laterales están pintadas de azul, pero la del fondo es toda de cristal, lo que nos permite ver que justo detrás hay una amplia habitación llena de mesas, sillas y gente; gente de nuestra edad. Se me hace un nudo en el estómago. Docenas y docenas de candidatos para la Prueba.

El sonido de un carraspeo dirige mi atención hacia una mujer muy grande con el pelo blanco, largo y rizado y gafas redondas de montura dorada, sentada detrás de un gran escritorio de madera. Nos sonrío y se pone de pie.

La mujer empieza a hablar y me relajo. Su voz suena cálida y agradable al darnos la bienvenida a la ciudad de Tosu y felicitarnos por haber sido seleccionados para la prueba.

—La mayoría de los otros candidatos llegaron ayer o más temprano durante el día de hoy. En el salón que hay detrás de mí se está sirviendo la cena, podéis refrescaros y dejar vuestras cosas en las habitaciones o podéis entrar directamente.

—A mí me gustaría ir directamente —digo. Si me enseñan mi habitación, es probable que nunca encuentre el valor para salir de ella. Parece que Zandri quiere discutírmelo, pero Tomas está de acuerdo conmigo y eso zanja el asunto. Michal me dirige un sutil movimiento de cabeza y nos conduce por el pasillo hasta la gran sala que hemos visto a través del cristal. No creo que sean imaginaciones mías cuando la sala se queda en silencio. Todas las miradas recaen sobre nosotros: se quedan con nuestras caras, nos miden como competidores. Al cabo de unos instantes empiezan a hablar y a comer otra vez.

En el lado izquierdo de la sala hay un bufet con muchísima comida. Tres camareros aguardan de pie tras la mesa dispuestos a explicar las opciones: diferentes tipos de pan, manzanas, naranjas y uvas, un estofado rojizo con ternera y muchas verduras, una salsa ligera con zanahorias y cebollitas y grandes filetes de un tipo de pescado que no había visto nunca. Michal me dice que el pescado se llama salmón. Hay una mesa aparte llena de pasteles y otros dulces.

—Coged un plato y comed todo lo que queráis. —A modo de demostración, sigue su propio consejo.

Cogemos un plato cada uno y hacemos nuestra elección. Yo opto por un bollo relleno de pasas y frutos secos, un trozo pequeño de salmón, una manzana y unas cuantas zanahorias. Cojo solo aquello que me voy a comer, aunque hay otros candidatos que no siguen la misma regla. Muchos tienen más de un plato enfrente con montones de comida, otros prueban una cosa y lo apartan por algo mejor. Mi padre me enseñó a respetar la comida que cultivamos y a los vecinos con los que compartimos las fuentes de alimentación. La idea de desperdiciar descaradamente lo que tantos años ha costado crear, cultivar y hacer crecer me hace perder el apetito.

Las mesas que nos quedan más cerca están ocupadas por candidatos, así que nos observan mientras cruzamos el pasillo hacia una mesa vacía al fondo. Dejo el plato y me giro a tiempo para ver como un chico grande y desaliñado de mirada cruel le pone

la zancadilla a Malachi. Este pierde el control del plato, que se estrella contra el suelo y, si no llega a ser por los reflejos rápidos de Tomas, se habría dado de bruces contra el estofado.

A pesar de su piel oscura, veo la vergüenza quemándole las mejillas. Musita una disculpa y se pone a limpiar el desastre, pero Michal le detiene.

—No ha sido culpa tuya. —Le lanza una mirada al chico desaliñado, que está ocupado metiéndose un trozo de pastel en la boca y disimulando una sonrisita—. ¿Por qué no te quedas con mi plato y yo voy a buscar a alguien que limpie esto?

Malachi coge el plato y se deja caer en una silla con la mirada abatida. La vergüenza que siente por haber causado una escena indecorosa es casi palpable. Aprieto los puños con fuerza por la rabia, cegadora y sulfurante, que hace que me hierva sangre. En mi familia preferimos hablar las cosas cuando hay que resolver diferencias. Pero tengo cuatro hermanos mayores y cuando me provocan sé cómo defenderme. Y estoy dispuesta a hacerlo ahora si hace falta.

—Cia, se te está enfriando la comida. —La voz de Tomas se filtra a través de mi rabia. Las palabras afables traen consigo una advertencia: nos están vigilando, cada movimiento cuenta, deja el enfrentamiento para más tarde.

Mis emociones se van enfriando al relajar los puños, sentarme con mis compañeros y coger el tenedor. Tomas le da un empujoncito a Malachi y le susurra algo al oído. No sé que le dice, pero le saca de su estupor, porque Malachi coge su cubierto y empieza a engullir la comida. Michal regresa con otro plato y mantiene una conversación constante mientras comemos. En los silencios, oigo como la gente de las otras mesas habla de nosotros. Se preguntan de qué colonia somos e incluso alguien especula con que seamos de Five Lakes, pero lo descartan entre carcajadas: la colonia Five Lakes es un chiste para ellos. El nudo de preocupación en el estómago va creciendo.

Me lo como todo menos la manzana. El salmón debía estar bueno, pero no estaba prestando atención a los sabores. Llega otro grupo de seis candidatos y se sientan en una de las mesas del fondo. Se dan prisa en comer mientras unas señoras vestidas con monos blancos recogen los platos sucios. Entonces una voz empieza a hablar.

—Bienvenidos a Tosu y enhorabuena por haber sido seleccionados para la Prueba.

Tardo unos segundos en descubrir quién está hablando, ya que el sonido se transmite desde los altavoces situados en cada esquina de la sala. A través de la ventana de cristal veo a la mujer que nos recibió con un micrófono en la mano.

—Sois ciento ocho los reunidos aquí para enfrentaros a la Prueba. De entre todos vosotros, un máximo de veinte pasaréis a la Universidad. Os deseo mucha suerte para que seáis uno de ellos.

Digamos que hay una plaza por cada 5 candidatos. La gente murmura a nuestro alrededor, algunos confiados y gallitos, otros sorprendidos por el número, pero esforzándose por no parecer preocupados.

La voz del altavoz prosigue:

—Como ya estáis todos aquí, mañana por la mañana se iniciará el proceso de la Prueba. En diez minutos debéis acudir a vuestras habitaciones. Si todavía no se os ha asignado ninguna, preguntad a vuestro acompañante de viaje y él o ella conseguirá la información. Os aconsejo que descanséis todo lo que podáis para que estéis frescos en los días y semanas venideros. Buenas noches y mucha suerte.

Michal presiona un trozo de papel con la asignación del dormitorio en mi mano y la mantiene ahí unos segundos, más de lo necesario. Por sus ojos y por el apretón de manos, sé que me está deseando suerte. Después se marcha.

Salimos del comedor y nos separamos: las chicas hacia la derecha y los chicos a la izquierda.

Zandri y yo vemos como Malachi y Tomas desaparecen por el pasillo y después buscamos juntas nuestras habitaciones. Yo estoy en la 34 y Zandri en la 28. Cuando está a punto de entrar en la suya le doy un abrazo. Quién sabe lo que nos espera mañana, quiero que le vaya bien. Para mi sorpresa, aprieta los brazos a mi alrededor y nos quedamos así un momento. Unidas por los años de vivencias compartidas y por el miedo a lo que vaya a ocurrir. Cuando nos separamos, me sonrío.

—Dales caña mañana, ¿me oyes?

Asiento.

—Tú también. —Desaparece en su habitación y sigo en busca de la 34, que está un par de puertas más allá. Alguien se mueve en su interior. Cojo aire, giro el pomo de la puerta de madera maciza y empujo.

—Hola. —La habitación es amplia, con dos camas grandes, dos escritorios y algunas sillas. Tardo unos segundos en identificar la fuente de la delicada voz. Cuando lo hago, me sorprende ver que pertenece a una chica alta y guapa, de hombros anchos y pelo largo y rubio. Me sonrío con timidez—. Soy Ryme, de la colonia Dixon. Al parecer vamos a ser compañeras de habitación.

Asiento, avanzo varios pasos y la puerta se cierra detrás de mí.

—Yo soy Cia, de la colonia Five Lakes.

Sus labios se extienden y esbozan una sonrisa de alegría.

—Es asombroso. Todo el mundo en la cena hablaba de Five Lakes, decían que nadie había sido seleccionado para la Prueba en diez años. Pensaban que era porque la colonia se habría extinguido o fracasado o algo.

—Five Lakes todavía se mantiene, solo que es pequeña comparada con las demás.

—Dixon también es pequeña. —Se sienta en la cama contra la pared del fondo y cruza las piernas debajo de ella—. Somos unas quince mil personas, así que fue muy emocionante cuando este año nos eligieron a ocho.

Su sonrisa es agradable y me sorprende sonriéndole yo también. Me siento en la otra cama y digo:

—Quince mil es grande para mí. Five Lakes está por debajo de los mil.

—¿Cuántos de vosotros habéis venido?

—Cuatro. Una cuarta parte de nuestra clase.

Me pregunta sobre Five Lakes: dónde estamos situados, qué tipo de comida cultivamos, qué clase de animales frecuentan la zona... Por lo que me cuenta, parece que Dixon está a unos quinientos kilómetros al suroeste de Five Lakes y aunque es más grande, no han desarrollado tantos recursos como nosotros. Quizás, simplemente, es que con tanta gente resulta más complicado desplegar los medios que tienen, o quizás, es porque la mayor parte de la población adulta trabaja creando baterías y recambios eléctricos en lugar de explotar la tierra. Como la familia de Ryme dirige una granja, no pasan hambre, pero mucha gente de la ciudad sí. Sus padres invertirán el dinero de compensación que van a recibir por ella en más equipos de labranza y de almacenamiento de comida, que se sumarán a los recursos de alimentación para su familia y los que les rodean.

Ryme parece estar orgullosa de poder echar una mano a su comunidad. Aunque tenía pensado mantener las distancias con los candidatos de fuera de mi colonia, cuando quiero darme cuenta Ryme ya me cae bien.

Vamos hablando a ratos durante la siguiente hora. Ryme me enseña el dibujo de su brazalete: un triángulo con una A decorativa en el centro, no estamos en el mismo grupo. Se ofrece para ayudarme a deshacer la bolsa, pero le digo que voy a dejarlo todo dentro, ¿quién sabe cuándo va a terminar la Prueba para cada uno de nosotros? Sonríe y asiente, aunque veo dos vestidos holgados colgando en el armario delante de su cama. Mi madre aprobaría la impresión que dará su ropa. Las dos usamos el pequeño baño contiguo a nuestra habitación, nos ponemos los pijamas y nos subimos a la cama. Ryme me pregunta si podemos dejar las luces encendidas un rato más. Está sentada con las piernas cruzadas, pasando las páginas de un álbum de fotos que ha traído de casa. Las lágrimas de sus ojos me conmueven, me recuerdan que yo también he dejado atrás a mi familia. Si esto fuera una noche cualquiera, mi madre estaría sentada frente al fuego preguntándome cómo me había ido el día y mi padre estaría devanándose los sesos con mis hermanos mientras jugamos a las cartas alrededor de la mesa de la cocina. Me trago la oleada de añoranza y le digo que deje las luces encendidas todo el tiempo que quiera mientras me meto bajo las sábanas.

Me da las gracias y, cuando estoy a punto de cerrar los ojos, añade:

—Si te entra hambre, he traído tortitas de maíz de casa. Las hice yo, sírvete.

Duermo con la bolsa a mi lado, dentro de la cama.

Sueño cosas inquietantes, aunque no las recuerdo cuando una voz desde un altavoz me despierta diciendo que tenemos una hora para vestirnos y comer antes de que empiece la primera fase de la Prueba. Me pongo unos pantalones marrón oscuro, una túnica de color hueso y las botas. Entonces, doblo el pijama y la ropa que llevé ayer y lo guardo todo en la bolsa. Ryme levanta una ceja al verme recoger otra vez, pero no dice nada. Ella lleva un vestido largo de color amarillo limón y unas brillantes bailarinas blancas; incluso se ha puesto un toque de pintalabios y sombra de ojos.

A través de la habitación oigo cómo le ruge el estómago, pero me doy cuenta de que no toca las tortitas. Quizás estoy siendo paranoica, pero hago un recuento rápido: hay nueve. Si después del día de hoy sigue habiendo nueve, sabré con certeza que no debo confiar mis posesiones o mis secretos a Ryme.

Hago girar el brazalete alrededor de mi muñeca. Después compruebo la bolsa por última vez y me la cuelgo del hombro. Ryme viene conmigo hasta el comedor, ignorando las invitaciones de otra gente a unirse a ellos. No estoy segura de por qué no quiere separarse de mí, pero supongo que tiene curiosidad por ver al resto de candidatos de la colonia Five Lakes. Por cómo hablaba anoche, parece que las otras colonias tienen algún tipo de contacto entre ellas; verdaderamente Five Lakes es la desconocida.

Lleno un plato con fresas, melón, un bollo que huele dulce y picante y dos tiras de beicon crujiente. Ryme bromea con que los nervios me han quitado el apetito mientras ella amontona tortitas, gofres, huevos, salchichas y patatas fritas. Las dos cogemos un vaso de leche y busco a mis compatriotas. Están en la misma mesa que ocupamos ayer, junto con otro par de caras desconocidas. No soy la única que ha recogido un pasajero.

Malachi y Zandri nos presentan a sus compañeros de habitación: Boyd y Nicolette. Los dos tienen el pelo oscuro, los ojos marrones y la piel tostada. No me sorprende cuando me entero de que los dos son de la misma colonia, Pine Bluff, situada al Sudeste del país. Boyd está en el grupo de Zandri, pero no veo muy bien el brazalete de Nicolette, el vestido que lleva tiene las mangas largas y muy volátiles y no dejan de revolotear por encima. Algo con un corazón, creo. Me escurro al lado de Tomas, que es el otro candidato de Five Lakes con la bolsa a cuestas, aunque me doy cuenta de que al menos un tercio de los candidatos, incluyendo las dos incorporaciones a nuestra mesa, las llevan consigo.

Con las conversaciones arremolinándose a mi alrededor, voy tomando pequeños bocados de fruta dulce e intento no pensar en lo que va a ocurrir. Si lo que he aprendido hasta ahora no es suficiente, ya no puedo hacer nada por cambiarlo. Para cuando me he acabado el desayuno, he descubierto que Nicolette y Boyd son primos. Sus familias trabajan en un cultivo de arroz y han estado peleándose con el sistema de gestión del agua. El arroz es un alimento que nunca he probado y del que no sé prácticamente nada. A Tomas también le resulta desconocido, pero oírles hablar de cuestiones relacionadas con la irrigación es suficiente para empezar una conversación animada e incluso aporta algunas ideas que Boyd cree que pueden ser útiles.

Estamos manteniendo una charla tan interesante que me olvido de mi preocupación hasta que una voz anuncia:

—Candidatos, dirigios a los ascensores donde los oficiales que os esperan os conducirán hacia la primera ronda de exámenes. Mucha suerte.

Mi corazón se precipita a mi estómago, perturbando el desayuno. Alguien me coge de la mano y la agarra con fuerza. Me giro y miro a Tomas a los ojos. ¿Está

nervioso? No sabría decirlo, pero me alegro de sentir la calidez y la firmeza de su mano cuando me levanto. Casi todas las chicas llevan los vestidos más bonitos y los zapatos más brillantes y nuevos que tenían. Me sentiría fuera de lugar con mi atuendo si no fuera porque Tomas está a mi lado. Las botas negras que lleva están gastadas y la camiseta de algodón y los pantalones marrones un poco descoloridos. Independientemente de las pruebas que nos planteen, casi puedo garantizar que Tomas y yo seremos los únicos que las realizaremos cómodos.

Los oficiales, con sus monos de color morado oscuro y rojo intenso, nos apiñan en las dos cabinas de los ascensores y nos conducen a la tercera planta. Tomas me aprieta la mano con más fuerza mientras esperamos de pie en el fondo de la pequeña habitación plateada y descendemos dos plantas. Algunos candidatos lanzan miradas de entendimiento hacia nuestras manos unidas y empiezo a soltarme, pero Tomas no me deja. No sé por qué centra su atención y su apoyo en mí, pero una pequeña y atemorizada parte de mí se alegra. Socios, nos llamó. Una palabra que empieza a quedarse corta ante el cosquilleo de ansiedad que siento en el estómago, que nada tiene que ver con los exámenes y sí con la manera en que mi mano se entrelaza con la suya.

La puerta del ascensor se abre y nos reciben más oficiales. Me da la sensación de que visten los colores reglamentarios para mostrar su estatus: están dejando claro que son adultos y que ellos están al mando.

Nos conducen hasta una gran sala con asientos y un escenario. Las brillantes luces que enfocan el escenario iluminan a un hombre barbudo de pelo canoso vestido con un mono morado. Sostiene un micrófono en la mano y evidentemente está esperando a que estemos todos sentados.

De la mano, Tomas y yo nos deslizamos hacia los asientos del fondo. Buscamos a Zandri y a Malachi, pero no los vemos. Los últimos estudiantes se van sentando mientras los oficiales que estaban en el vestíbulo entran en la sala y toman sus posiciones de pie en los pasillos. Finalmente el hombre empieza a hablar.

—Bienvenidos a Tosu, mi nombre es doctor Jedidiah Barnes. Hablo por mí y por mis colegas cuando digo que es un honor para nosotros que hayáis venido. —Su sonrisa y su voz son afectuosas—. Estáis aquí porque sois los mejores y los más brillantes, sobre vuestros hombros recaen las esperanzas de las Confederaciones Unidas. Entre vosotros, están los futuros líderes de nuestro país y todo líder debe ser puesto a prueba. Este es el proceso que empezáis hoy.

La gente se mueve inquieta en sus asientos. ¿Nervios? ¿Emoción? Admito que siento una combinación de ambos.

El hombre vuelve a sonreír.

—La Prueba consiste en cuatro partes. Durante los próximos dos días haréis los exámenes escritos. Se evaluarán vuestros conocimientos sobre historia, ciencia, matemáticas y comprensión lectora, al tiempo que nos dará una idea de vuestra lógica y de vuestras habilidades de resolución de problemas. Una vez evaluados estos

exámenes, haremos un primer corte.

La tensión en la sala provoca un par de muecas. Le aprieto la mano a Tomas, no se queja, pero tiene que estar incómodo.

—La segunda parte consiste en una serie de exámenes prácticos en los que podréis aplicar vuestros conocimientos y demostrar vuestra habilidad. Los que aprueben, participarán en la tercera parte: un examen que evaluará vuestra destreza para trabajar en equipo y os permitirá medir los puntos fuertes y débiles de vuestros compañeros. Por último, la cuarta parte se centrará en vuestras cualidades de liderazgo y de toma de decisiones. Los que obtengan notas altas en las cuatro secciones de la prueba deberán pasar por un examen individual con el comité de selección. Esta evaluación psicológica y de personalidad final nos ayudará a determinar quiénes continuarán sus estudios en la Universidad, donde os reuniréis con otras mentes destacadas para ayudar a devolver la gloria pasada a la tierra y a nuestro país. Es una meta muy ambiciosa, pero por lo que he oído de todos vosotros, y en especial de los que venís de colonias que no habíamos visto en años, estoy seguro de que podéis conseguirlo.

Los estudiantes de las filas que tenemos delante miran a su alrededor. Nos buscan a nosotros cuatro. Ryme me contó que causábamos interés a todo el mundo porque se decía que la colonia Five Lakes hacía tiempo que había desaparecido. Si existieran otras colonias que tampoco hubieran participado en la Prueba durante años, lo habría mencionado. Es probable que, al señalarnos, el doctor Barnes haya pintado dianas en nuestras espaldas. ¿Lo ha hecho adrede? La calidad refinada de su discurso me dice que sí. ¿Pretende alentar a los otros estudiantes a que nos pongan la zancadilla o está levantando el listón para que no nos ignoren como compañeros en el futuro?

El doctor Barnes le pasa el micrófono a una mujer esbelta cuyo mono rojo contrasta con su brillante cabello pelirrojo. Se presenta como la catedrática Verna Holt y dice:

—Ahora os conducirán a las aulas de los exámenes. A todos los candidatos se os ha asignado un grupo en función de vuestros éxitos académicos anteriores. El grupo al que pertenecéis está representado por el símbolo grande de vuestros brazaletes de identificación. Cuando veáis el símbolo de vuestro grupo en la pantalla que está detrás de mí, dirigios con el resto de miembros a los ascensores. Allí encontraréis un oficial que os acompañará a vuestra aula. Os deseo la mejor de las suertes en vuestro esfuerzo y espero trabajar con vosotros en los próximos días y semanas.

Se oye el zumbido de un motor y se despliega una gran pantalla blanca sobre el escenario. Aparece el símbolo de un corazón negro. La gente murmura al identificarlo; ha llegado su hora. Veo a Nicolette marchar por el pasillo y desaparecer por la puerta con la otra veintena de miembros de su grupo. Pasan varios minutos. Algunas personas cuchichean. Mantengo la respiración, esperando a que salga el siguiente símbolo en la pantalla.

Un triángulo: Malachi y Ryme.

Lejos, a nuestra izquierda, diviso el cuerpo menudo y delgado de Malachi levantándose de su asiento. La concentración o quizás el miedo le mantienen con los labios apretados mientras sube por el pasillo. Le dirijo un gesto de ánimo con los pulgares, pero tiene los ojos clavados en la espalda de la chica que va delante de él y no se da cuenta.

Se oyen menos murmullos, más movimientos incómodos mientras esperamos. Mi corazón late al ritmo del paso de los segundos. La pantalla parpadea: otro símbolo.

El mío.

Tomas coge aire y entonces me acuerdo: el nuestro. Aunque estoy segura de que nos dejará a todos atrás en las pruebas, me alegro mucho de que venga conmigo. Es una referencia a mi hogar, lo haré mejor sabiendo que está cerca.

Nos levantamos y nos unimos al resto del grupo. No puedo evitar darme cuenta de que somos menos que los otros. Cuando estamos en el pasillo, hago un recuento: diez, la mitad. ¿Esto es bueno o malo? Los dos oficiales con sus monos rojos y morados no me dan tiempo a preocuparme más por ello. Una mujer rubia nos pide que la sigamos. Se dirige por el pasillo hacia la izquierda y la seguimos. Un hombre con el pelo negro cierra la marcha.

La mujer que hay en la puerta nos indica que entremos y que tomemos asiento en uno de los pupitres. La puerta es estrecha. Tomas pasa primero y yo le sigo. Avanzo dos pasos y me detengo. Se me clavan los pies en el suelo y me sube el sabor de la bilis a la garganta.

Conozco esta habitación.

Paredes blancas.

Suelo blanco.

Pupitres negros.

Es la habitación de las pesadillas de mi padre.

Capítulo 6

Respiro hondo. Me obligo a mover las piernas al tiempo que me pregunto: «Si esta habitación del subconsciente de mi padre es real, ¿qué más lo será?». Si no supero el examen de hoy...

No; sustituyo esos pensamientos por el aquí y ahora. Preocuparme por lo que vaya a ocurrir no me ayudará a destacar en este examen. Respiración, concentración y relajación; estas son las tres cosas que hacen que mi mente funcione al máximo. Empiezo por la primera, hondo y despacio, inspiro y espiro. Cojo el lápiz amarillo que reposa sobre el pupitre y por el rabillo del ojo veo a Tomas mirándome con preocupación. Sacudo la cabeza y sonrío para decirle que no se preocupe; estoy bien. Estaré bien.

Mientras espero a que empiece el examen observo al resto de miembros del grupo. Tan solo hay otra chica en la sala, tiene el pelo largo y pelirrojo y la tela negra de su vestido contrasta perfectamente con su piel pálida. Su espalda está rígida y mantiene la vista al frente. Los chicos están igual de concentrados. Hay dos rubios, un pelirrojo, cuatro con diferentes tonos de castaño y Tomas. La mayoría son de complexión delgada, aunque los músculos del pelirrojo demuestran que lleva una vida llena de actividad. Mientras me pregunto fugazmente de qué colonia debe ser, un hombre alto y calvo que va de morado entra en la habitación cargado con una gran pila de papeles encuadernados.

Los exámenes.

El papel es muy valioso en nuestra comunidad puesto que durante las Siete Etapas de la Guerra se destruyeron muchos árboles. Por este motivo, el uso del papel está muy controlado en el colegio: cuando se utiliza y ya no puede volver a aprovecharse, se envía a la colonia Omaha para reciclar.

Sigilosamente, el oficial circula por la sala, deteniéndose en cada pupitre, sin cruzar la mirada con los candidatos ni una sola vez. Un gran cuaderno aterriza sobre la superficie negra y brillante delante de mí. En la tapa pone «Historia». En la esquina derecha veo el dibujo de mi brazalete, la estrella de ocho puntas con un rayo. Me muero por abrir la tapa y ver lo que hay en su interior, pero ninguno de los candidatos abre el suyo. El corazón me late con fuerza, pero espero.

El oficial se sitúa frente a nosotros. No se presenta, solamente dice:

—Completad lo que tenéis delante como mejor podáis. Si necesitáis beber agua, levantad la mano y se os traerá. Si necesitáis despejaros, levantad la mano y un oficial os acompañará hasta las instalaciones pertinentes y os traerá de vuelta aquí. Disponéis de cuatro horas que empiezan en este momento.

Pulsa un botón en la pared de delante y una pequeña pantalla desciende desde el techo: un cronómetro que corre hacia atrás.

El tiempo ha empezado.

Con los dedos temblorosos, abro el cuaderno por la primera página.

Pregunta: Explica la Primera Etapa de la Guerra de las Naciones.

Respuesta: El asesinato del primer ministro Chae rompió la Alianza Asiática e hizo estallar una lucha por el poder entre las otras naciones. Durante la guerra civil que se ocasionó, se lanzaron bombas sobre los Estados Coreanos que aniquilaron a la mayoría de la población y provocaron la fusión de dos reactores nucleares.

Pregunta: Nombra las dos primeras ciudades norteamericanas destruidas por la Coalición del Medio Oeste.

Respuesta: Washington D. C. y Boston.

Pregunta: ¿Qué grupo fue el primero en declarar la guerra a la Alianza Norteamericana?

Respuesta: La Coalición Sudamericana.

Pregunta tras pregunta, garabateo las respuestas con la esperanza de que sean correctas y de que los detalles que doy sean los que el comité de la Prueba espera. Preguntas sobre las bombas que se lanzaron, las ciudades que se destruyeron y la gente que murió. Más preguntas sobre los terremotos, las inundaciones y los huracanes de aire radiactivo. Acontecimientos que redujeron la población mundial a una fracción de lo que era. Todavía me asombra que alguien sobreviviera a los horrores sobre los que escribo y más aún, que tuvieran la fuerza y la convicción de querer cambiar las cosas. Respondo preguntas sobre el hombre de Five Lakes que creó el proceso de purificación de los ríos y sobre la mujer que modificó genéticamente la dureza de la hierba para que agarrara en la tierra y creciera. Preguntas sobre una gente y un mundo que lucharon por encontrar el camino de vuelta desde el filo de la destrucción.

Miro el reloj; ya han pasado tres horas. Estiro el cuello en un intento por relajar la tensión en las cervicales. Flexiono los dedos, que han estado agarrando el lápiz con mucha fuerza. Me planteo pedir un vaso de agua, pero al final decido no hacerlo, aunque un poco de agua me sentaría bien. Tampoco quiero arriesgarme a perder valiosos minutos yendo al baño. No mientras me queden preguntas por contestar.

Nombres, fechas, alimentos creados, tecnologías perdidas, fracasos y muertes. Todos los sucesos que contribuyeron a que yo me sentara en esta silla e hiciera este examen. Siento la vista cansada y borrosa, pero me obligo a concentrarme y a responder tantas preguntas como sea posible. Voy a empezar la última página cuando suena un timbre.

—Se acabó el tiempo. Cerrad vuestros cuadernos y dejad los lápices. Los oficiales en la puerta os acompañarán al piso de arriba para el almuerzo.

Tengo los músculos de las piernas agarrotados. Me pongo de pie y doblo las rodillas un par de veces antes de atreverme a caminar hacia la salida. Para cuando llegamos al comedor ya siento los músculos más sueltos, pero la idea de sentarme

otra vez no me atrae para nada. Como sé que necesito combustible, lleno el plato de rosbif, de hojas de col fresca y de rodajas de tomate al grill y me siento en la que ahora creo que es nuestra mesa.

Si ya me parecía que había demasiada tensión en el aula del examen, no estoy para nada preparada para el nivel de ansiedad que envuelve la comida. A mi alrededor todos hablan sobre las preguntas y las respuestas. ¿Fue el presidente Dalton quien ordenó lanzar la primera bomba sobre Londres? ¿Fue el primer terremoto de la Quinta Etapa el que sumergió el estado de California bajo el agua o fue el segundo? Lágrimas cuando una candidata descubre que las respuestas que dio eran incorrectas; euforia ante la más mínima victoria. Intento ignorar la emoción que envuelve el comedor y hago lo que puedo por desviar la conversación de mi mesa hacia otro tema que no sean las preguntas que hemos respondido.

Zandri está encantada de cambiar de tema. Solo necesita un empujoncito para empezar a hablar de lo poco que logró ver a nuestra llegada a Tosu y de los cuadros que la ciudad le ha inspirado. Enseguida todo el grupo comenta las cosas interesantes que han visto desde que se marcharon de casa, todos menos Tomas. Sonríe y hace ver que escucha, pero veo en sus ojos que está con la cabeza en otra parte. ¿Se quedaría en blanco bajo tanta presión y suspenderá el primer examen? Intento llamar su atención para preguntarle en silencio lo que no puedo decirle en voz alta, pero tiene la mirada fija en el pastel de limón que tiene delante.

Se nos permite regresar a nuestras habitaciones para ir al baño. Vuelvo a contar las tortitas de maíz; todavía nueve. Después, llega la hora del siguiente examen escrito. Hay lápices recién afilados sobre los pupitres. Se nos entregan los exámenes y esta vez el título del cuaderno es «Matemáticas». El oficial repite textualmente el discurso previo al examen sobre el agua, los servicios y el tiempo que tenemos para el examen. Otra vez desciende el reloj y todo el mundo abre los cuadernos. El sonido de los lápices rascando el papel y de las gomas borrando con desesperación acompaña mi tarea.

Si termino una pregunta demasiado rápido, compruebo y vuelvo a comprobar el ejercicio por si la pregunta no es tan simple como parece. Si me entretengo demasiado con un problema, oigo el paso de cada segundo robándome tiempo para los que me quedan por resolver. Me niego a mirar alrededor de la sala ante el miedo de encontrar a alguien sentado tranquilamente en su pupitre con las manos cruzadas delante de él: ha terminado. Todavía me quedan tres páginas por hacer cuando suena el timbre. Se me hunde el corazón: con tantas respuestas sin responder, seguro que he suspendido.

El oficial nos encomienda a los acompañantes. Cojo la bolsa y contengo las ganas de implorar más tiempo. En casa, la señora Jorghen probablemente nos lo habría concedido; le encantaba cuando mostrábamos dedicación y determinación. Aquí solo quieren resultados.

Nos permiten treinta minutos para asearnos en nuestras habitaciones antes de la

cena. Preferiría meterme en la cama y cubrirme la cabeza con las sábanas antes que tener que comer y ver a los demás. Es suficiente con tener que poner buena cara ante Ryme, que parece tan fresca y lozana como por la mañana. Un vistazo al reflector me confirma lo que ya sé: estoy hecha polvo.

—¿Cómo te ha ido? —pregunta Ryme con una sonrisa amable—. La sección de historia me pareció un poco simple, ¿no crees?

Pienso en la página final en blanco y me encojo de hombros.

—Creo que cubría los puntos importantes.

—Y la sección de matemáticas era larga pero, sinceramente, si alguien no sabe diferenciación no debería estar aquí.

La sección de cálculo estaba en medio. Al menos habla sobre algo que he completado.

Ryme coge el plato con las tortitas de maíz y me las ofrece. Meneo la cabeza y las retira; y continúa hablando.

—Me había imaginado los exámenes más difíciles. ¿Cómo van a descartar así a la gente que claramente no debe estar aquí?

La sonrisa de lástima que me dirige me revuelve el estómago. No hay duda de quién cree que debería ser la primera en irse.

Es un alivio cuando se anuncia la cena. Apenas presto atención a lo que me pongo en el plato antes de sentarme en mi sitio al lado de Tomas. Los otros compañeros de colonia aún tienen que hacer acto de presencia. Tomas esboza una sonrisa, parece cansado. El mismo cansancio que vi en el reflector hace unos minutos.

—¿Cómo te ha ido? —pregunta.

Se oye el ruido metálico de la plata chocando contra la porcelana. La gente está riendo y hablando alto para hacerse oír entre el barullo. O están alardeando de sus destrezas intelectuales o están hundidos en la miseria. Nadie nos está escuchando, así que decido ser sincera.

—No respondí todas las preguntas, me quedé sin tiempo.

Su sonrisa se vuelve mucho más amplia y se pasa la mano por el pelo.

—Pensé que era el único. No sé cómo esperan que alguien responda a tantas preguntas en cuatro horas. Creí que se me iba a fundir el cerebro después del examen de matemáticas.

Me río y siento cómo la tensión de mi cuerpo afloja un poco. Si alguien tan listo como Tomas no completó los exámenes, dudo que muchos lo hayan hecho.

Llegan Malachi, Zandri y sus compañeros de habitación con la preocupación y la fatiga dibujándose en sus ojos. Me pregunto si ellos también dejaron páginas en blanco. Pienso en el alivio que sintió Tomas cuando supo que alguien más había dejado el examen sin terminar y sopeso la reacción de aquellos que nos están escuchando tras las cámaras, que sin duda están merodeando cerca. Tras un instante, tomo la decisión.

—Bueno, no sé cómo os habrá ido a vosotros, pero yo no terminé ninguno de los

dos exámenes.

Todos me miran con los ojos muy abiertos y con los tenedores a medio camino. Después de unos segundos, Nicolette admite:

—Yo tampoco.

—Ni yo —dice Malachi. Mira a su compañero de habitación—. ¿Y tú?

Boyd mira enfurruñado hacia el puré de patatas.

—No. Dejé cinco páginas de Matemáticas sin contestar.

—A mí me quedaron cinco y media —dice Zandri.

Dos candidatos esbeltos y de piel blanca sentados en la mesa de detrás de Zandri se giran para mirarnos de frente. Sus ojos verdes idénticos analizan nuestras caras. Solo se diferencian el uno del otro por la longitud del pelo: uno lo lleva largo y el otro corto. El que lleva el pelo recogido en el cogote pregunta:

—¿Habéis dicho que no terminasteis el examen?

Los demás compañeros de mesa se ponen tensos y yo exhalo un suspiro; todo por pensar que el ruido cubría la conversación. Levanto la barbilla y respondo:

—Había demasiadas preguntas y no pude terminarlas todas. Casi lo consigo en Historia, pero en Matemáticas probablemente me entretuve demasiado revisando los ejercicios.

Los gemelos de ojos verdes se miran el uno al otro. Sin decir palabra se levantan, recogen sus platos y se mudan a los asientos vacíos de nuestra mesa. El del pelo largo dice:

—No os podéis imaginar lo agradable que es oír por fin a alguien admitiendo que no terminó los malditos exámenes. —Extiende la mano—. Soy Will. Mi hermano Gill y yo somos de la colonia Madison.

Madison está a tan solo un par de horas de Five Lakes. Mi padre ha viajado hasta allí en un par de ocasiones en los últimos dos o tres años; algo en la tierra ha estado matando sus cosechas. Por el modo en que los gemelos se han llenado los platos y el aspecto poco saludable de su piel, diría que todavía no hay suficiente comida para todos. Me alegro de que ahora tengan comida porque no puedo evitar que me caigan bien cuando bromean con que deberían haberles permitido hacer los exámenes juntos. Nos explican que todo el mundo dice que comparten un solo cerebro: Gill es bueno en Matemáticas y Ciencia, en cambio Will es mejor en Historia, Inglés y Lenguas.

Una vez hemos intercambiado impresiones sobre los exámenes de hoy, Will y Gill consiguen terminarse tres platos de comida mientras nos describen a su familia y la colonia Madison, en cuya ciudad viven. Su padre trabaja en la fábrica de papel mientras que su madre es empleada en una granja lechera. La vida es claramente difícil para algunos en su colonia, pero los gemelos son alegres y optimistas. Nos hacen reír con historias divertidísimas sobre sus intentos de ordeñar una vaca y sobre lo complicado que era para su propia familia saber quién era quién hasta que Gill se apiadó de ellos y se cortó el pelo. Los demás también compartimos nuestras historias de casa y veo más de una cara envidiosa girada hacia nuestra mesa mientras nos

reímos. La risa sienta tan bien; nos levanta el ánimo, relaja la tensión de nuestros cuerpos y nos renueva el espíritu. Cuando termina la cena, la mayoría de los otros candidatos desaparecen a sus habitaciones, pero nosotros pedimos permiso para quedarnos un rato más en el comedor. Ninguno quiere abandonar el consuelo de los amigos.

Cantamos nuestras canciones preferidas. Tomas y yo entonamos un dúo que aprendimos en el colegio y cuya letra habla sobre la esperanza de la primavera y de un mundo que renace. Nuestras dos voces se funden y resuenan en el comedor, donde los oficiales encargados de limpiar tras la comida se detienen y nos escuchan. Todos regresamos más ligeros a las habitaciones y la sensación persiste aun cuando Ryme expresa su alivio por que el examen de mañana envíe a algunos a casa. Hoy, al dormir con la bolsa escondida y apretada contra el pecho, paso una noche libre de sueños.

Nos reunimos todos otra vez en el desayuno con aspecto relajado, aunque estamos tensos. No hay ningún tema que consiga quitarnos la ansiedad, nos estamos preparando mentalmente para el siguiente examen: Ciencias.

Tablas periódicas, balanceo de fórmulas químicas, ecuaciones de física... Esas son las primeras preguntas y son fáciles, comparadas con las que piden las explicaciones científicas de las mutaciones de insectos y animales que ahora pueblan el mundo. En cambio, la sección de plantas alteradas genéticamente está chupada, teniendo en cuenta la experiencia práctica que tengo en el tema. Aunque no se me da bien la jardinería, entiendo los conceptos escondidos tras la creación de híbridos y los factores que influyen en su éxito.

El tiempo acaba demasiado pronto. Dos páginas sin contestar. El almuerzo y después la cuarta parte: Comprensión lectora y aptitudes lingüísticas. Cuando termino tengo los ojos doloridos y el cuerpo entumecido por el cansancio, pero me doy cuenta de que el reloj todavía está avanzando. Faltan diez minutos para terminar el examen.

Me inunda el pánico. ¿Respondí demasiado rápido a las preguntas? ¿Habré dado respuestas incorrectas o incompletas por ir demasiado rápido? Me muero por abrirlo otra vez y reparar los errores que haya podido cometer. Y aun así, oigo la voz de mis padres en mi cabeza. El consejo que me dieron sentados a mi lado en la mesa de la cocina, haciéndome preguntas para un examen: que me tomara mi tiempo y que no cuestionara mis respuestas; casi siempre mi primer instinto será el correcto.

Dejo el lápiz, cruzo las manos delante de mí y, por el rabillo del ojo, veo a Tomas haciendo lo mismo: él también ha terminado. Echa un vistazo rápido a la sala y me dirige una de sus sonrisas con hoyuelo.

Quedan cinco minutos. Cuatro. Tres. Dos. Los lápices siguen corriendo, los candidatos levantan los ojos hacia el reloj y de vuelta al papel enfrente de ellos, se desesperan por completar una última pregunta más. Suena el timbre. La primera ronda de los exámenes ha terminado.

Nos acompañan hasta los ascensores mientras algunos chicos chocan las manos en el aire y lo celebran. Me siento cansada y aliviada, lo he hecho lo mejor que he

podido; lo que pase ahora está fuera de mi alcance. Tomas me da un apretón rápido en la mano al abrirse las puertas del ascensor. Entonces desaparece por el vestíbulo con los otros chicos y yo me dirijo hacia la otra dirección. Me desconcierta que Ryme haya llegado a la habitación antes que yo otra vez. Está sentada en el escritorio, curvada sobre una figurita de plata que debe haber traído de casa. Sigue habiendo nueve tortitas de maíz en el plato. Su sonrisa es radiante, incluso un poco maníaca, cuando me ve entrar.

—¿Cómo te ha ido?

Me descuelgo la bolsa del hombro y decido responder con sinceridad:

—No he completado la sección de Ciencias.

Ryme entrecierra los ojos, se muerde el labio inferior y me estudia durante varios segundos. Supongo que pretende averiguar si estoy diciendo la verdad. Probablemente creerá que estoy intentando meterme en su cabeza, ya que es lo que ella haría. Afróntalo, alguien que trae un montón de tortitas de maíz y no se come ni una sola no tiene ningún reparo en jugar con la mente de otro.

Finalmente me sonrío con suficiencia.

—Supongo que los colegios de la colonia Five Lakes no son tan buenos como los de Dixon. Mala suerte, una de las dos no estará mucho más tiempo por aquí.

Me invade una oleada de calor. Clavo las uñas en las palmas de las manos mientras me esfuerzo por controlar el enfado, pero no puedo evitar decir:

—Nuestros profesores lo hicieron bastante bien. A Tomas y a mí nos ha sobrado tiempo en la sección de lectura, ¿y a ti? —La sorpresa en la cara de Ryme me confirma que no y se me escapa una sonrisa mezquina—. Supongo que es verdad que una de las dos se va a ir a casa. Mala suerte; y no olvides llevarte las tortitas cuando te vayas. —Mi tono es desdeñoso, como el que pongo cuando mis hermanos se confabulan contra mí y decido devolvérsela con un golpe bajo. Me invade un calor diferente, de vergüenza. Espero a que Ryme me conteste con otro comentario hiriente, me lo merezco, pero no lo hace. Tiene la mirada baja centrada en sus manos.

—Lo siento —digo.

Vuelve a levantar la mirada para encontrarse con la mía. Sus labios se extienden en una gran sonrisa.

—¿Por qué? —pregunta con dulzura—. Solo estás intentando sentirte mejor después de reconocer que hoy no te ha ido bien. En la escuela, muchos alumnos más pequeños solían hacer lo mismo, así que lo comprendo perfectamente.

Uf... La niña está pidiendo una bofetada. Para evitar hacer algo de lo que luego me arrepentiría, me dejo caer sobre la cama, cierro los ojos y le doy la espalda hasta que anuncian la cena. Antes de que el mensaje haya terminado ya he salido por la puerta.

La cena resulta ser una velada eufórica. Todo el mundo está cansado, pero el estrés de tener que rendir bajo presión ya ha desaparecido por la noche. La comida también ayuda a mantener el ambiente relajado: hay *pizza*. Caliente y pringosa, es lo

mejor que he comido nunca y me zampo seis trozos hasta que siento que me va a estallar la barriga. Zandri hace que los gemelos nos cuenten chistes y todos nos estamos riendo cuando el altavoz silba y cruje.

—Malencia Vale, por favor dirígete al vestíbulo. Gracias.

El comedor se queda en silencio y me estalla el corazón en el pecho. ¿Los oficiales han decidido suspenderme ya? En la mesa todos me miran con ojos interrogantes. Debo parecer asustada, porque Tomas me coge la mano y dice:

—Apuesto a que quieren pedirte que des clases en lugar de recibirlas. Asegúrate de que te ofrezcan mucho dinero antes de aceptar.

Seguro. Esbozo una leve sonrisa y me levanto. Siento todas las miradas sobre mí cuando, con el cuerpo rígido, cruzo el pasillo, paso por delante de todas las mesas y salgo por la puerta lateral. Seguramente en el comedor se están peleando por conseguir los puestos con mejores vistas a través de la pared de cristal. Sujeto la bolsa con fuerza y me quedo de pie en el vestíbulo, esperando lo que tenga que ocurrir.

—¿Malencia Vale?

Me giro hacia la derecha al escuchar la voz familiar. Es el hombre canoso y amable de la reunión de ayer por la mañana, el doctor Jedidiah Barnes. Hay dos oficiales detrás de él, ambos vestidos del morado oficial.

—Todo el mundo me llama Cia —digo.

Sonríe.

—Los dos nombres son bonitos. —Intento pensar una respuesta, pero no lo consigo. Por suerte no hace falta, porque dice—. Disculpa que te haya sacado de la cena, pero los amigos de Ryme Reynald han expresado preocupación por su paradero. ¿Cuándo la has visto por última vez?

Pestaño. Es por Ryme, no por mí, no por mi resultado en los exámenes. Me invade el alivio, y después la confusión.

—Ryme estaba sentada en su escritorio cuando salí a cenar.

—¿Y estaba bien?

Arrogante, irritante, irracionalmente polémica...

—Creo que estaba un poco estresada después de los exámenes de hoy.

—Ocho horas de exámenes durante dos días seguidos son suficientes para estresar a cualquiera. —La sonrisa del Doctor Barnes es de disculpa—. Cada año nos planteamos repartir los exámenes durante la primera semana, pero nos parece que es mejor terminar rápido con la primera sección. Demasiado tiempo para pensar en las pruebas también produce estrés. —Suspira—. ¿Te importa que echemos un vistazo a tu habitación? La señorita Reynald seguramente ha decidido saltarse la cena, pero nos gustaría asegurarnos.

—Claro. —Es decir, en realidad no es mi habitación—. Adelante.

Sonríe otra vez.

—Tendrás que venir con nosotros. La Ley establece que los oficiales no están

autorizados a entrar en la habitación de ningún candidato a menos que esté presente o se trate de una emergencia incuestionable.

Me alegro de que no hubiera ningún examen sobre las leyes de las Confederaciones Unidas porque lo habría suspendido sin ninguna duda. Avanzo por el pasillo, irritada por el drama que ha montado Ryme y porque me haya metido en él. Los pasos del doctor Barnes son suaves, pero los otros dos oficiales pisan fuerte y las botas se oyen en todo el pasillo. Si Ryme está dentro, seguro que nos ha oído venir.

Giro el picaporte, empujo la puerta y doy un paso hacia adentro. El olor a orina y a tortitas de maíz me golpea primero. Y entonces la veo, suspendida del techo, colgando de una tela colorida, con la cara roja y llena de manchas, con los ojos desorbitados de terror, el cuello desencajado y con sangre de haber luchado, por instinto o porque cambió de idea.

Grito al darme cuenta de la realidad de lo que estoy viendo. Grito con fuerza.

Ryme está muerta.

Capítulo 7

Me ayudan a levantarme, me sacan al pasillo y me piden que espere. Desde todas las direcciones llegan corriendo más oficiales vestidos con mono. Oprimo la bolsa contra el pecho como si fuera la manta de seguridad de un bebé mientras la actividad discurre a mi alrededor. Descuelgan a Ryme del techo y aparece una camilla. Cuando se la llevan apresuradamente por delante de mí reconozco la cuerda que aún lleva al cuello: su vestido, el que le sentaba tan bien ayer, atado a una sábana.

No puedo evitar vaciar el estómago o que corran lágrimas calientes y rápidas por mis mejillas; por ella, por mí, por no ver la desesperación y la depresión bajo su fachada arrogante. ¿Acaso mi provocación por haber finalizado el último examen la empujó al precipicio? ¿Podría una palabra amable haberla salvado?

—¿Cia?

Parpadeo y me doy cuenta de que el doctor Barnes me tiene cogida por los hombros y me mira a los ojos. Pestañeo otras dos veces y trago la bilis agolpada en la garganta. Sin articular palabra, asiento para que sepa que le escucho.

—Van a asignarte otra habitación. —Se apoya en la pared a mi lado—. ¿Quieres hablar de lo que ha pasado?

No, pero lo haré, tengo que hacerlo. En voz baja, le hablo de la arrogancia de Ryme y de las provocaciones que me lanzó hoy, de mi reacción y de la disculpa que le pedí finalmente. Le hablo incluso de las tortitas de maíz y de lo que sospechaba que contenían. Sabe escuchar, sus ojos marrones y profundos me miran sin censura. Asiente con la cabeza, y me anima a seguir hablando, sin que en ningún momento se le escape la vista hacia los oficiales que entran y salen de la habitación, que limpian el suelo a mi lado y que hablan entre susurros sobre retirar las pertenencias de Ryme.

Cuando termino me siento vacía, en cierto modo es mejor que sentirme asfixiada por la culpa. El doctor Barnes me asegura que la muerte de Ryme no es culpa mía; como habíamos comentado antes, la tensión es difícil de soportar. Algunos estudiantes lo llevan mejor que otros: unos no comen, otros no duermen... y Ryme se quitó la vida. Aunque es una tragedia, es mejor para las Confederaciones saber de antemano que Ryme no es capaz de enfrentarse al tipo de presión bajo la que se vería obligada a reaccionar en el futuro. Este acontecimiento es una desgracia, pero la Prueba sirvió a su propósito. Solo espero que la decisión de Ryme de finalizar su candidatura no afecte los resultados de la mía.

¿Finalizar su candidatura? Se me hiela la sangre. Un oficial de morado nos informa de que otra habitación está lista y el doctor Barnes me da un apretón en los hombros. Sonrío y le digo que estaré bien, que me siento mejor después de haber hablado con él. Espero que no note que miento, porque aunque hablaba en un tono amable, detecté la indiferencia en sus palabras. Para él esto solo era otra prueba, una prueba que Ryme ha suspendido. Si no voy con cuidado, suspenderé yo también.

Me enseñan mi nueva habitación al final del pasillo. Las paredes son de color amarillo; me recuerdan al vestido que llevaba Ryme el día que la conocí. El oficial me pregunta si me parece bien no tener compañera de habitación. Si prefiero estar acompañada, seguro que alguna oficial estaría encantada de dormir en la otra cama.

No, no quiero estar sola. Despierta ya me está costando no pensar en los ojos sin vida de Ryme; dormida estaré indefensa para evitar que me persigan. Pensar que estaré sola durante el calvario hace que quiera hacerme una bola en un rincón.

Pero las palabras del doctor Barnes resuenan en mi cabeza. La Prueba abarca más de lo que sucede en las aulas; pedir ayuda para pasar la noche sería interpretado como una debilidad, y los líderes no son débiles. Y en la Prueba se están buscando líderes.

Así que le agradezco la proposición y le digo:

—Puedo quedarme sola. —Me dice que si cambio de idea se lo haga saber al oficial que hay en el mostrador y que si necesito ayuda para dormir pueden darme algún somnífero. Después sale de la habitación y cierra la puerta.

Miro alrededor de la habitación. Aparte del color, es una réplica exacta de la que tenía antes. Oigo voces apagadas y ruido de pasos, los demás candidatos están regresando a las habitaciones después de la cena. Por un segundo, me planteo abrir la puerta y salir en busca de mis amigos. La sonrisa de Zandri, un apretón en la mano de Tomas e incluso la mirada tranquila de Malachi me ayudarían a aliviar la tristeza, pero no abro la puerta, porque eso también se podría considerar una muestra de debilidad. Por el contrario, me ducho, me pongo el pijama, lavo la ropa sucia y la tiendo.

Tumbada en la cama, me quedo mirando el techo, intentando evocar recuerdos felices, cualquier cosa que desvíe la imagen de Ryme colgando de la lámpara. No puedo evitar preguntarme si mi padre presencié algo similar, si su cerebro inventó un recuerdo más espantoso aún del que en realidad tenía para compensarlo. En este preciso instante, me parece más que posible.

Todo está tranquilo. Los demás se han metido en la cama y duermen. Se preparan para lo que vaya a ocurrir mañana. Yo todavía estoy despierta, tengo las luces encendidas y lucho contra la pesadez de ojos. Estoy a punto de perder la batalla cuando algo me llama la atención: un pequeño brillo redondo en el techo, igual que el que vi en el aerodeslizador.

Una cámara.

No debería sorprenderme que haya una cámara observándonos incluso durante las actividades más rutinarias como dormir y vestirnos, pero sí, me sorprende. ¿Por qué encontré a Ryme? ¿Solo están vigilando esta habitación? Descarto la idea inmediatamente; si vigilan una, estoy segura de que las vigilan todas, y me quedo sin aire al entender lo que esto implica. Si hay cámaras en cada habitación significa que alguien vio a Ryme quitar la sábana de la cama, atarla a su vestido y decidir el mejor sitio para atarla finalmente a la lámpara del techo. Estaban mirando cuando saltó de la silla. La vieron luchar contra la cuerda, arañarse el cuello en un intento por liberarse y

vieron cómo su cuerpo se relajaba al apagarse.

Podrían haberla salvado, pero la dejaron morir.

Me obligo a parecer tranquila mientras me acerco al interruptor de la luz y dejo la habitación a oscuras. Quienquiera que esté mirando, no quiero que vea el horror que siento. Entierro la cabeza entre las sábanas y, por costumbre, me aferro la bolsa al pecho. Me pregunto si esta noche la gente de detrás de la pantalla estará reviviendo la muerte de Ryme en sueños. Es mezquino por mi parte, pero espero que así sea, porque yo lo estoy haciendo incluso antes de dormirme.

La cara llena de manchas y los ojos vidriosos y ensangrentados de Ryme me persiguen en sueños. Su voz se burla de mi ineptitud. Me ofrece tortitas de maíz y esta vez cojo una y me la como. Cada vez que me despierto, me obligo a calmarme para no gritar o revolverme en la cama. Mantengo la cabeza bajo las sábanas por si acaso la cámara puede ver más de lo que creo, y me esfuerzo por barrer los pensamientos horrorosos de mi mente antes de quedarme dormida otra vez.

Cuando suena el aviso de la mañana, me alegro de salir de la cama. Voy al baño y me observo en el reflector; parezco cansada, pero no más de lo que parecía ayer por la mañana. Lo tomo como una buena señal, así que me visto y me cepillo el pelo mientras exploro el baño en busca de miradas indiscretas. No hay ninguna cámara, al menos ninguna que yo pueda ver. Los oficiales no deben estar interesados en nuestros hábitos de higiene. Me dejo el pelo suelto sobre los hombros con la esperanza de que le quite protagonismo a los ojos fatigados, cojo la bolsa y salgo a desayunar.

Tomas y los gemelos ya están sentados cuando llego. La cara de Tomas expresa alivio y antes de sentarme me envuelve en un fuerte abrazo. Cuando tomo asiento, mira mi plato con atención. En un esfuerzo por parecer normal, lo he llenado de beicon, huevos, patatas, fruta y bollos. Inmediatamente me meto un trozo de beicon en la boca para que no me pregunten por ayer. Funciona hasta que llegan Zandri, Malachi y sus compañeros de habitación. Una vez estamos todos sentados, Tomas pregunta:

—¿Va todo bien? Anoche estuvimos esperando a que volvieras.

Todos esperan mi respuesta. Me repito las palabras del doctor Barnes en la cabeza. ¿Pretendía que guardara silencio? No lo creo, así que digo con calma:

—Ryme está muerta, se suicidó ayer por la noche.

Los candidatos de Five Lakes muestran diversos grados de sorpresa. Los gemelos suspiran y se miran dando a entender que lo sospechaban. Tras unos instantes, Will dice:

—Nos imaginamos que sería algo así. Nuestro profesor nos advirtió sobre la presión. Fue oficial de la prueba durante unos años y dijo que había al menos dos o tres suicidios en cada clase.

Ryme ha sido la primera. No puedo evitar preguntarme quién puede ser el siguiente. A juzgar por su silencio, diría que mis amigos están pensando lo mismo.

Hablamos un poco más sobre ello y después nos concentramos en comer. Le doy

la comida que me sobra a Malachi, quien sin duda ha engordado desde que llegamos aquí hace tres días, y guardo un bollo en la bolsa. No sé si se nos permite sacar comida del comedor, pero me imagino que si alguien tras las cámaras se opone, me detendrán. Nadie lo hace.

Suena otro aviso. Marchamos hacia los ascensores y rápidamente volvemos a entrar en la sala de conferencias. El doctor Barnes está de nuevo al frente. Nos sonrío a todos mientras vamos tomando asiento y nos da la enhorabuena por haber finalizado la primera fase de la Prueba.

—Los exámenes están siendo evaluados en este momento por el personal de la Prueba. Como somos conscientes de vuestras habilidades individuales, cada grupo tiene su propio conjunto de requisitos para conseguir el aprobado. Después de comer nos reuniremos con cada candidato y os notificaremos si habéis aprobado o si la Prueba ha terminado para vosotros. Hasta entonces, podréis disfrutar del tiempo libre como preferáis, ya sea en vuestras habitaciones, en el comedor o en la zona exterior delimitada.

Exterior; pensar en aire fresco me levanta el ánimo. El doctor Barnes nos advierte que todos los candidatos que salgan al aire libre deben permanecer dentro de la valla que rodea el Instituto de la Prueba y que romper esta regla es motivo suficiente para provocar la expulsión automática del proceso.

Los candidatos se mueven en sus asientos, preparándose para salir corriendo por la puerta, cuando la expresión del doctor Barnes cambia y refleja tristeza. Y aunque estoy preparada para oír sus palabras, contengo la respiración y se me humedecen los ojos.

—Siento comunicaros que la candidata Ryme Reynald se quitó la vida ayer por la noche.

Algunos estudiantes se quedan sin aliento y otros gritan, pero detecto más de una sonrisa maliciosa escondiendo un «uno menos». Intento retener las caras que hay detrás de esas sonrisas por si acaso.

El doctor Barnes continúa:

—Sabemos que es un proceso difícil, pero espero que los que os quedáis habléis conmigo o con alguno de los demás oficiales si os sentís superados por la presión; estamos aquí para ayudar. Disfrutad de vuestra mañana de esparcimiento. Os deseo la mejor de las suertes para esta tarde.

En función de dónde se quiera pasar la mañana, se conduce a los candidatos hacia uno de los dos ascensores. El de la izquierda sube a las habitaciones en la quinta planta, pero todos los que venimos de la colonia Five Lakes nos dirigimos al de la derecha.

El sol brilla, la hierba es verde y agradable y sopla una brisa suave cuando salimos al exterior. Dos oficiales vestidos de morado custodian la puerta de entrada, pero por lo demás, tenemos toda la zona vallada que rodea el Instituto de la Prueba para nosotros solos. Los edificios de la Universidad brillan al sol, a tan solo unos

pocos pasos de la valla, y el conocimiento que albergan me recuerdan por qué estoy aquí.

Tan solo unos cuarenta candidatos optan por salir. Como muchos están cogiendo sitio en la hierba de la parte delantera, los cuatro de Five Lakes bordeamos el edificio hacia la parte de atrás. Allí encontramos varios árboles altos con flores y tres bancos junto a un pequeño estanque. Las ondas de agua limpia y clara y el brillo del sol tienen un efecto rejuvenecedor en mí. Mientras los demás se sientan en los bancos, yo me quito las botas y los calcetines, me arremango los pantalones y me meto dentro. Ahí es cuando veo la tubería metálica en el medio del agua.

¿Una fuente? Me acerco; sí, estoy segura. Camino por el agua hacia el otro lado del estanque y encuentro el cuadro eléctrico camuflado discretamente entre un montón de rocas. El diferencial del cuadro indica que la fuente está encendida, así que ¿por qué no funciona? ¿Se trata de otra prueba?

Dejo la bolsa en el suelo y cojo la pequeña navaja de bolsillo que traje como uno de mis dos objetos personales. Tiro del destornillador, retiro la tapa del cuadro y miro dentro. Ninguno de los cables o conexiones parece dañado y no hay marcas negras que indiquen sobrecarga o calcinado. El diferencial está conectado correctamente, así que el problema debe estar en la bomba.

De vuelta al centro del estanque, me inclino hacia abajo y miro la bomba a través del agua clara; es compacta y parece que no sufre ningún desperfecto. Me planteo sacarla, pero me doy cuenta de que hay alguien mejor preparado para el trabajo, alguien que instaló un sistema de riego al completo en la granja de sus padres.

Tomas deja el banco con mucho gusto y le echa un vistazo. Zandri y Malachi se ríen de nosotros mientras fisgoneamos la bomba, pero al cabo de un rato se sumergen en una conversación relajada, dejando que Tomas y yo nos las arreglemos solos.

Él cree que el problema podría estar en el impulsor, en cambio yo digo que en el motor, así que decidimos sacar la bomba para ver quién tiene razón. Tomas utiliza mi navaja para desatornillar la bomba de la base y nos dirigimos a la orilla. Unos segundos después retiramos la tapa y lanzo un grito de victoria: el impulsor está perfecto, pero el motor tiene una conexión suelta. Le dedico un rato a hacer unos pequeños ajustes y doy el problema por solucionado. Tomas vuelve a poner la tapa y coloca la bomba de vuelta en el estanque. Segundos después, un chorro de agua sale disparado al aire, dejándonos empapados a los dos.

Problema resuelto.

Nos tumbamos sobre la hierba para que el sol nos seque la ropa e intento aferrarme al sentimiento de felicidad que siento siempre que consigo arreglar algo. Giro el brazalete sobre mi muñeca y busco el cierre con la uña mientras los cuatro hablamos sobre nuestras familias y sobre lo que debe estar ocurriendo en Five Lakes en estos momentos. Los ojos de Zandri adoptan una expresión ausente, echa de menos a los suyos. Yo también, y no puedo evitar preguntarme si mañana aún estaremos aquí los cuatro para hablar de casa.

Creo haber encontrado el cierre del brazalete cuando nos llaman para ir a comer. Al apretar el lateral de la segunda pieza con el cuchillo, escucho un clic que me confirma que estoy en lo cierto. Voy a mencionárselo a los demás, pero ya están de camino al edificio. Con cuidado, me vuelvo a abrochar el brazalete mientras camino hasta el otro lado del estanque para bajar el diferencial. La fuente borbotea y se detiene. Quizás aquí pueden derrochar energía, pero no puedo evitar tener en cuenta los valores que me han inculcado toda la vida; el derroche es innecesario. Tomas me espera mientras me apresuro a alcanzarlos. La mirada cariñosa de aprobación en sus ojos hace que se me acelere el corazón.

Mientras que en las dos últimas comidas todo el mundo charlaba, el ambiente a la hora de comer está apagado. Se puede ver la tensión en los ojos de todos mirando el reloj que cuelga en la pared tras el bufet. Nadie sabe exactamente cuándo empezarán las entrevistas para dar los resultados, pero sabemos que será pronto. Todo el mundo deja comida en el plato. Meto una manzana en la bolsa mientras los gemelos intentan mantener el ambiente relajado contando chistes. Todos fingimos reír.

El altavoz cruje:

—Por favor, regresad a vuestros dormitorios. Cuando escuchéis vuestro nombre, abandonad la habitación enseguida junto con vuestras pertenencias. Un oficial os acompañará a la sala de resultados que se os haya asignado. Mucha suerte.

Las sillas se arrastran contra el suelo y los candidatos empiezan a dirigirse a sus habitaciones. Nuestra mesa es la última en levantarse. Miro las caras de todos, uno a uno: Tomas, Malachi, Zandri, Nicolette, Boyd, Will y Gill; las posibilidades de que todos pasemos a la siguiente ronda son mínimas. Nadie dice nada. Desearnos suerte no cambiará el trabajo que ya hemos hecho ni los resultados que ya están decididos, así que nos apretamos la mano y nos despedimos hasta más tarde, aunque sabemos perfectamente que no será así.

Espero en mi habitación mientras se van anunciando nombres por el altavoz, intentando no pensar en las palabras de mi padre. No puedo evitar preguntarme por qué nadie ha mencionado nunca qué ocurre con los candidatos que no pasan la Prueba. ¿Qué fue de ellos? ¿Qué será de nosotros?

Van diciendo nombres desconocidos, pero entonces escucho el de Malachi seguido rápidamente por el de Tomas. El tiempo se paraliza, aunque el reloj diga lo contrario. Finalmente, me quedo sin aire cuando suena mi nombre. Entro en el vestíbulo, donde una mujer vestida de rojo me acompaña en silencio hasta los ascensores. Pulsa el número dos y las puertas se cierran. Cuando se abren, otra oficial asiente y me pide que la siga por un pasillo largo y blanco hasta un conjunto de puertas de madera oscura. Abre la puerta de la izquierda y se retira a un lado para que entre sola en la habitación.

La sala es pequeña, con tan solo una reluciente mesa negra y dos sillas del mismo color que contrastan con las paredes blancas. La mujer morena que hay detrás de la mesa me pide que me siente. Sigo su orden y me seco las palmas sudorosas en los

pantalones. Me mira a los ojos y durante unos segundos no dice nada. Me va a estallar el corazón. Trago saliva e intento estarme quieta.

Finalmente me sonrío.

—Enhorabuena, has pasado la primera ronda de la Prueba.

El alivio se apodera de mí. Suelto la respiración que no sabía que estaba conteniendo mientras me dice que debería descansar todo lo que pueda antes de la próxima ronda. Un oficial me acompaña de vuelta a los ascensores. Las puertas se abren en el tercer piso y entro en la sala de conferencias, donde inmediatamente unos brazos fuertes se aferran a mí.

La voz de Tomas me susurra:

—Enhorabuena, socia. Sabía que lo conseguirías.

Después es Malachi quien me abraza con timidez. De los que estábamos en nuestra mesa del comedor, nosotros tres somos los primeros en llegar. Boyd es el siguiente, parece satisfecho. Choca los cinco con Malachi y casi lo tira al suelo. La sala empieza a llenarse. Llega Nicolette, hinchada de orgullo. Desde nuestro sitio en la parte trasera de la sala observamos la puerta y esperamos al siguiente de nuestro grupo. Will entra con una sonrisita orgullosa. Le saludamos y esboza una gran sonrisa mientras camina hacia nosotros. La sonrisa se desvanece cuando nos mira uno a uno. En el momento en que nos alcanza vuelve a sonreír, pero es evidente que algo va mal. Recuerdo el orden en que oí los nombres de los candidatos por el altavoz mientras los iban llamando para dar los resultados antes de llamarme a mí. Will debe haber oído que pronunciaron un nombre, el nombre de alguien que no ha vuelto. De nuestro grupo solo quedan dos por regresar. Me invade el terror.

Pasan cinco minutos hasta que llegan los dos últimos candidatos, seguidos por el doctor Barnes. Uno de ellos mira alrededor de la sala, nos ve y nos dirige una amplia sonrisa. Zandri viene hacia nosotros y Malachi recibe el primer abrazo. La mayoría de los del grupo le da la enhorabuena, pero yo me acerco a Will, que todavía está mirando hacia la puerta, esperando; dándose cuenta de que su gemelo no va a volver.

El doctor Barnes nos pide a todos que nos sentemos y felicita a los candidatos que continúan. Tengo que acompañar a Will hasta una silla y hacer que se siente. Cuando empieza a temblar, Tomas y yo nos sentamos a su lado. Por sus historias, sé que Will y Gill nunca han estado más de un par de horas separados. Los he visto terminarse las frases el uno al otro. No sé cómo sobreviviré una mitad sin la otra.

Will me coge la mano como si de un salvavidas se tratara mientras nos dicen que la segunda ronda de pruebas empezará mañana por la mañana después del desayuno; la primera de una serie de exámenes prácticos que nos permitirá demostrar nuestro intelecto, nuestras habilidades personales y nuestras técnicas de resolución de problemas. Entonces el doctor Barnes nos advierte:

—Si hay una parte de la prueba que no entendéis o que no sabéis completar, no intentéis adivinarla. Levantad la mano y hacedle saber al oficial de vuestra aula que no sabéis terminar. Es mejor dejar un problema sin resolver que dar una respuesta

incorrecta. Las respuestas erróneas serán penalizadas. —Deja que las palabras calen en nosotros y nos despide con una última ronda de felicitaciones.

Tomas me ayuda a levantar y a mover a Will. Cuando llegamos al comedor, Will nos está diciendo que probablemente su hermano suspendió adrede para poder volver a casa con su novia. Hace más bromas durante la cena, pero de vez en cuando le veo mirar a su izquierda como esperando que su hermano termine la frase antes de darse cuenta de que no está allí.

Nos retiramos pronto a nuestros dormitorios y así prepararnos para lo que vaya a traer la mañana. Sueño con Ryme, con una soga improvisada apretada alrededor del cuello, ofreciéndole tortitas de maíz a Gill. Ryme me sonríe mientras él coge una y cae muerto al suelo.

Por la mañana me lavo la cara con agua fría para aliviar la sensación arenosa de los ojos y después voy a desayunar. Soy la última en llegar a la mesa. Todos están muy animados, especialmente Will, que tontea descaradamente con Nicolette. Ella tiene las mejillas y las puntas de las orejas sonrosadas mientras va dando sorbos al zumo de manzana. A juzgar por la forma en que le sonríe, creo que las atenciones de Will son bien recibidas. Espero que no esté usándola solo para sobrellevar la ausencia de su hermano, esto ya es lo suficientemente estresante.

Avisan por megafonía y todos nos dirigimos a los ascensores, de vuelta a la sala de conferencias del tercer piso. El doctor Barnes, con su sonrisa radiante entre la barba canosa, observa cómo vamos tomando asiento. Nos informa de que quedamos ochenta y siete candidatos y recuerda que hoy empieza la segunda fase de la prueba. Ruega que tengamos muy presente que las respuestas incorrectas se penalizan.

Van llamando en grupos de seis y me sorprende que Malachi y Will vengan conmigo. Seguimos al oficial por el pasillo. La sala de la prueba está compuesta por seis mesas de trabajo altas dispuestas en dos filas de tres, cada una con un pequeño taburete situado justo detrás. En la esquina izquierda de cada mesa hay un pequeño letrero que representa el símbolo de un candidato y en el centro, una caja grande de madera.

Una oficial de pelo canoso nos pide que busquemos la mesa marcada con nuestro símbolo. Mi puesto de trabajo está en la segunda fila, en el centro. Malachi está delante a mi derecha y Will está justo a mi izquierda. Me descubre mirándolo y me guiña un ojo.

La oficial nos explica que al terminar la prueba que tenemos enfrente debemos levantar la mano. Se retirará la caja y, cuando todos los candidatos hayan acabado, se traerá una nueva prueba. Debemos completar tantas como podamos en el tiempo asignado y, nos advierte de que no pararemos a la hora de la comida. Después repite las instrucciones del doctor Barnes sobre levantar la mano si no sabemos cómo completar la prueba, haciendo hincapié en que no debemos adivinar las respuestas de las que dudemos. Nos dice que resolvamos el puzzle para abrir la caja y que después sigamos las instrucciones que encontraremos dentro.

Parece fácil, lo cual me basta para ponerme nerviosa; la Prueba no está diseñada para ser fácil. Estudio mi caja mientras por el rabillo del ojo veo a varios de mis compañeros dando golpecitos y tirando de las suyas. Mi madre tiene una caja puzle en casa que le hizo el abuelo. Para abrirla hay que deslizar algunas piezas hacia el lateral en un orden específico, de otro modo, la caja no se abre.

Lentamente, hago girar la caja sobre la mesa para ver cada lado. La madera es buena y lisa y está grabada con un motivo de espirales. Estoy segura de que Zandri sabría identificar la técnica que se usó para crear el patrón, pero ahora no me interesa admirarla. Lo que quiero es abrirla.

Aquí está. En la esquina de abajo veo un pequeño nudo en el dibujo. En ninguna otra parte de la caja aparece esta forma pequeña y circular. ¿Será un botón? Aprieto con la punta del dedo índice en el minúsculo punto y siento que algo se suelta. Efectivamente, ahora el lateral de la caja se puede retirar. Aparto la pieza a un lado y saco el papel de las instrucciones.

«Examina las plantas que hay en el interior de la caja y decide si son comestibles. Separa las comestibles de aquellas que son venenosas».

Otra vez la advertencia: «Si no sabes la respuesta, no adivines. Deja la planta que no sepas a un lado».

Sonrío. Esta prueba está hecha para mí.

Hay ocho plantas en la caja; reconozco seis inmediatamente. Las flores blancas con forma de paraguas son cicutas acuáticas. Mi padre dice que ya eran mortales incluso antes de que los lagos se corrompieran con las guerras bioquímicas. Creo que la hoja de color verde intenso con venas rojas también es venenosa, o al menos las hojas de ruibarbo que crecen cerca de nuestra colonia no se pueden comer. La rama de hojas ovaladas de color verde intenso de la que cuelgan unas formaciones marrones en forma de nido tiene que ser haya. También estoy segura de reconocer sasafrés, cebolla silvestre y ortigas, que muchas veces se comen los bichos en nuestra colonia.

Las dos últimas especies me hacen reflexionar.

Huelo la primera, una hoja grande, verde, de forma irregular y con un ligero aroma floral. Observo que es posible que en el tallo haya habido una flor recientemente. La hoja es suave y me recuerda a una flor que mi padre me enseñó hace unos años; no la creó él, porque es venenosa y su trabajo es crear cosas que preserven la vida. Aun así, creía que la planta tenía valor por su belleza aromática. ¿Se trata de la misma planta? Si no lo es, tiene que estar relacionada. La pongo en el montón de las venenosas y paso a la última: una raíz oscura y peluda con unas hojas en forma de flor en la parte superior. Rasco la parte exterior de la raíz con la uña y lo huelo. Tiene un olor dulzón; no como la remolacha o la zanahoria, estas son muy diferentes, pero algo en ella me resulta familiar. Oigo la voz de papá hablando sobre una variedad de raíz que ha tenido la suerte de crecer en las colonias del sur. Una raíz llamada endibia, de la que Zeen quería una muestra para analizar por si podía ayudar

en la versión de la nueva patata. Esto es endibia o algo parecido y estoy lo suficientemente convencida como para situarla en el montón de las comestibles y levantar la mano.

Los otros candidatos me miran mientras la oficial comprueba mi trabajo. Me pregunta si estoy segura de mis respuestas. Secándome las palmas de las manos en los pantalones, miro las plantas una vez más. Sí, no podría estar más segura. Sonríe y garabatea algo en su libreta. Entonces retira las plantas no comestibles y me dice que tome asiento mientras los demás candidatos terminan.

A los diez minutos ya ha revisado el trabajo de todos. La oficial ha retirado las plantas que los candidatos apartaron como no comestibles y las ha anotado en su libreta. De vuelta a la parte delantera del aula, nos pregunta una última vez si queremos cambiar nuestras respuestas. Nos nombra uno por uno y espera a que respondamos sí o no. Ninguno aprovecha su ofrecimiento.

—Bien, entonces —dice alegremente— no deberíais tener ningún problema en ingerir un trozo de cada planta que habéis juzgado comestible.

La habitación se queda en silencio. Ahora lo comprendo.

Sí, las respuestas incorrectas serán penalizadas: mareos, vómitos, alucinaciones, quizás incluso la muerte.

Miro las mesas de la sala y veo que cada candidato tiene muestras de plantas diferentes, no hay forma de comparar las respuestas. ¿Cometí algún error? El chico que tengo enfrente parece confiado; prueba todas sus plantas de inmediato. A mi lado, Will prueba las suyas. Cojo aire y me como el hayuco, un trocito de la raíz dulzona que espero que sea endibia y las otras tres plantas. Ninguna de las que califiqué como venenosas sería de acción rápida, tendremos que esperar para saber si alguno de nosotros ha cometido un error.

No tengo tiempo de preocuparme por lo que pueda estar pasando dentro de mi cuerpo porque entran oficiales cargados con la siguiente caja. Esta tiene un complicado patrón deslizante que retira la tapa y los cuatro lados. Dentro hay una radio de transmisión por pulsación bastante grande y un juego de pequeñas herramientas manuales. Las instrucciones dicen que reparemos la radio para que funcione perfectamente.

Nos explican que antes de las Siete Etapas de la Guerra, la gente era capaz de comunicarse a través de unos dispositivos que rebotaban señales a los satélites en el espacio. No sé qué les ocurrió a esos satélites, quizás todavía están flotando en algún lugar sobre nosotros o quizás se han estrellado contra la tierra sin que ninguno de nosotros lo sepa. Además, cuando los terremotos separaron la tierra, todo el cableado subterráneo para la comunicación quedó cortado, así que después de la guerra, los científicos decidieron utilizar la concentración mucho más alta de radiación electromagnética para restablecer la comunicación. Nacieron las radios por pulsación, que a pesar de llamarse radios, pueden transmitir más que únicamente voces: con el receptor adecuado al otro lado, transmiten tanto imágenes como sonido. Registran

grandes cantidades de información y entonces crean una señal por pulsación que se envía a los receptores. Mi padre tiene una para comunicarse con otras colonias y con Tosu, así que no es nuevo para mí. Un día incluso me dejó echar un vistazo en el interior, lo que significa que me resulta sencillo encontrar los cables que están cruzados erróneamente, reparar el motor solar y realizar algunas modificaciones en el transmisor. Entre ajuste y ajuste, me detengo y compruebo mi ritmo cardíaco para determinar si las plantas que he consumido me están haciendo enfermar. Ante cualquier síntoma de enfermedad, tengo la intención de purgar las que tengo en el estómago. No afectará al veneno que ya haya entrado en la sangre, pero tengo que intentar algo.

Examino el artilugio y detecto unos cables que claramente no pertenecen a una radio por pulsación y unas cajitas de metal con bisagras que no me resultan familiares. Si estuviera en casa husmearía para ver lo que contienen, pero no estoy en casa, así que haré solo aquello de lo que estoy segura.

Atornillo la tapa trasera y estoy a punto de levantar la mano cuando veo a Malachi balanceándose sobre sus pies. ¿Será la fatiga o una de las plantas que ingirió? Pienso en las plantas que recibí e intento decidir si alguna de ellas causaría esta reacción. Le gotea el sudor por la cara y le empiezan a temblar las manos cuando se pone a trabajar en una zona de la radio que yo ignoré, una zona con una caja de metal desconocida. Sé que se supone que no debemos ayudar a nuestros compañeros candidatos, pero los hombros de Malachi están tiritando y me preocupa que las plantas que ha comido no le estén dejando pensar racionalmente. Abro la boca para avisarlo, para decirle que no toque la caja de metal.

Demasiado tarde. Un instante después, un clavo se incrusta en el ojo de Malachi y cae al suelo como una piedra.

Capítulo 8

De pequeña una vez me corté un dedo hasta el hueso. Dice mi madre que no grité ni lloré, que me quedé congelada, como si quedarme quieta fuera a parar la hemorragia. El charco de sangre que se está formando en el suelo blanco junto a la cabeza de Malachi me produce el mismo efecto. Un grito se agolpa en mi interior, lucha por abrirse paso a través de la garganta contraída, pero no emito ningún sonido. Los gritos de otra persona, quizá de Will, me sacan del aturdimiento y corro desde mi puesto hasta donde yace Malachi retorciéndose en el suelo. Me agarran unos brazos morados y me hacen retroceder. En mi lucha por liberarme apenas oigo que la oficial al mando me está hablando; me pregunta si he completado la prueba. Si no es así debo regresar a mi puesto o de lo contrario corro el riesgo de recibir una amonestación por observar el trabajo de otro candidato.

Quiero gritar que no me importa la prueba, no cuando una vida se está vaciando gota a gota sobre las baldosas del suelo, pero consigo pronunciar un sí y me liberan. Los oficiales ni se inmutan mientras le cojo la mano y la aprieto con fuerza. Por sus posturas deduzco que no van a socorrerlo, es el precio que se paga por una respuesta incorrecta; para ellos, Malachi se ha ganado lo que le ocurra.

Los espasmos empeoran. Aunque el ojo sano de Malachi está abierto, no estoy segura de si puede verme o si la planta que ingirió le ha causado algún tipo de coma mientras batalla con su cuerpo. Aun así, por si acaso cambio de posición sobre las baldosas frías. Si puede ver, reconocerá una cara familiar, una chica que cantaba canciones con él en la hierba y que le pedía ayuda cuando tenía dificultades con los deberes. Una chica que es su amiga, alguien que no es capaz de imaginar qué ocurrirá cuando él se vaya.

Pero no hace falta imaginarlo. Los espasmos se detienen y los músculos de su cuerpo se relajan cuando el pecho deja de subir y bajar. Malachi está muerto.

¿Estoy llorando? Parece que sí, porque cuando me hacen regresar a mi puesto me toco la cara y tengo las mejillas mojadas. No soy consciente de cuánto tiempo me han dejado estar sentada al lado de su cuerpo inerte. Un rato, lo justo para que dos de los otros candidatos finalicen la prueba; o quizás después de lo ocurrido, decidieron dejarlo en lugar de arriesgarse.

Dándole un último apretón en la mano, le retiro un mechón de pelo moreno y rizado de la frente y le doy un beso en la mejilla. La habitación se balancea y da vueltas cuando me levanto pero, tras unos instantes, consigo caminar con firmeza hacia mi puesto. Intento mantener el equilibrio sobre el taburete mientras espero a que los oficiales se lleven el cuerpo de Malachi, pero no lo hacen, todavía no. No hasta que todos hayan terminado esta fase de la prueba.

Espero a que los otros candidatos protesten, a que digan que esto está mal, pero no lo hacen por la misma razón por la que yo no grito. La razón es Malachi y su

cuerpo inmóvil; todos queremos vivir.

Varios minutos después, Will levanta la mano para indicar que ha terminado y después cierra los ojos para no tener que ver el cuerpo de un chico con el que compartió mesa en varias ocasiones. La chica de mi derecha termina y la oficial comprueba su trabajo. Cuando lo tiene listo, hace una señal a los otros oficiales para que retiren a Malachi del suelo. Mis compañeros miran hacia las mesas o hacia el techo, pero yo no. Malachi se merece que alguien lo presencie. Me obligo a mirar todo el rato: cómo lo levantan del suelo, cómo lo cargan por los brazos y las piernas a través de la habitación y cómo se lo llevan por la puerta.

No hay tiempo de llorar su pérdida. Traen las siguientes cajas, las sitúan sobre las mesas y nos dan permiso para empezar.

Me tiemblan las manos por el olor de la sangre que todavía tiñe el suelo. Me obligo a respirar profundo y a continuar, cuando lo único que quiero es gritar y salir corriendo de la habitación, abandonar el edificio y encontrar el camino de vuelta a casa. Pero sé que no es posible, así que me seco las manos en los pantalones, me trago las lágrimas y examino la caja. Me hacen falta varios intentos para descubrir cómo se abre. Dentro hay muestras de tierra y varias soluciones en vasos de precipitado con tapa. Debemos identificar las muestras de tierra que contienen radiación.

Solo utilizo las soluciones que reconozco por el olor o por el color. De las diez muestras de tierra, estoy segura de que cuatro contienen radiación, hay tres que están limpias y tres que no me voy a arriesgar a adivinar. Si esta hubiera sido la primera prueba, antes de las plantas, antes del cuerpo convulso y ensangrentado de Malachi, es probable que hubiera sido tan arrogante de fingir saberlo, pero ahora no. Malachi cometió un error y pagó por ello, no serviría de nada si yo no aprendiera de sus acciones.

Aparecen sucesivamente cuatro cajas más. Hay un teclado numérico donde introducimos nuestras respuestas a ecuaciones matemáticas complejas. Solo respondo la mitad y me alegro de no haber intentado adivinar la última cuando el chico de enfrente empieza a temblar: electrocución. El castigo no es tan duro como el de Malachi, pero el muchacho apenas puede mantener el equilibrio en el taburete durante las tres cajas siguientes.

Identifico unas tres cuartas partes de las muestras que nos hacen examinar bajo lo que sospecho que es un microscopio óptico. Por suerte, no llegamos a saber cuál sería el castigo por equivocarnos. Nos traen un convertidor de energía solar que construyo con rapidez, a pesar de que la chica de mi derecha termina perdiendo la yema de un dedo, y seis muestras de agua que debemos depurar utilizando productos químicos. La prueba de potabilización dura dos horas y nos ordenan beber las que creamos haber hecho correctamente. Me bebo dos; el chico electrocutado y la chica de mi derecha no beben ninguna.

Con esto, la segunda ronda de pruebas se da por finalizada. Somos libres de

abandonar la habitación.

Will apenas se mantiene en pie. ¿Es por la tensión, por el agua que ha bebido o por una de las plantas de acción más lenta que pudo haber ingerido? No lo sé, pero le tiemblan las piernas al avanzar con pasos cortos y titubeantes. Lo cojo por la cintura para que se apoye en mí mientras salimos de la sala. En el umbral, me detengo y miro por última vez el lugar donde cayó Malachi, la mancha de sangre se ha secado en el suelo. Se me escapa una lágrima; musito un adiós entrecortado. Entonces, tomo una profunda bocanada de aire para tranquilizarme y me llevo a Will, con la incertidumbre de no saber quién más faltará cuando lleguemos a la mesa.

Boyd.

Con la cara lívida, Nicolette nos cuenta que durante el tercer examen sufrió un colapso y se lo llevaron para aplicarle un tratamiento, pero nunca regresó. Todos nos miran a mí y a Will, que aunque está sentado necesita ayuda para mantenerse erguido. Me escuecen los ojos por la presión de las lágrimas y Tomas me coge la mano. Agradezco su apoyo y que haya sobrevivido. Les cuento la historia de nuestra prueba lo más rápido que puedo, convenciéndome a mí misma de que es como retirar una venda, cuanto más rápido tiras, menos dolor sientes. Pero me equivoco, ya sea de prisa o despacio, relatar la muerte de Malachi duele como una puñalada en el corazón. Ver que la mandíbula de Tomas se contrae y los ojos de Zandri se llenan de lágrimas retuerce el puñal hasta tal punto que no puedo seguir respirando.

Los últimos candidatos entran con paso lento en el comedor y suena otro aviso.

—Todos los candidatos que crean precisar atención médica, diríjense a los ascensores.

Al menos uno de cada mesa se levanta y se dirige al vestíbulo. Nicolette le dice a Will que debería ir. Él empieza a levantarse, pero le empujo de vuelta a su asiento y no le dejo marchar. Observo su cara. Las pupilas están dilatadas, pero no respira con tanta dificultad y aunque sigue teniendo la piel sudorosa, está recuperando el color en la cara. Mi instinto me dice que lo que le causó esta reacción está empezando a salir de su organismo. No tengo la menor duda de que un medicamento adecuado le ayudaría a recuperarse más rápido. Pero también recuerdo las palabras del doctor Barnes en el pasillo, mientras descolgaban a Ryme del techo: la Prueba demuestra la presión que un candidato es capaz de soportar, buscan a aquellos que pueden afrontarla y aun así comportarse como líderes. Dudo que los que pidan atención médica sean considerados lo suficientemente fuertes como para regresar.

Nicolette intenta discutírmelo, pero no dejaré que Will se vaya; me niego. Sirven la cena y le digo a Tomas que vaya a buscar comida y algo de beber para Will, eso le ayudará. Espero estar en lo cierto.

Will mejora después de dos vasos de zumo y de tomar fruta y pequeños bocados de pan. Ahora que ya puede estar sentado sin ayuda, voy a buscar mi comida; no tengo hambre, aun así cojo más de la que voy a ingerir. Como algo de verdura, un par de bocados de pollo y bebo un poco de zumo. Las dos manzanas, la naranja, las

bolsas de pasas y los bollos desaparecen uno a uno en mi bolsa. Espero a que mis amigos terminen de comer y guardo todo lo que les ha sobrado. ¿Por qué? No estoy segura; a estas alturas no estoy segura de nada. Solo sé que estar preparada para lo que sea es mejor que no estarlo.

Me doy cuenta de que los candidatos se quedan en el comedor hasta que nos ordenan irnos. La celebración de ayer por la noche es un mero recuerdo, esta noche únicamente nos alegramos de estar vivos.

Regresamos a los dormitorios. Duermo con las luces encendidas, con la esperanza de que Malachi y Boyd no se unan a Ryme y a Gill en mis sueños, pero aparece Malachi; aparecen todos. Solo que esta vez el terror en sus ojos es por mí. Me advierten de que vaya con cuidado. Ryme me recuerda que no confíe en nadie mientras Malachi me canta una canción de casa.

La ansiedad de la noche aumenta con el anuncio de la mañana. Cuando llega la hora de presentarme al desayuno, me digo a mí misma que estoy preparada para afrontar el día y lo que vaya a ocurrir.

Will me sonrío cuando llego a la mesa. Tiene la mirada triste, pero sus ojos ya no parecen enfermizos. Cualquiera que fuera la extraña planta que consumió se ha abierto camino para salir de su organismo. Me da las gracias en un susurro y me dice que el compañero de habitación de Tomas pidió tratamiento médico y todavía no ha vuelto.

Me obligo a comer y veo a alguien más metiendo comida en la bolsa. Tomas me descubre mirándolo y me saluda con la cabeza, a la vez que el altavoz crepita.

—Enhorabuena, candidatos, por llegar a la fase de la prueba en equipos. Para este examen os dividiremos en grupos de cinco, aunque debido al número de candidatos que quedan habrá un grupo de cuatro. Cuando oigáis vuestro nombre, dirigíos al vestíbulo para reuniros con vuestro grupo. Muchísima suerte a todos.

Somos cinco en nuestra mesa. No he podido ni siquiera desear que nos llamen a todos juntos cuando suena el nombre de Tomas junto con el de otros cuatro candidatos que no conozco. Tomas me acaricia el brazo cuando se cuelga la bolsa del hombro y se va. Después, Will y Zandri prometen vernos más tarde y desaparecen por la puerta.

Nicolette y yo nos miramos mientras grupo a grupo van saliendo todos de la sala, pero finalmente la llaman junto con otros cuatro. No haremos esta prueba juntas. Se me revuelve el estómago de terror al observar la sala y descubrir que el chico desaliñado que le puso la zancadilla a Malachi el primer día todavía está en la mesa. Él, junto con un chico alto, rubio y musculoso y una chica pelirroja que recuerdo de los exámenes escritos, estarán en mi grupo. El único grupo de cuatro.

—¿Esperamos a que nos llamen o les ahorramos el esfuerzo? —dice la chica pelirroja.

Le sonrío y me levanto.

—Si a estas alturas no sabemos cuál es nuestro grupo es que no deberíamos estar

aquí, ¿no te parece?

Los dos chicos se quedan sentados, pero la chica pelirroja se levanta. Se reúne conmigo en el vestíbulo y me tiende la mano. En su muñeca veo un semicírculo rodeado por el símbolo de la estrella de ocho puntas que compartimos.

—Annalise Walker, de la colonia Grand Forks.

—Cia Vale, de Five Lakes.

Sonríe ampliamente.

—Lo sé, entre los de mi colonia solo se habla de los candidatos de Five Lakes.

Hago una mueca.

—¿Y qué han estado diciendo?

—La mayoría calcula que sois competencia fácil, relacionan las colonias pequeñas con gente simple.

La sonrisa de autosuficiencia en su cara me hace preguntar:

—¿Y tú?

—Uno de los chicos de mi colonia también tiene el símbolo de la estrella de ocho puntas. Es el único que sacaba mejores notas que yo en clase, así que solía estudiar durante semanas para superarle, pero nunca lo conseguí. —Se encoge de hombros como para demostrar que no le importa lo más mínimo estar en segundo lugar, aunque el brillo de sus ojos demuestra lo contrario. Sonriendo, añade—: Si dos de Five Lakes conseguisteis estar en el mismo grupo que nosotros, diría que el resto de candidatos son bastante estúpidos al subestimaros.

El altavoz anuncia:

—Malencia Vale, Brick Barron, Roman Fry y Annalise Walker, diríjense al vestíbulo.

Brick o Roman. Intento decidir qué nombre pertenece a cada chico mientras caminan con paso decidido hacia nosotras. Antes de poder preguntar, una oficial de rojo nos hace entrar en el ascensor y pulsa el botón de la cuarta planta.

Nos conduce a una habitación blanca con una mesa rodeada de cuatro sillas. En el extremo izquierdo de la habitación hay una gran puerta de madera con una luz verde parpadeando sobre ella y, en el centro de la mesa, cuatro lápices y cuatro libretas marcadas con nuestros símbolos. El nudo en el estómago se afloja al ver el papel. Aunque no tengo ni idea de lo que contienen las páginas, de una cosa estoy segura: un examen escrito no representa una amenaza inmediata. Ninguno de mis amigos morirá por la prueba de hoy.

Una vez tomamos asiento, la oficial explica:

—La prueba de hoy evaluará vuestra aptitud para trabajar en equipo. Sobre la mesa que tenéis delante hay cuatro libretas con cinco preguntas modelo. Cada pregunta requiere habilidades específicas para resolverla, así que, como grupo, deberéis decidir qué miembro del equipo está mejor preparado para cada problema. Esas mismas habilidades se necesitarán para resolver el problema correspondiente en una de las cinco salas de examen individuales. Una vez hayáis decidido quién es el

más adecuado para resolver cada prueba, la persona que seleccionéis para el primer problema entrará por esa puerta. —Señala la puerta con la luz verde—. Cuando la hayáis cruzado, la luz que hay sobre ella se pondrá en rojo. Seguid el pasillo hasta el fondo y allí encontraréis cinco puertas marcadas con un número cada una, que corresponderán a los problemas modelo de los cuadernos. También habrá una puerta que pone «SALIDA» para cuando hayáis completado vuestra parte del examen. Abrid la puerta marcada con el número de la pregunta que el equipo haya decidido que vais a responder y, una vez dentro, resolved el problema lo mejor que podáis. Cuando hayáis completado vuestra parte del examen, indicad que habéis terminado cruzando la puerta de salida. La luz sobre esta puerta se volverá a poner en verde e indicará que el siguiente candidato puede empezar. El mérito por cada solución correcta ofrecida en el examen no será exclusivo de cada uno, se repartirá entre todos los miembros del grupo.

Me incomoda la idea de que se me puntúe en base al trabajo de otra persona, pero la sonrisa confiada de Annalise disipa un poco el temor.

La oficial no ha terminado:

—Como solo sois cuatro en el grupo, un candidato se encargará de resolver al menos dos de los problemas. No se puede volver a abrir la puerta de un problema que ya ha sido respondido. Cualquier intento por resolver un problema ya completado supondrá una penalización para el estudiante que intente resolverlo por segunda vez. Tenéis una hora para discutir vuestra estrategia. —La oficial pulsa un botón y la luz verde se pone en rojo—. Cuando se vuelva a encender la luz verde, podéis empezar. No hay límite de tiempo para el examen, tomaros el tiempo que necesitéis para descubrir los puntos fuertes y los puntos débiles de cada uno. Buena suerte.

El sonido de las cerraduras bloqueándose acompaña la salida de la oficial. La única forma de salir de esta habitación es a través de las puertas de examen.

Durante unos instantes los cuatro nos miramos unos a otros. Soy la primera en coger el cuaderno marcado con mi símbolo. El chico alto, rubio y musculoso coge uno con lo que creo que es un ancla rodeada por un corazón. La X rodeada por un círculo pertenece al chico desaliñado.

Esta prueba tiene algo que me inquieta. Quizás sea por la simpleza de las instrucciones o por la idea de que alguien más se beneficie de mi trabajo y yo del suyo. Sea lo que sea, el instinto me dice que es más complicada de lo que parece.

No puedo darle más vueltas porque Annalise toma el mando.

—¿Qué tal si resolvemos los problemas de uno en uno? Cuando todos hayamos terminado un problema podemos comparar las anotaciones, esto debería ayudarnos a descubrir quién debería hacer cada problema, ¿no?

Como nadie tiene una idea mejor, aceptamos su sugerencia y nos ponemos a trabajar. El primer problema es matemático, una ecuación térmica unidimensional para determinar el flujo térmico de una barra aislada por completo excepto por los extremos. Son ecuaciones que he utilizado con frecuencia y me provocan una sonrisa.

Me sorprende que el chico desaliñado, cuyo nombre resulta ser Roman, termine antes que yo y obtengamos el mismo resultado. La respuesta de Annalise también coincide; la de Brick no.

Una a una buscamos las soluciones a los problemas del cuaderno. Hay una sección de historia que precisa fechas, nombres y densidades de población de las colonias de las Confederaciones Unidas. Otra pregunta de biología que pide el mapa genético de un glotón de roca parecido a un lobo, pero que en realidad es una versión mutada de un gato Nebelung. Mientras estoy respondiendo la pregunta sobre energía solar la luz roja se pone en verde. Nuestra prueba puede empezar cuando queramos. Probablemente la presión de la luz me distrae y no me deja concentrarme por completo en el último problema, que detalla los principios del armamento nuclear, por lo que soy la última del grupo en terminar la pregunta final. Brick es el primero y su respuesta coincide con las otras dos; mi respuesta no coincide con ninguna.

De las cinco preguntas, cuatro de mis respuestas coinciden con al menos una de las respuestas de los demás. Annalise también tiene cuatro coincidencias, Brick coincide en dos respuestas y Roman tan solo ha respondido correctamente a la primera pregunta.

—Supongo que esto significa que empiezo yo, ¿verdad?

De los miembros del grupo soy de lejos la más joven. En la colonia mi postura habría sido escuchar las opiniones de los demás antes de ofrecer la mía, pero algo en su entusiasmo me alarma. Así que en lugar de esperar, digo:

—La oficial no dijo que se tuvieran que completar los problemas por orden. Solo tenemos que decidir el orden en que los miembros de nuestro grupo resolverán los problemas.

Roman cruza los brazos sobre el pecho y con el ceño fruncido dice:

—Eso no es lo que yo he oído.

Miro a Annalise. Se muerde el labio inferior y cierra los ojos intentando recordar las palabras exactas, pero cuando los abre su mirada refleja disculpa.

—Creo que Roman tiene razón. Podríamos intentarlo de otra manera, pero quizás estaríamos cometiendo un error, y no estoy dispuesta a correr el riesgo.

Roman sonrío, Brick se encoge de hombros y asiente; tres contra uno. En un abrir y cerrar de ojos la discusión ha terminado.

Annalise conduce la toma de decisiones. Roman responderá el primer problema, ella responderá el segundo y el tercero, yo responderé el cuarto y Brick el quinto. Sugiero que quizás esté más preparada para responder la tercera pregunta, puesto que el trabajo de mi padre me ha proporcionado un conocimiento sólido sobre genética, pero Roman y Annalise no están de acuerdo; Brick se niega a dar su opinión. Una parte de mí se pregunta por qué, mientras Roman se levanta y dice:

—Nos vemos después de la prueba. —Gira el pomo de la puerta con la luz verde y la cruza sin mirar atrás.

La luz se pone en rojo y esperamos.

Al principio intentamos charlar. Annalise le pregunta a Brick sobre su hogar y nos dice que es de la colonia Roswell. Sus padres son ambos graduados universitarios y trabajan en unas antiguas instalaciones militares donde juntos desarrollan armas y sistemas de seguridad para las colonias acosadas por ataques animales. Con razón nos superó a todos en la pregunta de ciencia nuclear.

Sin embargo, a medida que pasan los minutos la conversación se vuelve más forzada. Transcurre más tiempo entre pregunta y pregunta y las respuestas son más cortas, hasta que finalmente dejamos de hablar. Tan solo esperamos a que cambie la luz.

No hay ningún reloj ni ventanas para medir el movimiento del sol. No hay forma de saber si el tiempo transcurre con tanta lentitud como parece. Se me tensan los músculos de la espalda, Annalise estira el cuello para aliviar la tensión; Brick es el único que parece no inmutarse ante la larga espera y cierra los ojos.

Annalise se come las uñas.

Yo hago estiramientos.

Cada minuto que pasa parecen diez. No pierdo de vista la luz en ningún momento.

Finalmente cambia. Annalise se pone en pie y sonrío.

—Mi turno. Apuesto a que puedo resolver mis dos problemas en menos tiempo del que ha necesitado Roman para el suyo.

—No te precipites —le advierto, y siento cómo se me enciende la cara al darme cuenta de que mis palabras podrían tomarse como una crítica—. No nos importa esperar —digo—. Tómame todo el tiempo que necesites.

La sonrisa de Annalise se desvanece y me mira a los ojos. En lo más hondo veo nervios y un punto de miedo escondiéndose detrás de las bravuconadas que he podido observar en este breve espacio de tiempo. Entonces vuelve a sonreír mientras asiente y dice:

—Prometo clavar las preguntas dos y tres. El resto depende de vosotros.

Se cierra la puerta, vuelve la luz roja y con ella el silencio.

Brick permanece inmóvil sobre la silla, su carácter calmado y silencioso a mí me provoca el efecto contrario. Me pongo de pie y paseo por la habitación mientras me empiezan a sonar las tripas. Estoy segura de que la hora de comer ha pasado hace bastante; es obvio que no van a servir ninguna comida hasta que se haya completado este examen. Quizás incluso es parte de la prueba, ver si los candidatos son capaces de permanecer centrados a pesar del hambre.

Mi madre siempre insistía en que me terminara todo lo del plato las mañanas antes de un examen importante. Decía que el cerebro y el cuerpo necesitan combustible para funcionar al máximo nivel. Busco entre el alijo de comida de la bolsa y dudo entre un bollo relleno de pasas y nueces o una manzana. Como el bollo es más fácil de partir con Brick, estoy a punto de sacarlo cuando me doy cuenta de que son dos de las piezas de comida que escogí para cenar la primera noche de la

prueba. Cuento los días; ha pasado menos de una semana, pero todo ha cambiado desde aquella noche en la que los cuatro llegamos de Five Lakes y escogimos nuestra mesa. Ahora Malachi está muerto y yo estoy trabajando en un grupo con el chico que le puso la zancadilla. ¿Estiró la pierna por maldad o por diversión? ¿Pensó que intimidar a Malachi le haría rendir menos en los exámenes y de este modo él tendría más opciones de pasar? Puede ser, Roman solo acertó una respuesta hoy. ¿Hasta qué punto debe ser listo? El razonamiento que hizo en el problema final era tan ilógico que me resultó difícil creer que se hubiera esforzado lo más mínimo en las dos últimas preguntas.

Un momento.

Alcanzo el cuaderno marcado con una X y un círculo. Roman tiene mejor letra de lo que me habría imaginado basándome en su apariencia. Oigo la voz de mi madre advirtiéndome sobre las apariencias mientras leo las páginas de números y fórmulas del primer problema. Sus cálculos me impresionan. Aunque yo también obtuve la respuesta correcta, Roman fue capaz de calcular muchos pasos de cabeza y por eso fue el primero en terminar. Su trabajo deja claro por qué lo eligieron para la Prueba: es listo, muy listo.

Por este motivo, las respuestas de las otras preguntas no tienen ningún sentido; las páginas están llenas de incoherencias. Habíamos estado todos tan preocupados por ver quién daba las respuestas correctas a los problemas, que en ningún momento nos molestamos en comprobar las páginas que precedían la solución final. Los garabatos de Roman dejan una cosa clara: no tenía ningún interés en dar con las soluciones correctas, solo estaba perdiendo tiempo, pero ¿por qué?

—Cia.

La voz de Brick me sobresalta al romper el silencio y sigo su mirada hacia la luz de la puerta: verde. Si tuviera que adivinar, diría que ha pasado menos de media hora desde que Annalise atravesó la puerta. ¿Habrà terminado los problemas en tan poco tiempo? Con las manos temblorosas, cojo el cuaderno marcado con la otra estrella de ocho puntas y empiezo a pasar páginas. Sí, su letra es clara, concisa y segura, y su lógica no muestra ningún fallo que pueda detectar. Si alguien puede hacer dos pruebas en mucho menos tiempo del que le llevó al otro candidato hacer una sola, esa es Annalise. Pero aun así...

—¿Vas a entrar? —pregunta Brick.

—En un minuto —digo. Salir por esta puerta es mi única opción, el único modo de pasar la prueba. Sin embargo, es lo que ocurra en el otro lado lo que me hace dudar. Vuelvo a pensar en las instrucciones de la oficial, en la insistencia de Roman por entrar primero, solo una respuesta permitida por pregunta, la puntuación de las respuestas vale para todos, cualquier intento de resolver una pregunta dos veces será castigado...

Se me cae el cuaderno de Annalise y me flojean las piernas cuando consigo encajar las piezas: la falta de esfuerzo de Roman en los otros problemas, el tiempo

que tardó la luz roja en ponerse verde durante su turno... El doctor Barnes nos dijo que la tercera prueba evaluaría nuestras habilidades no solo para trabajar en equipo, sino también para conocer los puntos fuertes y los puntos débiles de los miembros. Si estoy en lo cierto, Roman ha evaluado nuestro grupo a la perfección y nos ha tendido una trampa a todos.

Una trampa en la que Annalise ya debe haber caído.

Me agarro bien a la silla que tengo debajo y respiro hondo para intentar alejar el pánico. Si tengo razón, no puedo responder el problema que me asignó mi equipo. Si me equivoco, no responder el problema podría suponer mi fracaso. Tengo que decidir en qué creo.

El corazón me late con fuerza al mirar a Brick. Su conducta calmada y su bajo rendimiento en los problemas prácticos adoptan un tono siniestro. ¿Conoce los planes de Roman? ¿Planearon esto juntos? El cuaderno con los ejercicios de Brick podría contener las respuestas a mis preguntas, pero en este momento reposa bajo su codo en la mesa que tiene delante. Para coger el cuaderno tendría que explicarle mis inquietudes. Si no estuviera involucrado en la trampa de Roman, Brick lo descubriría a través de mí y tendría la oportunidad de pasar la prueba cuando no se lo merece.

Vergüenza, calor intenso. El bochorno me revuelve el estómago. Estos pensamientos no me hacen mejor persona de lo que considero a Roman. No caeré tan bajo como para engañar a nadie con el fin de eliminarlo de la competición. Aunque me horrorizan los métodos empleados en la prueba, dudo que los oficiales que nos clasifican al final aprueben el engaño. ¿Qué clase de líder sería un tipo de persona así?

Imitando el porte calmado de Brick, le explico cuidadosamente el plan que creo que Roman ha tramado, lo que creo que le ha ocurrido a Annalise, lo que probablemente nos pasaría si intentamos resolver los problemas que nos han asignado... Brick me escucha sin interrupción y cuando termino me contempla un buen rato antes de decir:

—Prometimos responder las preguntas acordadas. —¿Es que no me cree? No, aunque su expresión no es de descrédito, es de resignación—. Roman aceptó trabajar en equipo, pero no creo que lo haya hecho. Si respondemos una pregunta que ya ha sido resuelta nos penalizarán.

Veo el clavo entrando en el ojo de Malachi, la sangre, el cuerpo tembloroso retorciéndose en el suelo. Saber lo que podría ocurrir hace que quiera sacudir a Brick por los hombros mientras mueve la cabeza de lado a lado diciendo una vez más que dio su palabra. Sus padres le enseñaron a cumplir una promesa. Fin de la historia.

La desesperación me ahoga el corazón incluso mientras me pregunto si no estará en lo cierto, si me estoy equivocando; si Roman respondió solo su pregunta, si no responder la nuestra sería el mayor error que podríamos cometer.

Me cuelgo la bolsa del hombro y cruzo la habitación. He hecho todo lo que estaba en mis manos para ayudar a Brick a terminar el día vivo. Si no lo hace...

—Por favor. —Me giro, camino hasta donde está Brick y le cojo la mano—. No me conoces, no hay ninguna razón por la que debieras confiar en lo que te digo y no soy quién para decirte lo que debes hacer. Tan solo puedo pedirte que mires el cuaderno de Roman y reflexiones sobre quién podía sacar más provecho traicionando a los demás. Si resolvió los cinco problemas, cualquiera que intente resolverlos otra vez será penalizado. No sé cuál será el castigo... —Otra vez veo el clavo entrando en el ojo de Malachi y tengo que tragarme la bilis que me sube por la garganta—. Pero si estoy en lo cierto, tres de nosotros podríamos quedar eliminados por confiar en nuestro compañero de equipo.

Por un instante, la expresión serena desaparece y surge la confusión en su rostro.

—No soy de tu colonia, ¿por qué te preocupa lo que haga?

—Porque no quiero que muera nadie más.

Brick mira sobre mi hombro hacia la puerta que hay detrás de mí. La luz verde me dice que es el momento de tomar mi decisión.

Le suelto la mano, abro la puerta, miro por última vez a mi compañero de equipo y la cruzo con la esperanza de haber hecho lo suficiente para salvar la vida de Brick y de que mis propias deducciones me salven a mí también.

El pasillo está iluminado con una luz tenue y las sombras me llenan de inquietud mientras camino hasta el final. Como nos prometieron, me reciben cinco puertas iluminadas. A mi derecha está la puerta marcada con el número cuatro, la puerta que prometí cruzar. A mi izquierda están las puertas uno dos y tres. Me acerco a la número dos, pero ¿qué espero encontrar? ¿Sangre? ¿Pelo? Algo que demuestre que mi teoría es cierta. El pomo plateado resplandece bajo la luz, no hay huellas que demuestren que alguien lo haya asido. Compruebo los otros pomos; todos perfectamente lustrados.

Regreso a la puerta cuatro y analizo el número negro sobre la puerta blanco polar. ¿Mantengo mi palabra y giro el pomo o sigo mi instinto y me voy?

¿Cuánto tiempo permanezco de pie delante de la puerta? No lo sé, pero cuando finalmente tomo la decisión, mis rodillas se resienten por el cambio de peso. Con el tirador en la mano, cojo aire y me separo de la puerta. Me giro hacia la derecha, paso por delante de dos puertas en dirección a la de salida y giro el pomo brillante, con la esperanza de que la decisión que he tomado no sea la última.

Capítulo 9

Una oficial está esperando en una sala pequeña compuesta por tan solo una mesa de madera oscura, una silla y un panel de control de algún tipo. Probablemente es lo que controla que la luz que veíamos pasara de un color a otro. La oficial tiene una expresión agradable mientras me guía a través de una puerta trasera, por unos pasillos bien iluminados, hasta los ascensores. Ella se queda en el ascensor cuando yo me bajo en la quinta planta con la duda de cómo y cuándo conoceré mi destino.

Oigo el murmullo de voces en el comedor y me doy cuenta de que quizás no tenga que esperar tanto. La persona que tiene la respuesta sobre si tomé o no la decisión correcta está justo detrás de esas puertas. El corazón me da un brinco al ver a Tomas, Will y Zandri sentados en nuestra mesa, pero no me reúno con ellos, sino que recorro el comedor con la mirada.

Encuentro a Roman antes de que él me vea, riéndose con sus amigos. ¿Se estará riendo de una broma o de los que probablemente estamos eliminados porque confiamos en él?

Tomas me llama pero no me muevo de mi posición en la entrada. La chica que hay junto a Roman le avisa con el codo y sus ojos se encuentran con los míos. En ese momento lo sé; la incredulidad y el enfado en su mirada me dicen que hice bien al no confiar en él, tan solo habría querido descubrir la verdad antes. Si lo hubiera hecho, probablemente Annalise estaría sentada en una de estas mesas, pero no hay rastro de su pelo naranja ni de su sonrisa confiada. Una pequeña parte de mí espera que esté descansando en su habitación aunque, si es así, significa que tengo el suspenso prácticamente garantizado.

Siento los ojos de Roman en el cogote mientras cojo una bolsa de galletas de los *snacks* que hay en la mesa y cruzo la sala para sentarme con mis amigos. Tomas, Will y Zandri me cuentan los problemas que resolvieron. Por el modo en que hablan, averiguo que aunque todos completamos los mismos tipos de problemas, cada grupo los resolvió en un orden diferente. Tomas respondió la tercera pregunta para su equipo, la pregunta de matemáticas que supuestamente Roman tenía que responder para el nuestro. Zandri fue la primera de su equipo y respondió el problema de historia. Will entró el segundo y le asignaron la pregunta de genética. Todos los del grupo de Tomas han vuelto del examen, pero aún faltan por llegar en los de Zandri y Will.

Sin quitar el ojo a la puerta me preguntan qué me asignaron a mí. Les explico en voz baja mi teoría sobre la traición de mi compañero de equipo, mi decisión de no abrir la puerta y de irme antes de responder. Mis amigos se me quedan mirando y siento una fuerte presión en el pecho. Will se recupera el primero y dice que está impresionado por cómo confié en mis instintos y que se alegra de no haberse encontrado en mi situación, puesto que Zandri era la única que iba antes que él y, por

supuesto, confía en ella. Tomas mira a Will durante varios largos segundos antes de decir que está orgulloso de que alertara a Brick de mis sospechas. Will hace una broma para hacerme sentir mejor, aunque no lo consigue. Los ojos abiertos y los labios temblorosos de Zandri y el modo en que Tomas frunce el entrecejo cuando cree que no le veo me recuerdan que el veredicto de esta prueba no está decidido, todavía existe la posibilidad de haber cometido un error y suspender. Cuando Brick aparece por la puerta no me cabe la menor duda de que es así. El mundo se me viene encima. En la sala de la prueba Brick se había mantenido firme en su decisión de no romper la promesa y ahora, al pasar por mi mesa sin tan siquiera mirarme, estoy convencida de que hizo exactamente lo que juró hacer. Brick respondió su pregunta. Sabe que tenía planeado no contestar la mía, así que ahora me pregunto si habré estropeado a todos la posibilidad de pasar esta prueba y seguir adelante.

Nicolette llega con un montón de historias sobre sus compañeros de equipo. Algunos eran simpáticos, pero había uno prepotente y arrogante. Su grupo obligó a este chico a entrar en último lugar por si se le ocurría arruinar la prueba a los demás. Le doy vueltas a una galleta con las manos y escucho a los demás hablar de la personalidad de los candidatos con los que coincidieron. Zandri mantiene la puerta controlada mientras espera que lleguen sus compañeros de equipo. Me doy cuenta de que Tomas está callado, está observando a nuestros amigos atentamente. Por el rabillo del ojo veo que se fija en mí también. ¿Cree que soy una paranoica? Probablemente lo sea.

El tiempo pasa lentamente mientras van llegando candidatos con aspecto triunfal o cansado, en ocasiones ambos. Finalmente se sirve la cena y me obligo a comer. A cada bocado le dirijo una mirada a Brick, con la esperanza de que establezca contacto visual, de que me dé una señal de lo que decidió.

Mientras terminamos de cenar, una voz a través del altavoz dice:

—La fase tres de la Prueba se ha completado. Los suspensos se entregarán en las habitaciones de los candidatos dentro de la próxima hora. Para los que aprobéis, os deseo que durmáis bien. La preparación para la fase final empezará mañana.

Mis amigos se ponen en pie y se dirigen hacia la salida. Finjo estar ajustando el asa de la bolsa y permanezco sentada hasta que Brick pasa por mi lado. No me mira en ningún momento.

Durante la próxima hora observo el paso de los minutos en el reloj de mi habitación. Percibo un llanto y me estremezco al oír pasos acercándose, pero nadie llama o abre mi puerta. Cuando ha pasado el tiempo establecido, el pasillo se queda en silencio. He aprobado el examen. Debería estar contenta, pero al meterme en la cama solo siento fatiga. Espero estar a la altura ante lo que ocurra mañana.

El anuncio de la mañana llega con el alba. Debemos llevar todas nuestras pertenencias con nosotros cuando vayamos a desayunar. Me visto rápidamente y me ato las botas de piel usadas mientras un sentimiento de terror me cierra el estómago. Mis amigos están todos en el comedor cuando llego. Hemos superado la fase número

tres, aunque los ojos cansados y enrojecidos y la actitud retraída de Zandri demuestran que el éxito se ha cobrado su precio. Miro alrededor de la sala y veo a Brick sentado en una mesa del fondo. Esta vez sus ojos establecen contacto y por unos instantes solo nos miramos el uno al otro. Cuando asiente, reconozco el gesto de gratitud.

Pasa una hora antes de que el altavoz nos invite a bajar. Veo a gente respirando hondo en la sala. Algunos, como Zandri, dejan escapar leves quejidos; otros, como Tomas, parecen preocupados pero resignados. Incluso el gallito de Roman da signos de miedo. Sí, la Prueba nos ha pasado factura a todos y todavía no ha terminado, todavía queda una última fase.

Una vez más, el doctor Barnes nos espera en la sala de conferencias de la tercera planta. Hoy trae el semblante serio, lo que hace que todos en la sala nos quedemos en silencio.

—Enhorabuena a todos por llegar a la cuarta ronda. Empezasteis siendo ciento ocho candidatos en la clase de este año y quedáis cincuenta y nueve. Mañana empezará la fase más larga de la prueba, el examen práctico. Los estudiantes universitarios son los futuros líderes de las Confederaciones Unidas y como algunos de vosotros en esta sala pronto seréis nombrados como tal, creemos que es necesario que comprendáis perfectamente los retos a los que os vais a enfrentar. Viajaréis a una zona del país que no ha sido revitalizada y se os situará en un punto de inicio determinado. Cuando empiece la prueba, debéis encontrar el camino de regreso desde esa localización hasta Tosu. Los que regresen obtendrán el aprobado y tendrán derecho a la evaluación final, que establecerá qué candidatos asistirán a la Universidad.

Terror; esta es la única palabra que me viene a la mente para describir lo que siento al saber que estaré sola en una zona desconocida del país. En realidad sola no, estaré con animales, mutaciones de animales por la lluvia radioactiva de la guerra que en su día fueron inofensivos pero que ya no lo son. Y los errantes, aquellos que han elegido no unirse a las Confederaciones Unidas, gente que creyó que los gobiernos estructurados fueron los que provocaron las Siete Etapas de la Guerra y abandonaron todo aquello que perseguía la organización. Esa gente puede estar por allí también, y yo estaré sola para enfrentarme a ellos.

—Cada candidato empezará la prueba aislado de los demás, pero eso no significa que debáis permanecer solos, podéis juntaros con otros candidatos. También podéis elegir entorpecer el avance de vuestros compañeros para aseguraros el aprobado antes que ellos. Las decisiones que toméis durante la prueba se tendrán en cuenta en la evaluación final.

Tomas me coge la mano y la aprieta. La presión de sus dedos y el apoyo que suponen me calman lo suficiente como para centrarme. Si quiero pasar esta prueba tengo que centrarme.

Una pantalla desciende detrás del doctor Barnes y un mapa aparece parpadeando

sobre ella. En la esquina inferior izquierda del mapa hay una estrella plateada; junto a ella, está la palabra «Tosu». En la esquina superior derecha hay una gran estrella negra junto a una masa de agua azul. La estrella negra está marcada con la palabra «Inicio». Aparte de las estrellas, la masa de agua y el nombre de la ciudad de Tosu, el único detalle que aparece en el mapa son dos líneas, una roja y una azul. La línea roja cruza en diagonal desde el punto de salida hasta unos centímetros por encima de la estrella plateada. La línea azul empieza varios centímetros por debajo de la ubicación marcada y va hasta el sur de la ciudad.

—Todos los candidatos viajaréis desde vuestra posición inicial hasta Tosu a través de la zona comprendida entre los límites rojo y azul. Las dos líneas representan las vallas que los oficiales han levantado para ayudaros a permanecer entre esos límites. Aquellos que salgan en cualquier momento de la zona habilitada recibirán una calificación reprobatoria. Por favor, no nos obliguéis a aplicar esta regla.

Recuerdo la cara cubierta de sangre de Malachi, los ojos desorbitados y ensangrentados de Ryme, la silla vacía de Annalise... A juzgar por la expresión seria y el tono de voz del doctor Barnes, no hay duda de cuál sería el castigo que implicaría una calificación reprobatoria.

—En cuanto salgáis de aquí, cada uno de vosotros se reunirá con un oficial que le dará las instrucciones a seguir. —El doctor Barnes suspira y mira lentamente alrededor de la sala, deteniendo la mirada en cada candidato—. Sed inteligentes y manteneos a salvo. Espero de todo corazón que todos vosotros regreséis a la ciudad. —Endereza los hombros y nos dice que miremos hacia la pantalla detrás de él. Cuando aparezca nuestro símbolo, debemos ponernos en pie y reunirnos en el vestíbulo con el oficial que se nos ha asignado. Nos desea suerte, baja del escenario y cruza el pasillo para salir por la puerta sin mirar atrás.

Aparece el primer símbolo en la pantalla y un chico de la fila de abajo se levanta. Todavía cogidos de la mano, Tomas se inclina hacia mí y me susurra:

—El punto de salida es Chicago.

Hago memoria del mapa que apareció en la pantalla, tengo en cuenta el agua y la distancia que hay entre ella y Tosu y finalmente asiento. Estaba tan aturdida que no lo relacioné con los mapas que estudiamos en el colegio. Incluso sin ningún otro punto de referencia, estoy segura de que Tomas tiene razón y me pregunto qué provecho puedo sacar de esta información.

Tomas va un paso por delante. Hablándome al oído, me dice que busque el edificio más alto que se mantenga en pie, que vaya allí y nos reuniremos. Si no nos encontramos en las primeras veinticuatro horas, debo dirigirme justo al oeste hasta que encuentre la valla, que será el límite norte de la prueba. Nos encontraremos allí; somos socios, lo haremos juntos.

Dos planes, dos esperanzas de que no tendré que viajar cientos de kilómetros yo sola. Asiento y le aprieto la mano para que sepa que estoy de acuerdo, que haré lo que pueda por encontrarle. En ese momento, el símbolo de una estrella de ocho puntas

con un rayo en el centro aparece en la pantalla. Se me hace un nudo en el estómago y se me seca la boca. No quiero soltar la mano de Tomas, pero consigo desenlazar todos los dedos. Me separo de la entereza que la presencia de Tomas me ha contagiado y me levanto. Me echo la bolsa al hombro y acaricio la mejilla a cada uno de mis amigos al pasar por delante de ellos: Tomas, Zandri, Will y Nicolette.

Cuando llego al vestíbulo no puedo evitar sentir una pequeña explosión de alivio al ver a la persona que me está esperando: Michal. Su expresión es severa, pero percibo un destello de orgullo en sus ojos por haber llegado hasta aquí. O quizás son imaginaciones mías, porque cuando me pide que le siga, lo hace en un tono formal, como si no nos hubiésemos visto nunca.

Cogemos el ascensor hasta la primera planta y salimos por la izquierda a través de un pasillo largo y gris. Al final del pasillo, nos detenemos enfrente de una puerta grande, también gris.

—Este es el almacén de la prueba —dice Michal—. Cada candidato dispone de diez minutos dentro de esta sala. En este tiempo, deberás seleccionar tres artículos adicionales que te ayuden a superar la prueba con éxito. Yo iré anotando tus elecciones a medida que elijas. Llegado este momento, se supone que debo recordarte que escojas con esmero, lo que elijas puede marcar la diferencia entre el éxito y el fracaso, aunque dudo que hubieras llegado tan lejos si a estas alturas no te lo hubieras imaginado.

Esta vez estoy convencida de que no me invento el destello de orgullo en su mirada. Me dice que los diez minutos empiezan en el momento en que abra la puerta, así que cojo aire y giro el pomo.

Hay ropa de calle, zapatos cómodos, comida, brújulas, botiquines de primeros auxilios, equipos de viaje, kits para hacer fuego, cañas de pescar, cuchillos, pistolas y muchas más cosas, todo lo que podría necesitar para sobrevivir y solo se me permite escoger tres.

Siento la presencia de Michal detrás de mí mientras camino despacio por delante de las mesas, los percheros y las estanterías llenas de artículos de supervivencia. Una vez más, me alegro de haber traído mis botas usadas. La mayoría de chicas tendrán que cambiar sus zapatos modernos por unos con los que puedan caminar durante horas. Por otro lado, mis hurtos en el comedor han valido la pena. Aunque media docena de manzanas, de bollos y de bolsas de fruta seca no me bastarán para llegar a Tosu, sé que de momento podré arreglármelas. Así que ignoro estas opciones y me concentro en el resto. Todo parece necesario. Van pasando los minutos mientras intento decidir lo que verdaderamente necesito.

En una esquina hay una bolsa de color verde oscuro con una pequeña etiqueta de metal que dice «H2 O». Lo saco de la pila y lo examino. Dentro hay dos cantimploras llenas de agua y un pequeño kit de productos químicos como los que usamos durante la segunda prueba.

Pienso otra vez en el mapa. La zona destinada a la prueba es amplia, así que

seguro que debe estar llena de lagos, arroyos y riachuelos, aunque no los hayan marcado. Por las conversaciones con mi padre y las palabras del doctor Barnes, sé que una gran parte de la zona destinada a la prueba, si no toda, que todavía no ha sido revitalizada. Esto significa que, en mayor o menor medida, el agua que haya dentro de los límites seguramente estará contaminada. No todas las contaminaciones llegan a ser mortales, pero muchas provocan enfermedades, especialmente en cuerpos achacados por el cansancio y la malnutrición. Estaré expuesta a ambos durante esta fase de la prueba, así que no me arriesgaré a deshidratarme también.

Primera elección.

Me cuelgo la bolsa verde del hombro y estudio las otras opciones. La tienda de campaña impermeable y con el suelo aislado es muy tentadora, pero me basta con levantar la caja para tomar la decisión. Aunque ahora parece ligera, hay más de mil kilómetros de viaje; tras los primeros diez, la tienda será más una carga que una ayuda. La comodidad debe quedar relegada a un segundo plano en favor de la supervivencia.

Me salto las brújulas porque ya tengo una en el Comunicador de Tránsito que le cogí prestado a Zeen. También ignoro los cuchillos y los kits para hacer fuego. Por un lado, tengo la navaja de bolsillo que traje de casa, me las arreglaré. Y en cuanto al fuego, me llevará tiempo encender uno sin la ayuda de cerillas o de un pedernal, pero sé hacerlo, es una de las primeras habilidades que se enseñan a los estudiantes en la colonia Five Lakes. El hecho de que hayan incluido estos kits entre el equipo de supervivencia hace que me pregunte si se tratará de una lección exclusiva para nosotros por nuestra dimensión reducida y localización lejana.

El alijo de ballestas, pistolas y explosivos me llama la atención; si me ataca un animal no quiero que me coja desprevenida. Nunca he disparado una ballesta, así que la tacho inmediatamente de la lista. Con los explosivos no estoy familiarizada y además me dan muchísimo miedo. Sin embargo, he disparado con la escopeta de papá y el padre de Daileen nos enseñó a disparar su pistola. Daileen es mucho mejor tiradora que yo, pero al menos suelo hacer diana un setenta y cinco por ciento de las veces. Toqueteo la escopeta, que es con lo que me siento más cómoda, pero solo entra una caja con diez cartuchos. Mis dedos se desvían y se cierran sobre un pequeño revólver negro que viene con dos cajas de munición. Pesa poco, es fácil de llevar y tiene suficientes balas como para practicar un par de tiros sin preocuparme por que se acaben.

Segunda elección.

La pistola y las dos cajas de munición desaparecen dentro de mi bolsa y Michal me advierte de que solo me quedan dos minutos. Me entra el pánico. Dos minutos y no tengo ni idea de qué más coger. ¿Bengalas para que Tomas me encuentre? ¿Un saco de dormir? ¿Un chubasquero? ¿Un manual sobre cómo hacer un puente a los coches antiguos? ¿Habrá coches? No lo creo, pero ¿cómo voy a saberlo?

Cierro los ojos, cojo aire dos veces y hago una lista de lo que tengo: comida,

agua, ropa, un cuchillo con pequeñas herramientas, un Comunicador de Tránsito que viene con brújula y una pistola de autodefensa, pero ¿y si me hago daño?

Abro los ojos y me dirijo a los botiquines. Todos contienen vendas, hilo y aguja y pomadas antisépticas junto con algunos analgésicos, píldoras para la radiación o la fiebre leves y otras botellitas que no tengo tiempo de examinar. Meto el botiquín en la bolsa y me la cuelgo del hombro en el momento en que Michal anuncia:

—Se acabó el tiempo.

Dando la espalda a la oferta de aprovisionamiento, sigo a Michal a través de la puerta intentando ignorar la sensación perturbadora de haberme equivocado. Pero ya no hay vuelta atrás, he elegido mis tres opciones, cualquier otra cosa que necesite tendré que encontrarla por el camino.

Michal comprueba el reloj y me conduce por un pasillo hasta una habitación marcada con mi símbolo. Abre la puerta y dentro veo un pequeño dormitorio con baño.

—Tienes una hora para reorganizar tus pertenencias o cambiarte de ropa. —Me mira y sonrío, sabe que no me voy a cambiar de ropa, pero sus palabras y su expresión me indican que debe seguir el guión. Eso me dice algo más: si Michal está teniendo cuidado, significa que hay gente escuchando lo que decimos—. Si necesitas algo durante esta hora, dímelo; estaré justo aquí fuera.

La puerta se cierra y me siento en una cama individual pequeña. La habitación, decorada por completo en tonos grises, no es exactamente el lugar más motivador en el que haya estado, pero podría ser peor; de hecho, estoy segura de que pronto lo será.

Me quito la ropa, me ducho y me lavo el pelo. Una vez aseada, me observo en el reflector antes de estirarme el pelo hacia la nuca y recogerlo en un moño apretado. No tengo ni idea de a qué tendré que enfrentarme cuando empiece la prueba, pero no puedo dejar que la melena en cascada se interponga en el camino. Y si durante esta fase me la tengo que cortar, lo haré. Aquí no hay sitio para la vanidad.

Con las botas atadas, vacío la bolsa en el suelo y lo vuelvo a guardar todo. Retiro una cantimplora para dejarla a mano y guardo la otra parte del kit en el fondo de la bolsa junto con la ropa. Después va el botiquín. Envuelvo la comida que cogí del comedor en una toalla del baño —nadie dijo que no pudiéramos cogerlas— y la guardo. Por último, la otra cantimplora, el Comunicador de Tránsito de Zeen y la pistola. La navaja me la guardo en el bolsillo. Sopeso la bolsa; no es tan ligera como antes, pero he distribuido bien el peso y podría correr con ella si hiciera falta.

Unos golpecitos en la puerta marcan el final de la hora; Michal está esperando. Se fija en el pelo, en la ropa que no me he cambiado, en la única bolsa colgada del hombro y asiente.

—Sígueme.

Me conduce por una serie de pasillos hasta que llegamos a un ascensor. Esta vez pulsa un botón para ir a una planta que no había visto antes: ST. Cuando se abren las puertas, el olor a moho deja bien claro qué significa ST: subterráneo. Según Michal,

vijaremos a través de un sistema de cinta transportadora, que circula por el subsuelo, hasta las afueras de la ciudad. Después, un aerodeslizador nos trasladará a mi zona de inicio designada.

La tensión y la preocupación que he estado acumulando disminuyen un poco ante la visión de la pasarela subterránea. Es una gran cinta transportadora que zumba a lo largo del suelo. No puedo evitar hacerle docenas de preguntas a Michal sobre cómo funciona, qué longitud tiene y cuál es la fuente de alimentación. Él sonrío y me dice que responderá todo lo que sepa durante el trayecto. Me desequilibro al subir a la cinta que ya está en movimiento, pero Michal me sujeta y evita que termine en el suelo.

El paseo por la pasarela dura casi una hora, casi todo el tiempo viajando por túneles poco iluminados. En varias ocasiones hemos tenido que bajar de una pasarela para después subir a otra. Me alegro de que Michal esté aquí y de que mantengamos un flujo de conversación constante, concentrarme en su voz me ayuda a ignorar la ansiedad que crece en mi estómago.

Llegamos a nuestro destino y bajamos de la cinta. Subimos en ascensor hasta la superficie, donde según Michal nos espera el almuerzo. Llegamos a una bulliciosa sala llena de oficiales. Un hombre de morado que sostiene una carpeta de clip nos ve y se acerca a toda prisa. Anota el símbolo de mi brazalete identificativo, escribe algo en la tabla y le dice a Michal que me lleve al número catorce, que resulta ser un hangar de aerodeslizadores bien iluminado pero sin ventilación con una pequeña mesa que sostiene un gran pícnic en la esquina.

Michal se quedará conmigo en la habitación hasta que pase el siguiente paso de preparación de la prueba, sea el que sea. Una ventanita al lado de la mesa da al exterior, hacia una zona de hierba verde. Tras la hierba se ve el resplandor del agua. Después de haber estado encerrada durante casi todo el tiempo en los últimos días y sin saber si volveré a ver tierra saludable como esta otra vez, le pregunto a Michal si podemos comer fuera. Está a punto de decir que no, pero debo parecer bastante desesperada, porque me dice que espere aquí mientras le pregunta a un oficial de mayor rango.

Veo la cara de Michal cuando vuelve y doy un grito de alegría. Coge la cesta de la comida y me informa de que disponemos exactamente de una hora. Al pulsar un pequeño botón en la pared, la puerta del hangar se eleva y un instante después estamos paseando en el aire fresco.

Después de escoger un sitio al lado de un árbol grande, admito:

—Me sorprende que nos hayan dejado salir.

—Siempre y cuando yo esté contigo y no te puedas comunicar con otros candidatos, no hay razón para negarse. —Me pasa una manzana de la cesta y sonrío—. A decir verdad, la mayoría de candidatos siguen las instrucciones sin rechistar. El comité siempre tiene interés por ver qué candidatos muestran un poco más de iniciativa.

Incluso ahora, antes de que nos echen a los despojos de nuestro país, nos están evaluando. No debería sorprenderme, pero lo hago. Recorro el árbol de arriba abajo con la vista en busca de algún signo que evidencie que nuestras palabras están siendo grabadas, que nos están observando.

Michal sonrío.

—No te preocupes, aquí fuera no están grabando la conversación. El comité está demasiado ocupado como para grabar todo lo que conduce a la cuarta prueba. Para eso estoy yo aquí, y no tengo ninguna intención de informar sobre esta conversación. Si quieres hablar, ahora puedes estar tranquila.

¿Quiero hablar? Sí, pero ¿puedo confiar en Michal o esto es otra prueba que se me va a evaluar? Mi padre me ordenaría que no confiara en él, pero por mucho que quiera, he demostrado una y otra vez desde que salí de casa que no soy mi padre.

Michal me pasa un sándwich de la cesta y pregunta:

—¿Cómo lo llevas?

Tengo el estómago revuelto, pero me obligo a pegarle un bocado; es de ternera, queso y abundante pan de trigo. Trago y digo:

—Malachi está muerto, le vi morir.

—Me he enterado. —Me mira a los ojos—. Lo siento.

Le creo. La compasión que desprende hace que me entren ganas de llorar.

—¿Por qué? ¿Por qué está muerto? —La causa es una hoja venenosa o un clavo en el ojo, pero el motivo...

Michal mira por encima de mi hombro y entonces me dice que coma, que finja que río y que me lo estoy pasando bien. De lo contrario, alguien que nos vea de lejos se podría preguntar de qué estamos hablando. Mientras como, me cuenta que el proceso de la Prueba lo diseñó hace años el padre del doctor Barnes, quien creía que las Siete Etapas de la Guerra ocurrieron porque los líderes del mundo no tenían la combinación correcta de inteligencia, capacidad para trabajar bajo presión y fuerza de liderazgo para mantener alejados los conflictos. La única manera de asegurar que las Confederaciones Unidas no repetirían los errores del pasado era poner a prueba a los futuros líderes de nuestro país y asegurarnos de que tuvieran el abanico de cualidades que no solo ayudaría al renacimiento del país, sino también a mantener a la gente a salvo. Durante estos años, varios oficiales de las Confederaciones han cuestionado la necesidad de castigar con tanta dureza a los que no pasan la Prueba. Algunos incluso dicen que los encargados de controlar los resultados de las pruebas los amañan para eliminar a aquellos que son demasiado listos, demasiado fuertes y demasiado entregados, ya que estos son los que no solo sienten la obligación de reconstruir las Confederaciones, sino de cuestionar sus leyes y elecciones. Cualquiera que exprese opiniones negativas sobre este proceso es trasladado a un lugar remoto o desaparece.

Michal se ríe como si hubiera dicho algo gracioso. Yo también me río, aunque es lo menos divertido que he oído en mi vida. ¿Qué determina que alguien sea demasiado listo o demasiado fuerte? ¿Haber querido salir fuera me tacha de rebelde?

La cabeza me da vueltas, pero continúo sonriendo como si mi vida dependiera de ello.

En realidad, puede que así sea.

Me como el sándwich entero y después otro porque no aguantará en la bolsa. Además, sé que tengo que estar con el combustible lleno cuando empiece la próxima prueba. Michal se recuesta sobre la hierba y observa. Cuando he terminado los sándwiches, mira el reloj: quedan diez minutos de libertad.

—¿Estás asustada? —me pregunta, ofreciéndome una botella de agua.

Bebo un sorbo y siento el choque de las emociones contra el muro de despreocupación que había construido. Asiento; sí, estoy aterrorizada. Intentando no perder la compostura, guardo las manzanas, naranjas y bollos que no nos hemos comido en la bolsa. Me tiemblan los dedos mientras intento cerrar los broches. Michal me ayuda y susurra:

—No te obsesiones con ser la primera en llegar. Cada año los candidatos creen que el orden de llegada importa y no es así. Sé inteligente y mantente a salvo. Confía en tus amigos de Five Lakes si puedes, pero en nadie más. Cada año hay candidatos que creen que eliminar a sus competidores es la mejor manera de asegurar su entrada a la Universidad. Muchas veces están en lo cierto, no se lo permitas esta vez.

Consigo cerrar la bolsa. Me siento mientras el mundo empieza a dar vueltas a mi alrededor y entonces se vuelve todo negro. Lo último que recuerdo son unos brazos fuertes incorporándome mientras una voz baja y amable dice:

—Eres lista, Cia, eres fuerte, hay gente como yo que está de tu lado y que saben que puedes hacerlo. Demuéstrales que tengo razón.

Entonces todo se desvanece.

Lo próximo que oigo es el goteo de un grifo. Abro los ojos de golpe. Estoy tumbada sobre un catre en lo que solo puede describirse como una caja metálica. La estancia probablemente mida dos metros por dos metros. Intento sofocar el pánico que siento al estar en un espacio reducido y limitado y examino lo que me rodea. El sitio está iluminado con luz eléctrica, en el suelo a mi lado hay una pequeña cesta de comida y hay un váter y un lavabo diminutos que ocupan la esquina a los pies de la cama. En la pared de enfrente hay un reloj con una cuenta atrás y un cartel que dice «LA PRUEBA EMPEZARÁ EN TREINTA MINUTOS». Mejor dicho, en veintinueve minutos.

Uso el lavabo y me quito el aturdimiento de los ojos y el sabor metálico de la boca, signos evidentes de que me drogaron. Me viene a la memoria el momento en que Michal me ofreció la botella de agua y siento una punzada de traición, pero enseguida se desvanece al recordar lo que me dijo en un susurro. Los somníferos eran parte del protocolo de la prueba, pero sus palabras y la preocupación con que las pronunció no. Por el motivo que sea, Michal realmente cree que conseguiré pasar la Prueba, incluso afirma que otros a quienes no conozco también me apoyan. Les demostraré que puedo hacerlo.

Mientras el reloj sigue marcando los minutos que faltan, quito la sábana de la cama y la meto en el fondo de la bolsa; quién sabe cuándo necesitaré su calor. Entonces examino la cesta de comida: más sándwiches, fruta seca, una botella de agua, una pequeña caja de galletas y tres fresas maduras. Me como los sándwiches, huelo el agua en busca de trazas de droga y entonces bebo un sorbo mientras guardo las galletas y la fruta seca en la bolsa abultada. Al menos tendré suficiente comida para alimentarme durante una semana, un poco más si voy con cuidado. Me como las jugosas fresas mientras observo el descenso de los números del reloj. Cuando llega a los cinco minutos, me lavo las manos, saco el Comunicador de Tránsito de Zeen de la bolsa y enciendo la brújula. La aguja oscila de un lado a otro, buscando la dirección sin encontrarla. Solo se me ocurre que las paredes de metal confunden la señal y espero que la situación se solucione sola cuando salga de aquí.

Quedan dos minutos para salir.

Tomo un último sorbo de agua y guardo la botella en la bolsa.

Un minuto.

Me doy cuenta de que podría haber cualquier cosa detrás de la puerta. Devuelvo el Comunicador de Zeen al bolsillo lateral de la bolsa y lo compruebo por última vez. Cuando el reloj marca cero, me pongo de pie con la bolsa colgada del hombro y el pequeño revólver negro en la mano.

El lateral del habitáculo metálico se abre mientras una grabación de voz dice:

—La cuarta ronda de la Prueba ha comenzado.

Capítulo 10

No nos han deseado suerte. Quizás es un pensamiento extraño para un momento como este, pero no puedo pensar en otra cosa mientras salgo de mi minúscula celda sobre una zona de hierba marrón que crece a través del hormigón. Me cuesta respirar cuando vislumbro la devastación decadente a mi alrededor. Acero y piedras, cristal y madera, edificios destrozados y derrumbados, coches completamente oxidados y volcados, todo cubierto por una capa negra de mugre. Hay alguna que otra planta luchando por sobresalir entre los escombros, anhelando el sol. Las enredaderas cubren los restos de coches y edificios destrozados. Algunos árboles corrompidos por la contaminación de la tierra apuntan al cielo, decididos a sobrevivir entre los restos de la ciudad. No muy lejos de donde reposa mi caja metálica descubro lo que parece un arco de ladrillo parcialmente cubierto por enredaderas oscuras y espinosas. Bajo la luz del sol naciente creo intuir unas palabras grabadas sobre el ladrillo y avanzo unos pasos cautelosamente.

Entrecierro los ojos para descifrar las letras: «CHICA O STOC EXCH E B».

Incluso con una letra ilegible, ahora sé con certeza donde estoy: en Chicago, la tercera ciudad destruida durante la Cuarta Etapa de la Guerra. Las dos primeras ciudades recibieron algunos avisos, se anunciaron evacuaciones. Aun así, murieron cientos de miles de personas, pero podría haber sido peor, como sucedió aquí. Los libros cuentan que el ataque fue rápido, tanto que no se detectó hasta que se lanzaron las primeras bombas. Nunca se ha llegado a confirmar quién fue el enemigo que abrió una brecha en la defensa del país y destruyó una ciudad desprevenida, aunque el presidente y sus consejeros creyeron saberlo. Contraatacaron y el mundo se vino abajo.

El viento silba a través de las calles abandonadas, aunque la verdad es que no lo están; ya no. Estamos los otros cincuenta y ocho candidatos y yo. Algunos son amigos, pero según Michal hay otros que, para asegurar su plaza en la Universidad, me atacarían gustosamente con las armas de defensa que hayan elegido. ¿Cómo voy a dar con uno sin arriesgarme a toparme con los demás o con las armas que han seleccionado? ¿Me verá obligada a utilizar la pistola que llevo en la bolsa?

Tomas dijo que me reuniera con él en el edificio más alto, pero desde mi posición actual es difícil saber cuál es. Regreso a mi caja y trepo hasta el techo para tener mejores vistas. Más hormigón roto y acero retorcido, montañas de escombros que dan sepultura a la gente que solía considerar a esta ciudad su hogar. La barbaridad de la destrucción me encoge el corazón, pero ahora no tengo tiempo de lamentarme por la gente que murió aquí. Tengo que encontrar a Tomas.

Cuando me dispongo a bajar percibo un brillo que sobresale por encima de la destrucción. No parece un edificio, pero es lo más alto que veo desde mi posición. Es difícil calcular la distancia, aunque diría que no está muy lejos. No estoy segura de

que Tomas se dirija allí, pero tengo que intentarlo.

La brújula del Comunicador de Tránsito ya funciona, igual que la herramienta de interpretación de mapas que determina la longitud y la latitud. Al menos tengo mis coordenadas, si hiciera falta puedo encontrar el camino de vuelta.

Me bajo de un salto y empiezo a caminar con la brújula indicando al norte, hacia mi destino. Me abro paso entre montones de piedras y esquivo grandes agujeros en el suelo, parándome cada pocos pasos a escuchar. ¿Se oyen pisadas? ¿Hay alguien cerca? Lo único que oigo es el viento moviendo las hojas secas de un árbol cercano.

Aunque el objetivo no parecía estar tan lejos de mi emplazamiento metálico, el sol ya está muy arriba cuando me acerco a lo que ahora identifico como una aguja gris apuntando al cielo desde lo alto de lo que había sido un edificio. Es un misterio cómo la aguja sobrevivió al desastre. Me pregunto si Tomas puede verla desde su punto de salida.

Me siento sobre una roca y bebo varios sorbos de la botella de agua. El sol calienta y el sudor me gotea por la espalda. Necesito mantenerme hidratada si quiero sobrevivir a la Prueba. Me ruge el estómago, así que parto un trocito de bollo de pasas e intento decidir cuánto tiempo esperaré a Tomas aquí. Puede que no vea la aguja, puede que haya decidido que el plan del edificio más alto no tiene sentido y esté caminando hacia el oeste en busca de la valla, que es nuestro segundo punto de encuentro.

Compruebo la posición del sol y deduzco que deben ser más de las doce del mediodía. Han pasado horas desde que salí a las calles de la ciudad. Aunque me gustaría esperar aquí todo lo que haga falta hasta reunirme Tomas, también necesito encontrar cobijo para cuando llegue la noche. Me aterra la idea de dormir a la intemperie con los demás candidatos y peligros desconocidos acechándome. Una hora, ese es el tiempo que decido concederle a Tomas antes de irme de este sitio. Después continuaré.

Me termino el escaso almuerzo y decido explorar un poco los alrededores hasta que llegue la hora de irme. Con la bolsa al hombro, me abro paso entre los escombros y casi tropiezo con la raíz de un árbol. Acabo directamente al otro lado de la aguja, donde veo una gran caja de metal en medio de una calle destrozada.

La caja de un candidato.

Se me acelera el corazón mientras avanzo lentamente hacia ella, con cuidado de no hacer ruido al caminar. Es mucho suponer que la caja de Tomas sea la primera que voy a encontrar después de salir de la mía, o que todavía esté dentro horas después de que haya empezado la prueba. Aun así, tengo que mirar.

El reloj del interior ya no está encendido. La cesta de comida solo contiene los restos del corazón de una manzana y el envoltorio vacío de las galletas. Definitivamente, esta no es la caja de Tomas. No habría sido tan tonto de comerse lo que podía guardar para más tarde. Y habría cogido la sábana de la cama como hice yo. Me estoy planteando añadir la sábana a mis existencias cuando oigo una piedra

rodando por el suelo.

Hay algo o alguien afuera.

Se me hiela la sangre y contengo la respiración, intentando decidir el siguiente paso mientras oigo crujir los fragmentos de cemento bajo un zapato. No es un animal, definitivamente es una persona. Mis pulsaciones llevan la cuenta de los segundos mientras intento identificar sonidos de avance o de retirada. Pasan los minutos y no oigo nada. Con la mano derecha aprieto más y más fuerte la empuñadura de la pistola y cuento hasta cien. Nada.

Estar atrapada en esta caja sin ventanas me deja en una situación de clara desventaja; no solo no puedo ver quién hay fuera, sino que no tengo ninguna escapatoria si alguien entra por la puerta. Es hora de salir. Ya.

Miro detenidamente la entrada de la caja. La abertura está encarada hacia una zona que en su momento debió albergar un edificio pero ahora son solo unas pocas paredes parcialmente en pie. Algunas apenas miden un metro o metro y medio de altura, pero hay una o dos que son más altas que yo. La más alta de todas está probablemente a unos quince o veinte metros de distancia. Estas paredes podrían proporcionarme un lugar donde esconderme de quienquiera que esté cerca, al menos hasta que pueda comprobar si quiere hacerme daño o no. El terreno entre la caja y la pared está agrietado pero es bastante llano. Si hay alguien esperándome fuera, cogerlo por sorpresa es mi mejor opción. Me paso el asa de la bolsa por encima de la cabeza para que esté más segura, equilibrio el peso, cojo aire y corro.

Las botas suenan contra el suelo de piedra dura. En algún lugar, creo que a mi derecha, alguien maldice. Mi huida o mi identidad le ha cogido por sorpresa. Si se tratara de un amigo me llamaría, así que al ver que no lo hace, corro más rápido. Estoy a unos tres metros de mi destino cuando oigo un sonido agudo, casi una vibración musical, seguido de un golpe seco. A mi izquierda, hay una flecha de ballesta incrustada en el tronco de un árbol raquítico.

El zumbido vibrante suena de nuevo. Esta vez me tiro al suelo de hormigón y segundos después una flecha de metal choca contra la pared a un metro y medio de distancia y repiquetea contra el suelo. Más reniegos sin duda desde la derecha. Quien sea que me está disparando, o bien tiene una suerte increíble con el arma o ya sabía usarla desde antes. Necesito llegar a un lugar seguro, y rápido. Me levanto apresuradamente, con la bolsa golpeándome la cadera, salgo disparada y me escondo detrás de la pared mientras otra flecha golpea la piedra.

No hay ninguna duda, alguien está intentando matarme.

¿Otro candidato? Creo que sí, la ballesta es una de las armas que había en la sala de selección. Y aunque comprendo que uno se sienta asustado y solo en una ciudad arrasada, tengo la impresión de que estos no son los sentimientos que motivan el ataque. Igual que el sabotaje de Roman a nuestro equipo en el tercer examen, esto es deliberado y frío, un intento por ampliar las opciones de llegar a la Universidad sin importar la vida de los demás.

El enfado y la indignación se abren paso a través del miedo. Quienquiera que sea esta persona, no está confiando en su propia inteligencia para aprobar. Michal dijo que matar a alguien no va contra las reglas, pero para mí eso es hacer trampas. Ni en sueños voy a dejar que gane un tramposo.

Recuerdo la pistola que tengo en la mano, me agacho y me muevo lentamente hacia la derecha, con cuidado de permanecer detrás de la piedra desmoronada. Cuando llego al final de la pared, calculo lo mejor que puedo de dónde venían las flechas, salgo de detrás de la pared y disparo.

El culatazo de la pistola me sacude todo el cuerpo mientras el sonido rompe el silencio de la ciudad. Alguien suelta un taco en voz alta: una voz de hombre. Es difícil de creer que mi ataque a ciegas le haya herido. De todas formas, ese no era mi objetivo, no tengo intención de sobrevivir a esta prueba matando a los demás, pero eso no significa que me vaya a rendir sin luchar. Disparo tres balas más y me agacho detrás de la pared, intentando escuchar a mi agresor. El sonido de pisadas sobre las piedras me corta la respiración.

Piedras rodando sobre el pavimento.

El repiqueteo de algo metálico.

Silencio.

Después, el sonido de fuertes pisadas corriendo, no hacia mi posición, sino alejándose. Estoy a salvo, por ahora.

Empiezo a temblar cuando el enfado abandona mi cuerpo, dando paso a un temor vacío. Acabo de dispararle a alguien. No, no pretendía matar al tirador, pero podría haberlo hecho, podría haber matado a alguien. El hecho de que la otra persona estuviera intentando matarme a mí justifica mi comportamiento, pero aun así me invade el horror y la vergüenza.

Me doy cuenta de que estoy acurrucada contra la pared, sin prestar atención a los sonidos de la ciudad, y me obligo a reaccionar. Ya tendré tiempo de preocuparme más tarde sobre lo que acabo de aprender de mí misma. Primero tengo que alejarme de este lugar, podemos haber llamado la atención de cualquiera que estuviera por los alrededores. Si hay otros candidatos por ahí interesados en quitar de en medio a la competencia, puede que vengan a buscar la fuente de los disparos y no quiero estar aquí cuando lleguen.

Con los cinco sentidos atentos a cualquier signo de vida, salgo de detrás de la pared y escudriño la ciudad en ruinas. No veo a nadie, ni cerca de la caja del candidato, ni sobre los montones de edificios derrumbados, ni escondiéndose entre las ramas de los árboles enfermos. Parece que en este preciso instante soy la única persona en la ciudad. Quisiera tener a Tomas caminando a mi lado, pero tendré que salir de aquí yo sola.

Todavía a ras del suelo, compruebo la brújula y me dirijo lentamente hacia el oeste, deteniéndome con cautela cada tres o cuatro metros para analizar la zona que me rodea. De momento no veo a nadie, pero sé que el tirador de la ballesta está por

ahí en algún sitio. Trepas por piedras y piezas de acero hace que el avance sea lento, pero finalmente encuentro una calle casi despejada de escombros y recupero el ritmo.

La calle conduce a un río ancho de agua oscura y cauce turbulento. No hace falta comprobarlo, esta agua no es potable. Por muchos productos químicos de purificación básicos que se le echaran, no cambiaría de estado. La calle que estoy siguiendo forma un arco sobre el río. El puente tiene grietas y boquetes. ¿Intento cruzar por aquí o busco otro camino para llegar al otro lado?

Guardo la pistola en el bolsillo lateral de la bolsa y trepo a un árbol en la ribera para ver mejor. El río traza una curva hacia el nordeste; es difícil ver lo que hay en esa dirección. Más al sur hay otro puente, pero ese también parece estar en mal estado, y quién sabe cuánto tiempo tardaré en llegar hasta allí o qué encontraré cuando lo haga. Me escurro del árbol hacia el suelo y decido intentar cruzar este, necesito poner cuanta más distancia mejor con los candidatos hostiles. Si empiezo a cruzar y veo que el puente es demasiado inseguro, me iré hacia el sur y probaré suerte allí.

Al cruzar veo pruebas de un precario intento por repararlo. Quizás algunos de los candidatos anteriores pusieron los grandes tablones de madera y losas de piedra sobre los boquetes cuando tuvieron que cruzar al otro lado como yo. A mitad de camino se desprenden trozos de roca bajo mis botas. Desde esta posición estratégica, veo que el otro extremo está aún en peores condiciones. Faltan tramos enteros de asfalto, dejando solo pequeñas tiras aquí y allá donde pisar. El que intentó remendar el puente antes que yo no debió querer volver a tierra a buscar más materiales para reparar este lado.

Estudio las opciones: deshacer el camino que recorrí hasta aquí e intentar atravesar el puente que hay más al sur o seguir caminando y que sea lo que Dios quiera. Mi posición actual en el puente me mantiene expuesta, sin duda estoy a la vista de cualquiera que esté cerca. Si alguien me ha visto, volver atrás me dejará desprotegida ante el ataque. Cualquiera de las dos opciones implica un riesgo.

El miedo al tirador de la ballesta hace que mis pies sigan avanzando. Me ajusto la bolsa en el hombro cuando el parche del puente se estrecha hasta el ancho de un pie. El agua oscura corre con fuerza por debajo, esperando un paso mal dado para arrastrarme con la corriente. Estoy a seis metros de la otra orilla cuando escucho el zumbido vibrante y familiar que señala peligro. No me queda más remedio que correr cuando lo que debe ser una flecha pasa zumbando. Se oye un *¡plaf!*, en el agua cuando el río se la traga.

A un metro y medio de estar a salvo, el trozo de suelo por el que he estado caminando desaparece. El zumbido vibrante suena otra vez. No tengo tiempo de pensar, simplemente doy un gran salto por encima del enorme agujero con la esperanza de llegar al otro lado, pero solo llego con la parte de arriba. El resto del cuerpo cuelga en el vacío entre el saliente y el río. Entre el peso de mi cuerpo y el de la bolsa, siento como voy resbalando. Trato de agarrarme al asfalto y clavo los dedos

en una fisura de la piedra, deteniendo así el retroceso.

Los músculos de los brazos empiezan a temblar cuando intento tirar de mí hacia el asfalto pero, tras varios intentos, solo me he movido un milímetro y los dedos están empezando a perder agarre. No puedo hacer nada para evitarlo, en unos instantes me precipitaré al agua. Me estoy preparando para la caída y deseando que la orilla del río sea escalable cuando algo me agarra el brazo y me suelta los dedos de la débil sujeción de seguridad. Con todos los peligros que me acechan sé que debería permanecer en silencio, pero no lo puedo evitar. Grito.

Capítulo 11

—**T**ranquila, Cia. Tranquila.

Pasan unos segundos hasta que la voz se abre paso entre el miedo, hasta que soy consciente y comprendo que están tirando de mí y no empujándome al río. Dejo de oponer resistencia y permito que me suban hasta tierra firme.

El corazón me late con fuerza. Apenas puedo respirar, pero cuando la cara de Tomas se dibuja ante mí, me las arreglo para decir con voz ronca:

—Gracias.

Me mira con reserva y preocupación, pero habla en un tono desenfadado cuando dice:

—Cuando regresemos a Tosu vamos a tener que ponernos con los saltos de longitud.

Es un chiste malo, pero me hace sonreír y me ayuda a olvidar durante un momento dónde estoy y por qué. Por unos instantes estoy a salvo, pero entonces la sensación desaparece. Me pongo de pie y miro hacia el puente con atención, en busca de indicios del tirador de la ballesta.

—Tenemos que largarnos de aquí. Hay alguien con una ballesta que quiere reducir su competencia. Me atacó mientras te estaba buscando, debe haberme seguido hasta el río.

Tomas entrecierra los ojos y mira hacia el río a mi espalda. ¿Está buscando pruebas de que hubiera un tirador? ¿No se cree lo que le digo? De no ser por los sueños de mi padre, por la traición de Roman y por la advertencia de Michal, quizás yo tampoco me habría creído que otro candidato se tomara la Prueba de esta manera. ¿Puedo culpar a Tomas por dudar?

—Bien, sea quien sea debe estar buscando otra manera más segura de cruzar el río. Es increíble que lo consiguieras, me quedé blanco cuando te vi saltar. —Se coloca la bolsa en el hombro y me tiende la mano. Estoy a punto de cogerla cuando me doy cuenta de que la mía está sangrando. Tomas ve los cortes y dice—. Mejor que los limpiemos, lo último que necesitas es una infección. Venga, vamos a apartarnos del sol y a curarte esto.

Avanzamos alrededor de un kilómetro y medio hacia el oeste hasta que acepto detenerme ante una pila de metales rotos y piedras que nos llega a la altura de la cintura. Nos mantendrá ocultos mientras me curo las manos y comemos algo. Ahora que el miedo ya no me atormenta me doy cuenta de que estoy muerta de hambre.

Tomas se sienta a mi lado y dice:

—Si quieres puedo romper la sábana y hacerte vendas.

—No hará falta. —Aunque me alegro de saber que tenía razón, Tomas se llevó la sábana de su cama—. Traigo un botiquín aquí dentro.

Como no quiero mancharlo todo de sangre, le pido a Tomas que saque el kit y la

botella de agua empezada de la bolsa. Tras humedecer una venda de algodón y dar unos toquecitos sobre las heridas, veo agradecida que bajo la sangre solo hay un par de rasguños. Con un poco de pomada antiséptica y algunas vendas, ya estoy lista para comer. Guardo el botiquín en la bolsa, saco una manzana y le ofrezco otra a Tomas. Es lo mínimo después de haberme salvado la vida.

Sonríe socarronamente.

—El botiquín fue una de tus tres elecciones, ¿verdad? —Cuando asiento, sonrío aún más—. Estuve a punto de coger uno, pero imaginé que lo harías tú. No quería repetir algo que ya hubieras cogido por si acaso nos reuníamos.

Fue una decisión arriesgada, que no habría valido la pena si no nos hubiésemos encontrado, pero lo hicimos. Saber que pensaba en nosotros como un equipo cuando hizo sus elecciones me hace sentir inexplicablemente feliz, teniendo en cuenta las circunstancias.

Mientras nos comemos las manzanas y dos bollos de canela que Tomas saca de su bolsa, comparamos el equipo. Le enseño el agua y los productos químicos de purificación, que también supuso que cogería, pero no imaginó la última opción. Estaba seguro de que cogería una brújula, ya que era el objeto que casi todos los candidatos necesitarían para el viaje. Así que arquea las cejas sorprendido cuando saco la pistola del bolsillo lateral de la bolsa y admito que ya he tenido motivos para usarla.

—¿Así que eras tú?

Reaparece la vergüenza que sentí en su momento por mis acciones y bajo los ojos para evitar la mirada de censura que Tomas debe mostrar. No me deja apartar la mirada; me levanta la barbilla con los dedos para que le mire a la cara y en ella veo comprensión, cariño y orgullo.

—Hiciste lo correcto. Se necesita valor para defenderse, y me alegro de que lo hicieras. No sé qué haría si te ocurriera algo. —Me sonrío con tanta dulzura que me acelera el corazón. Y entonces dice: —¿Quieres ver mis tres objetos?

Un kit de herramientas en el que Tomas se alegró de encontrar cerillas. Un atlas de finales del siglo XXI con los cincuenta estados de los antiguos Estados Unidos y que contiene mapas muy detallados del terreno por el que nos moveremos. El último es un enorme y mortífero cuchillo que Tomas saca de una vaina de piel. No recuerdo haber visto este tipo de cuchillo, si se le puede llamar así, entre las armas que nos dieron a elegir, pero debía estar allí. Puede coger el mango fácilmente con las dos manos. Solo la hoja mide al menos sesenta centímetros de largo. Uno de los dos filos está serrado en la parte superior, pero el resto reluce con un afilado letal.

—Pensé que sería útil si teníamos que abrirnos paso entre la maleza. —Devuelve el cuchillo a la vaina y lo engancha a algo en el cinturón. Por lo que a armas se refiere, fue una buena opción por mucho que me haga estremecer.

Guardo mis pertenencias de nuevo en la bolsa y entonces le enseño a Tomas el Comunicador de Tránsito de mi hermano y la navaja de bolsillo que traje de casa.

Saber que debemos estar mucho mejor equipados para sobrevivir que la mayoría de candidatos me hace sentir más segura cuando partimos a través de la ciudad arrasada hacia lo que vayamos a encontrar al oeste. Tomas cree que deberíamos seguir en esta dirección durante un tiempo antes de girar hacia el sur, lo que me sorprende.

—¿No vamos a ir directos a la valla? —pregunto.

—¿Por qué?

—Para reunirnos con los demás. Le dijiste a Zandri y a los demás que nos reuniríamos en la valla, ¿no?

Tomas se detiene.

—Solo te lo dije a ti.

—Pero... —Estoy a punto de preguntar por qué y entonces pienso en el tirador de la ballesta, en las tortitas de Ryme, en la zancadilla que Roman le puso a Malachi cuando entramos por primera vez en el comedor, y en la trampa de Roman. Todo se reduce a la confianza. Tomas confía en mí, y la amabilidad que le he visto profesar una y otra vez desde que éramos niños me hace sentir que hago lo correcto confiando en él. Aun así, no puedo evitar preguntar—: ¿Qué ocurre si nos encontramos a Zandri o a los demás en el camino? ¿Dejaremos que se las arreglen solos? ¿Les permitimos unirse a nosotros? ¿Podemos darle la espalda a la gente que llamamos nuestros amigos?

Veo que Tomas está batallando con las preguntas cuando empezamos a caminar hacia el oeste otra vez. Después de un buen rato, Tomas habla.

—Dicen que van a evaluar las elecciones que hagamos durante la Prueba, imagino que esta va a ser una de ellas.

Caminamos varios kilómetros, hablando en contadas ocasiones, mientras el paisaje en el horizonte se vuelve cada vez más yermo. Según cuentan los libros de Historia, hubo un tiempo en que los barrios se expandían uno tras otro en la periferia, que cientos de miles de personas vivían y trabajaban en las proximidades de Chicago y prosperaron gracias al poder de esta metrópoli. Quedan pocos indicios de ello en estos momentos. Quien fuera que destruyó la ciudad, también diezmó los barrios que la rodeaban; al menos los que podemos ver desde nuestra posición. Todo lo que queda es chatarra, paredes destruidas, trozos de cristal y mucha tierra agrietada y descompuesta, señal de la destrucción que el hombre puede provocar contra el prójimo.

El sol va desapareciendo en el horizonte y empieza a caer la noche cuando divisamos una pequeña construcción que se sostiene en pie en medio de una zona de hierbajos. ¿Habrá sobrevivido a la guerra o lo construyó alguien que escapó de la catástrofe? Sea como sea, esta construcción parece intacta. Nos miramos y sin decir palabra decidimos poner rumbo al edificio. Podríamos seguir caminando un poco más, pero quién sabe si encontraremos otro refugio en el que acampar. La idea de quedarnos fuera, desprotegidos, con candidatos y animales merodeando en busca de víctimas no es muy tentadora.

Los dos tenemos calor y estamos sudados cuando llegamos. Los últimos vestigios de luz van apagándose en el cielo. La construcción es pequeña y cuadrada, de dos por dos, y con un suelo duro de hormigón. Las cuatro paredes se mantienen en pie, pero gran parte del techo se ha venido abajo, dejándonos con vistas al cielo neblinoso. Me alegro de que no haya indicios de lluvia. Una zona carbonizada en la esquina del edificio sugiere que alguien, probablemente un candidato de años anteriores, encendió un fuego allí.

Tomas decide que las paredes nos cubrirían lo suficiente si quisiéramos encender un pequeño fuego, pero aunque sería reconfortante, ninguno de los dos quiere correr el riesgo. En la oscuridad de la noche, una luz se veía desde kilómetros de distancia. Comemos fruta seca y algo de pan. Al terminar la cena, la luz ya se ha ido por completo y aunque la luna brilla, solo puedo ver el contorno de la puerta del edificio, nada más. Estoy acostumbrada a las noches oscuras de la colonia Five Lakes, pero esta oscuridad es diferente, amenazadora, llena de monstruos como los que imaginaba escondidos bajo mi cama. Y es cierto que hay monstruos aquí fuera; al menos un candidato está decidido a matar. La mano de Tomas encuentra la mía y contengo lágrimas de gratitud por no estar enfrentándome sola al miedo y la oscuridad.

—¿Por qué no duermes, Cia? Yo me quedaré vigilando para garantizar que no pasa nada.

Necesito dormir. Mi cuerpo tiembla de agotamiento, pero sé que me esperan pesadillas en cuanto cierre los ojos, así que en vez de eso opto por conversar.

—¿Cuánto crees que tardaremos en llegar a Tosu? —Tracé las coordenadas de esta casucha con el Comunicador de Tránsito, y las comparé con la ubicación de mi caja de candidata. Tras caminar todo el día, habíamos avanzado tan solo treinta kilómetros. La inmensidad de kilómetros restantes entre nosotros y nuestro objetivo es abrumadora.

—Tres o cuatro semanas. Cuanto más nos alejemos de la ciudad, más fácil será el viaje. Si encontráramos algún tipo de transporte sería todavía más rápido. Tan solo recuerda una cosa, Cia, tu padre consiguió regresar. Nosotros también lo haremos.

Utilizo ese pensamiento para ahuyentar de mi cabeza las preocupaciones por la comida y el agua y las acciones de otros candidatos. Con una imagen de la sonrisa de mi padre en la cabeza y la mano de Tomas cogida, me quedo dormida.

Me despierto de un susto y parpadeo bajo el cielo teñido de un morado y rosa borrosos, sin saber muy bien dónde estoy. Entonces lo recuerdo. Despacio, miro hacia donde Tomas está tumbado a mi lado, con la cabeza sobre la bolsa a modo de almohada. Su respiración es lenta y regular. Debe haberse quedado dormido antes de despertarme para mi turno de vigilancia. No ha oído lo que sea que me ha despertado.

El crujido de una ramita me hiela la sangre. ¿Es el viento? ¿Un animal o algo más mortífero? Aprieto la mano de Tomas y le pongo un dedo sobre los labios cuando abre los ojos lentamente. Los abre de golpe cuando señalo hacia la puerta abierta y musito:

—He oído algo. —Otro chasquido, el susurro de las hojas y mi mano va directa al bolsillo lateral de la bolsa hasta la pistola. Tomas alcanza el cuchillo y esperamos en silencio. Si hay algún candidato cerca verá el edificio. ¿Se sentirán obligados a mirar dentro por si encuentran algo que les resulte útil? Yo lo haría. Agarro la empuñadura de la pistola con más fuerza mientras espero que aparezca una cara.

Pero no ocurre nada.

Tomas y yo esperamos sentados. Pasan los minutos y me acuerdo de cuando ayer estuve atrapada en la caja de candidato con alguien merodeando por fuera. Al menos esta vez no estoy sola.

¿Cuánto tiempo esperamos? Parece una eternidad, aunque probablemente no hayan pasado más de quince minutos. No hemos oído ningún otro ruido. Despacio, Tomas se pone en pie y hace un gesto hacia la puerta, quiere echar un vistazo. Asiento y también me levanto sin hacer ruido. Si hay alguien fuera, no espera que seamos dos.

Con pasos cautelosos, Tomas cruza hacia la puerta. Ajusta su agarre sobre el cuchillo, respira hondo y camina hacia el exterior; yo voy tras él rápidamente.

Nada.

Bordeamos el pequeño edificio en busca de señales que demuestren que alguien ha estado aquí, pero solo encontramos nuestras propias huellas y las de animales pequeños. Ahora que ya no estoy aterrorizada, acabo sonriendo al estudiar las huellas de los animales. Un zorro y quizás un conejo. Vamos a necesitar una fuente de comida aparte de la fruta y el pan que hemos ido guardando en las bolsas. Tomo nota mentalmente de buscar cables y otras provisiones para fabricar trampas y sigo a Tomas hacia el interior del pequeño edificio para recoger las cosas. Si queremos llegar a la ciudad, tenemos que empezar a movernos.

Comemos bollos de canela con pasas para desayunar y abro la primera cantimplora de agua para acompañarlos. Con dos personas bebiendo de mi abastecimiento, el agua se acabará rápido, sobre todo con este calor. Mientras que ayer lo que me preocupaba era poner distancia entre nosotros y la ciudad en ruinas, hoy me centro en encontrar las herramientas necesarias para sobrevivir las próximas semanas. Tenemos que encontrar agua que no esté muy contaminada para que los productos de purificación la hagan potable y tenemos que encontrarla pronto.

Mientras desayunamos, estudiamos la página de Illinois del atlas de Tomas. Aunque la mayoría de ciudades, pueblos y calles se han visto devastados por la guerra y el tiempo, esperamos que al menos algunos lagos y ríos hayan continuado fluyendo. Decidimos dirigirnos hacia un río que parece ser la mejor opción e introducimos las coordenadas al Comunicador de Tránsito. Según el dispositivo, el río está a veinticuatro kilómetros al suroeste. Bolsas al hombro, empezamos a caminar con la brújula de guía.

La tierra a nuestro alrededor es llana y quebradiza, víctima de las armas biológicas utilizadas contra la ciudad y los territorios aledaños, muy diferente a la

parte accidentada del país donde yo crecí. Mientras caminamos vamos tomando sorbos de agua, intentando reponer el líquido que el sol filtra de nuestros cuerpos, y hablamos de cosas triviales: nuestros juegos de infancia preferidos, las canciones que nuestras madres nos cantaban para dormir, nuestra comida preferida... A Tomas le encantan las zanahorias glaseadas con miel y a mí las frambuesas frescas. Acordamos celebrar nuestro éxito en la Prueba con ambas.

Tras varias horas caminando, encontramos un bosquecillo de árboles anchos y bajos en el que descansar. Justo cuando Tomas suelta la bolsa, doy un grito de alegría. Alrededor de los troncos de los árboles crecen decenas de pequeñas flores blancas con pétalos puntiagudos apuntando al cielo: trébol blanco. Mi padre dice que es una de las pocas plantas que nunca ha tenido problemas para crecer, independientemente de las condiciones del suelo. Cuando era pequeña mi madre a menudo servía ensalada de trébol cuando escaseaban otros alimentos. Es curioso como algunas cosas no cambian.

Tomas y yo recogemos todas las pequeñas plantas blancas, las dividimos en dos montones y, sentados a la sombra, nos comemos las flores frescas y los tallos verdes con el pan y la fruta. Dejamos las raíces para que las flores vuelvan a crecer, quizás para los candidatos de la Prueba que pasen por aquí el año que viene.

El sol de la tarde es atroz mientras cuece el suelo bajo los pies. El sudor chorrea por nuestros cuerpos, el polvo que se levanta con el aire se pega a la piel húmeda y pegajosa. Entre los dos, ya hemos vaciado la primera cantimplora y abierto la segunda. Tenemos que encontrar una fuente de agua. El aparato que tengo en la mano dice que todavía nos quedan tres kilómetros para llegar a lo que esperamos que sea un río.

Cuando cae la tarde alcanzamos a nuestro destino, el lecho de un río seco. Comprobamos el mapa dos veces para asegurarnos de que la ubicación es la correcta. No hay duda. Desde el momento en que se creó el mapa hasta ahora, debió darse algún acontecimiento, probablemente un terremoto, que desplazó la tierra y vació el río. Y aunque no es algo tan extraño, no puedo evitar que me invada una oleada de decepción seguida rápidamente por el miedo, pero me lo sacudo y me concentro en resolver el problema, porque ¿acaso la Prueba no va de eso? ¿De encontrar a aquellos que pueden resolver un problema incluso cuando están bajo una gran presión? Los oficiales quieren que los candidatos lo consigamos, habrá agua en alguna parte, solo tenemos que ser lo suficientemente listos y pacientes para encontrarla.

Veo una pequeña colina a nuestro suroeste y digo:

—Bueno, el agua del río tuvo que ir a parar a algún sitio. ¿Por qué no vemos si podemos localizarla desde ahí arriba?

Tomas guarda el atlas en la bolsa y asiente.

—Me parece buena idea.

La colina está más lejos y es más alta de lo que parece. El sol empieza a perder fuerza cuando llegamos a la cima. Echo un vistazo al paisaje que tenemos a nuestros

pies y me dan ganas de llorar. Más tierra agrietada color marrón grisáceo, más árboles enfermizos y dispersos con las hojas resecas, más desolación, excepto en la distancia. Entrecierro los ojos hacia el sol poniente. Sí, allí, a nuestra derecha, hay una mancha verde. Un verde que solo surge con plantas sanas y fuertes, y para que las plantas crezcan necesitan agua.

Con una amplia sonrisa, Tomas me coge de la mano y nos dirigimos a paso ligero hacia la zona de vegetación. Se me ocurre mientras caminamos que aunque mirar desde la cima fue útil, también pudo habernos puesto en peligro. Cualquiera que estuviera en los alrededores mirando en nuestra dirección nos habrá visto. Le menciono mis preocupaciones a Tomas, pero no podemos hacer gran cosa ahora. No hay donde refugiarse en este paisaje vacío. Tenemos que seguir avanzando y esperar que la suerte nos acompañe.

Cuanto más nos acercamos a la vegetación, más inquieta me siento. La proximidad de la colina a la vegetación y la posible fuente de agua que vimos empiezan a parecerme demasiada coincidencia. Como esta zona del país no ha sido revitalizada oficialmente, da la sensación de que el personal del gobierno de las Confederaciones Unidas lo haya dejado intacto, pero no tiene por qué ser así. El doctor Barnes y sus oficiales quieren ver cómo razonamos, cómo identificamos y resolvemos los problemas. Tiene sentido que montaran pequeñas pruebas dentro de la grande, que no estuvieran dispuestos a dejar al azar los obstáculos que nos encontremos.

A medida que nos acercamos a la mancha verde, empiezo a tener la certeza de que el oasis es otro tipo de prueba. El óvalo perfecto que dibuja la hierba, el brillo de un estanque de agua clara, limpia y no contaminada reposando en el centro, dos árboles copados con hojas sanas montando guardia a cada lado... La superficie mide unos seis metros de ancho por la mitad de largo. No hay lugar a dudas, este pequeño paraíso es artificial.

Tomas acelera el paso en cuanto ve el agua, pero se detiene al darse cuenta de que no estoy a su lado.

—¿Qué pasa, Cia?

Le explico mis sospechas y arruga la frente al reflexionar. Mira hacia el estanque con ansia y dice:

—Saben que necesitamos agua, lo único que tiene sentido es que hayan repartido algunos puntos de suministro por ahí para mantenernos con vida. De otro modo ninguno de nosotros pasaría la maldita prueba. Si así fuera, ¿dónde estarían?

Es una buena observación, pero Tomas no es quien escuchó al doctor Barnes racionalizar la muerte de Ryme ni vio morir a Malachi. Si yo tampoco lo hubiera hecho quizás creería que este lugar es un regalo de los creadores de la Prueba. Sin embargo, lo veo como una trampa.

—Caminemos alrededor del contorno de la hierba y echemos un vistazo, solo para asegurarnos.

Tomas quiere discutirme, lo veo por la posición de su mandíbula. Es la misma reacción que tenía en clase cuando un compañero o la profesora se equivocaban. En lugar de discutir con él, me dirijo hacia la vibrante hierba verde, con cuidado de no tocarla con el pie. Crecen flores alrededor del estanque, llenando el aire con su dulce aroma. Los árboles son altos y rectos y guarecen del sol. Es un lugar perfecto para descansar y recuperarse del viaje. En un sitio como este en que nada es perfecto, ¿es incomprensible que me niegue a fiarme de lo que veo?

—A mí me parece que está bien —dice Tomas desde el otro lado del oasis.

—Solo un par de minutos más, por favor —le grito. Le doy la espalda, con la esperanza de que esto dé por terminada la discusión. El instinto me dice que nos larguemos de este lugar, pero tengo que convencer a Tomas. Él siempre ha sido bueno y atento con los demás, sobre todo con los que están tristes o angustiados; no me extraña que espere que el gobierno que nos trajo aquí también lo sea. Al ser esta la única fuente de agua que hemos visto desde el río contaminado de ayer, no le culpo por sentirse tentado. Ojalá hubiera otra fuente de agua aquí cerca. Hay otra colina no muy lejos, quizás vea algo si echo un vistazo...

—Vuelvo enseguida. Quédate aquí —digo, y salgo para allá. Tengo las piernas cansadas pero me muevo rápido. En menos de cinco minutos estoy en lo alto de la colina y, aunque casi no puedo respirar, me río al verlo. No muy lejos, quizás a otros cien metros más o menos, hay un riachuelo. El agua no brilla y la vida vegetal que lo rodea no es exuberante, pero por el camino que esculpe a través del suelo sé que es natural. Agua. ¿Contaminada? Probablemente, pero tengo el kit para ocuparme de eso. Por primera vez en todo el día, me invade una sensación de alivio.

Entonces el mundo explota.

Capítulo 12

La sorpresa y la fuerza de la onda expansiva me cogen desprevenida. Caigo rodando al suelo, pero me levanto apresuradamente e intento entender lo que acaba de ocurrir. El zumbido en los oídos, el agujero enorme donde estaba el oasis, Tomas justo al lado, tirado en la tierra dura y agrietada, completamente inmóvil.

Conteniendo un sollozo, vuelo colina abajo hacia donde se encuentra tendido sobre su espalda, con los ojos cerrados. Me temo lo peor, que una vez más voy a sostener la mano de alguien de casa yéndome de este mundo, dejándome atrás. Entonces veo el movimiento regular de su pecho y me flojea el cuerpo de alivio. Está vivo. Sea como sea que se activara la trampa, Tomas no estaba en el medio cuando ocurrió. De lo contrario, igual que los árboles, las flores y el agua, se habría evaporado. Pensar en un mundo sin su fuerte y calmada presencia es suficiente para hacerme caer de rodillas.

Aun así, no está consciente y eso no es buena señal. Me siento a su lado en el suelo y con cuidado compruebo que detrás de su cabeza no haya alguna zona hinchada que indique conmoción cerebral o algo peor. Me tranquiliza no encontrar nada. Entonces veo un charco de sangre formándose en el suelo junto a su cadera derecha y una rama de más de dos centímetros de ancho sobresaliendo de su cuerpo.

Me trago las lágrimas; llorando no voy a ayudar a Tomas, así que tengo que decidir qué lo hará. El doctor Flint siempre dice que no se debe mover a alguien con una herida en la cabeza, pero no me queda otra opción. Tengo que evitar que la sangre se siga filtrando por la tierra quebrada. Con cuidado, lo pongo de lado. La madera astillada está muy hundida en el trasero de Tomas. La explosión y el impacto contra el suelo deben haber ejercido la fuerza suficiente para que la rama se ensartara en su cuerpo.

Cojo aire, agarro bien la rama de árbol y tiro de ella. Los bordes astillados de la madera se clavan en la carne de Tomas, que empieza a gemir y a estremecerse cuando forcejeo con la madera para sacarla. La sangre empieza a manar con más intensidad cuando consigo extraerla de su cuerpo. Rasgo un trozo de tela de la sábana, la presiono contra la herida y la mantengo ahí con una mano mientras con la otra busco el botiquín. La pomada antiséptica vendrá muy bien, puede que el hilo y la aguja también, si encuentro el valor para usarlos. Pongo a Tomas sobre su estómago cuando gime otra vez.

Sus ojos grises parpadean al abrirse.

—¿Qué ha ocurrido?

El sonido de su voz y verlo despierto me hace sonreír, aunque también desata un mar de lágrimas.

—El oasis voló por los aires —le digo, secándome las lágrimas con el dorso de la mano manchada—. Se te clavó una rama de árbol. La he sacado, pero la herida está

sangrando bastante. No te preocupes —digo, fingiendo más seguridad de la que siento—, esto te lo arreglo yo en un segundo. Solo que...

Entrecierra los ojos.

—¿Solo que qué?

Me arden las mejillas incluso antes de decir:

—Vas a tener que bajarte los pantalones.

La sonrisa socarrona que me dirige es pícara y *sexy* cuanto menos, pero se convierte rápidamente en una mueca cuando forcejea para desabrocharse el pantalón y retirarlo hacia abajo. La herida todavía está sangrando, pero no tanto como antes. El agujero es de más de dos centímetros de diámetro y a juzgar por la sangre en el palo tiene al menos siete de profundidad. La zona alrededor de la herida es un destrozo de piel y tejidos. Una herida como esta tiene que doler una barbaridad; y no tengo ni idea de cómo arreglarla. Durante años, el doctor Flint cerró muchos de los cortes de mis hermanos, pero no se parecían en nada a esto, eran desgarros en la carne que podían unirse solo con hilo y aguja. Esto es un agujero.

Aun así, tengo que hacer algo.

Saco varios analgésicos de la bolsa y recuesto a Tomas para que pueda tragarlos. Entonces limpio la herida con agua lo mejor que sé. Sin sangre ni suciedad, la herida tiene peor aspecto. Tenía razón, es imposible cerrar la herida con sutura, por lo que solo me queda una idea. De pensarlo me dan ganas de gritar, pero no tengo otra opción, todavía sale sangre del agujero y si no se detiene pronto, Tomas no podrá viajar. No finalizará la Prueba y yo tampoco podré hacerlo, porque sería incapaz de irme sabiendo que seguramente acabaría muriendo aquí, herido y solo.

Amontono un poco de hierba seca y trozos de madera y lo enciendo con una de las cerillas de Tomas. Una vez la hoguera ha prendido, saco la navaja del bolsillo. Además del cuchillo y el destornillador, hay una lima de uñas, una sierra, un gancho y muchos otros utensilios de metal a los que nunca he encontrado utilidad, hasta ahora.

Selecciono uno que mide alrededor de cuatro centímetros de largo, uno de ancho y tiene la parte superior plana. En el centro tiene una hendidura en forma de gancho con la que según mi padre se abrían las botellas cuando era niño, pero en Five Lakes no tenemos esos tipos de botella, así que lo único que puedo hacer es imaginar cómo funciona. No es el abridor de botellas lo que me interesa, sino la superficie plana y sin afilar en la parte de arriba. Ahora solo tengo que armarme de valor para llevar a cabo mi plan.

Con el crepitar del pequeño fuego de fondo, hago una cosa que le he visto hacer al doctor Flint cuando el paciente está consciente durante un tratamiento particularmente desagradable: le alcanzo la sábana a Tomas para que la muerda. Después aguanto el abridor sobre las llamas y espero a que se ponga al rojo vivo. Cuando lo está, le pido a Tomas que mire hacia otro lado y, antes de echarme atrás, retiro el metal ardiendo de la llama y lo aplico sobre la herida.

Tomas grita en la sábana y se retuerce de dolor. La tela amortigua los gemidos de su agonía y a mí se me llenan los ojos de lágrimas, pero tengo que seguir así. Con una mano mantengo el abridor otra vez en las llamas mientras con la otra limpio la sangre de la herida y sostengo las piernas de Tomas. Cuando el metal vuelve a estar incandescente, lo pego otra vez contra la carne. El olor a cobre, a azufre y a piel quemada me provoca náuseas. Corren lágrimas por mis mejillas. Siento tanta presión en el pecho que me cuesta respirar. Los gritos ahogados de Tomas me destrozan el corazón al calentar el metal y aplicarlo sobre la herida una y otra vez hasta que, finalmente, el tejido quemado se suelda y el sangrado se detiene.

Me tiemblan las manos cuando limpio la herida con nuestra preciada agua. Después aplico pomada sobre la zona, la vendo y ayudo a Tomas a subirse el pantalón. Espero desesperadamente que el sangrado se haya detenido del todo, porque no creo que pueda volver a hacerlo.

Tomas tiene los ojos vidriosos y la frente empapada de sudor cuando me sonrío débilmente.

—Casi no he notado nada —miente.

Voy a darle un beso en la mejilla, pero mueve la cabeza y el beso aterriza en la comisura de los labios. El tiempo se detiene al mirarnos el uno al otro. Muy despacio, Tomas se inclina hacia adelante y me besa otra vez. El beso es suave como una pluma, pero me llega hasta las entrañas. Otros chicos me han besado antes; soy joven para mi clase pero no tanto, aunque ninguno de los otros besos me había hecho sentir lo mismo. Quizás es por el miedo y la adrenalina que he estado conteniendo o porque no entiendo por qué Tomas me ha besado. ¿Es por gratitud o por algo más? Quizás por algo que ha ido forjándose desde que bailamos juntos el año pasado y que no he tenido el valor de aceptar como real.

Confundida por emociones que no quiero analizar, me giro y empiezo a meter las cosas otra vez en la bolsa.

—Pronto se hará de noche. Desde lo alto de la colina vi un riachuelo. No está muy lejos. ¿Crees que puedes caminar o acampamos aquí? Probablemente haya suficiente luz para llegar al arroyo, llenar las cantimploras y volver. —Sé que estoy divagando, pero no puedo parar.

Sacude la cabeza y se pone de rodillas lentamente.

—Si tu amigo de la ballesta oyó la explosión, puede que venga a por nosotros. Deberíamos alejarnos un poco antes de que nos quedemos a oscuras.

Con todo lo que ha ocurrido me había olvidado de los otros candidatos. La explosión puede haber llamado la atención. Si el tirador de la ballesta la oyó, seguramente dará por supuesto que mató a quien pillara cerca, a menos que oyera los gritos de Tomas durante la cura. De una manera o de otra, Tomas tiene razón, tenemos que quitarnos de en medio.

Le ayudo a levantarse y paso su brazo sobre mis hombros para que pueda apoyarse. Me saca casi una cabeza, pero nos las arreglamos para avanzar. Sin

embargo, la subida a la colina se hace lenta y a los dos nos falta el aire cuando llegamos a la cima.

Finalmente parece que los analgésicos empiezan a hacer efecto y Tomas camina un poco más rápido cuando descendemos por el otro lado. Bajo la luz grisácea diviso un grupo de arbustos altos y espesos con hojas grises y nos dirigimos hacia ellos. El conjunto de matas es denso, pero después de romper algunas ramas bajas, me escurro bajo el arbusto más cercano al riachuelo y encuentro una pequeña zona en la que podemos acampar. Le pido a Tomas el terrorífico cuchillo y abro un poco más de espacio para los dos. Después extendiendo la sábana de Tomas en el suelo y le aparto ramas del camino para que entre. Se queda dormido justo después de decirle que voy a por agua, lo cual va a ser complicado porque el sol se está poniendo con rapidez. Cojo los tres recipientes vacíos y la bolsa con los productos de purificación y salgo pitando por entre la maleza hacia el arroyo.

Comprobar la potabilidad del agua no es difícil, pero requiere tiempo y luz. Voy justa de ambas cosas, con la última cantimplora casi vacía y el cielo oscureciéndose, pero tengo que intentarlo. Si Tomas contrae una infección en medio de la noche, lo último que quiero es que me falte agua.

Las pruebas para la mayoría de contaminantes son bastante básicas. Se llena un vaso de agua y, a continuación, se echan unas gotas de una sustancia química que reacciona con la contaminación. La pequeña muestra de agua se volverá roja, azul, amarilla o verde para indicar un contaminante en concreto. Algunas veces el color es casi imperceptible, así que hay que ser capaz de identificar los sutiles cambios para poder añadir el producto químico correcto que contrarreste la contaminación. Si se añade uno que no toca, el agua podría acabar envenenada. No sería letal, pero podría ponerte muy enfermo. Y eso es algo que me gustaría evitar.

Preparo las sustancias, utilizo una de las botellas de plástico transparente que había en las cestas de los habitáculos metálicos y la lleno con un centímetro de agua. Pongo una gota de la primera sustancia química y meneo el agua. Si contiene la versión biogenética del cianuro que se utilizó en la mayoría de los bombardeos de la Cuarta Etapa, el líquido se volverá de color rojo. Tras varios minutos moviendo el agua, estoy segura de que no contiene este contaminante y paso al siguiente. Hago las tres primeras pruebas sin ningún cambio de color, pero la cuarta, la de una sustancia química fabricada por la Alianza Asiática que colapsa el sistema cardiovascular, vuelve el agua de un color morado vibrante inconfundible incluso con los últimos vestigios de luz. Vacío la botella de prueba, lleno los tres recipientes y después añado las sustancias químicas que contrarrestarán la contaminación. Tardarán al menos una hora en hacer efecto. Por la mañana analizaré un tapón de agua para verificar su pureza antes de beber. Avanzo lentamente hacia el campamento a través de la maleza con los recipientes de agua. Como unas piezas de manzana seca y me acurruco sobre la sábana al lado de Tomas. Aunque me esfuerzo por permanecer despierta, no puedo evitar que el agotamiento del día permita que el sueño me arrastre consigo.

El canto de un pájaro me da los buenos días por la mañana. Por un momento, acurrucada en el calor de la sábana, creo estar durmiendo frente a la chimenea de casa tras huir de mi habitación por los ronquidos de mis hermanos. Después me doy cuenta de que hay algo moviéndose detrás de mí y recuerdo dónde estoy. Abro los ojos rápidamente y encuentro a Tomas mirándome desde arriba con sus ojos grises.

—Buenos días —dice sonriendo con dulzura—, no quería despertarte.

—Se suponía que no tenía que quedarme dormida. —Estoy molesta conmigo misma por haberlo hecho. ¡Y después hablo de hacer guardias por si viene el tirador! Si hubiera dado con nosotros esta noche, ya estaríamos muertos. Estúpida, es una suerte que estemos vivos.

Tomas no parece preocupado, pero habla con voz baja cuando dice:

—Estamos muy bien escondidos aquí. Me desperté hace un rato y eché un vistazo por los alrededores, si nuestros compañeros candidatos han estado por aquí, no han dejado ningún rastro.

—¿No crees que es raro? —pregunto—. ¿Que no hayamos visto a ninguno de los demás?

—No lo creo. En el mapa que nos enseñaron en el Instituto de la Prueba se veía que las líneas de las cercas en esta zona estaban al menos a treinta kilómetros la una de la otra. Esto significa que hay espacio de sobra para que nos repartamos todos, al menos al principio. —Alcanza su bolsa, saca el atlas y pasa páginas hasta que llega a Kansas—. Si no recuerdo mal, las líneas de las cercas se van aproximando al final, por aquí. —Señala un punto bastante lejos de la ciudad que una vez se llamó Wichita—. Supongo que los oficiales de la prueba quieren reunirnos en ese punto, para ver cómo respondemos.

—Otra prueba dentro de una prueba, como ayer.

—Sí, y mira lo bien que acabó. —Veo un destello de ira en los ojos de Tomas, una emoción que nunca había percibido en él. Normalmente es calmado y razonable, pero su voz suena fuerte y tensa cuando dice—: Casi consigo que nos vuelen en mil pedazos porque no creí que tuvieras razón, que la única cosa esperanzadora que habíamos visto desde que empezamos esta prueba estuviera diseñada para matarnos. Me dije a mí mismo que te equivocabas y que yo estaba en lo cierto. Es decir, ¿por qué demonios los oficiales de la Prueba nos traerían a todos aquí simplemente para matarnos? No tiene ningún sentido.

Tiene los puños apretados y detecto confusión y enfado en sus ojos mientras pide una respuesta. Pero no la tengo; no del todo. Así que le cojo la mano sucia y la mantengo entre las mías porque yo me siento tan perdida como él.

Permanecemos sentados y cogidos de la mano durante varios minutos antes de que Tomas me sonría, enseñándome fugazmente el hoyuelo de su mejilla.

—Bueno, en una cosa sí te equivocaste, Cia. Definitivamente no soy el chico más listo de la clase. Aunque me temo que fui bastante inteligente al asociarme contigo. ¿Qué otra chica habría querido curarme el culo después de volar por los aires?

—¿Estás de broma? —Me giro y finjo estar ocupada sacando la bolsa de frutas secas de mi bolsa para que no vea el calor acumulándose en mis mejillas—. Casi todas las chicas solteras de la colonia se habrían ofrecido voluntarias para curarte, sobre todo si se lo agradecías con un beso.

—Cia. —Me giro y me encuentro con los ojos de Tomas. Ha desaparecido el humor en ellos, dando paso a una mirada más cautivadora—. Si me hubiese ayudado otra chica no la habría besado. —Las palabras quedan flotando entre nosotros. Muy dentro de mí siento que algo cambia y encaja en su sitio. Entonces vuelve el humor y dice—. Vamos, deberíamos empezar a caminar, todavía falta bastante para llegar a Tosu.

Antes de marcharnos compruebo el agua que traté ayer, dando gracias de tener algo útil que hacer en lugar de obsesionarme con las palabras de Tomas. ¿Estaba diciendo que soy especial para él o tan solo me halagaba? Teniendo en cuenta que prácticamente todas las chicas de la colonia se le tiraban a los brazos, me resulta difícil creer que alguna vez haya pensado en mí en ese sentido. Y sin embargo recuerdo ese baile y los momentos del año pasado en que lo descubría mirándome desde el otro lado de la clase. Quizás ha habido algo entre nosotros desde el primer día.

La prueba del agua sale limpia. Tomas y yo aprovechamos para beber hasta saciarnos e incluso para quitarnos la suciedad del viaje de las manos y la cara antes de volver a llenar los recipientes en el arroyo y tratarlos. Desayunamos galletas, manzanas y un poco de trébol rojo que encontramos cerca de nuestra gruta de arbustos. Después, tras inspeccionar la herida de Tomas y aplicarle más pomada, partimos hacia el suroeste.

El día es más fresco. Es posible que se estén acercando tormentas, pero viajar sin el calor extremo de ayer hace que el viaje sea más llevadero. Nuestro avance queda reflejado no solo en el cambio de coordenadas en el Comunicador de Tránsito, sino también en el cambio de paisaje. La tierra llana y cuarteada con pequeños puntos de vida vegetal y árboles iracundos empieza a dar paso a un terreno con más colinas, árboles no muy sanos pero al menos no tan negros y retorcidos, y bastantes más plantas. En más de una ocasión detengo a Tomas para señalarle zanahorias silvestres, malvarrosas y asclepias. Tendremos que encender un fuego para hervir la asclepia, para lo que no sé si tendremos tiempo, pero la cojo por si acaso. Las provisiones de comida nos durarán dos o tres días más; necesitaremos toda la comida que encontremos.

También empezamos a ver más rastros de pájaros, como el que me despertó esta mañana con su canto, y otros animales de caza. Tomas descubre huellas de ciervo, de zorro y de conejo junto con otras huellas de animales más grandes a los que no sabemos poner nombre. Tendremos que empezar a cazar si queremos estar lo suficientemente fuertes para conseguir llegar hasta el final de la prueba, aunque por el momento seguimos caminando. Mientras avanzamos, comentamos los edificios que

ahora vemos. No hay muchos, solo unos pocos dispersos. Algunos son meras fracciones de pared en pie, otros parecen más intactos. Cuando empieza a caer la noche, decidimos dirigirnos hacia un grupo de construcciones de una sola planta que parecen estar en condiciones decentes. Quizás los que una vez vivieron en estas casas dejaron atrás algo que podamos utilizar para viajar más rápido. Si no, quizás encontremos otras cosas que nos ayuden a sobrevivir, como alambre para hacer trampas para animales.

Una familia de animales había fijado su residencia en la primera casa. Hay huellas, marcas de garras y excrementos bastante frescos que hacen que nos replanteemos entrar. La siguiente vivienda está a punto de derrumbarse, pero parece que podemos fiarnos de un pequeño almacén en la parte trasera, así que nos aventuramos a entrar. Los últimos rayos de sol entran a través de una ventana sin cristal desde hace tiempo, lo que nos permite ver. El polvo y el olor a moho me hacen estornudar. Hay un banco podrido en un lateral de la pequeña y rectangular habitación. Al otro lado está lo que en otros tiempos podría haber sido un tractor, el óxido y la ausencia de ruedas o motor hace difícil determinarlo con certeza. Aparto una gran capa de madera podrida apoyada contra la pared trasera y sonrío. Detrás de la madera hay un viejo carro tipo vagón, está podrido y le falta un tablón en un costado, pero tiene dos ruedas traseras que parecen aprovechables. Tomas saca el kit de herramientas y me ayuda a quitarlas. Son pesadas y están cubiertas de una gruesa capa de telarañas y mugre, pero me dan buenas vibraciones. Si encuentro otros materiales, quizás podría construir algo que nos ayude a viajar más rápido.

Varias casas más nos ceden una pequeña olla, una sartén y algunas tuercas y tornillos de armarios podridos. No son muchas cosas, pero más de las que teníamos al principio. Acampamos para pasar la noche, comemos dos manzanas y lo último que queda de pan y nos dormimos con la esperanza de encontrar más tesoros mañana.

Al día siguiente, a unos cuantos kilómetros, encontramos un grupo de una docena de edificios, contruidos principalmente con ladrillo y cemento, que han resistido al paso del tiempo y al clima. Por cómo están situados, solo se me ocurre que en su día conformaran el centro de un pueblo, bastante parecido a la plaza de Five Lakes. Registramos edificio tras edificio, desaparecen trozos de cable dentro de las bolsas, una llave inglesa y poco más.

Estamos a punto de entrar en el último edificio cuando Tomas apunta al suelo ahí al lado. La huella parcial de una bota. Me quedo sin respiración. ¿Otro candidato? Debo suponer que sí. Mi primer impulso es huir, correr tan rápido y tan lejos como podamos, pero Tomas quiere entrar.

—Si hay otro candidato por aquí, sería mejor saber quién es y esperar a ver sus intenciones. No queremos que nos coja desprevenidos.

Es complicado rebatir la lógica de Tomas. La idea de que una persona desconocida merodeando por aquí cerca esté esperando a que bajemos la guardia me produce un escalofrío. Trago saliva, saco la pistola de la bolsa y sigo a Tomas hacia

adentro, hacia el caos. Varios animales pequeños y peludos saltan desde una mesa destartada y cruzan la habitación corriendo hacia un agujero en la pared. Tensa por los nervios y con el miedo corriéndome por las venas, no pienso, solo reacciono. ¡Bang! ¡Bang! ¡Bang! Dos de los animales blancos caen al suelo antes de que los demás lleguen a su guarida.

Entonces vuelvo en mí y me doy cuenta de que si hay alguien cerca, acabo de advertirle de nuestra presencia. Empiezo a disculparme, pero Tomas se ríe.

—No hace falta que te disculpes. Si había alguien por aquí, probablemente está corriendo lo más lejos que pueda, alejándose de quien tenga la pistola. Y si supiera que disparas así correría aún más rápido.

Me pide que vigile la puerta delantera mientras él inspecciona el resto del edificio. Al cabo de pocos minutos le oigo soltar un fuerte grito. Al principio pienso que se ha encontrado con quien dejó la huella, pero después identifico la alegría en su voz cuando me dice que vaya hacia allí; tiene una sorpresa.

Y menuda sorpresa. Dentro de lo que en su momento debió ser un almacén de vehículos hay dos bicicletas. Tomas dice que las encontró tumbadas bajo una sábana de plástico en la esquina trasera. La habitación está oscura. A una de las bicicletas le falta la rueda trasera. La cadena y los pedales de la otra han visto tiempos mejores. Las dos tienen una buena capa de óxido y suciedad, pero no puedo evitar sonreír de oreja a oreja. Puede que sean viejas, que estén en mal estado y destartadas, pero estas bicis son los objetos más bonitos que he visto en mi vida.

Sacamos las bicis a la parte delantera del edificio y nos reímos al recordar los animales a los que he disparado: zarigüeyas. El pelaje es más oscuro y deslucido que el de las que hay en Five Lakes, pero la cara cónica, las hileras de pequeños y afilados dientes y la cola escamosa y pelada son inconfundibles. Y sé por experiencia que su carne es comestible. Entre las bicicletas y la carne fresca, me siento increíblemente feliz cuando acampamos junto a un grupo de árboles en el centro de los edificios.

Tomas se ofrece para encargarse de la cena y buscar una fuente de agua mientras yo reviso las bicicletas y valoro si se pueden utilizar. Con una tira de sábana limpio la suciedad, el óxido y la grasa. Una de las cadenas tiene un eslabón defectuoso, pero con unos pequeños ajustes consigo quitarlo y hacer que el resto funcione perfectamente. Los tres neumáticos de las bicis están deshinchados, pero eso no es un problema. Quito la goma de las ruedas de la primera bici y durante las siguientes tres horas me centro en volver a alinear los piñones, colocar la cadena y desenganchar el freno. Las ratas u otros animales han roído el cojín del asiento, pero tras rellenar algunos de los agujeros con hierba seca y coser una nueva funda hecha con la sábana, la doy por utilizable. Para cuando el sol está empezando a descender en el horizonte, estoy cubierta de grasa y porquería, pero una de las bicicletas se puede montar. Puede que no aguante mucho, pero estoy casi segura, incluso sin los neumáticos de goma, de que las ruedas cubrirán un buen puñado de kilómetros antes de fallar.

Mientras arreglaba la primera bici, le he estado dando vueltas al problema de la otra y de la ausencia de rueda trasera. Es imposible que podamos montar los dos en una bici como Daileen y yo hacíamos a veces en casa. No para la distancia que queremos recorrer; necesitamos dos. Lo que significa que tengo que arreglar la segunda bicicleta. Creo haber dado con la solución cuando Tomas me avisa de que la cena está lista. Intento quitarme toda la grasa que puedo de las manos antes de dirigirme hacia Tomas y el campamento. Cuando llego me llevo una buena sorpresa. Mientras yo he estado trabajando con las bicicletas, Tomas también ha estado ocupado. No solo ha encendido un fuego, sino que ha desollado y asado las dos zarigüeyas y hervido las verduras y zanahorias silvestres con un poco de corteza de pino. Quizás la mejor sorpresa de todas son las pequeñas, frescas y dulces fresas que encontré cerca de uno de los edificios. La comida caliente alimenta la creciente sensación de esperanza que he sentido todo el día.

Durante la cena, le explico a Tomas lo que he hecho con las bicicletas y mi idea para reparar la segunda, utilizando las dos ruedas del carro que encontramos ayer. Discutimos la mejor manera de reconstruir la bicicleta y decidimos quedarnos aquí al día siguiente en lugar de viajar. Al fin y al cabo, esperamos que la decisión se vea compensada.

A la mañana siguiente desayunamos zarigüeya fría y fresas y nos ponemos manos a la obra con la reestructuración del conjunto de piñones de la segunda bicicleta para acomodar las dos ruedas medianas del carro que encontramos. Nos lleva la mayor parte del día y muchos ratos perdidos hurgando entre los edificios del pueblo en busca de piezas, pero para cuando el sol ya ha empezado a ponerse, estoy montando en la segunda bicicleta por la plaza del pueblo. Comemos más fresas y zarigüeya, bebemos el agua que Tomas encontró en un riachuelo a más o menos un kilómetro y medio de distancia y sujetamos dos trozos de metal tras los asientos de las bicis como soportes para las bolsas mientras pedaleamos. Cuando cae la noche, nos acomodamos sobre el suelo y vemos aparecer las estrellas en el cielo. Con el brazo de Tomas rodeándome los hombros, casi podría creer que estamos sentados en la plaza de la colonia, mirando al firmamento con nuestras familias en algún lugar cercano. Me giro para contárselo a Tomas cuando sus labios encuentran los míos en un tierno beso. Se me acelera el corazón. Aunque no veo su cara en la oscuridad, sé que me está dando la oportunidad de apartarme, pero no lo hago. Me inclino hacia él y siento la sonrisa de Tomas contra la mía antes de que el beso se vuelva más intenso. Paso la mano por detrás de su cuello y lo sostengo con fuerza mientras un escalofrío electrificante me recorre todo el cuerpo. A pesar de nuestra frágil situación, nunca nada me ha parecido tan perfecto.

Un grito lejano rasga la noche. Un grito de mujer. Nos separamos del sobresalto y nos disponemos a actuar de inmediato. Tomas saca el cuchillo de la funda de piel mientras yo cojo la pistola. Uno al lado del otro en la oscuridad esperamos otro grito.

Pero no llega. Ni tampoco el sueño.

Capítulo 13

Con los primeros indicios de luz nos levantamos, hacemos las bolsas, las ponemos sobre los soportes de nuestras nuevas bicicletas y partimos lentamente hacia el suroeste. Anoche, envueltos el uno en los brazos del otro y con las armas a mano, nos convencimos entre susurros de que el grito provenía de muy lejos, que estábamos a salvo de lo que fuera que lo provocó.

Aunque la herida de Tomas parece estar mejor, sé que lo está pasando mal para encontrar una postura cómoda sobre la bicicleta sin los neumáticos de goma que amortigüen un poco la fricción de las piedras, las ramitas y otros escombros por los que pasamos. El viaje está lleno de baches. Cuanto más nos alejamos de Chicago, más árboles, arbustos y casas intactas van apareciendo, así que decidimos ir directos hacia el sur, donde el mapa de Tomas muestra que solía existir una gran carretera. Incluso una calle en mal estado será más fácil de transitar que el terreno por el que ahora estamos avanzando. Hay otra razón tácita por la que tomamos esta decisión: el grito de ayer por la noche parecía provenir de esta dirección. Estamos buscando a la chica que nos mantuvo alerta toda la noche. Si está herida tenemos que ayudarla, no podría vivir con la conciencia tranquila si al menos no lo intentásemos.

Una bandada de cuervos volando en círculos me hace temer lo peor. Sin decir palabra, giramos y pedaleamos a través del mosaico de hierba marrón hacia lo que ha atraído a los pájaros. Cuando lo encontramos, no cabe duda de que nada podemos hacer por quien gritó ni hace falta plantearse qué diríamos si nos pidiera unirse a nuestro equipo. El cuerpo tirado en el suelo ya no va a pedir nada. Creo que recuerdo a la chica caminando delante de Malachi y saliendo de la sala de conferencias hacia la primera ronda de exámenes. Cabello largo rubio platino, enmarañado ahora en sangre y suciedad. Ojos que debieron ser azules, convertidos ahora en cuencas sangrientas y festín de los pájaros. Y allí, en el estómago, una visión que convierte la náusea y la pena en un miedo paralizante.

Una flecha de ballesta.

Su bolsa está vacía. O bien perdió su contenido, que lo dudo, o el tirador de la ballesta se lo apropió tras derribar a su presa. Lo que significa que está ahí fuera, en algún lugar, de caza.

—Deberíamos largarnos de aquí. —Tomas me aprieta la mano mientras yo soy incapaz de apartar la vista de la chica—. La carretera ya no puede estar muy lejos.

—Tienes razón, tenemos que irnos. El tirador puede estar cerca. —Y aun así permanezco inmóvil. No puedo dejar que picoteen a esta chica hasta los huesos; a ella ya no le importará, pero a mí sí. En algún lugar tiene una familia, amigos, gente que la quiere y que cree que está tranquilamente instalada en la ciudad de Tosu, presumiendo de sus conocimientos de Matemáticas y Ciencias. Puede que esa gente nunca llegue a conocer su suerte, pero el amor que le profesan y que ella les

correspondía merecen un respeto. Es lo que mis padres me enseñaron, es el modo de vida de la colonia Five Lakes.

Tomas encuentra una grieta en el suelo lo bastante grande para el cuerpo de esta chica menuda. Juntos, espantamos a los cuervos carroñeros y la trasladamos a lo que será su última morada. Hurgo en su brazalete de identificación, con el símbolo de un triángulo con una pequeña rueda de ocho radios, hasta que encuentro el lugar correcto y presiono, el cierre se abre y cae sobre mi mano. Después depositamos su cuerpo en la fisura y perdemos una hora de luz amontonando piedras sobre ella para evitar que los pájaros y otros animales carroñeros reclamen sus restos mortales.

Señalo la tumba con una gran roca rojiza y siento la necesidad de conocer su nombre para poder al menos darle una despedida decente. En lugar de eso, aprieto su brazalete contra el pecho y en silencio prometo que no importa la presión o el miedo que vaya a sufrir, no pienso actuar al margen de las creencias con las que me crie para pasar la Prueba ni olvidar el sino de esta chica.

La mandíbula de Tomas se contrae al mirar la tumba por última vez antes de subir a las bicicletas. En silencio, viajamos el resto del día hacia la carretera que esperamos encontrar en algún punto sobre el horizonte. Nos paramos solo para analizar y purificar agua, reunir dientes de león y zanahorias silvestres, y para comer las sobras de zarigüeya junto con las últimas cuatro manzanas. Me tiemblan las piernas de agotamiento, pero el recuerdo de la chica muerta y sus ojos sin vida me obligan a seguir empujando los pedales sobre las rocas y la maleza hasta que cae la noche.

A última hora de la mañana siguiente encontramos la carretera. Es un camino ancho y pavimentado que conduce hasta más allá de donde alcanza nuestra vista, por lo que debería alegrarme. Sin embargo, las condiciones de la carretera me llenan de temor al comprobar que no hay agujeros ni fracturas en el asfalto. Aparte de algunos parches recientes aquí y allá, no hay ninguna señal de deterioro.

—¿Crees que es otra trampa? —pregunto.

—Después del estanque, todo es posible. —Ladea la cabeza—. Aunque no lo creo; mira hacia allí.

Entorno los ojos hacia donde está señalando y lo veo. A lo lejos hay una línea de color azul vivo que cruza a lo largo del campo. La línea de la cerca sur, la que se supone que no debemos traspasar.

—Apuesto a que arreglaron esta carretera para instalar la valla. —Tomas rebusca dentro de su bolsa y saca el atlas—. Según el mapa, esta carretera discurre a lo largo de todo el lateral suroeste del viejo estado y conecta con otra carretera que conduce directamente a Tosu. Los oficiales tienen que tener una manera rápida de ir y venir desde la ciudad hasta el punto inicial de la Prueba. Apuesto a que es esta.

El razonamiento es sólido, pero no es la lógica de Tomas lo que no me convence sino el propio mapa, que muestra que esta carretera pasa por muchas grandes ciudades de camino a Tosu. La pesadilla más vívida de mi padre tenía lugar en una ciudad en la que los edificios todavía se mantenían en pie. Si los oficiales de la

prueba van a tendernos más trampas, esas ciudades son los sitios más lógicos para situarlas.

—Lancemos unas cuantas piedras al asfalto —digo—. Si no explota podemos intentarlo.

Tomas se ríe y mira alrededor en busca de munición. Tiene más fuerza que yo, pero entre los dos hacemos caer una docena de piedras sobre el pavimento sin ningún incidente, así que decidimos fiarnos. Después de conducir sobre ramitas, piedras y raíces de árbol, pedalear sobre la superficie llana es como estar en el paraíso. Tras el horror de enterrar a la chica sin nombre, me alegro de sentir el viento y el sol en la cara, la libertad de viajar rápido. No importa el desalentador número de kilómetros que nos quedan por cruzar, me alegro de estar viva.

Tras la felicidad inicial de pedalear sobre pavimento, me doy cuenta de que seguir la carretera no solo aumenta nuestra velocidad, sino que también nos deja más expuestos ante quien pueda estar observando desde los matorrales o edificios abandonados a lo largo del camino. Espero que ni el tirador de la ballesta ni otros candidatos dispuestos a eliminar competencia hayan encontrado todavía transporte rápido.

Pasamos por encima de un largo puente que se extiende sobre un río ancho y opaco y sugiero acampar cerca del agua para pasar la noche. Es más pronto de lo normal, pero estoy sucia, tengo el pelo enmarañado por la mugre y el sudor y estoy empezando a sentir calambres en las piernas. La abundancia de agua implica la oportunidad de sentirme limpia por primera vez en varios días. También es un buen lugar para buscar algo de comida e incluso cazar.

Tomas está más que dispuesto a parar, sobre todo cuando comprueba el dispositivo de Zeen y ve que hemos avanzado algo más de setenta kilómetros en un solo día. Ahora estamos a una séptima parte del camino hacia Tosu y, aunque todavía está muy lejos, las bicicletas y la carretera por la que viajamos nos da una imagen más optimista de esta prueba.

El río, como todas las fuentes de agua no tratadas, está contaminado, pero un simple vistazo a las aguas turbulentas nos confirma que al menos algunas especies de peces se han adaptado a los contaminantes. Aunque en estos casos es peligroso comer pescado crudo, una sartén y una buena hoguera los harán más que comestibles. Deambulo por la orilla del río, recogiendo plantas para la cena, mientras Tomas ata un anzuelo de la caja de herramientas a una tira de sábana trenzada y se pone a pescar utilizando los últimos bocados de zarigüeya como cebo. Cuando regreso con la olla llena de cebollas silvestres, pontederias y raíces de espadaña, Tomas ha pescado y limpiado tres peces medianos: dos bagres y uno que se parece a las lubinas negras que pescamos cerca de casa. Hervimos las raíces de espadaña y las pontederias, freímos las cebollas silvestres y el pescado y nos damos un banquete.

A una o dos horas de que el sol se ponga, decido lavarme. Los análisis del agua han demostrado que la contaminación es leve y no me provocará ninguna reacción

por el contacto con la piel, así que me desvisto y entro en el agua fría en ropa interior. La corriente es sorprendentemente fuerte por lo que no me aventuro más allá de la orilla. Froto el barro, el polvo y el sudor de mi cuerpo y de la ropa que he llevado durante los últimos días. Cuando salgo del río, espero unos segundos para secarme al aire antes de enfundarme mi segundo conjunto de ropa y tender las prendas mojadas en una rama para que se sequen.

Estoy a punto de decirle a Tomas que ya he terminado de bañarme cuando le veo rígido y quieto, oculto tras un grupo de arbustos en la cuesta que conduce a la carretera. Tiene los músculos contraídos y agarra la empuñadura del cuchillo con fuerza. Ha visto algo.

Cojo la pistola y, con cuidado, avanzo despacio evitando las piedras y las ramas, poniendo los pies en zonas cubiertas de hierba que amortigüen mis pisadas. Tomas se asusta cuando le doy un golpecito en el hombro, pero después apunta al fondo de la carretera, hacia la dirección que ya hemos recorrido.

Gente, tres personas. A esta distancia es difícil decir si son hombres o mujeres, pero se ve perfectamente que andan arrastrando los pies, dejando claro que están cansados, hambrientos y probablemente deshidratados. Incluso a este paso tan lento, llegarán a nuestra altura antes de que el sol se ponga.

—¿Quieres que recojamos y nos alejemos de la carretera o deberíamos quedarnos y ver si detectan nuestra presencia? —pregunta Tomas.

—¿Tú qué crees?

Tomas frunce el ceño.

—Parece que están bastante cansados. Si no fuera por nuestro amigo el de la ballesta, me decantaría por pararlos y ver si podemos ayudarles en algo. No esperarán que viajemos con ellos, puesto que ellos van a pie y nosotros en bici. Aun así...

Sé lo que piensa. Hay candidatos ahí fuera que están dispuestos a disparar, a matar, a conseguir el aprobado cueste lo que cueste, pero nosotros no somos como ellos. Para demostrarlo, digo:

—¿Por qué no cogemos un par de peces más por si llegan hasta aquí antes del anochecer? Van a tener hambre.

Tomas entrecierra los ojos para analizar al trío y pasados unos segundos me da la razón.

Tenemos cinco pescados sobre las brasas cuando los tres candidatos bajan del puente a nuestro lado del río. Las tres caras me resultan vagamente conocidas. Un chico con pecas, pelirrojo y larguirucho, y dos chicas. Una es alta, con la piel color aceituna y el pelo corto y moreno. La otra tiene el pelo largo de color rubio ceniza y es bastante más baja. Los tres parecen a punto de desplomarse de agotamiento.

—¿Tenéis hambre? —pregunto, saliendo de mi escondite.

Tomas todavía está detrás de los arbustos con el cuchillo preparado; creímos que el grupo quizás reaccionaría con más agresividad si nos veía a los dos juntos. Espero que una chica sola y más bien menuda les haga pensar antes de reaccionar. Ninguno

de los tres parece sorprendido por mi aparición, supongo que el olor a comida les alertó de la presencia de otro ser humano. Sin embargo, sus ojos brillan de terror cuando ven la pistola que sostengo en la mano. Me siento mal, pero no la bajo, no soy tan ingenua.

—Parecéis hambrientos y cansados. Tengo pescado en el fuego y un poco de agua del río que hay más abajo, por si queréis acampar aquí esta noche.

El chico alto de la cabeza naranja habla primero.

—¿Por qué querías ayudarnos?

Les doy la única respuesta que tengo:

—Así es como me educaron.

Tanto si se creen la honestidad de mis palabras como si simplemente tienen tanta hambre que no pueden resistir el olor del pescado cocinándose, el trío sale de la carretera y me sigue. Les advierto de que no viajo sola, y aunque la más bajita de las chicas parece aterrorizada al ver a Tomas con el cuchillo, los demás no parecen preocupados; sobre todo cuando ven la comida y el agua esperándoles. Se sientan en el suelo con sus bolsas a mano y la chica alta se pone a llorar cuando digo:

—Servíos vosotros mismos.

Entre bocados de pescado, la chica alta nos dice que se llama Tracelyn y los otros dos, Stacia y Vic. Los tres son de la colonia Tulsa. Estaban sentados juntos en la sala de conferencias cuando el doctor Barnes enseñó el mapa de la cuarta prueba y, como nosotros, acordaron un punto de encuentro. El suyo fue la línea de la cerca justo al sur del punto de partida. Tardaron dos días en encontrarse y han estado viajando por la carretera desde entonces, dejándola solo para buscar comida y agua. No han querido alejarse mucho de ella en busca de una flora más conocida, a pesar de que la comida ha sido escasa. La calzada ha sido su gran fuente de seguridad, ya que les permite ver si alguien se acerca y esconderse si es necesario.

—Estábamos escondidos en un edificio abandonado cuando pasasteis con las bicis —admite Vic, tomando otra ración de pescado—. Pensé que estaríais muchos más kilómetros por delante, así que no se me ocurrió buscar marcas de bicicleta al lado de la carretera. Debí haber tenido más cuidado, pero el olor a comida me distrajo; parece que vosotros jugáis limpio, pero no todo el mundo lo hace.

—Lo sabemos. —Tomas mira a Vic a los ojos. Parece que los dos se están midiendo con la mirada.

Vic baja los ojos hasta el cuchillo envainado en el cinturón de Tomas, hasta la pistola que reposa sobre mi regazo y asiente.

—Alguien me lanzó varios disparos al azar cuando estaba saliendo de la ciudad —dice.

—¿Con una pistola o con una ballesta? —pregunto.

Tracelyn abre los ojos asombrada.

—¿Alguien está disparando a la gente con una ballesta? Simplemente no entiendo cómo pueden hacer algo así. Quiero decir, el comité de la Prueba dijo que nos iban a

evaluar según las decisiones que tomáramos. Es impensable que aprueben a alguien por disparar a la competencia. ¿Qué clase de líder sería esa persona?

—Uno fuerte. —Ahora habla Stacia, quien hasta ahora ha estado sentada con las piernas cruzadas sobre el suelo y los ojos fijos en su comida—. La Cuarta Etapa de la Guerra nunca habría tenido lugar si el presidente de los Estados Unidos hubiera atacado a la Alianza Asiática. Por el contrario, intentó negociar una coalición mundial incluso cuando sus consejeros le dijeron que era inútil. Fue pacifista cuando el país necesitaba agresividad.

Tomas niega con la cabeza.

—Atacar primero habría garantizado un ataque por parte de la Alianza Asiática. Sabía el daño que las primeras Tres Etapas de la Guerra habían provocado, tenía que intentar evitar lo que sabía que culminaría en la destrucción del país.

—¡Para lo que sirvió! —se ríe Stacia—. ¿No es eso lo que el comité de la Prueba pretende soltándonos en una de las ciudades destruidas? Están buscando candidatos con instinto asesino.

—No lo creo —digo—. Mi padre pasó la Prueba y es pacifista. Cree en la creación, no en la destrucción.

Stacia se encoge de hombros.

—Bueno, quizás mintió en su evaluación y le dijo al comité que había quitado a algunos candidatos de en medio en el camino de regreso a la civilización. Quiero decir, ¿cómo van a saber que mintió? No es que puedan ver lo que hacemos por aquí.

¿O sí que pueden? Recuerdo la cámara en el aerodeslizador, las de la cabaña de troncos donde almorzamos, las de nuestras habitaciones en el Instituto de la Prueba. La ruta más directa hacia Tosu desde Chicago se extiende a lo largo de más de mil kilómetros. Tomas calcula que hay un tramo de entre treinta y cinco y cuarenta y cinco kilómetros de tierra entre las dos cercas. No hay forma de que los oficiales de la Prueba hayan colocado las suficientes cámaras en el entorno para cubrir cada centímetro de tierra. Pero ¿y si no les hace falta? ¿Y si hay otra manera de seguir la pista de nuestras acciones?

La conversación cambia de la Prueba a una conversación sobre nuestros hogares. Tomas, Vic y Tracelyn intercambian información sobre nuestras colonias. La colonia Tulsa tiene más de siete mil personas viviendo en la mitad sur de lo que antes era Tulsa, en Oklahoma, y la campiña que se expande más allá de los límites de la ciudad. Hay una refinería de aceite aún activa en Tulsa en la que trabaja el padre de Vic. Los padres de Tracelyn trabajan en una central eléctrica, la más grande en funcionamiento de entre todas las colonias. Stacia no parece interesada en compartir información sobre su familia, simplemente se tumba en el suelo y mira hacia arriba mientras las estrellas empiezan a brillar a través de la neblina. Me pregunto en qué estará pensando cuando los chicos se ponen a comparar las armas; las dos chicas tienen cuchillos, pero Vic tiene un revólver como el mío. Me alegro de que hayan sido sinceros sobre sus armas de protección, pero me pregunto si dormiré sabiendo

que unos candidatos en los que no confío del todo van armados.

Dejamos que el fuego siga ardiendo al formar turnos de parejas de vigilancia mientras los demás duermen: Vic y Tomas, Tracelyn y yo. Stacia ni siquiera pregunta por qué no se le asigna un turno y directamente se dobla en un ovillo hasta quedarse dormida. Le doy mi pistola a Tomas, ya que él tiene el primer turno de vigilancia, y cierro los ojos preguntándome si esta gente se merece la confianza que les hemos dado. Si no es así, dudo que vea salir el sol.

Pero lo hago.

Nos despiertan a Tracelyn y a mí después de varias horas de sueño relajado y, juntas, vemos el amanecer de un nuevo día. Envueltas en la tranquilidad de la noche me explica que si consigue llegar a la Universidad, Tracelyn quiere ser profesora. Está enamorada de un chico de su colonia con el que tenía planeado casarse, pero a él no le eligieron para la Prueba, lo que significa que probablemente no vuelvan a verse nunca más.

—Tienes suerte de que a ti y a tu novio os eligieran a ambos —dice con una sinceridad tranquila.

—Tomas no es mi novio. —Siento que me sonrojo.

—Me podríais haber engañado. —Me sonrío ampliamente—. Creo que está enamorado de ti.

—Solo cuida de mí. Ya sabes, como somos de la misma colonia —digo, pero no puedo evitar emocionarme al escuchar sus palabras. En el fondo espero que tenga razón, porque cada día que pasa estoy más segura de que me estoy enamorando de él.

Tracelyn cambia de tema y hablamos sobre nuestras familias, sobre las pruebas que hemos pasado hasta ahora y sobre la distancia que todavía nos queda por recorrer para aprobar esta. Parece una chica realmente dulce y hasta cierto punto demasiado confiada, lo que viniendo de mí ya es mucho decir. Le cuento nuestra experiencia con el estanque de agua limpia y el claro de hierba verde que al final acabó explotando. Tanto si me cree como si no, sé que he intentado ayudar haciéndola consciente de los peligros que hay ahí fuera.

A medida que sale el sol, también se levantan nuestros compañeros. Stacia se sienta alejada de los demás durante el desayuno. No nos hace mucho caso cuando Tomas y yo nos despedimos y nos marchamos antes de que los demás puedan seguirnos. Encontramos el matorral en el que escondimos las bicis, las empujamos hasta la carretera y empezamos a pedalear. Con el paso de los kilómetros, no puedo evitar pensar en los candidatos que dejamos atrás y preguntarme si cruzarán la línea de llegada. La determinación sosegada en Stacia me hace pensar que ella lo conseguirá, pero hay algo en su sonrisa feroz y en la lógica que le atribuye al comité de la Prueba que me hace temer por sus compañeros.

Mientras las bicicletas devoran kilómetros, le doy vueltas otra vez a cómo nos evaluará el comité cuando lleguemos a Tosu. Por lo que he visto hasta el momento, no puedo creer que el doctor Barnes y los demás oficiales se conformen con un

simple informe de lo que ha ocurrido durante la prueba, lo que significa que nos están vigilando de algún modo. Si no todo el rato, sí de vez en cuando; lo suficiente para permitirles tomar decisiones.

Cuando salimos de la carretera y encontramos una granja abandonada en la que acampar, estoy segura de que sé cómo los oficiales de la Prueba nos siguen la pista, pero tendré que esperar a comprobar mi teoría hasta que nos hayamos instalado para pasar la noche. Si estoy en lo cierto, los oficiales notarán que me desvío de la rutina que Tomas y yo hemos establecido desde que empezamos el viaje.

Hay nubarrones en el oeste que indican que se avecina una tormenta y ni Tomas ni yo tenemos ningún interés en pernoctar bajo un aguacero. Hay un granero de madera gris desteñida y algo torcido hacia la izquierda que nos llama la atención. A pesar de las paredes inclinadas, la estructura parece segura.

Entramos en el granero y sobresaltamos a un grupo de gallinas salvajes. Cuatro disparos después, tres de ellas están a punto de ser desplumadas y asadas. Los nidos nos ceden cuatro huevos color marrón claro, que guardamos para el desayuno de mañana. Me esfuerzo por actuar con normalidad mientras preparamos la comida y cenamos, aunque Tomas me lanza más de una mirada inquisitiva. Finalmente, acabamos de cenar. Mientras guardo las sobras en la bolsa, aprovecho la oportunidad para buscar otra cosa. En el momento en que mis dedos lo rodean, el corazón me da un vuelco anticipadamente y lo saco a la luz.

El brazalete que le quité a la chica que enterramos.

Todos los candidatos tienen uno. Dos, en realidad, ya que llevamos una banda más pequeña con nuestro símbolo en las bolsas. Nos han ordenado que las llevemos puestas en todo momento y como los cierres son difíciles de encontrar, estoy segura de que la mayoría de los candidatos han obedecido la norma. Los brazaletes son nuestro identificativo. ¿Podrían ser también una cadena invisible diseñada para informar a los oficiales de la Prueba de dónde estamos y qué hacemos?

El brazalete mide poco más de medio centímetro de grosor y está hecho de un metal plateado. El disco que hay encima está grabado con el dibujo del candidato y detrás...

Ahí está. En el centro de la zona que queda justo detrás del símbolo grabado hay tres incisiones. Tres agujeritos, en realidad. Tan pequeños, que nunca me habría fijado en ellos de no ser porque estaba buscando algo en concreto, pero me confirman lo que quería saber.

Alguien nos está escuchando.

Capítulo 14

Me invade una oleada de satisfacción, del tipo que siempre siento cuando me luzco en un examen. Sin embargo, esta vez la sensación placentera se desvanece a la misma velocidad con la que llegó, sustituida por el sabor agrio y resbaladizo del terror.

¿Habrán grabado todo cuanto hemos dicho? ¿Escucharon mis conversaciones antes de llegar a Tosu o no se tomarían la molestia, puesto que cada movimiento que hacía quedaba registrado por las diminutas cámaras? No puedo evitar rogar que la última sea la cierta. De lo contrario, lo saben. Saben lo de mi padre, lo de sus pesadillas y los consejos que me dio. Me dijo que no confiara en nadie, pero no le escuché. Decidí que sabía lo que hacía y confié en Tomas. Se lo conté todo y, al hacerlo, puedo haber puesto en peligro la vida de mi padre, porque un gobierno que está dispuesto a quedarse quieto viendo cómo los candidatos se suicidan o ingieren plantas venenosas porque han dado una respuesta incorrecta no dudará en eliminar a un hombre que pueden ver como una amenaza. Y la magistrada Owens, el doctor Flint, nuestra antigua profesora... Todo aquel que luchó para mantener a los graduados de la colonia Five Lakes a salvo de la Prueba está en peligro y es por mi culpa.

—Cia, ¿estás bien?

Me giro rápidamente y veo a Tomas mirándome; a juzgar por la preocupación que destilan sus ojos, debo tener muy mal aspecto. Fuerzo una gran sonrisa y digo:

—Sí, solo estoy preocupada por Tracelyn y los demás. Espero que encuentren cobijo esta noche, parece que se avecina una gran tormenta. —Entonces hago un gesto de silencio con el dedo, señalo el brazalete que tengo en la mano y le enseño los agujeros casi imperceptibles en la parte interior. Con los dedos temblorosos, rastreo el cierre de mi brazalete, lo abro y lo acomodo sobre la bolsa. Después cojo la mano de Tomas y le quito el suyo antes de salir por la puerta al fuerte viento.

—Nos han estado espiando —dice Tomas—. Supongo que no debería ser ninguna sorpresa después de la explosión del estanque. Escuchar conversaciones privadas es una minucia comparado con eso.

—Pero ¿desde cuándo crees que nos han estado escuchando? ¿Solo para esta prueba o desde el principio?

Le observo sopesando la pregunta y veo el momento en que recuerda la conversación bajo el árbol, alejados de las cámaras.

—Quizás en ese momento aún no escuchaban. Quiero decir, por aquel entonces éramos ciento ocho, lo más probable es que solo estuvieran utilizando las cámaras para observarnos a todos juntos. Escuchar más de cien micrófonos a la vez implicaría mucho tiempo y mucha gente.

Lo único que puedo hacer es desear que tenga razón; no sé si puedo vivir con la alternativa.

—Cia, sé que esto es duro, pero no puedes preocuparte por lo que podría estar pasando en casa. —Me acaricia la mejilla. Le cojo la mano y la mantengo ahí como si fuera un salvavidas—. La única manera de ayudar a los de casa es sobreviviendo a esta prueba.

Se me cierra la garganta al caer presa de la desesperación.

—Si pasamos la Prueba nos borrarán los recuerdos sobre las pruebas. No recordaremos que haya que ayudar a nadie.

—No si descubrimos cómo lo hacen. —Me achucha la mano y me seca las lágrimas que resbalan por mi mejilla—. He estado dándole vueltas y tengo algunas ideas. Ahora que sabemos de la existencia de los micrófonos, podemos asegurarnos de que no siempre sepan lo que planeamos. Nos has dado ventaja, solo tenemos que ser lo suficientemente listos como para usarla bien.

Las dudas amenazan con consumirme. ¿Somos lo suficientemente listos? ¿De verdad podemos ser más inteligentes que un sistema que ha estado en vigor durante décadas, que ha controlado la vida de cientos de las mejores mentes desde que el mundo empezó a ser reconstruido, que actualmente nos está controlando a nosotros?

Me enderezo y digo:

—Bien, entonces solo tenemos que ser lo suficientemente listos, ¿no?

—Exacto. —Tomas sonrío—. Trabajando los dos juntos, ¿cómo puede salir mal? Y además, ¿sabes qué? Hay otro motivo por el que me alegro de que descubrieras que alguien estaba escuchando.

—¿Por qué?

—Porque la primera vez que te diga que estoy enamorado de ti, preferiría no tener que compartirlo con el doctor Barnes y sus amigos.

Las palabras y el roce de sus labios me iluminan el corazón. Sé que no es momento de pensar en el amor. La tensión de la Prueba, saber que nuestras vidas corren peligro, es señal de que no puedo fiarme de mis emociones, pero el calor en la sangre y la fuerza que siento al estar cerca de Tomas son reales. Así que cuando sus labios se separan de los míos le digo:

—Creo que yo también te quiero.

—¿Crees? —Se ríe y me abraza fuerte contra su pecho—. Entonces supongo que es bueno que me queden un par de cientos de kilómetros de carretera para convencerte. —Me da un beso sobre la cabeza y suspira—. Probablemente deberíamos regresar y entretener a nuestra audiencia antes de que empiecen a preguntarse si nos hemos desmayado con tanto pollo. —Me da la mano y empezamos a regresar hacia el granero—. Date cuenta de que voy a tener que declararte mi amor otra vez ante nuestro público, de lo contrario se extrañarán cuando te diga lo bonita que eres.

No puedo evitar sonreír mientras caminamos hacia el edificio y nos volvemos a colocar los brazaletes en la muñeca. Sin embargo, ahora que sé que hay gente escuchándonos, no se me ocurre nada que decir. Por suerte, Tomas no tiene ese

problema.

—Pensé que había oído un ruido fuera, pero supongo que me equivoqué, no había nadie. Imagino que con la tormenta acercándose, el viento levantó algunos escombros.

Por unos instantes me siento confundida, pero después me doy cuenta de que está explicando nuestro silencio a quien sea que estuviera escuchando.

—Bien —digo—, esta noche podríamos intentar descansar los dos. No me arrepiento de haberles invitado a que acamparan con nosotros, pero fue difícil conciliar el sueño con ellos allí.

—Lo sé. —Tomas se sienta en el suelo y golpea el espacio que hay a su lado, donde me siento—. Yo tampoco dormí mucho.

—¿Y entonces cómo explicas los ronquidos? —bromeo, aunque Tomas no ronca. Sin duda la audiencia lo encontrará divertido. Hablamos sobre los otros tres candidatos durante un rato y entonces hacemos conjeturas sobre cómo les debe estar yendo a nuestros amigos. El viento brama con fuerza y empiezan a caer las primeras gotas de lluvia sobre el techo.

Cuando el granero está completamente sumido en las sombras, nos disponemos a dormir. Instalados en la esquina trasera que creímos que nos resguardaría mejor del mal tiempo, escuchamos el diluvio que se precipita desde el cielo. Hay algunas goteras, pero la zona que hemos escogido permanece completamente seca.

Tomas me rodea con el brazo y dice:

—Sabes, ayer estuve despierto casi toda la noche. No sé si este es el mejor momento para decirte esto, pero Tracelyn tiene razón, estoy enamorado de ti.

Oírlo por segunda vez, aunque lo esté diciendo para el doctor Barnes, todavía me corta la respiración. Igual que antes, Tomas me besa, pero este beso es más largo, más intenso y me remueve las entrañas. Cuando se separa, tardo unos segundos en recobrar el aliento. Sonriendo en la oscuridad, me acurruco contra él y le susurro:

—Creo que yo también te quiero.

Su risa me acompaña hasta que me duermo.

Algo no va bien.

El brazo de Tomas todavía me rodea. Su respiración es acompasada y regular, ha parado de llover y entra una luz grisácea a través del granero.

Vuelvo a reposar la cabeza y cierro los ojos en un intento por enganchar algunos minutos más de sueño. Y entonces lo oigo.

Jadeos. Hay algo aquí dentro.

Abro los ojos de golpe y levanto la cabeza para otear el oscuro interior del granero. Nada; al menos que yo pueda ver. Los resuellos se oyen cerca. Cierro los ojos para localizarlos. Vienen de detrás.

Con el corazón palpitante, me suelto del brazo de Tomas, me siento lentamente y

giro la cabeza para mirar a la pared que hay detrás de nosotros. Allí no hay nada, pero todavía escucho la rápida respiración en el aire. Hay una gran grieta en la esquina de la pared por donde entra la luz del sol. Con cuidado de no molestar a Tomas, me levanto muy despacio, miro a través de ella y contengo un grito.

El animal es inmenso. De pie sobre las patas traseras es tan alto como yo, con un pelaje negro y gris que cubre la mayor parte de su cuerpo menos algunos parches de una piel rosácea y curtida. Sin embargo, lo que más me llama la atención son las garras curvas como ganchos y los dientes, varias filas de dientes amarillos y afilados dentro de una boca enorme y prominente.

¿Es un tipo de oso o de lobo? Si es alguno de los dos, esta versión no se parece a ninguna especie que haya visto antes. Mi padre me ha enseñado fotografías que tomó en las afueras de una de las colonias donde trabajó, fotografías de animales retorcidos por la misma radiación y los mismos productos químicos que arrasaron la tierra. Algunos de los animales desarrollaron más extremidades o perdieron la cola. Otros perdieron el pelaje o su piel se volvió tan gruesa que era casi impenetrable por ninguna arma. Fuese cual fuese el cambio, todo animal mutado se volvió feroz. El más pequeño roedor con su cuerpo sin pelo y sus orejas desproporcionadas atacaría a un humano sin importarle el tamaño. El animal que hay fuera del granero, sea cual sea, no es pequeño, es enorme. Si decide atacar estaremos en serios problemas.

Y no está solo. La enorme cabeza negra se gira hacia la derecha y veo otro animal de pie detrás de él, más grisáceo pero igual de aterrador. Olisquea el aire. ¿Percibe nuestro olor? Creo que sí, lo que significa que tenemos que largarnos de aquí ya.

Me alegro de que dejásemos las cosas recogidas anoche porque tenemos que movernos rápido. Me pongo de rodillas, con cuidado de no hacer ningún ruido, y zarandeo a Tomas suavemente para despertarlo. Sus ojos grises se abren. Sonríe al verme, pero el afecto y la felicidad abandonan rápido su expresión cuando ve el miedo en la mía. Entorna los ojos cuando me inclino hacia su oreja y le susurro:

—Hay animales mutantes ahí fuera. Tenemos que marcharnos.

Asiente y en cuestión de segundos está en pie y con la bolsa puesta. Juntos cruzamos hasta el otro lado del granero. A cada roce de los zapatos contra el suelo o crujido de alguna rama bajo nuestros pies me da un salto el corazón. Una vez en la puerta, Tomas susurra:

—Empujaremos las bicicletas corriendo hasta la carretera y después nos montaremos en ellas, ¿de acuerdo?

El granero está a unos ciento treinta metros de la carretera. Hay piedras, árboles y maleza entre nosotros y el pavimento, sin mencionar la cuesta arriba que hay para llegar a ella. No tengo ni idea de cómo se mueven estos bichos con garras ganchudas ni lo rápido que corren. Quizás no se den cuenta o, incluso si nos ven, puede que ya estemos tan lejos que no quieran perseguirnos. Si lo hacen... Bueno, espero que se muevan pesadamente como los osos, eso nos daría una oportunidad. Si son más veloces...

Agarro bien la pistola, cojo aire y digo:

—Vale, vamos allá.

Mis pies patean la tierra y mis manos se aferran al manillar mientras mantengo la mirada fija en la carretera. Las ruedas de la bicicleta saltan y rebotan mientras giran sobre el terreno duro, pero no miro hacia atrás para ver si nos han visto. Solo conseguiré ir más lenta. Si los animales y sus dientes feroces nos están persiguiendo, no me puedo permitir ni un segundo de retraso.

Pero Tomas sí lo hace, lo sé por la manera en que coge aire, por cómo intenta ir incluso más rápido cuando grita:

—¡Corre, Cia! ¡Corre!

Lo hago. Corro lo más rápido que puedo. Me arden los músculos de los muslos y las pantorrillas al lanzarme con la bicicleta hacia la cuesta que sube a la carretera. Nuestra esperanza de huida nos aguarda al menos a otros cuarenta y cinco metros de distancia.

Tomas tiene más fuerza y las piernas más largas que yo, así que me saca ventaja. Me grita que siga corriendo y lo hago, pero no puedo ir tan rápido. Y entonces lo oigo: jadeos, ramas quebrándose, gemidos y gruñidos. Están cerca, demasiado cerca, y acercándose todavía más.

El miedo, súbito y feroz, me ayuda a mover las piernas con más rapidez. Trepo por la pendiente. En dos ocasiones casi pierdo el agarre de la bicicleta al enredárseme los pies entre la maleza, pero me las arreglo para seguir subiendo. En algún punto a mis espaldas los gemidos se vuelven rugidos. Los sonidos están más cerca. Están acortando distancia y todavía me quedan diez metros para llegar a la carretera. El pedal de la bicicleta se engancha en un arbusto y me desplomo contra el suelo. Miro hacia arriba y veo a Tomas en lo alto de la cuesta. Ya está sentado sobre la bicicleta, listo para salir pitando.

—¡Vamos, Cia! ¡Date prisa!

No lo dice, pero sé que los animales están a pocos segundos de alcanzarme. No puede hacer nada para ayudarme a menos que consiga llegar hasta arriba, así que me pongo en pie rápidamente, levanto la bicicleta del suelo para evitar que se enganche en las ramas y la hierba y me obligo a subir el último tramo de pendiente. Piso el pavimento liso y quiero llorar de alivio, pero no puedo. Los veo por el rabillo del ojo, son una manada, seis o más; y rápidos. Figuras grandes y voluminosas de pelo gris y negro enmarañado a diez o quince metros de mí, con las fauces abiertas, listos para atacar.

Uno se adelanta sobre los demás, sus grandes ojos amarillos se clavan en mí mientras reduce el espacio entre los dos. Apunto y disparo. El animal gruñe de rabia cuando la bala le da en el centro del pecho, pero no se detiene. La bala ni siquiera lo ralentiza.

—No podemos defendernos. Sube, ¡tenemos que largarnos!

La voz de Tomas me hace reaccionar. Paso la pierna por encima del cuadro de la

bici, pongo los pies en los pedales y empujo. El ruido de las zarpas sobre el asfalto y los gruñidos de nuestros perseguidores me hacen mover las piernas más rápido. El metal destartado que tengo debajo protesta al coger velocidad. Rezo para que el arreglo rápido que le hicimos no me falle ahora. Tomas tiene razón, estas criaturas, sean lo que sean, son demasiado fuertes para acabar con ellas con un simple revólver o un cuchillo. Si no conseguimos dejarlos atrás...

Tomas me lanza gritos de ánimo cuando la carretera se inclina cuesta abajo. Mis ruedas cogen velocidad. Sigo oyendo rugidos detrás de mí, pero parece que se están quedando atrás. Sigo pedaleando, con la esperanza de que los animales abandonen la persecución en busca de otra presa menos veloz para el desayuno.

Y lo hacen.

Los gemidos y rugidos se vuelven más débiles. Cuando ya no oigo los sonidos de los animales a la caza, me atrevo a mirar atrás y en la distancia veo que la manada está abandonando la carretera en dirección sur, lejos de nosotros.

Seguimos pedaleando por si las criaturas deciden dar un rodeo y echársenos encima por el otro lado. Un pensamiento así implica una mayor capacidad de razonamiento y una determinación calculada. La mayoría de los animales no son capaces de hacerlo, pero se cuentan historias alrededor de las hogueras para asustar a los niños. Historias también sobre humanos que sobrevivieron a la radiación y a los productos químicos pero que mutaron horriblemente. Nunca me las creí, pero tampoco me habría creído que las Confederaciones Unidas fueran capaces de matar candidatos para ayudar en el proceso de selección. Así que aunque los animales de los que escapábamos no mostraban ningún signo de características humanas, seguimos pedaleando otros veinticinco kilómetros antes de parar y recobrar el aliento.

Dejo la bicicleta en el suelo y me hundo en los brazos de Tomas. Al presionar la cabeza contra su pecho, oigo el corazón latiendo con fuerza y sé que el mío late igual de rápido. Estamos vivos. Desde que me dispararon tan solo unas horas después de que empezara la prueba, solo me he centrado en los peligros que entrañan los otros candidatos o en los que los oficiales han podido poner en el camino. Casi me había olvidado de preocuparme por los animales que deambulan por las llanuras dañadas. Aunque, ahora que lo pienso, debo preguntarme si están aquí por casualidad o deliberadamente. Los oficiales de la Prueba construyeron las cercas. Si son lo suficientemente altas para mantenernos dentro, ¿no sería razonable que dejaran fuera a los animales que no fueran bienvenidos?

Me separo del consuelo de los brazos de Tomas, busco una botella de agua y me trago el sabor amargo del miedo y la fatiga. Le doy la botella a Tomas y desenvuelvo la comida que íbamos a preparar para el desayuno. Milagrosamente, los huevos, envueltos con cuidado entre la ropa, han sobrevivido intactos. Tomas sugiere hacer un fuego y cocinarlos, ya que de todas formas necesitamos descansar un rato. Nuestra carrera hacia la salvación nos ha dejado exhaustos a los dos.

Al menos, eso es lo que creo cuando empezamos a recoger ramitas y palos para el

fuego. Cuando Tomas se arrodilla para encender la cerilla, descubro la sangre detrás, filtrándose por sus pantalones. La imagen me deja helada, y me doy cuenta de lo pálido que está ahora que el color del esfuerzo ha desaparecido. La cerilla tiembla entre sus dedos mientras enciende las ramas y con paciencia logra que prendan unas llamas chisporroteantes.

Saco el botiquín y le ordeno a Tomas que se tumbe en el suelo.

Me dirige una sonrisita ofendida.

—Le dices a una chica que la quieres y automáticamente se vuelve una mandona. Aunque supongo que no me puedo quejar teniendo en cuenta que lo que quieres es que me baje los pantalones.

Me río, pero un vistazo a la herida cauterizada pone punto y final a la diversión. Una vez lavada la sangre, veo la ligera rojez que indica infección. La herida no está muy infectada, todavía, pero podría estarlo si no vamos con cuidado. La posibilidad de que se le extienda hace que decida cambiar las opciones de tratamiento, aunque tampoco es que esta vaya a ser más sencilla.

Hago que Tomas se tome varios analgésicos y beba mucha agua antes de esterilizar una aguja, enhebrarla y ponerme manos a la obra. Tomas se estremece con cada punzada que le atraviesa la carne; o quizás era yo quien se estremecía. El corazón me golpea contra el pecho, se me encoge el estómago y aprieto los dientes mientras empujo la aguja contra el tejido, tenso el hilo y lo hago otra vez. El desgarramiento mide poco más de un centímetro de largo, pero los puntos son tan pequeños que hacen falta una docena para cerrar la herida. Tomas no emite ningún sonido, pero cada mueca de dolor en su cara me duele en el alma. El doctor Flint me dijo una vez que es duro para los médicos operar a la gente que quieren y que esperaba no tener que operar de gravedad a papá o a ninguno de nosotros por miedo a que el afecto se interpusiera en su formación. Cosiendo la herida de Tomas, comprendo sus palabras. Tengo los dedos resbaladizos por la sangre cuando doy el último punto, hago el nudo y corto el hilo.

Estoy temblorosa y algo mareada al untar la pomada antiséptica sobre la herida y cubrirla de nuevo con una venda, pero Tomas está peor que yo. Viajar ahora no es una opción. Me limpio la sangre de las manos y le digo a Tomas que duerma mientras preparo algo de comer. Antes de que haya sacado la sartén ya tiene los ojos cerrados.

Decido esperar un rato. Después de toda esa sangre, la idea de tocar comida o metérmela en la boca no me apetece nada. Pistola en mano, exploro la zona buscando con qué cocinar los huevos y encuentro algunas cebollas silvestres. También veo un matorral de frambuesas salvajes maduras.

Dejo que Tomas duerma más de dos horas, lo máximo que me atrevo. Cuando abre los ojos, me alivia ver que están brillantes y claros, aunque fastidiados porque le he dejado dormir medio día. Terminamos de comer, pero está claro que por mucho que queramos viajar, montar en bici no es una buena idea. Tomas se ha quedado bastante débil por la pérdida de sangre y la herida es demasiado reciente, así que

caminamos empujando las bicicletas a nuestro lado durante horas y hacemos pequeñas paradas para que Tomas descanse. De camino encontramos un río, pero el agua está envenenada y no se puede purificar, al menos no con los productos químicos que tengo en la bolsa. El avance no es rápido pero es constante y, hacia el final del día, vislumbramos edificios en la distancia.

Una ciudad abandonada; y la carretera por la que viajamos pasa justo por el centro.

Capítulo 15

La imagen de los edificios que se extienden ante nosotros me da escalofríos. Sus calles podrían esconder cualquier cosa: animales salvajes, otros candidatos o algo peor. Desde aquí, la ciudad parece infinita e incluso sin el peligro acechante en cada esquina, no me gusta la idea de adentrarme en ella. Tomas y yo hemos estado buscando plantas y purificando agua en los estanques y arroyos que hemos encontrado a lo largo del camino; dudo que podamos hacer lo mismo en un mundo decadente de piedra y acero.

Con la amenaza de la ciudad asomando en la distancia, preparo la cena y digo:

—La ciudad sería el lugar perfecto para que los oficiales pusieran pruebas adicionales. Probablemente la mayoría de los candidatos la atravesarán en lugar de rodearla porque parece el camino más rápido. —Pienso en mi padre y en su pesadilla. Fuera lo que fuera lo que les ocurrió a sus amigos, fue en una ciudad como la que se extiende ante nosotros.

Tomas me mira a los ojos y asiente. Sabe lo que estoy pensando y lo que procuro no decir por si los oficiales están escuchando.

—O podrían poner trampas en las carreteras que rodean la ciudad para asegurarse de que los candidatos tengan que pasar a través de ellas. Querrán ver cómo reaccionamos cuando nos encontremos con otra gente. Mira —dice señalando un punto en el horizonte—, la valla sur pasa justo por detrás de la ciudad. Desde aquí no se ve la frontera norte, pero estoy seguro de que está más cerca de lo que pensamos.

Con las armas bien sujetas dejamos que nos invada el sueño y al amanecer ya estamos en pie y listos para emprender el viaje. Un recuento de las provisiones nos obliga a buscar agua a medida que la ciudad se va acercando. A unos cien metros de la carretera encontramos un pequeño estanque, turbio y recubierto de una sustancia negra y aceitosa que requiere tratarla con tres sustancias purificadoras y, aun así, me preocupa su nivel de potabilidad. Guardamos el agua con la esperanza de encontrar otra fuente antes de vernos obligados a beberla o, de lo contrario, tendremos que arriesgarnos. Aunque no me apetece envenenarme, me gusta todavía menos la idea de deshidratarme.

Tomas insiste en que está bien para pedalear pero aprieta los dientes al sentarse. Su dolor evidente hace que me replantee el plan de rodear la ciudad. Si la herida no mejora necesitaremos un medio de transporte mejor y una ciudad con todas sus tiendas y edificios abandonados puede ser el mejor sitio para encontrar un vehículo.

La carretera por la que avanzamos se bifurca: la desviación de la derecha conduce hacia las afueras de la ciudad y está en tan mal estado que dudo que las bicicletas aguanten mucho por el asfalto roto. El camino que lleva al centro está en perfectas condiciones, una señal tan obvia de las intenciones de los oficiales que me revuelve el estómago. En cualquier caso, no hay mucho margen de elección, seguiremos la

carretera y cruzaremos hasta el otro lado lo más rápido que podamos.

La carretera se estrecha y empezamos a pasar por delante de edificios aislados, la mayoría de ellos de solo dos o tres pisos. Ninguno tiene buen aspecto y, considerando el número de agujeros que hay en los tejados y las paredes, es asombroso que todavía estén en pie. Decidimos mantenernos en el centro de la carretera por si los oficiales han manipulado sus estructuras para que se derrumben a nuestro paso.

A medida que los edificios se hacen más altos y están más juntos, vemos que algunos ya se han venido abajo de manera que los escombros bloquean los desvíos que salen de la carretera por la que viajamos. Al principio pienso que son imaginaciones mías, pero cuando pasamos por el quinto edificio que se ha caído sobre la entrada de un cruce no tengo ninguna duda: los oficiales nos mantienen en línea recta hacia lo que sea que hayan planeado.

Llamo a Tomas y me detengo en medio de la carretera, esperando a que ponga los pies en el suelo y se gire hacia mí:

—¿Qué ocurre?

Le explico mi teoría sobre los edificios derrumbados y mi preocupación por lo que pueda depararnos el camino.

—¿Quieres que volvamos atrás y vayamos alrededor de la ciudad?

Por su expresión desganada, veo que él no quiere. Y, para ser honestos, no estoy segura de si yo misma quiero. Rodearla sería igual de peligroso y ya hemos invertido la mañana en llegar hasta aquí. Si volvemos donde empezamos habremos perdido el día entero.

—No, la verdad es que no, tan solo quiero que vayamos con cuidado.

Me da un beso rápido y suelta una sonrisita:

—Prometo no tirar piedras a ningún estanque a menos que me des permiso, ¿vale?

Su sonrisa me da un vuelco al corazón y a pesar de mis persistentes preocupaciones, me veo sonriéndole también:

—Te tomo la palabra.

Reemprendemos el camino a un ritmo más lento, buscando señales de peligro en los edificios y el asfalto. Cualquier cosa podría esconderse en estos edificios de diez o doce pisos: cámaras, trampas... quién sabe. Tras pedalear durante más de seis kilómetros encontramos un cruce. Esta vez no hay escombros amontonados bloqueando las salidas, sino tres caminos despejados. Uno que se extiende frente a nosotros y los otros dos que se abren a cada lado.

—¿Tú qué crees? —dice Tomas.

—Creo que es un buen momento para empezar a tirar piedras.

Tomas se ríe, pero baja de la bicicleta, coge una piedra grande y la tira al camino central. Choca contra el suelo y avanza otros tres metros por el asfalto. Hace lo mismo con los otros dos y las rocas aterrizan y se deslizan por el asfalto sin incidente alguno.

—¿Y ahora qué?

No lo sé. Miramos hacia cada uno de los caminos intentando averiguar qué puede deparar. El de delante y el de la izquierda están rodeados de edificios con una estructura similar a los que hemos ido pasando para llegar hasta aquí. A lo lejos, a nuestra derecha, hay un edificio que nos llama la atención: la construcción es gris y alargada, la parte central sube varios pisos más arriba que el resto y está coronada por una gran cúpula. Aunque solo sea para curiosear y verlo mejor, cogemos el camino de la derecha.

Y llegamos a un callejón sin salida.

El edificio abovedado, que en su momento debió ser magnífico, se está desmoronando. Entre este y los dos edificios derrumbados a cada lado nos bloquean el camino. ¿Forma parte de la prueba averiguar cómo superar estas barreras o hay algo más? Mientras considero nuestras opciones, Tomas coge una piedra y la tira sobre unas escaleras rotas.

No pasa nada.

Nos miramos y sonreímos, pero antes de que Tomas empiece a avanzar le digo:

—Prueba con otra piedra, solo para asegurarnos.

Tomas repite la acción sobre los escombros de nuestra izquierda. Hay un momento de silencio hasta que un leve tic-tac inunda el aire. Un instante después, el trozo de tierra donde cayó la piedra salta por los aires. No hay manera de pasar por encima ni por el lado. Está claro que dejar la carretera es la respuesta equivocada, una decisión que será castigada.

Sin palabras, volvemos atrás hasta la bifurcación inicial y decidimos coger el camino que va recto. Otro callejón sin salida. No nos molestamos en buscar trampas, sabemos que están ahí.

El camino de la izquierda nos hace pasar por varios edificios que en su día debieron ser comercios. Una parte de mí me dice que paremos y exploremos las existencias que todavía podrían utilizarse de una tienda cuyo letrero descolorido pero parcialmente legible pone «ferretería», pero no lo hago. La carretera que en su momento me aterrizó es ahora un refugio seguro. El camino serpentea entre edificios grises derruidos hasta que finalmente da a una bifurcación. De nuevo, tenemos tres opciones. Cogemos el de en medio, encontramos más construcciones deterioradas y llegamos a un callejón sin salida que muestra signos de una explosión reciente. Damos media vuelta y me doy cuenta de a qué me recuerda esto.

Un laberinto. Estamos en un laberinto.

Cuando era pequeña mi padre solía dibujarnos complicados laberintos a mis hermanos y a mí para después pedirnos que los resolviéramos. Era algo así como una carrera: todos teníamos el mismo laberinto y papá esperaba a que estuviésemos todos listos para empezar al mismo tiempo. Una vez el lápiz tocaba el papel, no podíamos levantarlo y si acabábamos en un callejón sin salida, quedábamos eliminados. Papá nos estaba enseñando a pensar y a planear con anticipación; a no apresurarnos ni a

tomar una decisión demasiado rápido sin tener en cuenta el resultado.

Quizás en algún lugar de su memoria fragmentada recordaba esta parte de la Prueba. O quizás simplemente nos entretenía para pasar las frías noches de invierno. Por el motivo que fuese, tengo que usar la lección que aprendí y saber anticiparme a los hechos. Ya es tarde, y si no tenemos cuidado, podríamos quedarnos atrapados en este laberinto durante más tiempo del que durarán nuestras provisiones.

Le digo a Tomas que deberíamos cenar temprano. Está lo suficientemente frustrado y acalorado como para estar de acuerdo, así que nos sentamos en medio de la carretera y sacamos el pollo, ya que será lo primero que se echará a perder con este calor. Mientras comemos, le pido que me deje ver el atlas. Juntos estudiamos las páginas y, de acuerdo con el libro, la carretera que queremos coger para salir de la ciudad está en el extremo sur. Esto significa que deberíamos elegir caminos en direcciones que nos acaben llevando hasta ella. Cuanto más rectos y hacia el sur vayamos, mejor.

No es que sea mucha información pero es más de lo que sabíamos antes de sentarnos. Volvemos a montar en las bicicletas y empezamos a pedalear. Otra bifurcación. Cogemos la calle de la izquierda. Más edificios indistinguibles. Un callejón sin salida. Volvemos a la bifurcación y cogemos la carretera del centro. El sudor nos empapa las camisetas mientras seguimos buscando las calles correctas. Incluso con la brújula como guía, las continuas idas y venidas confunden mi sentido de la orientación. Al caer la noche, no nos queda otra opción que acampar. Sin luz nos arriesgamos a salirnos de la carretera y pisar una trampa, así que optamos por acampar en el centro de la calzada cerca de un callejón sin salida. Al menos los tres lados con trampas explosivas conseguirán limitar la dirección por la que puedan llegar los posibles peligros.

Cenamos lo que queda de pollo y guardamos las verduras y la última bolsa de frutos secos para desayunar. Tendremos que conseguir salir del laberinto antes de que el hambre se apodere de nosotros. Con el calor del día intentamos racionar el agua, pero se nos están cortando los labios por la combinación de calor y deshidratación. No nos queda otra opción que abrir las botellas de agua que podrían estar contaminadas. Sabe un poco raro, pero ni Tomas ni yo detectamos el sabor metálico o agrio que significarían una muerte segura. El lado bueno es que las heridas de Tomas parecen haber mejorado cuando le cambio el vendaje y le aplico más pomada.

—Eso es porque tengo a la mejor enfermera —dice, y me da un beso. La alegría de que la herida se esté curando y la calidez de sus labios me ayudan a dormirme rápidamente.

Pero la frustración vuelve con la luz del día. A menudo pensamos que estamos en el camino correcto para acabar descubriendo que tenemos que volver atrás. Más preocupantes son las voces que empezamos a oír a lo lejos. Algunas suenan como si estuvieran justo al otro lado de un muro o un edificio, es imposible decirlo, pero una cosa está clara: no estamos solos en este laberinto. Hay otras ratas correteando hacia

la salida aparentemente imaginaria.

Una explosión sacude los edificios que hay junto a nosotros y un grito raspa el aire. Luego otro. Y luego, silencio. Pedaleamos más rápido para alejarnos de la explosión. Bajamos una carretera. Callejón sin salida. Volvemos atrás y cogemos otra desviación.

Cuando llegamos a las inevitables barreras que nos obligan a retroceder intentamos hacer bromas, pero después de horas de búsqueda, los chistes salen con menos facilidad. La risa es más bien forzada, hasta que no hay nada de qué reírse. Me pica la cabeza de la suciedad y el sudor y me duele todo el cuerpo por un esfuerzo constante que parece llevarnos a ninguna parte. Nos comemos las últimas frutas secas y Tomas encuentra un bollo rancio en su bolsa, que compartimos para engañar el hambre. La única buena noticia es que de momento no estamos notando los efectos del agua ligeramente contaminada. Incluso esto parece triste cuando nos damos cuenta de que el agua no durará mucho más. No hay ni una nube en el cielo que ofrezca esperanza de lluvia.

Mis piernas cansadas protestan cuando elegimos un camino inclinado pero obligo a mis pies a mover los pedales. Cuanto más alta sea la pendiente que subimos, mejores serán las vistas de la ciudad. No estamos muy arriba pero entre los edificios que se han derrumbado por el paso del tiempo, podemos ver lo que hay después de nuestro trozo de carretera. Y cuando entrecierro los ojos para ver más lejos, creo ver el edificio largo y abovedado que nos encontramos la primera vez que entramos en el laberinto. Está lejos, muy lejos.

Se lo señalo a Tomas, que me ofrece la primera sonrisa sincera del día.

—Bueno, el final ya no puede estar muy lejos ¿no? Vamos a buscarlo.

El atractivo de la libertad nos rejuvenece y cuando llegamos al siguiente callejón cortado Tomas dice:

—Bueno, uno menos para llegar a la salida. —Y otra vez volvemos atrás.

Entonces lo oímos. El sonido de unas botas golpeando el asfalto; alguien está corriendo cerca de nosotros. Nos movemos más rápido. Giramos. Pedaleamos.

Callejón sin salida.

Los pasos veloces se acercan cada vez más. Miro a Tomas y asiente. En sus ojos veo miedo y determinación. Bajamos de las bicicletas, las dejamos en el suelo y empuñamos nuestras armas. Los pasos se oyen cada vez más cerca. Está justo a la vuelta de la esquina. Levanto el arma, contengo la respiración y mantengo el pulso.

Primero veo su sombra: es la silueta de una persona con una pistola en la mano. Los músculos de mis brazos están tensos. El dedo preparado sobre el gatillo a medida que la sombra se acerca. Sé que mi pistola alcanza hasta más lejos. El corredor podría disparar justo al vernos, lo que significa que tendré que disparar primero sin saber sus intenciones. Sin saber si él o ella quiere hacernos daño o no.

Cuando veo que la sombra se hace más grande y una figura aparece a la vuelta de la esquina aprieto el gatillo. Y fallo. No puedo segar una vida. Apenas me doy cuenta

de que la persona es un hombre; lo único que sé es que si Tomas muere, será por mi culpa.

Pero en lugar de un disparo, escucho:

—¡Cia! ¿Tomas? ¿Sois vosotros? —Antes de que pueda entender que no vamos a morir, unos brazos sucios me levantan del suelo en un abrazo rebotante de alegría: es Will. Su risa es contagiosa y me aferro a él. Arrugo la nariz al notar el hedor que desprende, a suciedad y sudor combinado con sangre y por lo que sea que haya pasado desde que empezó la prueba. Pero no me importa, admito que yo tampoco huelo a rosas estos días, y ver que está bien me da esperanzas de que Zandri y Nicolette aún sigan vivas.

—Es genial que tú y Tomas os encontrarais por aquí. Nunca pensé que daría con vosotros.

Su ceja levantada pide escuchar la historia de cómo nos encontramos Tomas y yo, así que doy un paso atrás y digo:

—Tuve algunos problemas para salir de la ciudad. Tomas llegó a tiempo para rescatarme de un baño en el río o algo peor. —No vale la pena explicarle a Will que Tomas y yo conspiramos para encontrarnos. Solo destacaría el hecho de que no incluimos a ningún otro amigo en el plan, y ya cuesta lo suficiente confiar en este entorno. Ahora que el *shock* ha pasado, veo un vendaje en el hombro de Will con sangre seca. —¿Qué te ha pasado? ¿Estás bien? —le pregunto.

Will me dedica una sonrisa pícaro.

—Estoy bien, solo un malentendido con la rama de un árbol. Nada grave.

—Una infección puede ser algo grave —le digo cogiendo mi bolsa—. ¿Por qué no dejas que le eche un vistazo?

Will sacude la cabeza.

—Está bien, de verdad. Aprovecharíamos mejor el tiempo intentando salir de este estúpido laberinto, nos debemos estar acercando al final. No sé vosotros, pero yo estoy empezando a quedarme sin comida y agua.

Cuando estoy a punto de insistir en dejarlo todo para tratar el hombro de Will, habla Tomas:

—Will tiene razón, tenemos que salir de aquí. Podemos ocuparnos del resto cuando hayamos encontrado la salida. Volvamos a la carretera.

Tomas y yo recogemos las bicicletas del suelo y caminamos con ellas junto a Will, que está interesado en saber cómo las conseguimos. Tomas parece contento con dejarme hablar a mí, así que explico cómo nos hicimos con las ruedas y cómo reparamos las bicicletas. Resulta que Will encontró una *scooter* sin motor en un garaje. Una de las ruedas no giraba pero se las arregló para aflojarla e ir con ella por la misma carretera que nos trajo a nosotros al laberinto.

—No paraba de toparme con callejones sin salida y me sentía tan frustrado que olvidé ser cauto. Iba bajando una cuesta demasiado rápido, perdí el control y caí de la moto. Lo siguiente que sé es que la *scooter* chocó con la barrera del final de la

carretera y saltó por los aires. Supongo que tendré que buscar otro par de ruedas cuando salgamos de este lugar, sobre todo si quiero seguir viajando con vosotros.

Mientras buscamos la salida, Will nos explica su viaje, que suena tranquilo comparado con el nuestro. El agua que bebió de la primera fuente le mareó un poco, pero hasta ahora ha sido capaz de encontrar provisiones y comida durante todo el camino. Casi le doy un beso cuando me muestra una bobina de alambre que encontró. Es fino y flexible, perfecto para fabricar cepos. Si en algún momento conseguimos salir de aquí, quizás nos facilite las cosas para cazar comida. Estoy tan encantada con el alambre que me lo da para que lo lleve yo en la mochila.

Por mucho que lo quiera, niego con la cabeza.

—Tú lo encontraste, deberías controlarlo tú.

—Considéralo un regalo de agradecimiento. Si me hubieras dejado ir a la enfermería después de la segunda ronda de pruebas, probablemente ni siquiera estaría aquí. Ninguno de los candidatos que fueron regresó. —Entonces se inclina y me susurra—. Además, no sé si viajaremos juntos cuando salgamos de esta ciudad, Tomas parece bastante decidido a que seas solo para él.

Empiezo a negarlo, pero Tomas no ha aportado mucho a la conversación desde que Will ha llegado y, cuando dice algo, su tono hace que me pregunte qué está pensando. Por el momento, Tomas camina delante de nosotros lo suficientemente cerca para oír la conversación, pero lo suficientemente lejos para evitar participar. Me pregunto si Will tendrá razón; no sobre el hecho de que me quiera para él, Tomas sabe que este no es el lugar ni el momento adecuado para un drama romántico. Sobrevivir, pasar esta prueba, es lo prioritario; pero quizás el hecho de que Will no tenga otro medio de transporte aparte de sus propios pies hace que Tomas sea cauteloso. Unirnos a Will significa ir a un ritmo mucho más lento del que hemos establecido hasta ahora, aunque tampoco sé cómo le irá a Tomas volver a montar en la bicicleta con su herida, porque a medida que avanza el día cojea cada vez más. Si conseguimos salir de este laberinto, espero que encontremos un riachuelo de agua fresca que le ayude a bajar la hinchazón.

No tiene sentido preocuparse por Will y Tomas ahora, no con otro callejón sin salida acercándose. Damos marcha atrás y cogemos otro camino. En la siguiente bifurcación solo hay dos opciones, derecha o izquierda. La brújula dice que la carretera que sale de la ciudad está en algún lugar a nuestra derecha, así que cogemos esta dirección.

Seguimos la dirección que marca la brújula y continuamos andando. Es Tomas el que se fija en el tamaño de los edificios que pasamos. Se están volviendo cada vez más pequeños, similares a los que vimos cuando entramos en la ciudad. El final de este laberinto debe estar cerca. Me muero por subirme a la bicicleta y correr calle abajo para ver si tiene razón, pero en lugar de eso, caminamos. Llevamos un kilómetro sin encontrar ninguna bifurcación, sin ninguna decisión que tomar. Dos kilómetros. Nuestras sonrisas se vuelven más confiadas, cada vez hay menos

edificios. Finalmente, frente a nosotros tan solo se extiende la tierra endurecida, con las plantas que han sido capaces de sobrevivir en este paisaje y, cómo no, la larga carretera.

Cuando la ciudad está a muchos kilómetros detrás de nosotros, Will pregunta:

—Chicos, ¿os importa si acampo con vosotros esta noche? No quiero ralentizaros mañana, pero sería agradable tener algo de compañía durante un poco más de tiempo.

—Por supuesto que puedes acampar con nosotros. —Tomas está de acuerdo, pero noto que va con cuidado de comprometerse a pasar tan solo esta noche con Will. Aunque sé que puede molestar a Tomas, añado—. Nuestras provisiones de comida están bajo mínimos, así que mañana tendremos que buscar comida y agua a pie. Quizás encontremos algunas ruedas por el camino y entonces podremos viajar juntos hasta el final.

—Suenan genial —sonríe Will—, pero si no encontramos un transporte mañana, no quiero que os quedéis atrás por mi culpa. Cuanto más rápido lleguéis al final, mejor, ya me entiendes.

Tomas parece relajarse tras esta frase. Caminamos hasta que el sol ha bajado en el horizonte y la valla sur que marca el límite de la zona de la prueba se puede ver desde la carretera. A través de ella identifico el brillo de una masa de agua, limpia y brillante, y me pregunto si el avistamiento es otra prueba diseñada por los oficiales para ver si nos acordamos de seguir las instrucciones de no abandonar nunca el terreno delimitado.

Elegimos una zona tras un gran montón de rocas para acampar. Mientras Tomas y Will encienden una hoguera, voy a buscar algo de comer. El suelo aquí es más duro y árido de lo que era en el otro extremo de la ciudad, pero junto a la valla hay signos de plantas comestibles. Al otro lado veo un lago que explica el porqué de las plantas que encuentro a mis pies. A pesar de mi frustración por no poder llegar hasta el agua, estoy satisfecha de volver con varios puñados de hojas de diente de león, algunas cebollas silvestres y una olla llena de trébol blanco. También le di buen uso al alambre de Will: a doscientos metros de nuestro campamento coloqué varias trampas tratando de recordar todo lo que mis hermanos me enseñaron acerca de cazar animales; con un poco de suerte, caerán uno o dos animales salvajes. O eso espero, porque tengo un agujero en el estómago.

La botella de agua de Will está vacía y Tomas y yo compartimos la nuestra con él durante la cena. Cuando cae la noche solo quedan unos cuantos tragos al fondo de una de nuestras cantimploras. Encontrar una fuente de agua será nuestro primer orden del día al amanecer, de lo contrario no hará falta discutir quién viajará con nosotros.

Tomas insiste en establecer una ronda de vigilancia por la noche.

—Siendo tres, todos podremos dormir bastante y tener a alguien haciendo guardia al mismo tiempo. Hace poco, Cia y yo tuvimos una mala experiencia con animales salvajes. Si podemos evitarlo, me gustaría no tener que repetirla.

Dejamos el fuego encendido y Tomas me da un largo beso antes de encaramarse a

las rocas para hacer guardia mientras dormimos. Yo seré la última.

En lo que parece apenas un momento, Will me despierta y rápidamente se pone a dormir mientras ocupo su lugar en las rocas. El fuego se ha ido apagando pero aún proyecta suficiente luz sobre mis amigos para ver cómo los músculos de los hombros de Tomas se relajan cuando Will empieza a roncar. ¿Se quedó despierto Tomas durante la guardia de Will? Seguro que sí. Estoy dividida entre la frustración por la falta de confianza de Tomas y el remordimiento por confiar yo tan fácilmente. La inquietud de Tomas hace que me replantee la idea de que Will viaje con nosotros.

El canto de los pájaros anuncia que se acerca el amanecer. Le prometí a Tomas que les despertaría al alba, pero decido ir a buscar algo de desayuno para darles unos valiosos minutos más de sueño. La imagen de un conejo flacucho pero comible atrapado en una de mis trampas me hace sonreír.

Camino siguiendo la valla de vuelta al campamento a la vez que sigo atenta a otros alimentos. Un puñado de tréboles y algunas zanahorias silvestres terminan en mi bolsa. Me gustaría tener algo más, pero tendremos que conformarnos con esto. Le doy la espalda a la valla y comienzo a caminar hacia Tomas y Will cuando oigo el crujido de una rama. De un latigazo, empuño el arma y apunto esperando encontrarme un animal. En lugar de eso, al otro lado de la valla veo un hombre con el pelo gris. Y me está sonriendo.

Capítulo 16

Antes de poder decir nada, el hombre lanza una pequeña bolsa por encima de la valla y desaparece entre los matorrales. Me quedo mirando la bolsa, intentando decidir si se trata de otra prueba. ¿Miro lo que hay en el interior y me arriesgo a que explote o la dejo y me voy?

La bolsa es pequeña y está hecha de un material basto de color marrón. Nada parecido a los tejidos con los que se hicieron las bolsas de las Confederaciones o a ninguna de las que vi en la sala de suministros de la Prueba. Pienso en el hombre que la tiró. Su ropa estaba desteñida pero en buen estado. Tenía la piel bronceada y curtida por el tiempo, pero sus músculos parecían ejercitados por el trabajo. Se parecía más a mi padre y no tanto a los oficiales con los que he estado en contacto.

Así que, ¿quién es este hombre? ¿Uno de los rebeldes que Michal mencionó en casa de la magistrada Owens? La historia nos dice que hubo discrepancias sobre cómo revitalizar el país cuando las Siete Etapas de la Guerra finalizaron. Los que sobrevivieron pugnaron por encontrar la mejor forma de actuar: unir a todos bajo otro gobierno centralizado o darle a cada grupo de supervivientes la libertad de decidir su propio camino. Los que no estuvieron de acuerdo con la decisión de la mayoría emprendieron el camino por su cuenta. ¿Es posible que el hombre sea uno de los supervivientes que viven ajenos a la autoridad de las Confederaciones Unidas? Si es así, ¿por qué me lanza una bolsa por encima de la valla marcada como territorio de las Confederaciones Unidas?

Tras varios minutos me puede la curiosidad. Recojo la bolsa con la esperanza de encontrar alguna pista sobre la identidad de este hombre en el interior pero, en vez de eso, hay una rebanada de pan, una pequeña pieza de queso blanco, una bolsita de pasas y una botella de agua. Abro el tapón de la botella y la huelo. El aroma es limpio y puro; unas gotas de sustancias químicas lo confirman.

Contemplo los artículos que tengo en las manos. La aparición de agua como por arte de magia cuando nos estábamos quedando sin ella es una bendición. También lo son las otras provisiones, pero de ningún modo puedo compartirlas con mis compañeros, no sin levantar un aluvión de preguntas sobre su procedencia. Si estuviera solo Tomas, podría hacer que se quitara el brazalete de identificación, pero Will no sabe nada sobre los dispositivos de escucha implantados y no nos conocemos desde hace tanto tiempo como para saber cómo reaccionaría al descubrirlo. Podría alertar a los oyentes y echar por tierra la única ventaja que tenemos, y no digamos ya hacerles saber a los oficiales que hemos recibido ayuda desde el otro lado de la valla. Me pregunto cuál debe ser el castigo por recibir este tipo de apoyo y si habrá otros candidatos sujetos a ese castigo si también se topan con el hombre del pelo gris.

Sin saber muy bien qué otra cosa puedo hacer, vierto un poco de agua fresca y limpia en la cantimplora. Después guardo la botella y la comida en la bolsa hasta que

pueda arreglármelas para compartirlas con mis amigos. De vuelta al campamento, avivo la hoguera y despellejo el conejo mientras pienso en el hombre canoso y en la bolsa de comida que me ha dado. ¿Quién será? He sabido por mis compañeros candidatos que Five Lakes está bastante mejor abastecida de provisiones que muchas otras colonias. Así que ¿por qué querrá este hombre de pelo blanco compartir su comida y su agua con una chica desconocida? ¿Sabe por qué estoy en este lado de la valla? ¿Sabe que hay más gente por aquí en las llanuras corrompidas? ¿Entiende que se trata de una prueba a la que algunos de nosotros no sobreviviremos? Después de poner el conejo sobre las brasas y de despertar a mis acompañantes, sigo sin respuestas.

Will parece aturdido ante la imagen de la carne en el fuego, balanceándose graciosamente sobre las plantas de los pies. Me recuerda a mi hermano Hamin el día de Navidad; quizás es ese parecido el que me hace confiar en él.

Nadie se pregunta por la cantidad de agua de la cantimplora mientras desayunamos, recogemos y regresamos a la carretera. Ahora que todos tenemos el estómago lleno me siento menos culpable por tener comida escondida en el fondo de la bolsa, pero acabo caminando detrás de ellos, observando la línea de la valla en busca de algo que me dé una pista sobre el hombre que me dio la comida.

Tras quince kilómetros todavía no hemos encontrado agua, aunque sí un árbol que da manzanas pequeñas y duras. Llenamos las bolsas de manzanas y algunas zanahorias silvestres que encontramos cerca y reemprendemos la marcha. Tras avanzar unos ocho kilómetros más empiezo a darme cuenta de que no encontraremos ninguna fuente de agua que esté lo bastante cerca de la carretera como para verla desde aquí. No nos lo van a poner tan fácil.

El terreno que nos rodea es completamente llano, por lo que digo:

—Creo que uno de nosotros debería coger una bicicleta e ir a buscar agua más lejos de la carretera. Quien vaya podrá cubrir más distancia y volver antes de que sea hora de acampar para pasar la noche.

—Yo iré. —Will se ofrece.

Inmediatamente Tomas rechaza la oferta.

—No te ofendas, Will, pero una vez tengas la bicicleta, quién nos garantiza que no nos vas a dejar tirados y te vas a alejar rápidamente hacia la línea de llegada.

—Tienes razón, podría hacerlo. —Will sonrío. Habla en un tono amable, pero en sus ojos veo un sentimiento oscuro y de enfado—. No lo haría, pero entiendo que no confíes en mi palabra dadas las circunstancias, incluso aunque tu novia sí lo haga. Y supongo que tampoco te fiarás de dejarme solo con ella mientras tú exploras.

—Supones bien. —La boca de Tomas se tuerce en una sonrisa al contestar. No puedo dejar de mirar cómo aprieta las manos a los lados—. No pienso dejar a Cia a solas con nadie; ni siquiera contigo.

Will se detiene en seco. Su mirada es fría y tiene los puños apretados.

—Entonces ¿en qué situación nos deja esto, Tomas?

Antes de que Tomas responda, digo:

—Os deja a vosotros aquí como dos idiotas, sudando las últimas gotas de agua mientras yo voy a por más. —Si las palabras suenan más duras de lo que pretendía, pues me alegro. Will y Tomas parecen dispuestos a pelearse y, aunque le agradezco a Tomas que quiera protegerme, todo este numerito de machito está fuera de lugar teniendo en cuenta la situación. Incluso con la botella que tengo escondida, nuestras posibilidades de supervivencia disminuyen a cada kilómetro que avanzamos sin encontrar agua.

Cojo la cantimplora casi vacía, se la tiro a Tomas y digo:

—Voy a adelantarme unos quince kilómetros con la bici, colocaré un par de cepos y entonces saldré de la carretera para buscar agua. Dejaré una señal en el lateral de la carretera cerca de los cepos por si llegáis allí antes. Intentad comportaros como los adultos que se supone que sois mientras yo me ocupo de mantenernos a los tres con vida. Si no sois capaces de hacerlo, es que os merecéis suspender esta prueba, y todos sabemos el castigo que ello conlleva.

Paso la pierna por encima de la bicicleta y empiezo a pedalear. Tomas me grita que espere, pero no me giro. Tendrán que resolver sus diferencias ellos solos. Por un instante me preocupa el hecho de que los dos tengan armas, pero aparto la idea de mi mente y sigo pedaleando. El enfado va disminuyendo a medida que me alejo de mis amigos. Esta prueba está diseñada para ayudarnos a aprender algo acerca de la tierra que vamos a tener que restablecer, pero también nos da a nosotros y a los oficiales de la Prueba una buena muestra de nuestra personalidad. Sí, el comportamiento de los chicos ha estado fuera de lugar, pero yo he reaccionado de forma exagerada. Aunque no me enorgullezco de ello, acabo de aprender que no solo tengo genio, sino que me tiraría de cabeza ante cualquier peligro que pudiera encontrar yo sola y sin pensarlo simplemente para demostrar que tengo razón. Quizás yo también tengo que madurar un poco aún.

Cuando el Comunicador de Tránsito me indica que he avanzado quince kilómetros, ato un trozo de sábana a un arbusto al lado de la carretera, camino quince metros por detrás de él y pongo varios cepos. Cuando lo tengo listo, empiezo a pedalear sobre la tierra, la hierba y las piedras hacia el noroeste en busca de agua.

Mientras rastreo la zona, el sol arde y el aire está cargado de humedad; con un poco de suerte lloverá. Agradezco tener la botella secreta de agua cuando zigzagueo por la tierra cuarteada. A la hora del almuerzo, todavía estoy lo bastante enfadada con los chicos como para comerme la pieza de queso y un trozo de pan sin sentirme culpable.

Bajo de la bicicleta y me pongo a caminar para estudiar el terreno en busca de huellas de animales. Mientras que mis compañeros candidatos y yo solo estamos de paso, los animales viven todo el año en este tramo de tierra yerma, así que en algún lugar tiene que haber una fuente de agua para que puedan sobrevivir. Encuentro lo que parecen las huellas de un mapache y las sigo hacia el oeste. Después de casi

cinco kilómetros estoy a punto de abandonar el rastreo cuando percibo una leve inclinación en el terreno a apenas doscientos metros hacia el norte. La hierba alrededor de la pendiente parece ligeramente más saludable que la hierba marrón y quebradiza por la que me he estado moviendo, lo que hace aumentar mis esperanzas antes de ir a comprobarlo. Me alegro de haberlo hecho, la inclinación que detecté es la orilla de un riachuelo poco profundo. Después de un par de pruebas y de añadir los componentes pertinentes, lleno los recipientes de agua. Estoy cansada, pero me siento triunfal al regresar a la bicicleta, consultar la brújula y emprender el camino de vuelta a la carretera.

Estoy tan satisfecha con mis propios esfuerzos que no detecto el sonido de algo moviéndose detrás de mí. Cuando lo hago, apenas tengo tiempo de sacar la pistola del bolsillo lateral de la bolsa antes de recibir un golpe en un lado de la bici que me tira al suelo rápidamente.

Salgo a toda velocidad de debajo de la bicicleta y veo como el animal salta y rueda hacia la derecha. Golpea el suelo con un gruñido y antes de que me dé tiempo a pestañear vuelve a estar de pie lanzando otro ataque. Esta vez no me muevo lo suficientemente rápido y grito de dolor cuando la zarpa de la criatura me alcanza el brazo izquierdo. Sea lo que sea esta cosa, no puedo dejarla atrás. Incluso si pudiera volver a por la bici, dudo que pudiera alejarme de algo tan veloz. El animal gruñe cuando caigo rodando al suelo, me pongo en pie de un salto y salgo corriendo para poner distancia entre los dos. Me giro y extiendo la pistola frente a mí mientras se me acerca a toda velocidad. Al apuntar, finalmente lo veo bien: piernas largas cubiertas de una maraña de pelo marrón, brazos largos extendidos hacia mí con unas garras de ocho centímetros que cortan como cuchillos, espalda encorvada, labios convulsionados que revelan unos dientes negros, más pelo marrón en el pecho y en la espalda. Y los ojos...

Aprieto fuerte el gatillo y el retroceso de la pistola casi me hace perder el equilibrio. Los ojos de mi agresor se abren en seco, reflejan ira y miedo cuando la sangre roja y brillante empieza a manar de la herida en el pecho. Mi enemigo cae desplomado al suelo y su último aliento suena como un grito de socorro. Y es posible que lo sea, porque ahora que he mirado en los ojos azul oscuro de mi atacante sé que no estoy ante un animal. Sus ojos denotan demasiada inteligencia, son demasiado parecidos a los que veo cuando me miro en el reflector. El cuerpo estaba torcido y deformado, pero no cabe duda. Acabo de matar a un ser humano.

No hay tiempo para lidiar con la oleada de emociones que me invade, pues se oye un grito de respuesta desde algún punto a mi derecha, cerca de donde cogí agua; lo que, bien pensado, tiene sentido. Si tuviera que elegir un lugar donde establecer mi hogar en este páramo, ese sería un sitio lógico. Me arde el brazo, la sangre mana de la herida, pero ahora no tengo tiempo para ocuparme de ella, y menos con los sonidos guturales de otros humanos mutantes acercándose.

Salgo disparada hacia donde se me cayó la bicicleta, la levanto de un tirón y me

siento a horcajadas sobre el asiento a la vez que otros tres humanos con zarpas aparecen por la pendiente. Pedaleo con fuerza para coger velocidad y percibo el instante en que encuentran al que maté. Se oye un grito tan profundo por el dolor de la pérdida que me obliga a contener las lágrimas. El grito viene seguido de un gruñido y sé que me han visto y han iniciado la persecución.

Son mucho más rápidos que yo. La reacción química que les deformó el cuerpo y les retorció los dedos en forma de garras también les dotó de una velocidad increíble. Corren con el cuerpo doblado por la cintura, con los brazos colgando cerca del suelo y con sus ojos demasiado inteligentes clavados en mí. La imagen de los tres atacantes acortando la distancia entre nosotros es aterradora. El sudor empapa mi cuerpo, haciendo que la herida del brazo escueza aún más mientras me obligo a pedalear lo más rápido que mis piernas soportan cuesta arriba por la pendiente. Los años de juegos con mis hermanos, más rápidos y mayores que yo, me han enseñado que el alto de una ladera es la mejor posición para defenderse.

Cuanto más se acercan, más fuerte se oyen sus gruñidos. Y otra cosa, algo más humano: palabras. Ninguna que yo comprenda, pero los sonidos son demasiado claros y determinantes como para ser otra cosa. Se están comunicando entre ellos mediante algún lenguaje y lo utilizan para organizar el ataque al tiempo que yo estoy tramando el mío.

El calor, la pérdida de sangre y el esfuerzo de subir la empinada cuesta me marean. El mundo se enfoca y se desenfoca mientras siento los latidos del corazón altos y fuertes contra el pecho, pero sé que si disminuyo la velocidad moriré. Solo por eso sigo haciendo girar los pedales más y más rápido. Me levanto del asiento en el último tramo de la pendiente, utilizando todo mi cuerpo para impulsar la bicicleta más y más arriba. Cuando llego a la cima, me bajo de un salto, suelto la bici que choca contra el suelo y me giro para apuntar.

Durante unos instantes el dedo no se mueve sobre el gatillo y veo a los tres trepando por la colina hacia mí. Se me forma un nudo en la garganta cuando les oigo gritarse palabras guturales entre ellos. Enderezo los hombros y apunto al primero por la izquierda. El trío se está acercando, están a tan solo veinte metros, pero aún no disparo. No quiero matarles, son humanos. Quizás no la misma versión de humano que yo, pero descendemos de los mismos antepasados. La educación que he recibido hace que quiera encontrar una manera de comunicarme con ellos, de ayudarles.

En lugar de eso, aprieto el gatillo.

El de la derecha se agarra la pierna y cae al suelo con un alarido. El de en medio se gira para mirar su compañero caído y disparo otra vez. Le doy en el torso y el segundo atacante cae desplomado. El último deja escapar un grito angustiado y arremete contra la cuesta mostrando los dientes con rabia. Tiene la cara bañada en lágrimas cuando la bala le perfora el cráneo.

El último está muerto. Los otros dos están lo bastante malheridos como para no levantarse del suelo, pero no sé por cuánto tiempo. Una parte de mí quiere enterrar al

fallecido, como hicimos cuando encontramos a la candidata, pero no hay tiempo. Tengo que alejarme antes de que los otros dos se levanten o vengan más en su lugar. A trompicones, vuelvo a montar en la bicicleta y me alejo casi sin ver por las lágrimas que amenazan con cegarme.

Avanzar cuesta abajo es más fácil, pero soy consciente de la sangre que brota de la herida. No me atrevo a mirarla por miedo a lo que pueda encontrar, así que simplemente sigo pedaleando y deslizándome hasta que diviso la carretera. Cuando llego apenas puedo tenerme en pie y menos aún pedalear. Sentada en la superficie dura y caliente, finalmente saco el botiquín y me quito la camiseta para valorar los daños. Los cinco cortes paralelos en la parte superior del brazo son irregulares pero poco profundos y miden casi veinte centímetros de largo. Es grave, pero no tanto como creía; aunque la herida duele, puedo seguir moviendo el brazo. No me ha seccionado ningún músculo ni tendón y el alivio me forma un nudo en el estómago.

Algunos arañazos de animal pueden infectarse si no se tratan correctamente; como mi agresor era humano, me afano por limpiar cada rincón de la herida y de aplicar mucha pomada antiséptica. Cuando me la unto, un dolor ardiente me recorre todo el brazo. Me lloran los ojos y me gotea la nariz, pero no puedo secarme ninguno de los dos porque mi única mano buena está ocupada vendando la herida. Cuando he terminado, me pongo la otra camiseta como puedo y el tejido se engancha con el brazalete de identificación. Me pregunto distraída si la gente que estaba escuchando está entusiasmada con los disparos. ¿Creen que he matado a otro candidato? ¿Eso mejora su opinión de mí como líder? ¿Comprenden que estoy herida? ¿Les importa?

El cuerpo me pide quedarme sentada pero me levanto lentamente, engancho la bolsa en la bicicleta y compruebo el Comunicador de Tránsito. Hoy he recorrido más de setenta kilómetros. Will y Tomas están en algún punto hacia el este de la carretera y necesitan el agua que he encontrado. Saber que dependen de mí para sobrevivir me hace empujar y empujar los pedales; y además, para ser honesta conmigo misma, tengo que reconocer que las razones por las que emprendo la vuelta son mucho menos nobles. Tengo miedo de quedarme sola, miedo de tener que enfrentarme a lo que traiga la oscuridad, miedo de enfrentarme a mi propia conciencia después de haber arrebatado dos vidas humanas.

Aunque puede que no me quede otra alternativa, porque cuando la luz del sol comienza a debilitarse, las piernas ya han perdido mucha velocidad. Me como el resto de pan y algunas pasas, bebo un poco de agua y compruebo el Comunicador de Tránsito otra vez en un intento por decidir cuánto tardaré en alcanzar a Will y a Tomas. Si se han detenido para buscar agua o comida, pueden estar a kilómetros de distancia, demasiado lejos para alcanzarlos antes de que el cielo oscurezca.

Me pesa todo el cuerpo mientras analizo ambos lados de la carretera en busca de un lugar donde acampar. Algo que sea defendible, pero que tenga buenas vistas a la carretera por si Tomas y Will siguen caminando en la oscuridad. Tras un par de kilómetros más, veo un grupo de árboles, robles o quizás olmos, cerca de la línea de

la valla a unos sesenta metros de la carretera. Ato un trozo de sábana blanca a una rama y la clavo en el suelo a modo de indicador. Si Tomas y Will lo ven, sabrán que estoy cerca.

Las hojas de los árboles son de un color marrón amarillento, pero los troncos y las ramas parecen sólidos. Aunque posiblemente dormiría más cómoda en el suelo, decido trepar al árbol que parece más robusto de todos con la esperanza de encontrar un lugar donde acampar entre sus ramas. Evidentemente, todo depende de si mi brazo izquierdo puede hacer fuerza. Escondo la bicicleta entre unas hierbas altas y marrones y decido intentarlo. Al saltar para alcanzar una de las ramas bajas, mi brazo izquierdo gime de dolor. Me muerdo el labio para ahogar un grito, pero no me rindo. En lugar de eso, me aguanto, tiro de mí misma y trepo como me enseñaron mis hermanos.

El árbol que he escogido es grueso y de ramas pesadas. Encuentro un punto en el que hay varias ramas bastante juntas y me siento con la espalda pegada al tronco. No es la cama más cómoda que haya tenido, pero si consigo dormirme esta noche, estoy casi segura de que no me caeré. Sale la luna y añoro las manos de mi madre acariciándome el pelo durante la noche como hacía cuando estaba enferma. Pensando en mi casa, mantengo los ojos pegados a la carretera por si acaso Tomas y Will todavía están viajando, pero en algún momento durante el transcurso de la vigilancia me duermo profundamente.

Me alcanzan unas manos, me acuchillan el brazo. En lugar de gritar palabras ininteligibles, la persona a la que disparo me llama por mi nombre. Sus ojos inteligentes derraman lágrimas al pedirme que me apiade de él, pero no lo hago. Disparo y mato una y otra vez.

Me despierto de un sobresalto, con la cara bañada en lágrimas. Mi corazón se sosiega al darse cuenta de que no estoy en la colina. No hay ningunos ojos cegados de dolor acusándome con sus miradas moribundas. Estoy sola.

La luna todavía brilla, pero puedo decir por la neblina gris que hay en el cielo que el amanecer no tardará mucho en llegar. Concentro la mirada en la carretera y veo que la bandera improvisada sigue clavada al lado del camino. Tomas y Will no están a la vista.

El brazo herido se queja cuando me doy la vuelta sobre la rama preparándome para descender y gime en el momento en que las botas chocan contra el suelo. Me tomo varias pastillas antes de limpiar los cortes otra vez. Las heridas no parecen estar peor que ayer, lo que me hace sentir un poco mejor mientras me pongo más pomada y me las apaño para volver a ponerme la venda. Se me para el corazón al escuchar un ruido sordo detrás de mí, y me pongo de pie de un salto con el arma firme en la mano. Miro hacia atrás y hacia adelante, buscando la fuente del ruido hasta que la encuentro. En el suelo, al lado de la valla, hay otra bolsa marrón de tejido basto idéntica a la que me dieron ayer. Esta vez no dudo antes de abrirla. Hay agua, dos manzanas, otra rebanada de pan y queso; y algo parecido a un trozo de pollo asado. Pero no hay ninguna nota, ninguna pista sobre mi benefactor, tan solo la comida y el

agua y la esperanza que ello conlleva.

El desayuno consiste en el pollo y una manzana. Me siento mejor después de comer y tras guardar el resto en el fondo de la bolsa, levanto el campamento. Las pastillas palian un poco el dolor desesperante de la herida; todavía tengo el brazo entumecido, pero el dolor es soportable. Quito el indicador del lateral de la carretera, me monto en la bicicleta y parto hacia el este en busca de mis amigos.

Los encuentro a tres kilómetros de camino, cansados pero vivos. Veo perfectamente el momento en que Tomas me descubre. Incluso a esta distancia percibo cómo se le ilumina la cara. Mi corazón casi explota de amor al correr carretera abajo, bajar de la bicicleta y tirarme a sus brazos abiertos. Nuestros labios se encuentran y durante un minuto me olvido de que Will está ahí de pie a nuestro lado. Me abandono a la felicidad de estar viva y enamorada. Cuando caigo en la cuenta, camino hacia Will, le doy un beso en la mejilla y una cantimplora llena de agua.

—Ves, Tomas. Te dije que estaría bien y que encontraría agua. —Bebe varios tragos de la cantimplora y esboza una sonrisa—. Tus trampas también funcionaron a las mil maravillas: dos ardillas y una especie de zorro mutado. Lo malo es que tus cepos no atrapan ningún par de ruedas para mí, pero ese es el trato, ¿verdad?

—He estado pensando sobre eso —digo al tiempo que Tomas ve la venda que sobresale por debajo de mi camiseta.

—¿Qué te ha ocurrido? —Me coge el brazo con cuidado y me sube la manga para dejar al descubierto la longitud completa de la venda—. ¿Estás bien?

—Estoy bien —digo—. Resulta que no era la única interesada en utilizar la fuente de agua que encontré. —Sin entrar en muchos detalles, les hago un resumen de cómo me hice la herida y cómo escapé del arroyo. Tomas me hace un par de preguntas que contesto lo más brevemente que puedo. En ningún momento menciono que el ataque fue perpetrado por otro tipo de ser humano. Y elimino completamente al trío que emprendió la persecución después de matar a su amigo. Hacerlo dejaría abiertas preguntas que no quiero responder, y mucho menos con los oficiales escuchando.

Cuando termino, les pregunto sobre su viaje. Por la mirada que cruzan Tomas y Will, está claro que pasó algo.

—¿Qué? ¿También tuvisteis problemas? Estaba preocupada por que no tuvierais suficiente agua para pasar el día.

Tomas aparta la mirada y Will dice:

—Los dos alzamos mucho la voz cuando te fuiste; puede que incluso volara algún que otro puñetazo. Pero después decidimos dejar nuestras diferencias a un lado y empezar a movernos. Alrededor de la hora del almuerzo nos vimos sin agua. También vimos a otro candidato.

—¿A quién? —pregunto, mirando hacia la carretera. Se me acelera el corazón—. ¿Alguien conocido?

Will niega con la cabeza.

—Un chico de la colonia Colorado Springs. No estaba precisamente encantado de

vernos, pero no fue mal, ¿verdad, Tomas? Incluso nos dio un poco de agua.

Tomas se encoge de hombros.

—¿Adónde fue? —No me sorprende que Tomas no quisiera que otro candidato viajara con ellos, pero ahora hay alguien a la zaga detrás de nosotros que sabe que estamos aquí. Sin haber visto a la persona ni medido sus intenciones, no puedo evitar preocuparme.

Will bebe otro trago de agua y frunce el entrecejo.

—Traté de convencer a Tomas de que dejara que el chico se uniera a nosotros, pero no estaba dispuesto a confiar en nadie más. Le dejamos hará unos veinticinco kilómetros. Parecía bastante cansado, creo que tenía intención de descansar un rato, así que no creo que nos llegue a alcanzar en ningún momento.

La tensión en la sonrisa de Will y el modo en que Tomas evita mirarme a la cara me confirman lo que mi instinto ya me insinuaba: algo muy malo ha ocurrido. Las siguientes preguntas que les hago son recibidas con respuestas cortas y vagas y me quedo pensando en qué secretos esconderán los silencios de Tomas y Will.

Le tiendo una botella de agua a Tomas y guardo en la bolsa la cantimplora vacía que Will me devuelve. Entonces reanudamos el camino por la carretera. Will nos dice que lo entendería si quisiéramos seguir con las bicis, pero sugiero permanecer juntos un rato más. Tras mi roce de ayer con uno de los habitantes locales, agradezco la protección que me proporcionan Tomas y Will. Hacia el final de la tarde divisamos un conjunto de edificios a lo lejos hacia nuestra derecha, probablemente los restos de una ciudad pequeña.

—Bueno, ha llegado mi momento —dice Will con una sonrisita rápida—. Si encuentro algo con ruedas, os alcanzaré mañana por la noche. Si no, bueno, nos veremos en la línea de llegada, ¿de acuerdo?

Tomas le dice a Will que vaya con cuidado y se sube a la bicicleta. La sonrisa en la cara no deja lugar a dudas sobre sus sentimientos: se alegra de que se marche. Will me da la mitad de la carne asada de ayer por la noche y después me da un abrazo de despedida. Mientras sus brazos me rodean con fuerza, me susurra:

—Ten cuidado, Cia. Tu novio no es el tipo amable que finge ser. Intentaré reunirme con vosotros pronto. Hasta entonces, ten cuidado.

Quiero preguntarle qué quiere decir; qué vio, qué hicieron él y Tomas que les ha dejado la mirada teñida de sombras a los dos. Pero no puedo hacerlo porque Will se aleja rápido de la carretera hacia los edificios en la lejanía. Tendré que descubrir por mi cuenta qué secretos me esconden.

Tomas no está de humor para hablar mientras nos deslizamos hacia el suroeste. El paso rápido que marca me dice que está intentando poner toda la distancia posible entre Will y nosotros. O quizás está intentando poner distancia entre él y lo que sea que ocurriera cuando estaban solos. Tengo que esforzarme para seguir su ritmo y a menudo me quedo rezagada. El brazo me late con fuerza y el cuerpo entero me pide a gritos que descanse, pero no me detengo hasta que el cielo cambia de azul brillante a

gris.

Mientras saco la carne asada, Tomas dice:

—La luna ha brillado con más intensidad las pasadas noches, probablemente podemos avanzar un poco más, si te parece bien.

—¿Por qué? Quiero decir, quiero llegar al final de esta prueba lo más rápido que podamos, pero te comportas como si algo nos estuviera persiguiendo. —La imagen de unas garras curvadas aparece ante mis ojos. La aparto y pregunto—. ¿Qué ocurrió cuando yo no estaba?

—Nada. —Tomas se encoge de hombros—. Mira, perdimos mucho tiempo en la ciudad laberinto y quién sabe qué otras cosas habrán preparado los oficiales para ralentizarnos. Solo digo que avancemos rápido mientras podamos.

El argumento es válido, pero el tono de su voz se contradice con la rigidez de su mandíbula y los puños contrayéndose a su lado. Y en ese momento es cuando lo veo. Una mancha marrón en la empuñadura de su cuchillo.

Sangre seca.

Se me revuelve el estómago al pensar en el candidato que se encontraron, en las preguntas que Tomas no quiere responder, en la advertencia de Will de que Tomas no es exactamente lo que parece. Sacudo el temor creciente, diciéndome a mí misma que conozco a Tomas desde hace años, que es cariñoso y atento; la sangre probablemente es de limpiar los animales de las trampas. E incluso si no lo es, hay otras razones que justificarían la mancha. Debería preguntarle a Tomas directamente y dejar de preocuparme.

Pero no lo hago. Me como la carne y el trébol, bebo un poco de agua y vuelvo a montar en la bicicleta para pedalear otros ocho kilómetros antes de descansar.

Cuando acampamos, Tomas insiste en que uno de nosotros monte guardia. Después de lo que he visto deambulando por la llanura, no me opongo. Él cubre el primer turno y se queda de pie junto a un árbol; bajo la luz de la luna, puedo verle apartándose las lágrimas. Aunque mi primer instinto es ir hacia él, sé que piensa que estoy dormida, que su pena es solo suya. Me duele en el alma que no comparta su dolor y la causa conmigo aunque, ¿cómo voy a molestarte? Yo también tengo mis propios secretos. Secretos que me hacen luchar contra el sueño y, cuando el sueño me arrastra, esos secretos me persiguen.

Tomas me despierta, zarandeándome, de una pesadilla llena de disparos y cuchillos sangrientos. Me besa y me pregunta si estoy bien. No lo estoy, pero sonrío y le digo que el sueño no era nada del otro mundo. Más secretos. Como estoy despierta, le digo que descanse mientras yo vigilo. Me siento junto al mismo árbol que él, pero en lugar de mirar hacia la carretera, centro la mirada hacia la línea de la valla y espero a ver si aparece alguien, pero no es así. El día amanece, nos montamos en las bicicletas y empezamos a pedalear.

A pesar de que Tomas ha dormido varias horas, tiene los ojos rojos y cansados. Hace caso omiso de mis intentos de entablar conversación y cuando habla es solo

para preocuparse por la falta de comida y agua. Hago todo lo que puedo por permanecer optimista cuando aparece un puente ante nosotros. Tras la carretera que se arquea en las alturas nos espera otra ciudad. Se me seca la garganta del miedo. ¿Otra prueba?

El puente pasa por encima de varios kilómetros de tierra antes de extenderse sobre el ancho río. Desde arriba, en la distancia, el agua parece más limpia que cualquiera de las que hemos visto hasta ahora; alguna colonia más al norte debe haber purificado el río. Desgraciadamente, el puente que cogemos para cruzar el río deja el agua fuera de nuestro alcance. El único modo de llegar al agua de una manera segura es retroceder varios kilómetros hasta donde comenzaba el puente. Quizás esto es parte de la prueba, ver si nos daremos cuenta de que conseguir esta agua conlleva mucho más esfuerzo que encontrar otra fuente, aunque a un candidato desesperado quizás le dé igual; me alegro de no estar tan al límite.

Nos vemos recompensados al final del puente con un estanque para nada brillante pero, de acuerdo con mis análisis, potable. En la distancia, quizás a cuatro o cinco kilómetros, se alza, imponente, la ciudad. Después de la última caminata por calles urbanas, somos plenamente conscientes de que nuestras provisiones han venido a menos. Incluso con mi alijo de comida secreta, no sobreviviríamos más que unos pocos días.

Por mucho que Tomas quiera alejarse de lo que sea que dejó atrás, dice:

—¿Por qué no acampamos aquí esta noche? Podemos asearnos e incluso cazar algo de carne antes de adentrarnos en la ciudad.

Enseguida estoy de acuerdo. Dejo a Tomas llenando y tratando las botellas de agua y yo me dirijo hacia el suroeste para poner cepeos y buscar alimentos frescos. Hay una zona boscosa a varios cientos de metros de donde coloco las trampas y me pongo a buscar raíces y verduras. Estoy desenterrando unas zanahorias silvestres cuando me parece ver un movimiento en la zona boscosa detrás de la valla; el hombre del pelo gris aparece desde detrás de un arbusto alto, se acerca y me hace una seña. Sin pensarlo ni un segundo, dejo la bolsa sobre un tocón de madera y me quito el brazalete de identificación. Lo pongo encima de la bolsa y después recorro los cincuenta metros que me separan de la valla para encontrarme con el destino que las Parcas me hayan reservado.

Capítulo 17

No me molesto en coger el arma. Si esta persona quisiera matarme lo habría hecho hace días. Las canas le hacen aparentar más edad, pero sus ojos y la inexistencia de arrugas en la cara me dicen que es bastante más joven de lo que pensé en un primer momento. Lleva unos pantalones sueltos de color marrón y una camisa gris sin mangas que deja al descubierto unos brazos fuertes. En la mano sostiene una bolsa muy parecida a las que ya me ha tirado otras veces.

Apartándome el pelo de la cara, le digo:

—Gracias por la comida.

El hombre sonríe.

—No hay de qué. —Espero a que continúe hablando, pero el silencio crece entre nosotros.

Me meto las manos en los bolsillos y pregunto:

—¿Quién es usted?

—Soy un amigo que quiere que sobrevivas a este viaje. Mi nombre no tiene ninguna importancia.

Quizás para él no, pero a mí me incomoda que no quiera decírmelo.

—Bueno, gracias otra vez por la comida.

Doy media vuelta y oigo:

—Si esperas, te explicaré por qué no puedo decirte mi nombre y por qué quiero ayudarte.

Los pies se me clavan en el suelo. Le miro y espero.

—Mi nombre no significará nada para ti, pero quizás sí para los que evalúen tu rendimiento cuando la Prueba concluya; y, aunque confío en que tú no les darías mi nombre por voluntad propia, quizás no tengas otra opción.

—¿Por qué?

—¿Os han hablado de la entrevista tras la cuarta prueba? —El hombre espera a que asienta con la cabeza—. Antes de comenzar la entrevista, te darán una droga para estimularte a responder las preguntas con toda sinceridad, sin que puedas reservarte nada que quieras mantener en secreto.

Aunque he hecho cosas durante esta prueba que preferiría no mencionar, nada de lo que he vivido hasta el momento me daría problemas si me obligan a hablar. La habilidad para quitar brazaletes puede preocupar un poco a los oficiales, pero ¿acaso no lo verían como una señal de mi capacidad para encontrar recursos? Incluso este extraño hombre y sus obsequios de comida no suponen ningún peligro. El doctor Barnes dejó claro que no podíamos abandonar el territorio de la prueba, pero en ningún momento mencionó que no se pudiera recibir comida desde el otro lado de la valla.

Enderezando los hombros, digo:

—No tengo nada que esconder.

—¿Estás segura, Cia?

El sonido de mi nombre en los labios de este hombre desconocido me encoge el estómago. Había dado por hecho que los encuentros eran totalmente casuales, pero el hecho de que sepa quién soy sugiere algo completamente diferente.

—¿Cómo sabes quién soy? ¿Eres un oficial de la Prueba?

Se ríe.

—Para nada. Soy alguien que cree que el proceso de la Prueba está mal y quiere ayudarte a sobrevivir, no solo hasta el final de esta prueba, sino también durante los desafíos que afrontarás después.

Hasta este momento, mi objetivo ha sido sobrevivir con el fin de cobijarme en la seguridad de la Universidad. La idea de que ahí deberé seguir enfrentándome a pruebas me estremece el corazón, pero a pesar de que se me agolpan preguntas en los labios sobre esos peligros potenciales, sé que este no es el momento de hacerlas. Ya me preocuparé de eso cuando llegue la ocasión, si es que llega.

En cambio, le pregunto algo igual de importante, o más:

—Si usted está en contra de la Prueba, ¿por qué nos tira comida y agua? ¿Por qué no nos ayuda a escapar?

—Como supongo que mi querido doctor Barnes os explicó, los candidatos no pueden abandonar el terreno de la prueba. Las vallas son inofensivas hasta que el candidato pasa por encima de ellas. —El hombre se mete la mano en el bolsillo de los pantalones y saca un brazalete de identificación plateado. Lleva el símbolo de un triángulo con lo que parece el dibujo de un ojo humano en el centro. Me viene a la mente el recuerdo de un instante tras la tercera prueba; Tomas señalándonos los estudiantes de su grupo, un chico con una mata de pelo indómito color marrón y de sonrisa dulce—. El chico escaló la valla a unos ciento sesenta kilómetros de aquí. Cuando cayó al suelo ya estaba muerto; lo único que pudimos hacer fue enterrarlo igual que tú y tu amigo enterrasteis a la candidata que encontrasteis.

Se me para el corazón.

—Solo un oficial de la Prueba sabría que Tomas y yo hicimos eso.

—No todos los oficiales de la Prueba están de acuerdo con los procedimientos actuales. Hubo uno que incluso desarmó varios aerodeslizadores en un intento por evitar que los oficiales llegaran a tiempo a las colonias designadas para recoger a los candidatos. Desgraciadamente, la pieza que le hicimos estropear no fue tan difícil de reparar como nuestros informadores nos había hecho creer. De otro modo, tú todavía estarías en Five Lakes y yo estaría teniendo esta conversación con otro candidato.

¿Se refería a Michal? ¿Fue él quien le habló a este señor de pelo gris sobre mí? Algo me dice que por mucho que pregunte no voy a obtener una respuesta. Este hombre está aquí por un propósito y yo ya he estado alejada del dispositivo de escucha durante demasiado tiempo. Si tardo mucho más empezarán a cuestionar mi quietud, así que ha llegado el momento de saber cuál es su propósito.

—¿Por qué estamos manteniendo esta conversación?

Por primera vez, el hombre sonrío.

—Porque sabemos que tu familia guarda secretos que no quieres que lleguen a oídos de las Confederaciones, Cia. —La bolsa que ha estado sujetando pasa volando sobre la valla—. Dentro de esta bolsa hay un pequeño frasco. Contiene un líquido que creemos que contrarrestará la droga de la entrevista. Tómatelo antes de que te la hagan si quieres manteneros a ti y a tu familia a salvo.

La amenaza tácita a mi familia me aterroriza hasta la médula, pero el miedo no ayudará. La recojo, miro la bolsa en mi mano y después a él.

—¿Cómo sé que esto no es otra prueba? —Si lo es, el líquido del frasco probablemente me matará; el castigo por una respuesta incorrecta.

—No lo sabes. —Reconozco la tristeza en su voz—. Tan solo tienes mi palabra de que no formo parte de las Confederaciones Unidas. —Da un paso atrás alejándose de la valla—. Esconde el frasco entre tu ropa de repuesto antes de cruzar la línea de llegada. Uno de mis amigos se asegurará de que los oficiales no la descubran y de que esté otra vez escondido sin peligro entre tus posesiones antes de que empiece la entrevista. Buena suerte, Malencia. Espero que volvamos a vernos.

Sin decir nada más, se gira y se va. Lo veo desaparecer entre la hierba alta antes de recuperar el brazalete de identificación y la bolsa. El sol está empezando a ponerse, tengo que regresar junto a Tomas, pero me tomo unos minutos para pensar en todo lo que he escuchado mientras vacío la bolsa marrón. Sí, hay un pequeño frasco sin etiqueta con un tapón de corcho negro. Con cuidado, lo abro y lo huelo. Tiene un leve aroma a rosas.

Me guardo el frasco en el fondo del bolsillo del pantalón y miro los otros artículos. Más agua. Esta vez, en lugar de pan y queso, hay un pequeño envase con frambuesas, un envoltorio con un montón de zanahorias silvestres y algunas frutas pequeñas y amarillentas que creo que son peras. Probablemente encontraré plantas de zanahorias y frambuesas silvestres por esta zona, pero me pregunto si también habrá peras. Me alejo de la valla y tras buscar durante quince minutos no solo encuentro un peral, sino también un matorral espeso con frambuesas maduras junto con varios puntos donde crecen zanahorias silvestres en abundancia. La bolsa no es únicamente para mí, contiene comida suficiente para dos. El hombre de detrás de la valla también debe saber que no le he dicho nada a Tomas sobre el pan y el queso. Este hombre sabe mucho.

Insinuó que también conoce los secretos de mi familia. ¿Se refería a las pesadillas de mi padre? ¿Al hecho de que Zeen sea el más listo de todos y que se le escondiera al doctor Barnes y sus oficiales? ¿A que hubo líderes de la colonia Five Lakes que conspiraron para mantener a los estudiantes graduados a salvo? Solo de pensar que existe la posibilidad de que me pregunten sobre este tema en la entrevista hace que me invada un sudor frío. O quizás esto es simplemente otra prueba; quizás el hombre está intentando asustarme para que beba el líquido del frasco y suspenda.

Es un dilema al que tendré que enfrentarme en algún momento, pero no ahora.

Con los brazos colmados de provisiones, regreso al campamento con ganas de ver la reacción de Tomas ante tal festín. No me decepciona; me ayuda a dejar la comida en el suelo y me levanta y me da vueltas. Las sombras de los últimos dos días se desvanecen y parece que estamos de vuelta a casa en Five Lakes, sanos, salvos y felices.

Nos comemos lo que queda de la carne asada y llenamos el estómago de jugosas peras y frambuesas. Decidimos recolectar más mañana por la mañana antes de adentrarnos en la ciudad. Compruebo el trasero de Tomas, que ha mejorado mucho, y después mi propio brazo, que no tiene tan buen aspecto y duele una barbaridad. Limpio la herida en el estanque, me tomo un par de pastillas para el dolor para prevenir las punzadas más fuertes y me unto más pomada aunque en el fondo sé que no harán gran cosa, pero por intentarlo que no quede. Tomas me ayuda a vendarme la herida otra vez, se mete con las manchas de frambuesa que tengo alrededor de la boca y me las quita de un beso. Se parece tanto a su antiguo yo que me muero por contarle mis secretos, pero no puedo, todavía no. Primero tengo que saberlo.

—¿Qué pasó entre tú y Will cuando me fui?

—Will ya te contó lo que ocurrió.

—Ocurrió mucho más de lo que dijisteis.

Tomas se pone tenso.

—¿Me estás llamando mentiroso?

—No —le aseguro—, pero sé que tú y Will no estabais en vuestro mejor momento cuando me fui con la bici. —Tomas retira el brazo con el que me rodeaba los hombros, se pone de pie y se queda mirando a lo lejos, haciendo todo lo posible por dejarme fuera; y me duele. Me levanto y le acaricio el hombro—. Mira, sé que es difícil confiar en alguien bajo estas circunstancias, pero yo confío en Will.

—Pues no deberías. —Tomas me mira a los ojos con una furia ardiente—. ¿No te advirtió tu padre de que no confiaras en nadie?

Las palabras de Tomas me hielan la sangre. Sabe que alguien nos está escuchando y que si por suerte no hubieran prestado atención a la conversación que mantuvimos antes de llegar a Tosu, no tener cuidado con lo que dice ahora podría poner a mi padre y a toda mi familia en peligro.

Trago saliva y digo:

—Confío en ti. Y es cierto que mi padre me advirtió de que algunos podrían verse cegados por la competición, pero eso no significa que Will sea uno de ellos.

—¿Cómo puedes estar tan segura? ¿Porque hace bromas y se entristeció cuando su hermano se quedó en la primera ronda? ¿Y eso qué quiere decir? No sabes de lo que es capaz. Cuando encontramos tus cepos vació la bolsa para sacar su cuchillo. En la bolsa también tenía un kit de purificación, un botiquín, unos binóculos y un atlas como el mío.

—¿Y?

—Los números no cuadran. Nos dejaron elegir tres objetos, tres que se añadían a los dos objetos personales. El cuchillo, la pistola; súmalos todos.

Saco la cuenta.

—Quizás encontró el cuchillo y los binóculos por el camino.

—Los dos tienen los logos de la Prueba grabados. Igual que tu pistola y que mi cuchillo, lo que significa que al menos se topó con un candidato.

Me viene a la mente la chica que enterramos y aparto la imagen enseguida.

—Quizás un candidato perdió la bolsa. O vio a otro durmiendo y decidió quitarle las cosas. —No es precisamente una acción admirable, pero podría vivir con ello—. Mira, la gente hace cosas raras bajo presión, solo porque tuviera algunas posesiones de más no significa que le hiciera daño a quien viera. Vosotros os encontrasteis con un candidato mientras yo no estaba y no le ocurrió nada, ¿no?

—Claro. —Tomas baja la mirada y dice—: Está bien.

Quiero creerle con todo mi corazón, pero no sé si lo consigo. Tomas, quien desde mis primeros recuerdos siempre ha sido una persona tranquila y serena, está abrumado por la tensión, el enfado y la desesperación.

Intentando sonar optimista, añado:

—Sé que no confías en Will, pero quiero que tengas en cuenta que puede haber otras opciones. Las Confederaciones Unidas están buscando una nueva generación de líderes e incluso los líderes tienen que saber confiar en algunas ocasiones. —El tono de mis palabras, si no las mismas, parece calmar un poco a Tomas y volvemos a instalarnos en el suelo para dormir, él con su brazo rodeándome los hombros y yo con la cabeza sobre su pecho, pero hay una pregunta que le tengo que hacer antes de cerrar los ojos. Una prueba que necesito que Tomas pase—. ¿Cómo se llamaba el otro candidato?

Siento cómo el corazón de Tomas se acelera bajo mi mejilla. Los músculos de su cuerpo se tensan y tras unos instantes, susurra:

—Creo que no lo dijo; y si lo hizo, no me acuerdo.

Miente. Le habría preguntado el nombre; le habría dicho el suyo a cambio, por costumbre, por educación, por cómo se hacen las cosas en Five Lakes. El corazón me da un vuelco de decepción y me obligo a resistir el impulso de salir de entre sus brazos.

No es de extrañar que los dos finjamos estar durmiendo.

Los ceptos cumplen su función: dos conejos y una zarigüeya. Mientras Tomas limpia y coloca la carne sobre la hoguera para asarla, yo recojo más frutas y verduras para el viaje a la ciudad. No hay besos de buenos días ni miradas dulces. Tomas ha adoptado una postura retraída mientras levantamos el campamento y empezamos a avanzar con las bicicletas, lo que me da mucho tiempo para pensar.

El cielo está nublado. Desvío la mirada hacia la línea de la valla en más de una ocasión en busca de alguna señal de mi benefactor misterioso. No me sorprende no verlo, aunque sí creo que él o alguien de su confianza está observando. ¿Son

rebeldes? Dijo que no era un miembro de las Confederaciones Unidas, que no estaba de acuerdo con sus métodos; y aun así prefirió ofrecerme solo comida y una ampolla con una droga desconocida. Aparte del amigo que se ocupará de mantener la droga escondida, no hay ningún otro ofrecimiento de ayuda, ningún ofrecimiento para ayudarme a huir. Si él y los que le rodean fueron capaces de sabotear los aerodeslizadores de las Confederaciones, sin duda podrían encontrar una manera de eludir el castigo por escapar de la Prueba. Claro que según este hombre, mi presencia aquí demuestra su incapacidad para burlar a los oficiales; no obstante, y sabiendo que las probabilidades no apuntan al éxito, creo que hay candidatos tan asustados, hambrientos o enfermos como para aprovechar la más mínima oportunidad de huida.

¿O no lo harían? Todos hemos dejado a nuestras familias en casa, familias ligadas a las leyes de las Confederaciones Unidas. El gobierno les compensa cuando partimos para la Prueba; me pregunto si existe alguna ley que establezca lo que le ocurriría a una familia cuyo candidato escogiera huir.

Un gran arco de metal se eleva ante nosotros cuando avanzamos por la calle principal que rodea el borde exterior de la ciudad. Los edificios son más altos que los de la ciudad que atravesamos hace unos días, pero estos parecen estar en peores condiciones. El aspecto calcinado de algunas de las ruinas cuentan la historia de lo que pasó: la ciudad fue bombardeada.

Según el atlas de Tomas el nombre de la ciudad era St. Louis, pero ninguno de los dos recuerda si nuestros libros de historia especificaban qué tipo de bomba se usó aquí. Algunas bombas destruían todo cuanto encontraban en su camino; otras arrasaban el agua y la tierra y, las peores, contenían venenos de tal potencia que, a menos que se contrarrestaran físicamente, no se evaporaban con el tiempo. Es esta última opción la que nos hace mantener las bicicletas apuntando hacia el oeste y los ojos pegados a la carretera que vira alrededor de la ciudad. Con la suficiente cantidad de agua y comida, no tenemos por qué arriesgarnos a las pruebas que seguramente se esconden en ella.

Durante los días siguientes adoptamos la rutina de buscar comida, avanzar y acampar. Encontramos varios pequeños arroyos que nos permiten quitarnos la suciedad del cuerpo y, aunque no pasamos hambre, la ropa empieza a colgar de nuestros cuerpos. Me ato una tira de sábana por las trabillas del pantalón sobre las caderas para evitar que se me caigan y Tomas se ve obligado a hacer lo mismo. Solo hablamos de cosas superficiales. De vez en cuando le sorprendo mirándome como si quisiera decir algo, pero no lo hace, ni yo tampoco.

Me sobresalto con cada ruido que escucho a pesar de que se han terminado los ataques de animales y humanos extraños, pero en dos ocasiones divisamos lo que parecen ser otros candidatos en el horizonte en dirección sur. Cuando eso ocurre, pedaleamos más rápido para evitar el encuentro. El hombre al otro lado de la valla no vuelve a aparecer. Tan solo un día tras otro de viaje. Las ojeras de Tomas son cada vez más oscuras. Aunque se ríe y sonrío, veo la tensión en todo lo que hace.

Mis pesadillas empeoran. Amigos, familia y enemigos acuden a mí en sueños, pero estoy aprendiendo a contener los gritos que prorrumpen con el despertar y descubro que el tacto del frasco de líquido en el bolsillo me ayuda a calmarme. Más preocupantes son los cortes del brazo. Durante los primeros días me convenzo a mí misma de que me estoy imaginando la diferencia, pero, tras una semana, por muchos pensamientos positivos que quiera, no se puede negar lo innegable: los cortes han empeorado. Las costras que se han formado encima se están volviendo verdes y supuran un líquido amarillento. Las sustancias químicas que contorsionaron los cuerpos a los humanos de esta zona ahora me han infectado a mí. Tomo más analgésicos, bebo más agua y espero llegar al final de la prueba sin que la infección cause un daño irreparable.

Después de más de una semana pedaleando, divisamos otro gran grupo de edificios altos en el horizonte. Desde este punto son visibles tanto la valla norte como la valla sur. Los oficiales están limitando el espacio en estos últimos trescientos kilómetros; si hay otros candidatos cerca, estamos casi seguros de que nos los encontraremos.

Unas huellas y lo que parecen marcas de neumáticos en un lado de la carretera nos dicen que al menos dos o quizás tres candidatos ya han pasado por esta zona. Aunque nos hemos movido rápido, ellos lo han sido más; ahora podrían estar deambulando por las calles de esta ciudad.

Esperamos a que amanezca antes de seguir su rastro a través de las primeras calles. La ciudad se ve deteriorada, pero los edificios están medianamente en buen estado hasta que giramos una esquina y terminan de golpe. En su lugar hay un profundo cráter que se extiende hasta más allá de donde alcanza la vista. A su alrededor hay edificios como los que acabamos de pasar. Los restos de un lugar donde una vez vivió, trabajó y prosperó gente.

Nos quedamos mirando el vacío con las manos apretando con fuerza los manillares. Kilómetros y kilómetros de desolación incinerada. Aunque la tierra que dejamos atrás está corrompida, sigue habiendo plantas que se han adaptado a ella; hay vida. Delante de mí no hay el menor indicio de vida vegetal; tierra inerte. Intento imaginarme lo que una vez hubo en este espacio, cómo pudo un líder ordenar un bombardeo que terminara en esto, en el tipo de destrucción que no se puede arreglar con la ecuación química correcta ni con una nueva variedad de planta. La tierra tiene capacidad de recuperación, pero es difícil imaginar un tiempo en el que este lugar deje de ser un terrible recordatorio de lo que los humanos somos capaces de hacer.

Con el cráter extendiéndose durante kilómetros, no nos queda otra opción que avanzar por una de las calles que lo rodean, lo que significa ir por el laberinto de calles llenas de edificios. Sin ningún motivo aparente, escogemos ir hacia la derecha, empujando las bicicletas a pie a nuestro lado en lugar de montados en ellas. Me alegro de haber decidido caminar; el brazo empieza a dolerme más, igual que el resto del cuerpo. Los analgésicos rebajan el ardor durante unas cuantas horas seguidas,

pero siempre vuelve. Quizás caminar ayudará a que mi cuerpo descanse lo suficiente como para combatir la infección que tengo dentro.

Después de avanzar zigzagueando por varios bloques, pregunto:

—¿Crees que la gente que bombardeó esta ciudad realmente entendía el daño que estaba causando? ¿Crees que se dieron cuenta de que la victoria podía llegar a costa de matar a todo y a todos cuantos había, incluso a ellos mismos?

Tomas se encoge de hombros.

—¿Realmente importa la respuesta?

—Puede —digo.

Durante la última semana le he estado dando vueltas a esta pregunta, quizás porque cuanto más nos acercamos al final de la prueba, más cerca estamos de convertirnos en los próximos líderes de nuestra generación. Muchos de mis compañeros candidatos habían dejado clara la creencia de que el fin justifica los medios. A mí me cuesta comprenderlo así, pero una cosa sí es cierta: el pasado no se puede cambiar, los sueños que tengo todas las noches son testimonio de ello. En algún momento durante mis noches en vela me he dado cuenta de que la duración de esta prueba no es arbitraria. La tercera parte les ayudó a conocer lo que querían saber sobre nuestra habilidad para confiar, diseñar estrategias y cooperar con los demás. A partir de nuestro comportamiento durante ese examen, no me cabe la menor duda de que los oficiales pudieron predecir qué candidatos utilizarían las armas entregadas para sobrevivir y cuáles las convertirían en sus compañeros durante esta prueba. Mientras que la cuarta fase cubre muchas de las mismas áreas que su predecesora, también está diseñada para evaluar no solo las decisiones que tomamos, sino también cómo vivimos con esas decisiones una vez las hemos llevado a cabo. ¿Aprendemos de nuestros errores y utilizamos esa información para que nos conduzca con éxito hasta el final de este examen o nos consumirán por el camino? Por las ojeras y el decaimiento de sus hombros, sé que a Tomas lo están consumiendo por completo.

Me viene a la mente la imagen del cuerpo sin vida de Ryme y siento una punzada de miedo. A Ryme la consumieron las dudas que la atormentaban, fueran cuales fueran, y aunque no estoy segura de qué recuerdos persiguen a Tomas, sé a ciencia cierta, por la desesperación en sus ojos, que el sentimiento es tan fuerte como para hacer lo mismo. No sé qué habrá hecho, pero sea lo que sea, no merece acabar siendo una víctima más de la Prueba.

Respiro hondo y se lo explico:

—El único propósito de esta prueba es que nos demos cuenta de las cosas terribles que se hicieron y que aprendamos la lección, ¿verdad? —Tomas ladea la cabeza hacia un lado y prosigo—: Los mejores líderes cometen errores y después aprenden de ellos. Los mejores líderes no vuelven a cometer esos mismos errores, porque la única manera de aprender es entendiendo los fallos que se cometieron en el pasado.

Tomas mira hacia la calle que desemboca en el cráter y reflexiona sobre mis

palabras durante un buen rato. Cuando vuelve a mirarme veo que la tensión se ha relajado un poco.

—Yo creo que los líderes sabían que destruirían los edificios y matarían a la gente. El resto... —Exhala un suspiro—. No puedo creer que pretendieran destruir por completo un mundo en el que querían seguir viviendo. Tenían que darse cuenta de que estaban cometiendo un error, pero no supieron parar.

Miro alrededor de los edificios y asiento.

—Quizás eso es lo que diferencia a un líder de verdad; admitir que se ha cometido un error y encontrar una manera de detenerlo cueste lo que cueste.

Hemos recorrido la mitad de nuestro lado del círculo cuando un escalofrío me recorre la espalda. Saco las pastillas para la fiebre del botiquín y siento otro escalofrío. Esto no es por la fiebre, es algo muy diferente. Cuando era pequeña mis hermanos jugaban a que yo hiciera cosas que mi madre no aprobaría, como sacar pan a hurtadillas de la despensa o coger su mejor sábana y convertirla en un disfraz de pirata. Siempre podía anticipar el momento en que mi madre me pillaba por el pequeño escalofrío que sentía al notar sus ojos clavados en mi espalda; el mismo escalofrío que siento ahora. Alguien nos está observando.

Ventanas, puertas abiertas y grietas en las paredes nos rodean. No veo nada en el interior de las casas por las que pasamos por delante, pero saco la pistola de la bolsa de todas formas. Se levanta viento, el cielo se vuelve gris; se avecina una tormenta. Quizás esto es lo que me eriza los pelos de la nuca.

El viento libera un mechón de pelo del moño en el que estaba atado. Me aparto el pelo de la cara y en ese momento lo veo: una cara enmarcada por una puerta. Ojos inteligentes y grandes hundidos en una cara arrugada y quemada por el sol, matas de pelo negro sobre la cabeza, el cuello y el brazo que veo. Se me hiela la sangre al reconocer las zarpas afiladas como cuchillos al final de la mano. Varios centímetros de largo, afiladas, venenosas.

El viento aúlla. No, no solo eso. El viento apenas ha enmascarado lo que me he negado a oír mientras caminábamos: el suave murmullo de voces, sonidos guturales traídos por el viento que indican que hay otros aparte de este. Lentamente, me giro y estudio las sombras, contando las caras que veo. Cinco. Diez. Dos más en la ventana de un segundo piso. Demasiados para sobrevivir si deciden atacar, pero no lo han hecho todavía. Están esperando a que ocurra algo.

Tomas todavía no ha visto las caras. Tiene los ojos clavados en la calle, buscando el peligro delante de nosotros y no en las ventanas tres pisos más arriba. Contengo la respiración cuando empieza a caer una fina lluvia. Tomas maldice y propone subirnos a las bicicletas para avanzar más rápido, pero no me atrevo. Hasta el momento los ocupantes de los edificios no han hecho más que observar. Quizás caminar no supone una amenaza, pero ¿y montar en bici? Estaba pedaleando cuando uno de ellos me atacó; si las bicicletas provocan su agresividad, no repetiré la ofensa.

—Cia, ¿me oyes? Creo que deberíamos seguir en bici.

Niego ligeramente con la cabeza, le pongo una mano en el brazo y susurro:

—Mira en las ventanas. —Se detiene. La rápida inhalación me indica que ha visto a uno. Me acerco y digo—: Hay docenas de ellos.

—Parecen casi humanos. —La mano de Tomas agarra la empuñadura del cuchillo y veo que el observador de la ventana se mueve.

—Son humanos.

—¿Cómo estás tan segura?

La lluvia empieza a caer con más intensidad, pegando la ropa a nuestros cuerpos, haciendo más difícil ver los ojos que siguen todos nuestros movimientos. Un observador sale de su escondite tras una puerta rápida y suavemente. Tomas alcanza otra vez el cuchillo pero pongo una mano en su brazo y niego con la cabeza a la vez que el observador se detiene detrás de nosotros a tres metros de distancia. No pestañea esperando nuestro próximo movimiento. Se me hunde el pecho y no puedo contener la respiración mientras paso tras paso empezamos a caminar lentamente otra vez. Retumba un trueno. Los cortes del brazo me arden. Dos observadores más se unen en la calle al primero. Nos siguen lentamente.

Empieza a llover todavía con más intensidad. Un rayo cruza el cielo y se refleja en los ojos grandes y sin pestañear de los observadores. Otro se une al grupo detrás de nosotros. Y después otro. Pronto hay más de una docena. En ningún momento se mueven más rápido que nosotros, caminando con su extraño andar encorvado pero fluido. Mantienen la distancia, al menos tres metros, pero están siempre presentes con sus garras y su número abrumador.

Tomas es el primero en darse cuenta de que la distancia que nos separa se está ensanchando. No abandonan la calle, pero su paso se vuelve más lento hasta acabar deteniéndose. Cuando aceleramos el paso hay docenas de ellos de pie en la calle. Quizás esto también fue una prueba, quizás los oficiales tenían curiosidad por ver si atacaríamos a esta gente sin provocación, por miedo a lo desconocido, en lugar de por una amenaza real.

Veo otro observador en la puerta de un edificio a seis metros delante de nosotros. Un trueno hace retumbar las ventanas mientras el observador nos mira sin pestañear. Apenas me doy cuenta del sonido de los disparos hasta que la cara de la persona se hace trizas.

Capítulo 18

Unos brazos fuertes me tiran al suelo. Tomas me cubre con su cuerpo, actuando de escudo humano, mientras el sonido de los disparos continúa. Desde el asfalto veo el cuerpo ensangrentado y sin vida del observador en el suelo y entonces oigo los gritos detrás de nosotros. No entiendo las palabras, pero sé lo que significan: indignación, ira, sed de venganza. El grupo ya no está a decenas de metros, están avanzando; y rápido.

Tomas es el primero en ponerse en pie y me tiende la mano. Tira de mí en el momento en que otra ráfaga de balas levanta chispas sobre el pavimento y hace caer de rodillas a los observadores heridos. Las balas mutilan extremidades, torsos y cabezas, provocando una sangría como nunca habría imaginado. Los humanos mutados aúllan al ver a sus compañeros sesgados por las rodillas. Alcanzo a ver un cabello rubio, un cuerpo alto y musculado y una ametralladora metálica negra sobre un edificio de tres plantas mientras Tomas me levanta la bicicleta y me grita que pedalee.

Pero no puedo. Conozco al chico que blande el arma; es Brick.

—¡Deja de disparar! —grito, moviendo los brazos para llamar su atención.

Desde las ventanas y puertas que flanquean las calles nos llegan llantos de angustia que se confunden con mis gritos mientras van llegando más y más observadores, decenas de ellos y, aunque debería temer su venganza, lo único que puedo hacer es gritarle a Brick que deje de disparar y observar el horror que ha sembrado. Parece imposible pensar que los tejidos y la carne que hay en el suelo estaban de pie ante nosotros hace justo unos instantes. El olor a sangre me provoca náuseas y, por las arcadas que oigo a mi lado, veo que Tomas no está mucho mejor que yo. Con el cuerpo doblado, veo el agua de la lluvia correr calle abajo hacia nosotros arrastrando un torrente de sangre roja. Roja, igual que la nuestra. Son humanos, todos humanos y todos muertos.

Entre los truenos y los llantos guturales, tardo unos segundos en darme cuenta de que Brick nos está gritando desde arriba.

—¡Os tengo cubiertos, Cia, corred! Rápido, salid de aquí antes de que os ataquen. ¡Marchaos!

—¡Para! —le grito. Las lágrimas me oprimen la garganta y la repulsión amenaza con ahogarme. Toda esta gente esta muerta, asesinada por un chico al que ayudé a sobrevivir—. ¡Estás matando personas! No nos estaban haciendo daño, ¡solo son personas!

Pero Brick no escucha. Ha abierto fuego de nuevo, esta vez más hacia el fondo, hacia personas que a pesar de la espantosa provocación no nos están atacando. Lo único que los vivos quieren es atender a los muertos; y ahora también ellos están entre los caídos.

Tomas me coge del brazo, pierdo el agarre de la bicicleta y cae al suelo.

—Cógela. No podemos ayudarles, Cia, tenemos que irnos.

Apenas mantengo el equilibrio al pedalear y lanzar miradas tras de mí, con la esperanza de que Brick pare, pero no lo hace. El traqueteo de los disparos resuena a través del aire. ¿Cuántos muertos más? Todos por mi culpa, por salvar la vida de Brick y ahora a cambio él cree que está salvando la mía.

En más de una ocasión dejo de pedalear, abrumada por la enormidad de la masacre que acabo de presenciar, y la voz paciente de Tomas es lo único que me hace seguir avanzando. Lo único que quiero en este momento es esconderme en un rincón y llorar.

Y lo hago. En las afueras de la ciudad, Tomas encuentra un pequeño edificio que parece seguro e insiste en que pasemos la noche allí. Ha parado de diluviar, pero la ropa, el pelo y los zapatos están empapados. Encuentra suficiente leña para hacer una hoguera sobre el suelo de piedra cerca de una ventana y me anima a cambiarme la ropa mojada. Le hago caso, aunque mi otra camiseta está manchada de mi primer encuentro con esta gente, del día en que yo también maté.

No tengo el cuerpo para comida, así que aprieto fuerte las piernas contra el pecho y contemplo la hoguera, intentando imaginar a mi familia en un ambiente seguro y cálido frente a la suya. Tomas insiste en tratarme el brazo. Saca algunos analgésicos y me los hace tomar; quizás las pastillas calmarán el temblor que siento por todo el cuerpo. Con los truenos todavía resonando sobre las calles de la ciudad, Tomas me dice lo mucho que me quiere y me sostiene entre sus brazos hasta quedarme dormida entre lágrimas.

Mis sueños están llenos de disparos y ríos de sangre. Cuando me despierto, recuerdo que fue real y la náusea me estremece el cuerpo. Sé que tengo que comer, pero se me cierra el estómago solo de pensar en carne. Me obligo a comer una pera y a beber un poco de agua. Aunque las botas todavía están húmedas, nos las ponemos de todas formas, recogemos el resto de nuestras pertenencias y salimos al exterior. El cielo es de un azul vívido, el aire es fresco y reparador e incluso se están abriendo algunas flores bajo el sol radiante. Un día perfecto; una burla al horror de anoche.

Como de costumbre, consultamos el mapa, empujamos las bicis hasta la carretera y empezamos a pedalear. Según el Comunicador de Tránsito, quedan poco más de trescientos kilómetros para llegar al final de la prueba, así que pedaleamos con ganas, tanto para acercarnos al final como para alejarnos de la masacre a nuestras espaldas. Al subir una cuesta vemos que la valla norte se está acercando, es probable que las dos fronteras estén a tan solo un kilómetro y medio de distancia. Sí, está claro que los oficiales quieren que nos enfrentemos. Me pregunto si realmente les hará falta elegir cuando todo esto haya terminado porque, con todo lo que he visto, será un milagro que veinte de nosotros consigamos cruzar vivos la línea de llegada.

Viajamos durante todo el día haciendo los mínimos descansos, aunque mi brazo ha empeorado. Sudo cada vez más al pedalear y los dedos de la mano derecha agarran

el manillar con menos firmeza, pero me obligo a que las piernas sigan girando y girando, a que las ruedas avancen más y más rápido hasta el final. No nos encontramos con ningún candidato durante el día y al detenernos nos quedan doscientos cincuenta kilómetros de viaje. Tomas vuelve a sostenerme fuerte entre sus brazos por la noche, me besa con dulzura y me susurra que si seguimos a este paso podemos llegar a Tosu en tres días. Tan solo tres días. Me digo a mí misma que puedo hacerlo y espero tener razón.

El cielo está gris cuando retomamos el viaje una vez más. Siento las piernas más debilitadas y el brazo está más inflamado. Tomo analgésicos y me vuelvo a poner pomada, aunque sé que no podrán hacer nada contra el veneno que me está infectando el cuerpo. ¿Sabrán tratar las heridas cuando lleguemos a Tosu? Tomas me asegura que sí, pero diría cualquier cosa con tal de que no me rindiera. Es curioso, porque rendirme es lo último que haría, no después de todo lo que he presenciado y de lo que me he visto obligada a hacer. Rendirme sería admitir que nada de eso tuvo importancia y debe tenerla, debe ser recordado; aunque ahora que nos acercamos al final me preocupa que también se esté acercando el borrado de memoria del que me habló mi padre. Mientras avanzamos, intento recordar todo lo que el doctor Flint y nuestros profesores nos han enseñado sobre el funcionamiento del cerebro y, cuando nos paramos a almorzar, le digo a Tomas que estoy cansada y que necesito echarme un rato. En lugar de tumbarme, me quito el brazalete y me alejo cincuenta metros. Tras unos minutos, Tomas hace lo mismo.

—¿Qué ocurre? ¿El brazo ha empeorado? Podemos ir un poco más despacio si necesitas descansar.

Hago caso omiso del dolor, que se ha expandido desde el brazo hasta el hombro y empieza a bajar por el torso, y digo:

—Estamos llegando al final.

Una gran sonrisa estalla en el rostro de Tomas y al ver ese hoyuelo tan familiar me dan ganas de llorar.

—Lo sé. Un día más, quizás dos, y deberíamos estar allí. —Me toca la frente y tuerce el gesto, confirmándome lo que ya sabía: estoy ardiendo—. Te arreglarán el brazo nada más llegar, Cia. Estarás como nueva en poco tiempo.

Puede ser, pero no es eso lo que ahora me preocupa.

—Según mi padre, también nos arreglarán la memoria para que no recordemos nada de todo esto.

—Puede que el hecho de que nos borren estos recuerdos no sea tan insidioso como creímos en un principio, quizás lo que quieren es ayudarnos a superarlo. ¿De verdad quieres vivir el resto de tu vida recordando la muerte de Malachi o a Brick con la ametralladora?

—No —reconozco con honestidad. Una vida de pesadillas no es mi idea de una vida feliz, pero tampoco lo es que me reprogramen para olvidar lo que he vivido, para olvidar por qué murió Malachi, lo que Brick hizo por mí...—, pero necesito

recordarlo. Olvidar que ocurrió no cambia nada, nada puede cambiar el pasado. Las pesadillas de mi padre son la prueba de que el borrado de memoria no es completo. Ahora, en lugar de vivir obsesionado por lo que hizo y lo que no vio o hizo, tan solo puede sospechar y hacerse preguntas. ¿No es eso aún peor?

Tomas pega una patada al suelo frente a él. Lo veo enfrentarse a mis palabras y entiendo por qué, la idea de olvidar es seductora.

Levanta la mirada y dice:

—Las pesadillas de tu padre y del doctor Flint me hacen creer que el borrado de memoria no se hace con cirugía.

Me inclino a pensar lo mismo. El doctor Flint dice que las regiones de la memoria a corto y largo plazo del cerebro son fáciles de encontrar, pero que cada cerebro es ligeramente diferente. Intentar alterar una conexión específica en el cerebro que solo afecte tres o cuatro semanas de memoria sería difícil en un solo paciente, más aún en los cientos de personas que se han graduado en la Universidad.

—¿Drogas? ¿Pulsaciones? ¿Hipnosis? —Parece imposible contrarrestar todas las opciones, sobre todo desde aquí.

—Yo diría que utilizan drogas.

Yo también, sobre todo después de hablar con el hombre al otro lado de la valla. Me planteo hablarle de él a Tomas, del frasco que me dio y del suero que los oficiales nos administrarán. Al ocultarle la información siento como si le estuviera traicionando, pero no sé cómo explicar por qué no la he compartido con Tomas hasta ahora. Tenía buenas razones, pero puede que él no las entienda y lo último que necesitamos en estos momentos es herir nuestros sentimientos o recriminarnos nada. Tendré que encontrar otra ocasión para contárselo.

En lugar de compartir mis secretos, pregunto:

—¿Cómo podemos luchar contra una droga que no conocemos ni entendemos?

—No sé si podemos. Supongo que una vez estemos de vuelta en el Instituto de la Prueba tendremos que descubrir cómo pretenden administrárnosla. Quizás alguien del personal nos lo diga si preguntamos con las palabras adecuadas. Si disuelven la droga en agua o algo así, tendremos que hacer ver que nos la bebimos y después actuar como si no recordásemos nada desde antes de llegar a la Prueba. —Da un paso hacia mí y me pasa una mano por la mejilla—. He visto y hecho cosas aquí que no me gustaría revivir el resto de mi vida, pero no quiero imaginarme vivir sin recordar la primera vez que te besé.

Sus labios encuentran los míos con una pasión que me corta la respiración. Quizás es la fiebre la que me estremece el cuerpo cuando me besa la mejilla, el cuello, los labios... pero no lo creo. Enlazo los brazos alrededor de su cuello y le devuelvo los besos que me ha dado, ardientes, urgentes, necesitados. Me invade un profundo anhelo mientras lucho por acercarme más todavía, aunque estamos tan aferrados que dudo que quepa un suspiro de aire entre nosotros, y aun así no es suficiente. Cuando Tomas se separa, los dos estamos con la respiración entrecortada y

con ganas de más.

Pero más tendrá que esperar. Hemos estado alejados de los micrófonos bastante tiempo, si seguimos así los oficiales se preguntarán por nuestro silencio. Tomas me da un último pero increíblemente dulce beso en los labios, me coge la mano y caminamos de vuelta al campamento.

Cuando llegamos, finjo despertarme, le pregunto a Tomas qué ha ocurrido mientras dormía y escucho con una sonrisa el cuento que Tomas inventa sobre una ardilla que intentó cazar. No sé si los que están escuchando lo encuentran gracioso, pero yo sí.

Almorzamos y nos montamos en las bicicletas con la esperanza de avanzar otros cincuenta kilómetros antes de que anochezca, aunque no estoy segura de conseguir llegar tan lejos. Las pastillas ya no tienen efecto sobre el dolor abrasador del brazo o, si lo tienen, entonces es que está mucho peor de lo que imaginaba. Quince kilómetros más adelante, noto que mi cuerpo se ralentiza. Tomas me anima a seguir pedaleando y de veras que lo intento, pero no consigo recobrar el ritmo. Es todo lo que puedo hacer para mantener el equilibrio y avanzar.

Otros veinticinco kilómetros más adelante es Tomas quien se detiene y señala una sombra corriendo a lo largo de la valla norte. Entrecierro los ojos por el sol e intento divisar algún detalle que me diga quién es; efectivamente, se trata de otro candidato y, por el modo de moverse, diría que es un hombre. Entonces Tomas señala detrás de nosotros; a lo lejos hay otra figura tambaleándose en la carretera. ¿Amigo o enemigo? Seguimos avanzando con la esperanza de evitar tener que responder a la pregunta.

Tres kilómetros más y ya no puedo pedalear. La cabeza me da vueltas, tengo la garganta seca y las heridas del brazo claman tan alto que es difícil concentrarse en otra cosa. Le digo a Tomas que tengo que parar.

Me preparo para lo peor al deshacer el vendaje y, efectivamente, es lo que encuentro. Las heridas están hinchadas y calientes al tacto. De pequeña, una vez me caí y me hice un corte largo y profundo en la pierna. El doctor Flint no estaba en la colonia, así que mamá me curó la herida y me obligó a hacer reposo. Tras varios días, la pierna se parecía mucho a como está mi brazo en este momento. Por suerte, el doctor Flint regresó y supo lo que tenía que hacer. Me inyectó una pequeña dosis de algo para el dolor, abrió el corte y extrajo el pus amarillo y blanco de la herida junto con un pequeño trozo de metal. El metal contaminado había sido la fuente del problema.

Sé que las costras del brazo retienen el veneno que me está infectando, pero no hay ningún doctor Flint con nosotros, tan solo Tomas, yo y mis ganas de sobrevivir.

Tomas enciende una hoguera. Hierve agua y trozos de la toalla que me llevé del Instituto de la Prueba para utilizar como vendas, puesto que las del botiquín se han terminado. Mientras tanto, me siento, me tomo varios analgésicos y le pido a Tomas la funda de su cuchillo. Me mira extrañado, pero saca el cuchillo, desabrocha la funda y me la da. Antes de poder cuestionarme lo que voy a hacer, me agarro la parte

superior del brazo derecho y aprieto.

Si no hubiera estado sentada, el dolor me habría hecho caer de rodillas. Se me revuelve el estómago, me lloran los ojos y respiro con dificultad mientras clavo los dedos en la carne. Poco a poco, las costras se despegan de la piel y un torrente de pus amarillo y verde mezclado con sangre blanquecina sale de debajo. Siento náuseas ante el hedor de carne expuesta demasiado tiempo al sol y cuando me doy cuenta de que el olor proviene de mi brazo rompo a llorar; pero no dejo de apretar. El pus se escurre brazo abajo. Tomas coge la venda que me quité antes, la humedece con agua y empieza a dar toquecitos para retirar la infección que sale de la herida, pero no importa lo rápido que vaya, siempre hay más para ocupar su lugar.

Todo se nubla ante mis ojos. Me doblo de dolor, pero aun así sigo apretando. Bajo los dedos hasta la mitad de las heridas y aprieto otra vez, y lo mismo más abajo.

Tomas me habla, pero su voz suena a kilómetros de distancia y no puedo descifrar sus palabras. Pierdo la noción del tiempo mientras gota a gota pútrida extraigo la infección de mi cuerpo. Solo me detengo cuando de las heridas sale sangre roja. Ya no es amarilla ni verde ni blanca, ya no hay infección, por ahora.

Relajo los dedos de la tenaza en la que se habían convertido y dejo que Tomas limpie el escozor de los cortes abiertos con agua caliente. Utiliza lo que queda de pomada y me venda el brazo con telas húmedas esterilizadas. Me balancea suavemente y me susurra que todo saldrá bien, que debería dormir un poco, que él se encargará de que no me pase nada.

Mis sueños están llenos de horror y felicidad a partes iguales. Ryme y Malachi me ayudan a enterrar a la chica sin ojos. Zeen me perdona por robarle y me recuerda que llame a casa con el Comunicador de Tránsito cuando tenga la oportunidad. Roman sonrío al salir por una puerta y abandonarme a mi suerte con un grupo de observadores que me arañan una y otra vez con las zarpas y entonces explotan ante mis ojos. Los brazos de mi padre me mecen durante horas, como hacía cuando era pequeña, pero el balanceo se detiene, ladea la cabeza y me dice que tengo que levantarme, hay alguien aquí.

Abro los ojos de golpe.

Siento la respiración de Tomas a mi lado en la oscuridad, lenta y regular, señal de un sueño profundo y reparador. Con cuidado de no herirme el brazo, empujo mi cuerpo hasta quedarme sentada. Flexiono los dedos de la mano herida; están más sueltos que ayer. El resto del brazo y el hombro no están tan hinchados y, o bien la medicación al final ha hecho efecto, o el dolor más agudo ha desaparecido. Retengo lágrimas de alivio y por el rabillo del ojo veo que algo se mueve en la oscuridad. Conteniendo la respiración, espero a que se mueva de nuevo e intuyo su tamaño bajo la tenue luz de la luna: grande, humano. ¿Uno de los habitantes mutados de la zona o un compañero candidato? Por la manera en que la sombra se mueve, creo que es un candidato.

La hoguera se ha consumido y estamos acampados en una zanja detrás de un

grupo de arbustos, por lo que probablemente no resulta fácil vernos, pero no falta mucho para que amanezca y el candidato no parece tener ninguna prisa. Anda lentamente y con cuidado a unos cuarenta y cinco metros de distancia y viene en nuestra dirección.

Lentamente, extendiendo el brazo y busco mi bolsa a tientas, pero me entra el pánico al darme cuenta de que no está cerca. Tomas debió moverla después de que me durmiera y, con ella, mi pistola.

Entrecierro los ojos en la oscuridad, intentando localizar la bolsa, pero el color oscuro la camufla. Al no saber las intenciones de nuestro nuevo vecino, no me atrevo a moverme. Me vuelvo a tumbar en el suelo, despierto a Tomas con el codo y le susurro al oído:

—Hay otro candidato ahí fuera. —Abre los ojos de un plumazo, alertados y temerosos. Entonces asiente para darme a entender que lo ha comprendido y, juntos, contenemos la respiración y aguardamos.

Por el crujido de ramas secas y el ruido de hojas sabemos que nuestro compañero candidato se está acercando. Los primeros rayos del alba persiguen la oscuridad mientras miro por debajo de los matorrales. No hay nadie.

Tomas levanta una ceja y niega con la cabeza; él tampoco ve a nadie. El otro candidato debe haber pasado de largo y se estará dirigiendo hacia Tosu.

—Creo que estamos a salvo —susurra Tomas. Una rama cruje bajo su pie cuando se incorpora.

Oigo el silbido del cuchillo cortando el aire un segundo antes de verlo bajo la tenue luz. Ese segundo me salva la vida al escurrirme hacia un lado y ver pasar la hoja volando hasta perderse entre los arbustos detrás de mí. Nuestro agresor suelta un gruñido de rabia mientras me pongo en pie rápidamente y busco la bolsa. En el instante en que la veo en el suelo junto a mi bicicleta, a unos cuatro metros, Tomas saca el cuchillo y sale corriendo. El sonido del metal sobre metal me indica que nuestro agresor tiene otra arma y que Tomas y él están luchando.

Tomas lanza un grito cuando el cuchillo largo y ancho del agresor le hiere en un costado y ahí es cuando tengo la oportunidad de ver al otro candidato. Tiene la cara más delgada y las mejillas hundidas, pero reconocería esa mueca desdeñosa en cualquier parte. Es Roman, quien ahora echa el cuchillo hacia atrás y se prepara para atacar de nuevo a Tomas.

Mis dedos buscan a tientas con los cierres de la bolsa mientras las hojas de los cuchillos suenan al chocar. Busco desesperadamente la pistola y oigo otro grito. Esta vez es Roman el que sangra, pero no se agarra el brazo herido ni huye, sino que, exhalando un gruñido de rabia, baja la cabeza, carga contra Tomas y lo derriba en el suelo. Un grito desgarrado se escapa de mi garganta cuando el cuchillo que empuña Roman por poco acierta en el cuello de Tomas. Durante unos instantes me quedo paralizada viéndoles combatir en un esfuerzo por imponerse al rival. Y Roman lo consigue. Inmoviliza a Tomas contra el suelo y levanta el cuchillo justo cuando saco

la pistola de la bolsa y apunto.

Suena un disparo y brota la sangre en la sien derecha de la frente de Roman. La mueca de desdén ha desaparecido, sustituida por la sorpresa y después el vacío, mientras el cuchillo se escurre de su mano y cae hacia adelante, muerto.

Con la mano en el costado herido, Tomas sale a rastras de debajo del chico muerto y exhala un suspiro de alivio al saberse a salvo, pero no lo estamos. Tomas no sabe lo que yo sé; que no apunté a tiempo y que no fui yo quien disparó el arma.

Capítulo 19

—¡Agáchate! —grito mirando a mi alrededor, temblando por la tensión y el miedo—. No he disparado yo, ¡hay alguien más por aquí con una pistola!

—Ese debo ser yo.

Me doy la vuelta, apunto y tenso el dedo sobre el gatillo antes de que la familiaridad de la voz choque de lleno contra mi pecho. Ese tono burlón tan solo puede pertenecer a una persona: a Will.

Bajo el arma y le veo venir pavoneándose hacia nosotros, haciendo girar la pistola con el dedo. Sé que Tomas no quiere que me fíe de él, pero no puedo evitar lanzarme a sus brazos.

—No sabes cuánto me alegro de verte —le digo—. No creo que hubiera podido salvar a Tomas, gracias.

Aunque en realidad no sé si le estoy agradecida por salvarle la vida a Tomas o por ahorrarme a mí la necesidad de quitarle la vida a alguien; probablemente por las dos cosas.

Will se separa y se guarda la pistola en el bolsillo.

—Estoy seguro de que te las habrías arreglado sin mí. Sin embargo, sonará raro, pero me alegro de que este idiota haya sido tan estúpido como para atacarnos porque nunca os habría encontrado sin todo ese ruido. Os he estado buscando durante días, pensaba que ya habrías llegado al final de la prueba.

—No hemos tenido esa suerte —dice Tomas con la mano en el costado.

—Ya —Will le dirige a Tomas una sonrisa de desprecio—, sé que tenías la esperanza de no volver a verme el pelo, aunque supongo que acabo de demostrar que después de todo puedes confiar en mí.

Durante unos instantes Will y Tomas se mantienen la mirada. Tomas es el primero en apartarla al decir:

—Supongo que sí.

—Bien —se ríe Will—, ahora deberíamos dejar que Cia le eche un vistazo a ese corte antes de que te desangres. Si te mueres no podré restregarte mi hazaña y entonces ¿dónde estaría la gracia?

Al mencionar la herida de Tomas corro a examinarla, haciendo lo posible por ignorar el cuerpo sin vida de Roman tirado en el suelo. El corte es largo pero poco profundo y no necesita puntos, lo cual es bueno porque tras estos últimos días no sé si mis dedos habrían tenido la suficiente firmeza como para realizar el trabajo. Will me ofrece su botiquín y rápidamente limpio, curo y vendo la herida.

Una vez he terminado, se lo devuelvo y le digo:

—Al final nos has alcanzado, eso significa que encontraste algo con ruedas, ¿no?

—Nada de ruedas —dice Will con una gran sonrisa—, encontré algo incluso mejor. ¿Queréis verlo?

No muy lejos de la carretera reposa un pequeño aerodeslizador descapotable de una plaza, algo parecido a una *scooter* propulsada por aire. Mi padre tiene tres en el laboratorio para el trabajo de campo. Son muy prácticos en las distancias cortas, pero se recalientan en distancias largas y además no soportan mucho más de 70 kilos, lo que limita su funcionalidad. Tanto mi padre como dos de mis cuatro hermanos pesan demasiado, no pueden ni despegar, en cambio Will, con su constitución larguirucha, es perfecto para este modelo.

—¿Dónde lo encontraste?

Parece que Will no se da cuenta, pero detecto el tono de desconfianza en la voz de Tomas.

—Dos días después de dejaros encontré un edificio grande y de piedra con una puerta de metal enorme. Me llevó bastante tiempo conseguir abrirla, aunque valió la pena porque dentro había cuatro monadas como esta. Ninguno de los cuatro funcionaba bien, pero utilicé piezas de los otros tres para arreglar este. Al parecer, las Confederaciones escondieron muchos vehículos y otros artilugios en la segunda parte de la prueba porque he visto a un par de candidatos más montados en algo parecido y uno de los chicos con los que me crucé había encontrado un montón de herramientas automáticas en una cabaña justo antes de la última ciudad. Supongo que la primera parte consistía en sobrevivir, en cambio la segunda pone a prueba lo rápido que llegamos al final y a cuántos competidores nos llevamos por delante a lo largo del camino.

—¿A cuántos candidatos tienes intención de llevarte por delante antes de llegar al final, Will? —Tomas suelta la pregunta en una voz tan baja que casi pasa desapercibida, pero Will sí la oye. Con el semblante serio, le responde:

—Los únicos competidores que pienso eliminar son aquellos que representen una amenaza directa, como nuestro amigo aquí en el suelo. —Señala el cuerpo con el pulgar—. ¿O es que crees que merecía vivir?

Will le sonríe a Tomas con suficiencia, desafiante; adiós a la esperanza de que la hazaña de Will pusiera a los dos del mismo bando. Me planto entre ellos y digo:

—Mirad, según el Comunicador de Tránsito nos quedan unos ciento cuarenta kilómetros de camino. En lugar de atacarnos el uno al otro, tendríamos que emplear nuestro tiempo en desayunar, recoger y largarnos de este sitio.

—Buena observación, Cia. —Will muestra una sonrisa más relajada—. Estoy dispuesto a dejar a un lado nuestras diferencias si Tomas también lo está.

En silencio, Tomas asiente con la cabeza y yo suelto un suspiro de alivio. No soy tan ingenua como para creer que no van a encontrar ocasiones de pelearse durante el camino, pero espero que se contengan.

Mientras preparo el desayuno, Will hurga en la bolsa de Roman y saca ropa, dos botellas de agua, una brújula, un kit de pesca, varias herramientas y un arco con una aljaba de flechas, todo marcado con el símbolo de las Confederaciones, lo que demuestra que el chico atacó e hirió al menos a otro candidato. Comemos peras y

conejo y dividimos las nuevas adquisiciones entre las tres bolsas. Yo me quedo con el cuchillo y con el arco y las flechas por la simple razón de que no quiero que mis dos acompañantes enfrentados tengan armas adicionales a mano si sus provocaciones se descontrolan. Luego, en un momento en que ninguno de los dos está mirando, le quito el brazalete de identificación a Roman y lo meto en mi bolsa junto con el de la chica que enterramos. Es cierto que Roman no era de fiar, vino a la Prueba decidido a ganar a cualquier precio pero, aunque odio lo que hizo para alcanzar su objetivo, me doy cuenta de que odio todavía más a los oficiales de la Prueba. Roman no merecía estar entre los futuros líderes, pero pagar con la muerte me parece un castigo excesivo, así que para bien o para mal, su vida debería ser recordada.

Tomas y yo colocamos las bolsas en los soportes de las bicicletas, Will se dirige hacia el aerodeslizador y los tres nos reunimos en la carretera. Divisamos dos sombras en el horizonte tras nosotros, ¿más candidatos? Si Will tiene razón, podrían tener vehículos con los que pronto nos rebasarían, tenemos que empezar a movernos.

El aerodeslizador solar de Will es más rápido que nuestras bicicletas, sin embargo nos sigue el ritmo mientras pedaleamos. Me pregunto el motivo, porque con lo rápido que van los aerodeslizadores descapotables de mi padre, estoy casi segura de que alcanzaría la línea de llegada en cuestión de unas horas. Quizás siente algún tipo de responsabilidad hacia mí por haberle mantenido en la Prueba, pero salvar a Tomas esta mañana ha pagado la deuda con creces, aunque puede que él no lo vea así, puesto que técnicamente no es mi vida la que salvó. No lo sé, pero sea cual sea su razonamiento, agradezco tener otro par de ojos vigilando el horizonte, atentos a cualquier señal de peligro. Además, queda demostrado que tener a Will con nosotros es una buena idea, porque él es quien divisa un brillo en la carretera delante de nosotros: un cable trampa en el que nuestras ruedas se podrían haber enredado.

Nos bajamos de las bicicletas, salimos de la carretera rodeando la trampa y empujamos las bicis de vuelta a la superficie lisa. Will pasa con el aerodeslizador por encima del cable y continuamos nuestro camino aunque ahora pedaleamos un poco más despacio por si hubiera otros peligros. Tomas odia el retraso; y yo también, pero un par de horas más de viaje no son nada comparado con la alternativa.

Las plantas y las hojas cada vez son más verdes, los árboles menos retorcidos y el agua y la hierba más abundantes a medida que nos acercamos a nuestro destino; son pruebas de revitalización. Me duele el brazo, pero las señales de que nuestro objetivo está tan cerca acaparan el dolor y la fatiga.

Una explosión detrás de nosotros, en algún lugar a lo lejos, sacude los árboles; el eco de unos disparos y gritos cruza el paisaje y nos llega desde el noroeste; recordatorios de que no estamos solos en nuestra búsqueda y de que el peligro todavía no ha cesado. Durante la noche hacemos turnos de guardia y nos levantamos temprano, con la esperanza de que hoy sea el día en que terminemos este examen. Compruebo el Comunicador de Tránsito con frecuencia para ver nuestro progreso:

Estamos a setenta kilómetros.

Cincuenta y cinco.

Cuarenta. Solo bebemos agua mientras avanzamos, ignorando el hambre; ya comeremos después de pasar la prueba.

Nos quedan veinticinco kilómetros cuando el sol empieza a descender y el cielo se tiñe de morado y rosa. Seguimos avanzando con los ojos entrecerrados durante la puesta de sol, atentos a cualquier señal de amenaza.

Quince kilómetros.

Por pura casualidad veo un destello metálico junto al tronco ancho de un roble y les grito a Tomas y a Will al tiempo que el sonido de varios disparos rasga el aire. Saltan chispas sobre el asfalto frente a nosotros y giro el manillar de golpe hacia la derecha para evitar cruzarme en su camino. El cambio brusco de dirección es demasiado para mi bicicleta remendada: la rueda delantera baila hasta quebrarse. Aterrizo de espaldas con un golpe seco y lucho por coger aire al quedarme sin aliento. El brazo izquierdo se retuerce por el impacto. Tomas grita mi nombre cuando los disparos empiezan otra vez, más fuertes, más cerca, más terroríficos que los de antes porque si no puedo respirar, aún menos moverme.

Pero me muevo, porque no quiero morir. Tomas y Will gritan desde algún punto cercano, pero no los busco, no puedo. Giro sobre el brazo herido, ignorando el mareo y el dolor, y alcanzo mi bolsa. Encuentro la pistola y me pongo de rodillas para buscar al tirador al otro lado de la carretera.

Ahí está. El cañón de la pistola sobresale por detrás del árbol cuando el tirador se prepara para disparar otra vez. Justo en ese momento, apunto al brazo que sostiene el arma y aprieto el gatillo. Un grito femenino de dolor me confirma que he apuntado bien. No puedo evitar que me invada una oleada de triunfo al ver que la pistola y el brazo de la chica desaparecen detrás del árbol, pero mantengo el brazo extendido y el dedo listo para apretar el gatillo mientras vigilo el árbol, esperando señales de nuestro atacante.

—¡Está escapando! —grita Will.

Parpadeo; después lo entiendo. Mientras que yo esperaba más disparos, la candidata ha desaparecido entre los árboles y montado en un aerodeslizador parecido al de Will que debió esconder allí antes de apostarse tras el tronco. Aprieto el gatillo y lanzo un disparo tras otro mientras el aerodeslizador desaparece en la puesta de sol. La candidata y su aerodeslizador se han esfumado. A menos que otro candidato la elimine en los próximos kilómetros, terminará la prueba y pasará a la siguiente. Esta chica, que se paró y se escondió tras un árbol con el único fin de matar a algún competidor, podría convertirse en una candidata a la Universidad, en una futura líder de las Confederaciones Unidas. Reprimo un grito y me doy cuenta de que la única forma de evitar que se convierta en una estudiante universitaria es que más de veinte de nosotros logremos pasar esta prueba. Después solo puedo esperar que el comité escoja a aquellos que no hayan recurrido a tácticas letales. Para que se nos incluya en este número, tenemos que llegar al final, así que hay que empezar a moverse.

Me levanto y entonces recuerdo el accidente de la bicicleta. Me descorazono con un simple vistazo rápido porque ni la tenue luz puede esconder el destrozo. El conjunto de la rueda delantera se ha liberado por completo, es imposible arreglarlo.

—Supongo que me toca caminar el resto del camino —digo, intentando no sonar tan desanimada como en realidad me siento. Según el Comunicador de Tránsito, solo quedan trece kilómetros de viaje, una distancia insignificante comparada con los kilómetros que ya hemos cruzado.

—No te preocupes, Cia —Tomas aparece a mi lado y me coge la mano—. No irás sola, yo caminaré contigo.

—No tienes por qué hacerlo —digo, aunque me alegro de que se haya ofrecido. Me aterra la idea de caminar sola en la oscuridad, sin saber qué habrá acechando entre las sombras.

Me da un beso dulce y dice:

—Quiero hacerlo. —Luego se gira hacia Will—. Supongo que aquí es donde nos volvemos a separar, Cia y yo no queremos retrasarte.

Will sonrío.

—Es curioso, porque estaba a punto de decir lo mismo.

Es la sonrisa lo que me alerta del peligro: fría, calculadora, tan diferente a lo que conozco de él. Empujo a Tomas hacia un lado justo cuando Will levanta la pistola y dispara, pero no soy lo bastante rápida; siento como se estremece al entrarle la bala en el abdomen, con los ojos abiertos por la sorpresa y el dolor mientras se dobla y se desploma de rodillas al suelo.

Will me encuentra con la pistola arriba, apuntándole, cuando centra su atención en mí.

—¿Pero qué demonios estás haciendo, Will?

Sonríe detrás de su pistola.

—¿No es evidente? Me estoy deshaciendo de mis contrincantes. No perdí a mi hermano ni llegué hasta aquí para que ahora me digan que no soy lo bastante bueno para entrar en la Universidad. Tomé esta decisión al principio, pero no ha habido forma de que murierais. Por suerte, algunos de los demás fueron mucho más fáciles de matar antes de que se me acabaran las flechas. Tanto Gill como yo somos tiradores de ballesta de competición. Él siempre queda primero, pero no se lo pongo nada fácil.

Chicago. El tirador de la ballesta. La herida en el hombro de Will. Un disparo que sí acerté. Las piezas encajan con una claridad aterradora.

—¿Y crees que ahora te voy a dejar que me dispires a mí sin más? —Mi voz suena sorprendentemente firme teniendo en cuenta que me hierva la sangre de la rabia. Tanteo el gatillo de la pistola, intentando canalizar el enfado para matar a un chico que creía mi amigo—. Ya he demostrado que no pienso rendirme sin luchar.

Will sonrío aún con más ganas. Sus dientes blancos brillan en la creciente oscuridad.

—Eres lista, Cia, pero no tienes instinto asesino. Podría irme andando de aquí

ahora mismo y no me dispararías.

—¿Apostamos algo? —grito—. Adelante, ponme a prueba. —El temblor de mi mano contradice mi bravuconada y, por un instante, sé que Will tiene razón, no podría matarle. Voy a morir aquí, en territorio de la Prueba.

—Cia.

Oír al chico que amo susurrar mi nombre detiene el temblor. Tomas todavía está vivo.

Will yergue los hombros y apunta. Tenso el dedo y la pistola que tengo en la mano retrocede un segundo antes de que Will dispare. La bala le da en el costado derecho, empujándolo hacia atrás con paso tambaleante mientras su disparo pasa zumbando junto a mi oreja en la penumbra. Sale corriendo hacia el aerodeslizador cuando vuelvo a disparar; por sus gritos sé que otra vez he dado en el blanco y oigo el ruido de su pistola al caer al suelo. Disparo una y otra vez mientras el aerodeslizador se separa del suelo y se marcha a toda velocidad. Dos disparos más y queda fuera de mi alcance, deslizándose hacia la línea final.

Bajo los últimos rayos de luz gris me arrodillo junto a Tomas; la adrenalina que corría por mis venas ha desaparecido, dejándome débil, cansada y asustada.

—¿Se ha ido? —pregunta.

Fingiendo más confianza de la que siento, digo:

—Con un poco de suerte se desangrará por el camino y estrellará el aerodeslizador antes de llegar al final. ¿Dónde te ha dado? —lo cual es una pregunta sin sentido, porque le veo las manos manchadas de rojo agarrándose el costado derecho.

Lo giro sobre sí mismo y veo una herida ensangrentada en su espalda: la bala lo ha atravesado. Una cosa menos de la que preocuparse, me digo mientras saco lo que queda de la toalla que cogí del Instituto de la Prueba, la rompo en varios trozos y aprieto uno contra la herida. Con la hemorragia contenida, me estrujo el cerebro para recordar todo lo que he aprendido del doctor Flint sobre la anatomía del cuerpo humano. Presiono la oreja sobre el pecho de Tomas y descubro que tiene el pulso rápido pero estable. La respiración suena forzada, pero no se oye ningún ruido que indique sangre en los pulmones. Los dos datos son buena señal, pero no tendrán importancia si no consigo llevarle de vuelta a Tosu.

Los otros candidatos están avanzando en esta dirección y con las vallas tan próximas la una de la otra quedan pocos sitios, si es que hay alguno, donde podamos escondernos y mantenernos a salvo. La única solución es hacerle cruzar la línea de llegada lo antes posible.

Doblo varios trozos de tela para hacer almohadillas que absorban la sangre y las presiono sobre la herida de Tomas. Mientras él las sostiene en el sitio, saco su otra camiseta, se la envuelvo alrededor del torso y la ato fuerte. Le doy una botella de agua para que vaya bebiendo y le digo:

—Tenemos que llevarte a Tosu. ¿Puedes andar?

—Puedo intentarlo.

Pero tras un par de pasos tambaleantes queda claro que ir a pie no es una opción. Tomas cae desplomado otra vez al suelo y niega con la cabeza:

—Es inútil, no lo voy a conseguir.

—Solo necesitas un poco de tiempo para descansar —digo, aunque sé que no es verdad, lo cierto es que el tiempo es nuestro enemigo. Cada segundo que corre implica más pérdida de sangre, más posibilidades de infección, más candidatos acercándose con sus armas en la mano; una mayor probabilidad de morir.

Me coge la mano y me acerca a él.

—Sé que no quieres oír esto, pero vas a tener que dejarme aquí. Cuando haya descansado un poco quizás consiga caminar lo que queda de camino...

—No te pienso dejar aquí. —Intento retirar la mano, pero Tomas no la deja ir.

—Sí que lo harás. Tienes que terminar esta prueba por los dos. Por favor, vete antes de que se acerque algún candidato.

Las lágrimas se agolpan en mis ojos, pero las reprimo porque no me voy a rendir.

—No puedo hacerlo, todo esto es por mi culpa. Te dije que confiaras en Will y ahora tengo que arreglarlo. —Le sello los labios con un beso firme que cierra la discusión y le hago tomar los tres últimos analgésicos que quedan para que descanse un poco mientras pienso. Cierra los ojos de inmediato y yo empiezo a andar de un lado a otro.

Tomas no puede caminar, pero si no llega pronto al final de la prueba no saldrá vivo de ella.

Aunque una de las bicicletas está rota, tiene que haber una manera de aprovechar las ruedas que todavía funcionan. En este estado Tomas no puede conducir una bici pero, quizás, si lo hago bien, pueda sentarse detrás de mí mientras yo me encargo de pedalear.

No me gusta la idea de encender una hoguera cuando probablemente hay otros candidatos acercándose, pero la noche es fría y Tomas necesita calor. Además, si voy a convertir las bicicletas en algo que pueda transportarlo, necesitaré luz. Con Tomas dormido en el suelo, hurgo en su bolsa en busca de la caja de cerillas; la encuentro en el fondo, junto con un objeto metálico, que por el tacto parece un brazalete de identificación. En un instante deduzco que Tomas cogió el brazalete de la bolsa de la chica que enterramos. Quizás, igual que yo, había querido algo tangible para recordarla. Me lo meto en el bolsillo para evitar que se pierda y concentro mi atención en la hoguera. Mis hermanos me enseñaron a colocar la madera de tal forma que redujera la cantidad de luz producida por el fuego, así que, aunque no estoy segura de su eficacia, hago lo que puedo por repetir el proceso. Después, con la pistola a mano, acerco las dos bicicletas a la hoguera y me pongo a trabajar.

Cada ruido que oigo me sobresalta, cada aullido del viento me lanza sobre la pistola, pero nadie nos importuna mientras evalúo nuestros equipos y decido una solución. Lo ideal sería un carrito para que Tomas se sentara dentro, pero el metal y

las herramientas de las que dispongo hacen que sea imposible fabricar uno, sobre todo si quiero hacerlo rápido. La opción más factible sería modificar la bicicleta que funciona y convertirla en algo que pueda llevarnos a los dos; y entonces se me ocurre una idea.

Me escuecen los ojos y tengo las manos embadurnadas de grasa cuando termino. La luna ha mudado de sitio, lo que me indica que el amanecer está cerca. He envuelto el sillín de la bicicleta con los otros pantalones de Tomas para que tenga un asiento un poco más ancho y cómodo cuando vaya sentado detrás de mí. Para adaptar el peso adicional en la parte trasera de la bicicleta, he rescatado las dos ruedas traseras de la bici rota y las he atornillado a cada lado de la rueda trasera fija, un poco más atrás. Las ruedas de seguridad que utilicé de pequeña para aprender a ir en bicicleta inspiraron el plan, pero me ha llevado horas y mucho alambre, tuercas y tornillos, además de seis paseos de prueba, conseguir que llegara a funcionar. Por supuesto, la prueba real será el trayecto hasta la línea de llegada. Tan solo espero que mi arreglo nos ayude a llegar hasta allí.

Cuando despierto a Tomas tiene fiebre, aunque de momento no es para alarmarse. Le hago comer trozos de pera y sobras de carne y le explico en que he estado trabajando.

—Lo único que tienes que hacer es rodearme la cintura con los brazos y apoyarte en mí. Yo haré el resto.

No le doy la oportunidad de protestar mientras vacío las bolsas, dejando tan solo aquellos objetos que sean esenciales. Una vez he terminado la tarea, he amontonado una pila de enseres compuesta por una olla, una sartén, el arco con las flechas, varias botellas de agua vacías, el atlas, los sacos de loneta del señor del pelo gris y el botiquín, que ya está vacío. No estoy muy convencida, pero al final también dejo el kit de herramientas de Tomas en el montón; si necesito herramientas básicas tengo la navaja y, la verdad es que, si la bicicleta se estropea, no creo que ninguna herramienta pudiera arreglarla. Llegados a este punto, solo me queda confiar en que todo salga bien. Al meter la mano en el bolsillo recuerdo que todavía me queda una última cosa por hacer y escondo el frasco con la droga desconocida dentro de un calcetín. No sé lo que nos espera al final del camino, pero sea lo que sea, es mejor estar preparada.

Con todo dispuesto, ayudo a Tomas a subir a la bicicleta. No me molesto en sofocar el fuego por si alguien encuentra el campamento y los objetos que dejamos atrás, mejor para él. Las dos ruedas nuevas ayudan a que la bici se mantenga en pie hasta que logro sentar a Tomas en el sillín. Me siento delante de él y hago que me rodee con los brazos. Como precaución adicional, he cortado mi otra camiseta en tiras y las he atado para hacer una cuerda que ahora enlazo alrededor de los dos. Si nos caemos, nos caeremos juntos.

Los engranajes chirrían cuando empujo un pedal hacia adelante. Tomas apoya la cabeza sobre mi espalda mientras empujo con el pie derecho, luego con el izquierdo. Centímetro a centímetro empezamos a movernos, pero el peso extra hace que sea

difícil coger inercia. No me desanimo; por poco que sea, movernos ya es una victoria. Pie derecho, pie izquierdo, empujo con todas mis fuerzas y empezamos a titubear hacia adelante. Tras varios empujones comenzamos a deslizarnos, sobre todo cuando la carretera se inclina hacia abajo y ganamos velocidad. No avanzamos tan rápido como antes, pero más de lo que me atreví a imaginar mientras montaba el invento durante la noche.

He atado el Comunicador de Tránsito de Zeen al manillar con alambre:

Quedan siete kilómetros.

Seis.

Cinco.

El sol calienta desde lo alto y me gotea el sudor por la frente, pero sigo pedaleando con todas mis fuerzas hasta que Tomas se suelta y me detengo para comprobar su estado. Está temblando y ardiendo por la fiebre, sin embargo, lo único que puedo hacer es darle de beber la mitad de nuestra última botella de agua antes de continuar. Desde algún lugar por detrás de nosotros se oyen disparos y canalizo el miedo que me invade hacia los pedales.

Solo cuatro kilómetros.

En este punto las vallas se han aproximado tanto que tan solo debe haber unos diez metros de distancia a cada lado de la carretera, que circula por el centro. No hay rastro de Will o de su aerodeslizador. Sé que le herí, pero no debió ser suficiente para detenerlo; a menos que... ¿Podría estar tan bien como para merodear cerca de la línea de llegada esperando acabar lo que terminó?

Tres kilómetros.

Le pregunto a Tomas si puede mantener el equilibrio en la bicicleta sin colgarse de mi cintura. Se aviene a intentarlo y desato la cuerda para ponerme de pie y así proyectar más fuerza en cada empujón.

Dos kilómetros.

Cuando Tomas empieza a perder el equilibrio vuelvo a sentarme y ato la cuerda de nuevo para seguir pedaleando.

Un kilómetro.

Vislumbro motas de color morado y rojo en la distancia. Se acerca el final. Los oficiales y organizadores de la Prueba nos deben estar esperando de pie tras la línea de llegada y a su vez, tras ellos, se alzan imponentes los edificios de la ciudad de Tosu, brillantes y centelleantes en su ascenso hacia el cielo. La cabeza de Tomas se desploma sobre mi espalda y siento como su peso tira de la cuerda, pero no puedo detenerme a intentar despertarlo; si lo hago puede que nunca consiga volver a subirlo a la bicicleta y dudo que arrastrarlo hasta el final le ayudara a sobrevivir.

Con una mano mantengo el cuerpo inconsciente de Tomas en equilibrio mientras con la otra conduzco. Mi brazo, mis músculos, cada parte de mi cuerpo está en llamas, pero no me rindo al dolor o a la fatiga, me obligo a seguir pedaleando. La gente en la distancia empieza a definirse: veo sonrisas y expresiones de preocupación,

todos ellos de pie tras una línea blanca; la línea de llegada.

Ignoro a la gente y me concentro en la línea, en que se vaya acercando cada vez más mientras empujo los pedales una y otra vez. Estamos ya muy cerca cuando el cuerpo de Tomas se escurre hacia la izquierda. Mi brazo herido no tiene la suficiente fuerza para cogerlo y empujarlo hacia arriba así que, como estamos atados, su impulso me tira del asiento y nos caemos juntos al suelo. Se oyen gritos ahogados y exclamaciones de preocupación, veo al doctor Barnes de pie a la cabeza del grupo, con una expresión de interés, pero ni una sola persona viene en nuestra ayuda. La línea blanca está a menos de quince metros y detrás de ella los oficiales esperan de pie y nos miran desde sus puestos.

Sé que estoy cansada, asustada y que me duele todo el cuerpo, pero en este momento lo único que siento es rabia. Una rabia ardiente y poderosa que me hace palidecer. Miro todas y cada una de las caras y juro hacerles pagar por Ryme, por Malachi y por todos los demás. Por la chica cuyo nombre no conozco, pero cuyo cuerpo enterré. Por los observadores abatidos a tiros sin provocación y por Tomas y estos míseros quince metros que son tan condenadamente importantes para los oficiales que estarían dispuestos a verle morir sin inmutarse después de todo a lo que ha sobrevivido.

Desato la cuerda y me levanto del suelo. Con cuidado, desengancho las bolsas de la bicicleta, me las cuelgo del hombro y con las piernas temblorosas camino hacia Tomas. Lo giro de espaldas y gime al pasar las manos por debajo de él, señal de que sigue con vida. Mi intención es agarrarlo por los brazos y tirar de él hasta la línea de llegada, por lo que me inclino hacia atrás y utilizo mi peso de palanca. Lo arrastro lentamente, centímetro a centímetro, con los ojos fijos en el pavimento negro y duro; me niego a mirar hacia nuestra audiencia. En dos ocasiones tengo que dejarlo en el suelo para recuperar el aliento y, cuando levanto la mirada, veo a otro candidato a lo lejos en el horizonte; la imagen me insta a continuar.

Y entonces la veo. Una línea blanca como la nieve cruzando el negro asfalto: la línea de llegada. Un último tirón y los pies de Tomas cruzan el umbral. Me desplomo en el suelo junto a él cuando la voz suave del doctor Barnes dice:

—Enhorabuena, Malencia Vale. Tú y Tomas Endress habéis pasado la cuarta prueba.

Capítulo 20

Ciento ocho candidatos llegaron al Instituto de la Prueba con la esperanza de conseguir una plaza en la Universidad. Hoy tan solo veintinueve de nosotros ocupamos las sillas del comedor, aunque se oyen rumores por los pasillos diciendo que todavía pueden llegar algunos más.

Los oficiales me explican que han pasado nueve días desde que crucé la línea blanca y aprobé la cuarta prueba. He estado inconsciente la mayor parte de este tiempo, pues resulta que el veneno del brazo me expuso a un peligro bastante más grave de lo que había imaginado. Si no hubiera extraído la mayor parte de la toxina de la herida, en estos momentos estaría muerta. Por lo visto, los médicos necesitaron varias horas para determinar si los medicamentos que me habían inyectado en la herida eliminarían los restos de veneno de mi sistema. Después, con un aparato de curación acelerada, ayudaron a cerrar la herida, pero el daño provocado por la contaminación en el tejido impidió que el aparato borrara las cicatrices. La Prueba me ha dejado marcada de por vida, por si alguien lo dudaba.

A Tomas le fue bastante mejor con sus heridas. Los avances médicos que utilizaron con él le borraron todas las cicatrices, aunque, por el modo en que él y Will se miran, quizás sea inevitable que aparezca alguna más. Agradezco que el protocolo dicte que todas las armas deben retirarse de entre las posesiones de los candidatos inmediatamente después de finalizar la cuarta prueba; esta norma es la única razón por la que consigo cerrar los ojos por la noche.

Descubro a Will observándome desde el otro lado de la sala y cuando ve que le estoy mirando, me sonrío y me guiña un ojo. Está sentado con un grupo de candidatos con los que, en su mayoría, no he cruzado nunca una palabra y entre los que se encuentra Brick. Todavía no me ha dirigido la palabra y me alegro, porque no estoy segura de poder hablarle sin visualizar la masacre que provocó en mi nombre. Me pregunto si es consciente de que las vidas que quitó eran humanas y si sus rostros ensangrentados le persiguen en sueños como me persiguen a mí en los míos.

Al otro lado de la sala está Stacia, con una expresión tan ilegible como la que tenía durante la prueba. No se ha sentado con Vic, su compañero de viaje pelirrojo, sino que está sola; a él le encuentro en el otro extremo de la habitación. Tracelyn, la chica que echaba de menos a su novio y que anhelaba ser profesora, no está por ningún lado e imagino que la mirada angustiada de Vic y la sonrisa conspiradora en los labios de Stacia tienen que ver con lo que le debió ocurrir.

Tomas y yo esperamos a que termine la cuarta prueba y empiecen las entrevistas finales sin relacionarnos con nadie. Pasamos juntos las horas de las comidas y, cuando nos lo permiten, salimos fuera a pasear por el jardín. En medio de una conversación sobre casa, Tomas me susurra al oído que quizás haya encontrado la manera de retener nuestros recuerdos. Cuando estaba en el hospital escuchó a sus

médicos hablando con un oficial sobre la medicación que él y algunos otros candidatos heridos estaban tomando. El oficial se mostró preocupado porque sabían que la medicación interfería en los próximos procedimientos de la Prueba. Insistió en que Tomas y los demás fueran vigilados de cerca para asegurar que no quedaran restos de medicación en sus sistemas en el momento en que empezaran las selecciones finales para la Universidad.

—Pensaron que estaba durmiendo y cuando las enfermeras me trajeron la medicación, fingí tomármela. Pude salvar una de las pastillas, pero voy a intentar conseguir algunas más durante los próximos chequeos médicos. Algunas enfermeras son más fáciles de distraer que otras, dependerá de cuáles me toquen.

No me sorprende que la sonrisa con el hoyuelo y los ojos gris claro de Tomas distraigan a las enfermeras de sus obligaciones; desde luego, sus besos son una distracción para mí. Durante los próximos dos días, Tomas añade otra pastilla a su alijo y cinco candidatos más cruzan la línea blanca de llegada. Cada vez que entra uno nuevo se me acelera el corazón, deseando que la última candidata de Five Lakes consiga regresar, pero en ninguna ocasión es la cara de Zandri la que asoma por la puerta. El anuncio durante la cena de que las entrevistas empezarán mañana me confirma que ya no regresará.

Esa noche Zandri se une al elenco de mis pesadillas. Su melena rubia desparramada sobre la tierra marrón y cuarteada y la boca abierta por la sorpresa mientras los pájaros le picotean los ojos.

Me despierto de golpe, ahogando un grito, y tardo varios segundos en darme cuenta de que estoy en el Instituto de la Prueba y no en la llanura, rodeada de peligros. Pero entonces lo recuerdo: las entrevistas son hoy; el peligro no ha hecho más que empezar.

Me quedo mirando al techo con la bolsa bien sujeta hasta que rompe el alba. En realidad, ahora que no tengo compañera de habitación no haría falta dormir con la bolsa, pero las viejas costumbres nunca mueren. Al entrar la luz a través de la ventana, deslizo las piernas sobre el borde de la cama y me dirijo al baño. Me doy una ducha y después meto la mano en el bolsillo de los pantalones que llevé ayer. Cierro los dedos alrededor del frasco con el líquido que, según las instrucciones, debo beber antes de la entrevista. Como me prometieron, estaba entre mis pertenencias cuando salí de la enfermería.

Sentada en el suelo, hago rodar el frasco entre mis dedos mientras vuelven a mi mente las palabras del señor del pelo gris.

«Antes de que empiece la entrevista os darán una droga que os animará a responder las preguntas con sinceridad, sin que podáis retener ninguna información que deseéis mantener en secreto».

En ese momento dije que no tenía nada que esconder, pero me equivocaba. Aunque a modo particular puede que las respuestas no me pongan en peligro a mí, es posible que a otros sí. Si los oficiales me preguntan sobre mi padre, sobre Zeen o

sobre nuestra antigua profesora, cabe la posibilidad de que las respuestas que dé puedan traicionarles o condenarles. Si este frasco me da la oportunidad de mantenerlos a salvo, debo bebérmelo. A menos que, claro está, crea que el doctor Barnes y sus oficiales plantaran esta droga en mis manos y se trate de otra prueba. ¿Me castigarán con la muerte o con alguna enfermedad si me lo tomo? No me extrañaría nada viniendo de ellos. Debo tomar una decisión: ¿me bebo el líquido o lo ignoro?

Cuando el altavoz anuncia el desayuno todavía no me he decidido, pero tengo que llegar rápido a una conclusión. Pronto empezarán a preguntarse por qué no he salido de la habitación y a hacer preguntas que no me puedo permitir contestar. Tengo que tomar la decisión ya.

Abro al frasco y me bebo el contenido; la seguridad de mi familia es lo primero. Si esta era la respuesta incorrecta, no tardaré mucho en saberlo. Cojo la bolsa, me levanto y me dirijo hacia lo que me depare el día. Para bien o para mal, la Prueba termina hoy.

El desayuno transcurre con mucho alboroto. La mayoría de los candidatos están sentados juntos en medio del comedor, como queriendo demostrar que no tienen nada que temer de las evaluaciones. Will está en el centro del grupo, bromeando. Se detiene y se me queda mirando cuando paso por su lado, me siento en una mesa al fondo y espero a Tomas.

Mordisqueo un trozo de pan, esperando sentir los efectos de la droga de un momento a otro. No me percaté de Will hasta que oigo el sonido de una silla arrastrándose y se sienta enfrente de mí.

Muerde una manzana y me observa a través de la mesa.

—Pensé que te gustaría saber que casi muero, el último disparo me reventó el apéndice. Suerte que en realidad no lo necesito para vivir, de lo contrario ahora no estaría aquí. —Al no obtener ninguna respuesta, la sonrisa se borra de su cara—. Vale, probablemente te parecerá una estupidez, pero me alegro de no haberte matado al final como tenía planeado.

—Tienes razón, es una estupidez. —Y como no me puedo contener, digo—: Confiaba en ti.

—Lo sé, ese es tu talón de Aquiles. Se supone que los líderes deben inspirar confianza, no que en realidad deban creer en ella.

—Tú confiabas en Gill.

Por un instante el dolor asoma desde lo más profundo de su mirada, pero enseguida lo oculta con una sonrisa maliciosa.

—Mi talón de Aquiles. Cuando se fue no pude centrarme en la segunda ronda de pruebas, me llamarán la atención por eso en la entrevista, pero creo que en la tercera y cuarta prueba he demostrado que soy capaz de centrarme en el objetivo.

—Zandri no mencionó que hicieras nada en la última prueba.

Will suelta una carcajada.

—Eso es porque ella fue la primera. No fue hasta que tú llegaste y mencionaste la trampa que intentó Roman con tu grupo que empezó a atar cabos. Cuando terminó la tercera prueba y ninguno de los otros miembros de nuestro grupo había regresado, Zandri se dio cuenta de lo que había hecho.

Me quedo mirando a Will mientras digiero su confesión. Will tomó la misma decisión que Roman: traicionar a sus compañeros de equipo y eliminar competidores. Debí darme cuenta en ese momento, pero estaba tan distraída esperando el regreso de Brick que no presté la suficiente atención a mis amigos. Si lo hubiera hecho, Tomas nunca habría recibido ese disparo. Pero también es posible que, sin Will, no hubiéramos sobrevivido a nuestro encuentro con Roman.

—Creí que eras un buen tipo, Will.

—Soy un buen tipo —se ríe.

—Los tipos buenos no matan.

—Matar es la parte más fácil. Es como matar a un lobo allá en casa, simplemente apuntas, disparas y ya tienes el problema resuelto.

—¿De verdad te parece así de sencillo? —Contengo la náusea—. La chica rubia que mataste con tu ballesta no era ningún animal. Tenía una familia, amigos, gente que la quería. Estaba intentando sobrevivir a la prueba lo mejor que podía, igual que tú y que yo.

Espero a que intente justificar sus acciones, a que me diga que era necesario, que es lo que escogió para asegurarse una plaza en la Universidad.

En lugar de ello, Will baja la voz y dice:

—Se llamaba Nina y era de la colonia Pierre. Una de las chicas que ha conseguido llegar hasta el final fue al colegio con ella.

—Nina. —Pienso en el brazalete que tengo en la bolsa y me alegro de tener esta información. Saber su nombre no hace que esté menos muerta, pero para mí es importante.

Will asiente.

—Y no; tienes razón. No es tan fácil. El acto de matar es sencillo. Vivir con ello... —Mira a lo lejos y suspira—. Bueno, quizás es de lo que trataba esta prueba. Los líderes se ven obligados a matar constantemente y, por consiguiente, deben aprender a vivir con las decisiones que toman, igual que yo voy a tener que aprender a vivir con las mías.

—¿Realmente crees que este era el objetivo de la cuarta prueba? ¿Descubrir si somos capaces de matar y vivir con ello?

Se encoge de hombros.

—Supongo que pronto saldremos de dudas, ¿no?

Pienso en las palabras de Stacia, que tanto se parecen a las de Will, y luego en el doctor Barnes, que vio descolgar el cuerpo de Ryme del techo con la certeza de que su muerte era para bien. Me asusta que Will tenga razón, que matar y aprender a vivir con ello sea la clave. Puesto que yo también he matado, no debería preocuparme por

este criterio, pero la cuestión es que ya no estoy tan segura de querer ser líder. No si mi país valora el asesinato por encima de la compasión.

Detecto movimiento en la entrada del comedor, levanto la vista y, por primera vez en el día, sonrío. Es Tomas. Su mandíbula se contrae cuando ve a Will, pero no viene directo. Por el contrario, coge un plato y empieza a llenarlo. Si Will es listo se esfumará antes de que Tomas llegue.

Will sigue mi mirada y gruñe.

—Debí imaginar que encontrarías la manera de salvarle a él igual que me salvaste a mí. No te ofendas, pero que conste que no me alegro tanto de que él siga vivo. —Se inclina hacia adelante y añade—: Odio decirte esto, pero sigue sin merecer tu confianza, Cia, o tu amor. Qué demonios... —Mira alrededor de la sala antes de volver a posar sus ojos en mí—. Ninguno de los que estamos aquí la merece.

Antes de que Tomas llegue a la mesa, Will se levanta, me guiña el ojo una vez más y se reúne con el grupo.

Tomas deja el plato a mi lado, pero tiene la mirada fija en Will.

—¿Qué quería?

Buena pregunta. No estoy segura de saber la respuesta, pero lo intento.

—Decirme que se alegra de verme viva. Aunque no se alegra tanto de verte a ti.

Se dibuja una sonrisa en los labios de Tomas.

—Bueno, peor para él, porque tengo la intención de quedarme por aquí durante mucho tiempo.

—Yo por mi parte me alegro de oír eso.

—No sé por qué, pero me lo imaginaba. —Mira alrededor de la habitación, hacia los chicos riéndose, y me pregunta—. ¿Estás preparada para la entrevista?

Oigo la risa de Will desde el centro de la sala y me pregunto si tenía razón acerca de lo que los oficiales están buscando. Dejo la preocupación a un lado y digo:

—Tan solo hay que responder unas cuantas preguntas. Después de todo, ¿qué dificultad tiene eso?

—Buenos días. —El doctor Barnes nos sonrío desde la tarima de la sala de conferencias—. Enhorabuena por pasar las cuatro pruebas. No tengo palabras para expresar lo impresionados que estamos con vuestra inteligencia, vuestros recursos y vuestra dedicación. Durante el cuarto examen tuvisteis la oportunidad de ver más allá de los límites de vuestras colonias revitalizadas y de ser testigos directos de los desafíos a los que se enfrentan nuestros líderes. Las pruebas que pusimos ante vosotros eran auténticos retos y las consecuencias de la derrota muy duras, pero los desafíos y las consecuencias que afrontan nuestros líderes lo son todavía más. Somos conscientes de lo que os hemos pedido y estamos encantados de que muchos más de los que esperábamos hayáis conseguido llegar hasta aquí.

Pienso en lo reducido que es ahora el grupo comparado con los que éramos al inicio. Las palabras del doctor Barnes me hacen pensar en los pocos supervivientes que debe haber habido en años anteriores para que esperaran menos.

—Por supuesto, todos os preguntáis por las entrevistas de hoy. Me complace comunicaros que las entrevistas serán cortas y relativamente sencillas. Hasta el momento habéis demostrado vuestro intelecto y vuestras habilidades estratégicas, nos habéis mostrado vuestra capacidad para sobrevivir bajo condiciones agotadoras y para resolver problemas cuando las cosas se han torcido. Sabemos que sois listos, ahora nos gustaría saber más sobre vosotros. Vamos a haceros preguntas personales, sobre vuestras familias y vuestras colonias así como sobre las decisiones que habéis ido tomando durante el tiempo que habéis pasado aquí en la Prueba. Por favor, sed sinceros y abiertos, en pocas palabras, solo os pedimos que seáis vosotros mismos. Nada de lo que digáis estará mal, a menos, claro está, que sea mentira. Como miembros de las Confederaciones Unidas, pedimos que nuestros líderes sean honestos y francos. Hoy esperamos la misma cortesía por vuestra parte.

No puedo evitar preguntarme cómo se asegurarán de hacernos cumplir esta norma y cuál será el castigo si no somos completamente sinceros.

El doctor Barnes, sin embargo, ha dejado atrás este punto para pasar a dar el resto de las instrucciones.

—Cada uno de vosotros será entrevistado por un jurado compuesto por cinco oficiales. Cada evaluación puede durar hasta cuarenta y cinco minutos. Por favor, no leáis nada en el tiempo que debáis esperar hasta vuestra entrevista. Cuando termine vuestra evaluación, se os acompañará de vuelta a vuestros dormitorios, donde esperaréis los resultados. Os advierto, el periodo de decisión puede durar bastante tiempo, os pedimos paciencia mientras debatimos quiénes creemos que son los mejores candidatos para asistir a la Universidad; algunos tenemos fama de ser un poco tozudos.

Nos sonrío por última vez.

—Muchísima suerte a todos. Estoy deseando trabajar con muchos de vosotros cuando asistáis a la Universidad el año que viene. Vamos a hacer grandes cosas juntos.

El doctor Barnes abandona la sala y una mujer con el pelo gris enfundada en un mono color rojo sangre sube al escenario.

—Cuando oigáis vuestro nombre, levantaos y salid al pasillo. Desde ahí, un oficial os acompañará hasta vuestra sala de evaluación.

—Victor Josslim.

Vic el pelirrojo se pone de pie de un salto. Camina cabizbajo hacia la puerta y me doy cuenta de lo delgado y pálido que está comparado con el chico que conocí a la semana de empezar la cuarta prueba. Ha cambiado. Todos hemos cambiado. Mientras van nombrando a más candidatos, me aferro con fuerza a la mano de Tomas preguntándome si no es este el motivo por el que los oficiales nos borran los recuerdos: para retroceder en el tiempo y volver a meternos en la piel de esos chavales optimistas que llegaban convencidos de que podían cambiar el mundo.

Tomas se pone rígido al oír su nombre. Rozándole la mejilla con los labios le

deseo buena suerte y un instante después ya no está, y yo me quedo sola esperando que suene mi nombre. Entonces lo recuerdo. Tomas tiene las pastillas, las dos. Nuestra única posibilidad de mantener vivos los recuerdos de la prueba si conseguimos pasar las entrevistas. Solo me queda esperar que los oficiales nos permitan volver a vernos antes de que nos modifiquen los recuerdos. Si no, espero que Tomas se las tome y recuerde por los dos.

Uno a uno, la sala se va vaciando. Intento tranquilizarme, pero no puedo evitar estar inquieta al pensar en las preguntas que me harán los oficiales y en qué tipo de respuestas están buscando. El doctor Barnes dijo que ninguna respuesta sería incorrecta, pero sé que eso no es así. Van a eliminar a catorce candidatos más en esta fase, así que el comité tiene que estar buscando algo específico. Ojalá supiera qué.

—Malencia Vale.

Las piernas apenas me sostienen cuando me pongo en pie y me dirijo hacia el pasillo. El corazón retumba en mi pecho. Me repito las palabras del doctor Barnes: «Sed vosotros mismos», mientras sigo al oficial hacia una puerta al final del pasillo. Me pide que espere un momento y entra. Desde fuera percibo un murmullo de voces. Me muerdo la uña del pulgar y domino el impulso de escapar que la energía nerviosa en mi interior está provocando.

Tras varios minutos, la puerta se abre por completo y oigo una voz:

—Entra, por favor.

Sé tú misma, pienso al cruzar el umbral, pero en lugar de calmarme, las palabras hacen que mi corazón bombee con más fuerza, porque no estoy segura de cómo hacerlo. Ya no soy la niña que salió de la colonia Five Lakes, la que de verdad creía que el Día de la Graduación convertía a un niño en adulto. Evidentemente no era adulta por aquel entonces, y ahora...

Después de todo lo que he visto y hecho, debo admitir que no sé exactamente quién soy. Lo que sí sé es que tengo que descubrirlo rápido porque el objetivo de la entrevista final es que se lo muestre. Y la prueba acaba de empezar.

Capítulo 21

La habitación es pequeña y blanca: paredes blancas, suelo blanco y sin ventanas. En un lateral de la habitación hay una mesa negra y larga con los cinco oficiales sentados tras ella. Dos de rojo, dos de morado y el doctor Barnes haciéndome una seña para que entre.

—Adelante, Cia. Siéntate.

En el centro de la habitación hay una única silla negra de cara a los oficiales y, junto a ella, una pequeña mesa negra en la que hay un vaso con un líquido transparente.

—Bebe un poco, si quieres.

Me siguen todas las miradas al cruzar la habitación y tomar asiento. El doctor Barnes asiente cuando cojo el vaso, dejando claro que la educada invitación en verdad era una orden. No tengo otra opción más que beber, haya lo que haya en el vaso.

Es agua, o quizás algo más, por el sabor metálico y algo amargo que deja en la boca. Casi de inmediato mi cuerpo se libera de la tensión acumulada; después de estar en guardia durante tanto tiempo, la relajación que siento es maravillosa. Me doy cuenta de que estoy sonriendo y decido que hay algo más que un relajante muscular en la mezcla. Lo otro que me han dado, sea lo que sea, debe provocar euforia y una sensación de bienestar abrumadora.

—Suero de la verdad. —Las palabras salen de mi boca justo al pensarlas.

El doctor Barnes asiente.

—Hasta el momento, eres la primera que lo sabe sin que se lo haya tenido que decir.

—O quizás estaban demasiado asustados para mencionar que lo habían notado.

El doctor Barnes se ríe.

—Por supuesto esa es otra posibilidad. Por este motivo os damos la droga, nuestra intención es ayudaros a que vuestra mente y vuestro cuerpo se relajen. Sabemos lo estresante que es todo este proceso y no pretendemos que la tensión interfiera cuando lo que queremos es descubrir cómo sois en realidad.

El aturdimiento que me ha producido la euforia cede y esta vez pienso antes de admitir:

—No estoy segura de saber quién soy en realidad.

—Estamos aquí para descubrirlo. Háblanos de tu familia, Cia.

Mi familia. Cojo aire y pienso la respuesta con detenimiento. El hecho de poder pararme a pensar antes de hablar me hace creer que el líquido del frasco ha contrarrestado la peor parte del suero de la verdad. Ahora debo darles la respuesta que esperan. Ya deben estar informados de quiénes son mis padres y mis hermanos, así que ¿qué es lo que quieren oír?

Decido no complicarme y enumero los miembros de mi familia. Respondo lo mejor que puedo a las preguntas que me hacen los otros oficiales sobre la colonia Five Lakes y no me sorprende que sus preguntas se centren principalmente en mi padre: lo que me enseñó, lo que me contó sobre su experiencia en la Prueba... Admito que me dijo que recordaba muy poco de lo que había pasado en esas semanas.

—Pero sí que me advirtió que algunos candidatos serían muy competitivos.

Siguen haciéndome preguntas y, aunque mi cuerpo está relajado, mantengo la mente lo suficientemente alerta como para evitar dar respuestas que pongan a mi familia en peligro. Cuando el doctor Barnes menciona que ha oído que mi hermano mayor ha dirigido varios proyectos para mi padre y me pregunta si creo que debería haberse sometido a las pruebas para asistir a la Universidad, no lo dudo: miento.

—Mi padre siempre intenta repartir el mérito de los proyectos en los que trabaja entre todos los miembros de su equipo, tanto si se lo merecen como si no. Quiero mucho a Zeen, pero su trabajo es descuidado y no se merece el mérito que le otorgan.

Siento un gran alivio al haber salvado este obstáculo, pero enseguida me encuentro con otro. Esta vez preguntan sobre mi padre. ¿Quería que sus hijos siguieran sus pasos? ¿Se alegró cuando supo que me habían elegido? Doy respuestas simples y optimistas, sin mencionar los sueños de mi padre ni su tristeza al saber que era candidata. Nada que les dé que pensar dos veces sobre los recuerdos de mi padre en su paso por la Prueba.

Las preguntas pasan a la propia prueba.

¿Por qué alerté a Brick cuando creí haber descubierto el engaño de Roman?

No hacerlo me habría convertido en una pésima compañera de equipo.

¿Qué razonamiento se escondía tras la decisión de enterrar a la candidata desconocida?

Mis padres me enseñaron a tratar la vida con respeto.

¿Tuve algún tipo de contacto con gente del otro lado de las vallas?

No.

¿Qué pienso sobre mi decisión de confiar en Will?

Confiar en Will fue una muy mala decisión. En el futuro seré más prudente al decidir en quién confío.

Mientras voy respondiendo, en todo momento soy consciente de la mirada del doctor Barnes analizándome, sopesando cada una de mis palabras.

Cuando finalmente vuelve a hablar, me pregunta:

—Háblanos de tu relación con Tomas Endress.

La pregunta me coge por sorpresa. Con cuidado, respondo:

—Tomas y yo somos amigos íntimos. Él dice que me quiere, pero creo que es porque le recuerdo a casa.

—Sin duda sientes más que simple amistad por el señor Endress. ¿Por qué sino habrías arriesgado tu vida dedicando tiempo a salvar la suya?

El doctor Barnes se inclina hacia adelante.

—¿Crees que perder tiempo adaptando la bicicleta para salvarle la vida fue una decisión inteligente?

—Funcionó —respondo—. Los dos estamos vivos.

—Sí, lo estáis —sonríe—, pero me preocupa que estés demasiado apegada emocionalmente al candidato Endress.

El tono benévolo no consigue enmascarar la amenaza que esconden sus palabras e incluso los oficiales que flanquean al doctor Barnes se mueven incómodos en sus asientos. Se abre un gran silencio entre nosotros, cuesta incluso respirar. Debe ser mi turno de respuesta pero no se me ha hecho ninguna pregunta y, sin saber qué me está preguntando, no sabré dar la respuesta correcta; y algo me dice que esta es la más importante de todas.

Finalmente, cuando el silencio se vuelve insoportable, admito:

—No le comprendo.

—Los enredos afectivos pueden ser auténticos desafíos en este tipo de situaciones. Por ejemplo, ¿qué ocurrirá si te aceptan en la Universidad y a él no?

Se me acelera el corazón.

—Me alegraré por mí y me sentiré decepcionada por que el comité no haya reconocido el potencial de Tomas. Es listo y tiene muchos recursos. Las Confederaciones Unidas se beneficiarían de tener a alguien como él en la Universidad.

—¿Debería preocuparnos que tu decepción pueda interferir en tu rendimiento en la Universidad?

¿Cómo respondo a esa pregunta? Mi mente se acelera. Lo que diga no solo tendrá un impacto en mi vida, sino que también afectará a Tomas. Si digo que me resultaría indiferente sería una mentira que detectarían con facilidad. Después de todo, como ha puntualizado el doctor Barnes, le salvé la vida arriesgando la mía propia. Se supone que el suero de la verdad que me han dado hace que sea imposible mentir, por lo tanto, si ahora contesto con una mentira obvia sabrán que algo no ha ido bien y se preguntarán por qué. Resisto la necesidad de secarme las manos sudorosas en los pantalones y me obligo a centrarme.

Solo se me ocurre una respuesta:

—Todo líder se enfrenta a la decepción en un momento u otro. Si a mí me toca aprender antes esta lección no la disfrutaré, pero me esforzaré para no decepcionarles.

Los oficiales se miran entre sí mientras espero que el doctor Barnes siga con lo que tiene guardado para mí. Hace rodar el lápiz sobre la mesa delante de él, hacia adelante y hacia atrás, mientras me analiza. Me mantengo quieta y nuestras miradas se encuentran. Alguien en la habitación tose, otro se aclara la garganta. Son los únicos sonidos que se escuchan mientras pasan los minutos.

Finalmente, el doctor Barnes dice:

—Creo que tenemos toda la información que necesitamos, a menos que mis

compañeros quieran preguntar algo más.

Todos mueven la cabeza de lado a lado desde detrás de la mesa, llenándome de confusión. El doctor Barnes dijo que las evaluaciones durarían unos cuarenta y cinco minutos y dudo que hayan pasado veinte desde que entré aquí. No me han preguntado por mi actuación en las dos primeras pruebas y tan solo han hecho unas pocas preguntas sobre la cuarta. ¿Su desinterés significa que he suspendido? Debe ser así, porque empujan las sillas hacia atrás. Quiero decirles que esperen, explicarles que la gente que solo se gana la confianza de los demás para después traicionarles no debería ser líder, decirles que aunque ya no soy la misma que soñaba con ir a Tosu deberían elegirme para la Universidad. No porque quiera formar parte de este sistema —me parece que no quiero, ya no— sino porque necesito tener la opción de vivir.

Antes de poder hablar, el doctor Barnes dice:

—Antes de que te marches, ¿tienes alguna pregunta para nosotros?

Esta es mi oportunidad para impresionarles. Es el momento de preguntar algo profundo que demuestre mi capacidad de observación o mi habilidad para pensar con rapidez. Pero aunque sé que esta es mi oportunidad para brillar, la tentación de llenar un vacío importante es demasiado fuerte. Quizás es por haber hablado de la colonia Five Lakes y de nuestra comunidad tan unida o quizás porque Will se molestó en descubrir el nombre de la chica que mató. Aunque las posibilidades son remotas, quizás algún día vuelva a casa y si las píldoras que Tomas se llevó a escondidas del hospital me ayudan a retener los recuerdos, podré contarle a la familia de Malachi su paso por la Prueba, podré contarle cómo murió; y Zandri se merece lo mismo.

Así que en lugar de debatir los campos de estudio o de preguntar cómo será mi vida en la Universidad, pregunto:

—¿Qué le ocurrió a Zandri Hicks durante la última prueba? ¿Cómo murió?

Un amago de sonrisa aparece en los labios del doctor Barnes y se le escapa una pequeña carcajada de sorpresa.

—Y yo que pensaba que ya lo habías descubierto. Puede que encuentres la respuesta cuando finalice esta entrevista. Al fin y al cabo, su brazalete de identificación está en tu bolsa. —Comprueba su reloj y suspira—. Y con esto, doy la entrevista por finalizada. Enhorabuena por llegar tan lejos en el proceso, Cia. Ha sido un placer presenciar tu desempeño.

Me acompañan hasta el exterior de la sala antes de que pueda preguntar qué significa lo de Zandri y su brazalete. Mis piernas amenazan con doblarse mientras sigo a la oficial por el pasillo, aunque supongo que se trata de un efecto típico de la droga o del estrés, porque me pasa un brazo por la cintura y me conduce de vuelta a mi dormitorio. Luego se marcha, dejándome a solas con mi miedo al fracaso y con las palabras de despedida del doctor Barnes como única compañía.

Zandri.

El doctor Barnes pensaba que ya sabía lo que le había ocurrido. ¿Cómo voy a saberlo? No me la encontré ni una sola vez en las llanuras de la prueba. No hay modo

alguno de haber acabado con su brazalete de identificación.

Pongo la bolsa de pie sobre la cama para buscar alguna pista de lo que se supone que ya debería saber. Dentro está mi ropa, el Comunicador de Tránsito y la navaja. Hay un trozo de sábana blanca en una esquina, pero cualquier otro indicio de que la cuarta prueba fue real ha desaparecido, a excepción de los tres pequeños brazaletes de identificación en el bolsillo lateral.

Sigo el dibujo del primero con los dedos, el de la chica cuyo nombre ya conozco: Nina, de la colonia Pierre y que vino aquí a hacer un examen y fue asesinada por las Confederaciones Unidas. Es cierto que Will apretó el gatillo, pero los oficiales permitieron que ocurriera. Con el paso de los años, ¿cuántos candidatos habrán asesinado para proteger su vida? ¿Y cuántos más habrán muerto, facilitando a los oficiales la tarea de juzgar los méritos de los candidatos finales?

Pensarlo me da tanta rabia que tardo un rato en recordar los otros dos brazaletes que hay en la bolsa. Según el doctor Barnes, uno de ellos es la respuesta a mi pregunta. Pongo el brazalete de Nina a un lado y observo los otros dos. El primero tiene el símbolo de Roman, una X rodeada por un círculo. En el otro brazalete, que es más pequeño, hay un triángulo con una flor estilizada. Recuerdo el viaje hacia Tosu, cuando Zandri tonteaba con Tomas mientras jugueteaba con su brazalete. Un brazalete con este dibujo, uno que no recuerdo haber cogido. ¿De dónde habrá salido?

Repaso los acontecimientos de la cuarta prueba día a día. El trayecto entre las ruinas de la ciudad de Chicago; el bonito oasis que resultó ser una bomba; el cuerpo sin ojos de Nina; la persecución de las bestias descomunales; el encuentro con Stacia, Vic y Tracelyn; la ciudad con el edificio abovedado y las calles laberínticas; el arroyo donde me vi obligada a matar; Will; las balas de Brick haciendo trizas a los humanos mutados; el ataque de Roman; la chica que nos disparó ya casi al final; Will disparando a Tomas; mi intento desesperado por modificar la bicicleta y traerlo de vuelta a Tosu, y el trayecto.

Espera. Mis dedos recorren los laterales del brazalete de Zandri cuando me viene algo a la memoria. Un recuerdo insignificante al lado de la traición de Will y de la sangre encharcando el suelo desde la herida de Tomas: necesitaba cerillas, así que hurgué en su bolsa en la oscuridad y encontré otro objeto de metal. Supuse que se trataba del otro brazalete de Nina que Tomas debió coger para guardar su memoria, como hice yo.

Pero me equivoqué, el brazalete pertenecía a Zandri.

¿Cómo terminó en la bolsa de Tomas?

De las tres semanas y media que tardamos en completar la cuarta prueba, Tomas y yo estuvimos juntos todo el tiempo excepto un día y medio. ¿Debió coger el brazalete cuando deambulaba por las calles de Chicago? De ser así, ¿por qué no me lo dijo? ¿No quería que supiese que Zandri había fallado nada más empezar? ¿Temió que con ello pensara que el fracaso era inevitable?

Es posible. Me habría preocupado, Tomas debió preferir mantenerme centrada y a

salvo; aunque no estoy segura de que esta sea la respuesta. Hubo otro momento en el que Tomas y yo estuvimos separados. Y caigo en la cuenta.

El brazalete.

La sangre seca en el cuchillo de Tomas.

La mirada angustiada en sus ojos.

Las palabras de Will insistiendo en que Tomas no es quien creo que es.

El candidato con el que se encontraron cuando yo ya me había ido no era un chico sin nombre de la colonia Colorado Springs. Era Zandri.

Las piezas encajan con tanta claridad que me falta el aliento. No puedo moverme, no puedo respirar. Me aferro al brazalete que perteneció a una chica preciosa cuyo talento era admirado por todos en Five Lakes. La chica que tonteaba con Tomas; la chica que él debe haber matado.

No, mi corazón se niega a creerlo. Tomas es incapaz de matar a nadie; a menos que no tuviera elección. Dejé a Will y a Tomas juntos, ¿no es más probable que Will, que ha demostrado ser un asesino, fuera quien mató a Zandri? Quizás hubo algún tipo de altercado, puede que...

Las posibilidades se confunden entre ellas, probablemente la mezcla de drogas en mi organismo me impide pensar con claridad. Me levanto y camino por la habitación, mirando el brazalete que tengo en la mano, intentando revelar la verdad que se esconde tras él. Por mucho que mi corazón quiera creer que Tomas no tiene nada que ver con el asesinato de Zandri, su negativa a compartir lo que ocurrió ese día hace que sea complicado creer otra cosa.

Traición y miedo, rabia y desengaño. Las emociones irrumpen y se agolpan en mi cuerpo, doblándome las rodillas y haciéndome caer al suelo, pero me niego a llorar. La cámara sigue en el techo y no pienso darles al doctor Barnes ni a los oficiales tras la pantalla la satisfacción de verme destrozada. Y, en realidad, ¿no es a ellos a quienes hay que culpar por la muerte de Zandri? Nos meten en su juego y nos piden que sobrevivamos. Sea lo que sea lo que hiciera Tomas, estoy segura de que no lo hizo para ganarse su plaza en las listas de la Universidad; tuvo que creer que su vida estaba en peligro.

Unos golpes en la puerta me sobresaltan. Cuando abro, me entregan una gran bandeja con comida y me comunican que el comité todavía sigue deliberando. La oficial se marcha y escucho el sonido de la cerradura encajando en su sitio; y espero.

La comida es excesiva. Un bistec enorme bien asado por fuera pero rosado y jugoso por dentro. Trozos de patata —de la versión creada por Zeen— cocinados con la piel y fritos hasta adoptar un color marrón tostado. Langostinos fríos servidos con pequeñas rodajas de lima y un plato pequeño con mantequilla fundida. Una ensalada de verduras frescas y nueces con un aliño ácido y dulce. Un vaso helado con algo transparente y burbujeante dentro. También una botella transparente de agua y un trozo de tarta.

Esta comida pretende celebrar el hecho de haber llegado tan lejos en la Prueba.

Sin embargo, nunca he tenido menos ganas de celebrar nada.

La cámara de arriba me obliga a cortar el bistec. Estoy segura de que está delicioso, pero lo único que puedo hacer es masticar y tragar sin atragantarme. Le doy un sorbo al líquido burbujeante e inmediatamente bajo el vaso: es alcohol. La misma bebida que Zeen me trajo para animarme la noche de la graduación. En aquel momento la bebida me supo amarga por la decepción, en cambio hoy sabe a casa.

Me bebo el agua y doy pequeños sorbos de alcohol para mantener a Zeen cerca. Como algunos trozos de ensalada, pero ignoro el pastel. Solo de pensar en celebrar algo con el brazalete de identificación de Zandri en la mano me pone enferma. La llegada del atardecer marca el paso de las horas. Observo cómo los últimos rayos de sol desaparecen y me pregunto si la decisión se tomará antes de la puesta de sol de mañana.

Una oficial recoge la bandeja de la cena y, una vez más, oigo girar la cerradura. A solas, con la luna como única compañera, los minutos pasan lentamente. Pienso en Zandri y en Malachi. Analizo cada momento de la entrevista, dándole vueltas a cada palabra, buscando alguna pista sobre si habré aprobado o suspendido, y me duermo abrazada a la bolsa.

El amanecer trae una nueva bandeja, pero ninguna decisión. La oficial me sugiere que sea paciente antes de dejarme sola dando vueltas por la habitación.

Las bandejas entran y salen de aquí, pero no traen noticias.

Revivo mis días en la Prueba, dando vueltas a lo que podría haber impulsado a Tomas a acabar con la vida de Zandri, pero no encuentro nada. Aunque era descarada y testaruda, no me la imagino atacando a Will o a Tomas. Era amiga suya, puede que incluso hubiera estado un poco enamorada de él, y ahora está muerta. Torturada por los pensamientos que vienen a mí estando despierta, intento abandonarme al sueño, pero encuentro al doctor Barnes y a los oficiales esperándome ahí también. Uno a uno, evalúan la actuación de los candidatos fallecidos.

Ryme. Nina. Malachi. Boyd. Gill. Annalise. Nicolette. Roman. Zandri.

Un montón de cuerpos yacen en una esquina cuando los evaluadores se giran hacia mí. El doctor Barnes niega con la cabeza. Me dice que había sido una candidata prometedora, pero tuve la mala suerte de confiar en quien no debía y un líder no puede permitirse ese error. Me informa de que he suspendido mientras un oficial alza una ballesta, apunta y dispara. La flecha me atraviesa el estómago y me despierto entre gritos antes de caerme al suelo.

Encerrada en mi habitación y sin ningún tipo de contacto humano aparte del oficial que me trae la comida, siento que la tensión me corroe por dentro. Camino por la habitación durante horas, luego me siento durante más horas y me quedo mirando las paredes, ansiando que se tome ya la decisión. Pero no hay ninguna decisión a la vista y una pequeña parte de mí se pregunta si esta espera no debe ser también una prueba. ¿Están el doctor Barnes y sus amigos sentados delante de las pantallas, observando cómo lo llevamos? ¿Deben los otros candidatos caminar de un lado a otro

como hago yo? ¿Mis pesadillas juegan en mi contra o acaso una noche de sueño ininterrumpido es señal de una indiferencia indeseada?

Miro hacia la cámara que hay en el techo, sin importarme que los oficiales vean que sé que está allí. O quizás es que quiero que lo sepan, que vean que soy lo suficientemente lista como para saber que me están vigilando. Como el sueño me esquiva, pienso en los candidatos que han muerto y en el borrado de memoria que vamos a sufrir si no conseguimos burlarlo y me pregunto por primera vez si los candidatos que fallaron en las dos primeras rondas fueron eliminados o si las Confederaciones simplemente les borraron cualquier recuerdo de esta experiencia. Durante los últimos cien años, la población de las Confederaciones Unidas ha crecido, pero ¿ha crecido lo suficiente como para eliminar a decenas de sus ciudadanos más prometedores cada año? Y, si estos candidatos no son eliminados, ¿adónde van a parar?

Después de que la bandeja del desayuno haya entrado y salido, me canso de los ojos que me siguen y de los oídos que escuchan mis gritos al despertar. Le dirijo una pequeña sonrisa a mi público detrás de la cámara, tanteo mi brazalete en busca del cierre y lo dejo caer desde mi muñeca sobre la cama, junto con los que pertenecieron a Zandri y a Nina. Quito el segundo brazalete de la bolsa, lo dejo con los otros y luego cojo la bolsa y me encierro en el baño.

La sensación de estar sola —sola de verdad— alivia un poco la tensión que siento en los hombros. Me ducho, me acurruco en el suelo y dormito un poco. Como no tengo nada más que hacer, repaso los objetos que quedan en mi bolsa, las cosas que traje de casa. Cosas que mi madre cosió, que mi padre tocó y que mis hermanos utilizaron para trabajar. Cosas que ayudaban a definir a la persona que era antes. Sin el temor de ser juzgada por las cámaras, dejo que las lágrimas broten de mis ojos mientras toco todos y cada uno de los objetos y me los pego a la mejilla en un intento por recuperar a la persona que hizo esta bolsa por primera vez. Echo de menos la esperanza que había en ella, su optimismo, el prometedor futuro que tenía por delante. Si las pastillas de Tomas no funcionan, ¿que me quiten los recuerdos de la Prueba me devolverá esa esperanza? ¿Realmente puede la pérdida de los recuerdos borrar las sombras de mi corazón?

Es posible; y por un instante me permito anhelar la bendita ignorancia, los sueños apacibles, un futuro libre de demasiado conocimiento.

Me sobresalto con el sonido de una voz masculina y me giro para ver de dónde proviene. Tardo unos instantes en darme cuenta de que la voz que habla sale del aparato que estoy apretando fuerte entre mis manos.

«La tierra en el sector cuatro muestra signos de vida sostenida y los niveles de radiación son prácticamente inexistentes. Parece que la nueva fórmula está funcionando».

Es Zeen. Su voz suena fuerte, sana y maravillosamente familiar; cómo duele escucharla. Debo haber pulsado algún botón que ponía en marcha la reproducción de

la voz de Zeen: resulta que el Comunicador de Tránsito también es una grabadora.

«Decirle a papá que hay animales enfermos en el sector siete. Puede deberse a las nuevas bayas que cultivamos en esta zona. Deberíamos hacer pruebas».

Recuerdo oírles hablar sobre ese problema durante la cena una o dos semanas antes de mi graduación. Discutieron, se rieron y debatieron el problema hasta bien entrada la noche e incluso me dejaron añadir algunas ideas propias. Me sentí tan mayor al verme incluida, tan preparada para comerme el mundo; eso ahora parece una estupidez.

Durante un rato me conformo con escuchar la voz de Zeen grabando sus pensamientos sobre las secciones fuera de Five Lakes que mi padre y su equipo están revitalizando. Suelta una palabra de disgusto que me hace reír, pero cuando menciona a papá y a mis otros hermanos me inunda el llanto; me pregunto cómo debe funcionar la grabadora. Sé que el aparato puede comunicarse con el que papá tiene en su oficina, pero nunca le oí mencionar que también tuviera la función de grabadora.

Tardo un rato en encontrar el botón. Es una pequeña zona en la parte trasera que se confunde con la cubierta pero que se ha convertido en algo más, en algo que originalmente no estaba diseñado para formar parte de este dispositivo, algo creado por Zeen.

Con la ayuda del destornillador de la navaja destapo su invento y no puedo evitar sonreír al admirar el ingenio de mi hermano. Hay una cajita negra minúscula entre los otros cables y chips. Por el modo en que empalmó y conectó los cables, veo que manipuló el micrófono de comunicación para que también grabara voces y el auricular para que hiciera de altavoz para las grabaciones. Todo está hecho con una precisión perfecta. Si no hubiera apretado tan fuerte el aparato y activado sin querer el botón de encendido en la parte trasera, nunca habría descubierto que había un dispositivo de grabación.

Un golpe me sobresalta. Con cuidado, vuelvo a meter los objetos en la bolsa, entro en la habitación en penumbra y abro la puerta. La mujer, que sostiene una bandeja desde otro lado y tiene una expresión de preocupación en el rostro me pregunta:

—¿Va todo bien por aquí?

Supongo que mi reclusión en el baño no ha pasado desapercibida.

—Estoy bien —le aseguro, aunque por el alboroto que oigo desde el fondo del pasillo, me preocupa que alguien no lo esté. ¿Es que alguno de los candidatos ha puesto fin a la tensión como hizo Ryme? Aunque ya no debería importarme, me preocupo por Tomas. No puedo evitarlo, no importa cuánto lo haya cambiado la Prueba, siempre será el chico de casa que era amable con todo el mundo. Quiero que viva.

La oficial me entrega la bandeja de la comida, me informa de que no se ha tomado ninguna decisión y cierra la puerta con llave. Por primera vez no me importa la soledad. Me como el pollo, bañado en una delicada salsa de tomate, y las verduras

frescas antes de encerrarme otra vez en el baño.

Durante un rato busco consuelo en la voz de mi hermano enumerando las tareas cotidianas que deben tratarse ese día, pero pronto me veo caminando de un lado a otro ante la realidad de que otro candidato pueda haber muerto. Quizás debería verlo como un candidato menos interponiéndose en mi camino hacia el objetivo final, pero no puedo. Para mí es otra mente prometedora más cuyo sino es ser olvidado, igual que los demás, a menos que alguien los recuerde. Si las Confederaciones Unidas y los oficiales de la Prueba se salen con la suya, nadie lo hará. Al menos nadie a quien le importe.

Miro hacia el aparato que tengo entre las manos y se me ocurre una idea. Tardo unos minutos en descifrar qué serie de botones encienden el dispositivo de grabación. Una vez resuelto, empiezo a hablar. Con voz tranquila aunque a menudo temblorosa recuerdo a Malachi, su sonrisa, su carácter tímido, su voz dulce al cantar y su muerte. A Ryme, las tortitas de maíz, su actitud altiva, encontrarla colgada del techo de nuestra habitación; el primero de los asesinatos. Hablo sobre despertarme en el habitáculo, la entrada en las calles destrozadas de Chicago, la flecha de ballesta apuntando hacia mí, el terror que sentí, cómo la pistola retrocedió en mi mano.

Descubro que el dispositivo de grabación solo puede grabar hasta aquí. No me queda más remedio que seleccionar lo que voy a contar; me cuesta muchísimo decidir qué recuerdos debo preservar. Se me rompe el corazón cada vez que tengo que rebobinar y borrar la historia para registrar otra. Todos merecen ser recordados, pero solo unos pocos lo serán. En más de una ocasión las lágrimas me obligan a detener la grabación. Siento un dolor punzante en el corazón, me arden los pulmones y tengo la garganta en carne viva cuando al fin doy por finalizada la grabación. Pero ahí están los recuerdos, tantos como la máquina ha podido registrar, esperando a que alguien los escuche y los recuerde.

¿Les devolverán el aparato a mis padres si mi candidatura fracasa? Lo dudo, pero quizás puedo pedirle a Michal que se lo haga llegar si yo desaparezco.

Con la navaja grabo un pequeño dibujo en la parte trasera del aparato antes de meterlo en la bolsa. Luego amontoño la ropa y las otras pertenencias encima y me lavo la cara para borrar las pruebas de mis lágrimas. Cuando la oficial me trae la cena me vuelve a preguntar por mi bienestar. Le aseguro que estoy bien y cojo la bandeja. Antes de cerrar la puerta dice:

—Ya se ha tomado una decisión. Mañana después del desayuno se anunciará la próxima clase de estudiantes universitarios.

Apruebe o suspenda, todo esto habrá terminado mañana.

Capítulo 22

Por primera vez en semanas no tengo pesadillas y duermo entre sueños que me transportan a casa y una sensación de paz y alivio, ahora que sé que todo esto pronto habrá terminado. Alguien me despierta con unos golpes en la puerta. Me traen una nueva bandeja y me comunican que tengo que estar vestida y con la bolsa hecha en una hora. Alguien vendrá a buscarme.

Solo puedo picotear el desayuno. Esta mañana hay fresas frescas, un bol lleno de cereales calientes endulzados con pasas y nueces, zumo de naranja ácida y bollos con abundante canela glaseada. Me esfuerzo en probarlo todo, pero una tensión nerviosa ha empezado a arrinconar mi recién descubierto bienestar y únicamente puedo dar un par de bocados.

Me abrocho el cierre del brazalete de identificación alrededor de la muñeca y vuelvo a poner el segundo brazalete en el asa de la bolsa. Pienso en mi padre y en cómo debió sentirse al prepararse para recibir su veredicto, y en si veré a Tomas antes de que los oficiales nos quiten los recuerdos. ¿Podrá pasarme una de las pastillas? ¿Leerá las nuevas sospechas en mi mirada?

Estoy lista cuando llaman a la puerta y, con la bolsa colgada del hombro, sigo a la mujer de pelo oscuro a través del pasillo, con la sensación de que el escaso desayuno que he tomado no me ha sentado bien. Entramos en el ascensor y descendemos en silencio hasta la segunda planta. La expresión de mi acompañante se mantiene neutral todo el rato: ni una sonrisa, ni una mirada de alerta, nada que revele el destino que ya se ha decidido para mí.

Al final de un pasillo bien iluminado hay una puerta abierta y la oficial me invita a entrar: me están esperando.

Meto las manos en los bolsillos para disimular el temblor y entro en la gran habitación seguida por mi acompañante. Hay al menos una docena de oficiales sentados tras una gran mesa, con el doctor Barnes sentado en el centro. Sobre la mesa, justo delante de él, hay un pequeño sobre blanco. La expresión de su rostro es ilegible cuando avanzo hasta una silla solitaria situada frente a la mesa del comité.

Al tomar asiento, el doctor Barnes me sonrío con afecto.

—Lamento que tuvieras que esperar tanto tiempo a que tomáramos una decisión, pero queríamos hacerlo bien. —Lentamente, coge el sobre, rodea la mesa y se detiene justo delante de mí. El corazón me estalla en el pecho cuando dice—: Estoy seguro de que estás ansiosa por conocer los resultados de tu prueba, así que no te haré esperar más.

Levanta la solapa del sobre y saca una hoja de papel blanco, que observa unos instantes, como sopesando la decisión antes de entregármelo. Cojo el papel con manos torpes y necesito varios intentos antes de ser capaz de leer la única palabra impresa en negrita justo en el centro.

Aprobado

Lo conseguí.

Esbozo una gran sonrisa y el corazón me da un vuelco. Me llegan los murmullos de felicitación de los oficiales que hay en la sala mientras el doctor Barnes me dice lo orgulloso que está y me da un apretón de manos. En ese mismo instante, noto un pinchazo en el cuello y el mundo desaparece.

Con los dedos, recorro las cinco líneas grabadas en mi brazo izquierdo mientras las observo en el reflector de mi vivienda de estudiante universitaria. Se me han asignado tres habitaciones —un dormitorio, una sala de estar y un baño— para la primera etapa de mis estudios; señal de que he pasado la Prueba. El acontecimiento más importante de mi vida y, sin embargo, no recuerdo absolutamente nada.

Debo haber intentado evitar la pérdida de memoria, pero aun así no lo he conseguido. Lo único que recuerdo es el viaje a Tosu en el aerodeslizador negro, a un chico desaliñado y de mirada mezquina poniéndole la zancadilla a Malachi y a mi compañera de habitación con sus tortitas de maíz. Después de eso, nada; hasta que me encuentro en una sala sentada rodeada de lo que tan solo puedo suponer que son otros candidatos. Recorro la habitación con la mirada, en busca de caras conocidas, cuando un hombre con barba y pelo canoso vestido con un mono morado sube al escenario. Su sonrisa transmite alegría y calidez al decir:

—Enhorabuena. Me complace comunicaros que sois los veinte candidatos elegidos para asistir a la Universidad el próximo curso.

Sorpresa, alegría, confusión y, finalmente, comprensión. La Prueba ha terminado, he aprobado. El doctor Barnes nos explica que nos trasladarán del Instituto de la Prueba a nuestras nuevas dependencias en cuanto finalice la reunión y que más tarde habrá una fiesta para que nos vayamos conociendo, aunque yo ya conozco a uno de los candidatos. El corazón me da un brinco de alegría al cruzarme con una mirada de ojos grises y corro hacia los brazos de su dueño, feliz de encontrar una cara conocida. No me embarcaré sola en esta aventura, Tomas está conmigo.

Eso fue hace ya casi tres semanas y, desde ese día, Tomas y yo pasamos gran parte del día juntos, explorando la ciudad y conociéndonos un poco más. Solo de pensar en volver a verlo hoy siento un cosquilleo en el estómago.

Absorta en mis pensamientos, me sobresalto cuando alguien llama a la puerta. Me cubro las cinco cicatrices irregulares con la manga de la camiseta y abro la puerta.

—¡Pero si todavía no estás lista! —Stacia entrecierra sus ojos oscuros al verme aún con la túnica blanca y los pantalones marrones—. No puedes ir vestida así a la fiesta, ¿qué van a pensar?

—La fiesta no es hasta dentro de una hora —me río—. No te preocupes, me vestiré para la ocasión.

—Más te vale. —Frunce el ceño y se va con aire ofendido, pero bajo su semblante serio se esconde una sonrisa. La cara de pocos amigos de Stacia ha hecho que la mayoría de candidatos, incluido Tomas, se mantengan alejados de ella, pero por alguna razón yo me decidí a hablarle y parece que nos llevamos bien. No puedo evitar pensar que debimos conocernos durante las seis semanas que duró la Prueba, que quizás nuestra amistad empezó en aquel momento y ahora sencillamente la estamos continuando.

Cuando cierro la puerta decido hacerle caso a Stacia, probablemente debería empezar a arreglarme, al fin y al cabo la fiesta es para mí.

Entre conocer a los profesores de la Universidad, recorrer las instalaciones y trasladarnos a nuestros nuevos apartamentos, ninguno de nosotros ha tenido tiempo de comprar ropa nueva. Nos han dado algunas prendas sueltas de otros universitarios y el doctor Barnes ha dicho que podremos comprar durante las próximas semanas. Así que, como de costumbre, me pongo pantalones, pero me cambio la túnica por una camisa azul prestada que me cubre las cicatrices. El pelo me lo dejo sin recoger, porque Tomas mencionó que le gustaba suelto. Al ser los dos únicos estudiantes de la colonia Five Lakes que hemos aprobado, nos sentimos ligados el uno al otro por naturaleza, pero hay algo más que simples conversaciones sobre nuestro hogar. Es un sentimiento más cálido, más intenso y más emocionante que la amistad. Quizás sea una tontería por mi parte pensar que lo que sentimos pueda ser amor, pero podría serlo y, ahora que la Prueba ha terminado, nada nos impide descubrirlo.

Cuando Stacia llama a la puerta otra vez ya me he abrochado alrededor de la muñeca el brazalete de identificación plateado con una estrella grabada en el centro —símbolo de los estudiantes universitarios de primer año— y estoy lista para partir. Al salir del edificio percibimos el sonido de las voces charlando cerca y, cuando giramos la esquina, no puedo evitar que se me escape una risita nerviosa. Hay una pancarta deseándome un Feliz Cumpleaños, una gran tarta llena de velas y gente sonriendo. Tomas, el doctor Barnes, nuestra clase al completo y algunos oficiales han venido hasta aquí para celebrar mi cumpleaños.

Alguien avisa de nuestra llegada. Todo el mundo se gira y al verme empiezan a cantar. No sé si en todas las colonias cantan esta misma canción para celebrar el cumpleaños de una persona o si Tomas se la ha enseñado, pero la melodía evoca recuerdos de casa y no puedo evitar emocionarme.

Cuando acaba la canción, una mano cariñosa seca la lágrima que cae por mi mejilla.

—Se supone que hoy es un día alegre, quizás la canción no fue tan buena idea después de todo.

—No —le sonrío a Tomas—. Ha sido perfecto, de verdad.

—¿Seguro?

Siento el roce de sus labios contra los míos y sonrío.

—Seguro.

—Oye —exclama una voz burlona—, que nosotros también queremos darle un beso a la chica del cumpleaños.

Tomas frunce el ceño cuando Will se acerca, me planta un beso en la mejilla y me pasa el brazo alrededor de los hombros. Se ha estirado el pelo hacia atrás y sus ojos irradian buen humor; me tranquiliza verlo así. Tan pronto como el doctor Barnes nos dio la enhorabuena por haber sido aceptados, Will levantó la mano y preguntó por su hermano, Gill, que había llegado a la Prueba con él. Cuando el doctor Barnes le explicó que tan solo Will había sido aceptado y que a su hermano se le había asignado una nueva colonia, igual que al resto de candidatos suspendidos, Will se volvió loco. Fueron necesarios cuatro oficiales para sacarlo de la sala de conferencias y hasta pasados unos días no consideraron que estuviera lo suficientemente calmado como para trasladarlo a su apartamento universitario. Incluso corrió el rumor entre los estudiantes de que los oficiales estaban planeando llamar a alguno de los candidatos suspendidos para sustituirle, pero volvió y me alegro.

Will me da un segundo beso en la mejilla y cuando Tomas protesta, se ríe:

—Lo que tiene tu novio es que está celoso porque nos han puesto de pareja en las sesiones de orientación en la ciudad. Personalmente, creo que eres demasiado buena para cualquiera de los dos, Cia, pero ¿yo qué voy a saber?

Las palabras de Will me resultan familiares. Cuando me doy cuenta, y no es la primera vez, estoy con la cabeza ladeada, intentando recordar algo que queda fuera de alcance.

Tomas le dice a Will que no tiene ninguna necesidad de estar celoso. Se nos acercan otros candidatos y un chico alto y tranquilo llamado Brick me da un ramo de flores. Luego la conversación se centra en las próximas sesiones de orientación. Antes de que empiecen las clases todos los estudiantes pasan cuatro semanas reuniéndose con los oficiales y representantes que cada colonia tiene en la ciudad de Tosu. También recorreremos la ciudad para empezar a conocer el lugar que va a ser nuestro hogar en los próximos años. Los estudiantes se distribuyen en parejas para sus correspondientes reuniones y visitas y a Tomas no le ha sentado muy bien que Will sea mi pareja, aunque no es porque crea que haya algo entre nosotros. Tomas se lleva bien con la mayoría de los estudiantes de nuestra clase, pero parece que Will le cae mal. Espero que arreglen sus diferencias durante las semanas y meses que tenemos por delante.

Alguien enciende una radio solar y empieza el baile. Incluso el doctor Barnes se anima y baila y da vueltas con otra oficial que, antes de irse, me presenta como su mujer.

Cuando el sol amenaza con ponerse, ya tengo los pies doloridos de tanto bailar y he comido demasiada tarta de cumpleaños. Me estoy planteando regresar al apartamento, pero en ese momento veo una cara conocida apoyada contra un árbol. Le digo a Tomas que vuelvo enseguida y atravieso el patio hacia donde me espera el oficial Michal Gallen.

—Feliz cumpleaños.

—¿Llevas aquí desde el principio?

Niega con la cabeza.

—Pensé que sería mejor esperar a que empezaran a irse los invitados, de lo contrario no habrías tenido tiempo para hablar. Enhorabuena por superar la Prueba, aunque no es que me sorprenda. Eres lista y fuerte, sabía que lo conseguirías.

Otra vez me invade una sensación de *déjà vu*, pero en cuanto intento capturar esos recuerdos, se me escurren como el viento.

—¿Qué ocurre?

Meneo la cabeza.

—Nada, es solo que juraría haberte oído decir esas palabras antes. Curioso, ¿verdad?

Michal sonríe, pero no lo niega. En lugar de eso, dice:

—Te he traído una cosa. —Saca un paquete de detrás de su espalda y me lo entrega, pero cuando me dispongo a desenvolverlo niega con la cabeza—. Es mejor que esperes a estar sola o nos meteremos en un lío. La política de la Universidad dicta que los estudiantes mantendrán el mínimo contacto con sus familias, pero no vi nada malo en traerte esto.

Mi familia. Observo el paquete entre mis manos con asombro.

—¿Cómo? ¿Mi familia se puso en contacto contigo?

—Tenía que ocuparme de unos asuntos en la colonia Madison la semana pasada y oí que tu padre también tenía una reunión allí, así que decidí llamarle. Me pidió que te trajera el regalo de cumpleaños de la familia.

Sus palabras son benévolas: un chico amable haciendo algo bueno por una chica que está lejos de los suyos, aunque hace tan solo unos minutos no negó que me hubiera dicho algunas cosas que yo ya no recuerdo. Sopeso el regalo en mis manos y comprendo que aquí se está diciendo más de lo que parece.

Durante unos instantes nos mantenemos la mirada. Escruto su rostro en busca de respuestas, pero alguien nos interrumpe al gritar mi nombre. Me giro y veo a Tomas y a algunos otros haciéndome señales con la mano para que regrese a la fiesta.

—¡Voy enseguida! —grito, pero cuando me giro Michal ya se ha ido.

Algunas compañeras bromean sobre que un oficial me haya traído un regalo. Les explico que Michal fue quien nos acompañó hasta la Prueba, pero con eso solo consigo provocar más risitas entre las chicas. Incluso Tomas levanta una ceja, pero le hago entender con una mirada que se lo explicaré todo más tarde y guardo para mí el origen del regalo. Michal ha roto las reglas para hacérmelo llegar, no quiero meterle en problemas después tomarse tantas molestias.

El cielo va oscureciendo y la fiesta llega a su fin. Tomas me acompaña hasta la puerta, me regala un beso tierno de despedida y después algo aún mejor: su amor. El tiempo parece detenerse. Le confieso que creo que yo también le quiero y me mira fijamente a los ojos como esperando confirmar que le estoy diciendo la verdad. Tras

un último beso y la promesa de verme por la mañana, Tomas se marcha y, finalmente, me quedo a solas con mi regalo; un regalo de los míos. Mientras yo ya me había olvidado de que se acercaba mi cumpleaños, mi familia no lo había hecho. Abro la caja y dentro encuentro dos postales y un ramo de rosas secas en una pequeña maceta de hierro fundido. Flores creadas por mi padre y mis hermanos en la maceta que mi madre cuenta que heredó de su madre. No podía haber imaginado un regalo mejor.

Coloco las flores sobre la mesilla de noche y leo las postales. Una es de Daileen, en la que leo lo mucho que me echa de menos y su promesa de verme aquí el próximo año. La otra es de mi familia. Tres de mis hermanos han escrito unas líneas diciéndome que me echan de menos o deseándome un feliz cumpleaños. La dedicatoria de Zeen dice que está orgulloso de lo que he conseguido y que lamenta cómo se comportó la noche en que me fui. También quiere que le devuelva su Comunicador de Tránsito.

Entre risas, saco el aparato de la bolsa de candidata y lo giro en mis manos. Seguro que papá ya le ha conseguido otro nuevo a Zeen, pero no cabe duda de que se lo devolveré, aunque no sin antes tomarle un poco el pelo. Después de todo, ¿para qué están las hermanas pequeñas?

Dejo el Comunicador otra vez en la bolsa y la empujo bajo la cama, pero al dirigirme hacia el armario para coger el pijama oigo un clic.

Vaya, debo haberlo encendido al empujar la bolsa.

Exacto, he conectado el dispositivo de radio, que está demasiado lejos del que mi padre tiene en su oficina como para establecer comunicación. Lo sé porque ya lo he intentado. Quién sabe, quizás después de uno o dos años en la Universidad seré capaz de descubrir una manera de ampliar la señal y así poder hablar con mi familia cada vez que quiera sin que los oficiales se enteren.

Estoy a punto de devolver el aparato a su sitio cuando unos rasguños en la parte trasera me llaman la atención. No recuerdo haberlos visto cuando me lo llevé de casa. El arañazo solo mide un centímetro de largo, pero su forma irregular me recuerda a algo: al relámpago que hay en mi brazalete de candidata. Al recorrer el dibujo con el dedo noto algo suelto en el metal. ¿Será un botón? Parece que sí. Está bien camuflado, pero definitivamente hay un botón escondido en la parte trasera del Comunicador. No me extraña que Zeen quiera que se lo devuelva, porque le añadió alguna otra cosa. Debo haberlo descubierto durante la Prueba y dejado una señal como recordatorio.

Con una sonrisa nerviosa, me dejo caer sobre la cama, pulso el botón y me quedo esperando a que ocurra algo increíble, porque con Zeen solo puedes esperar algo increíble.

Y lo es.

Pestañeo cuando la pequeña habitación se llena de una voz parecida a la mía y escucho el relato de unas historias que no quiero creer.



JOELLE CHARBONNEAU (Chicago, EE. UU., 1974) es una escritora estadounidense, autora de novelas de suspense, ciencia ficción y fantasía, dirigidas principalmente a jóvenes lectores. Se especializó en música y teatro antes de cursar un master en representación de ópera. Después de una carrera en el teatro, además de impartir clases de canto, volvió su atención a la escritura.

Su primera serie *Rebecca Robbins mysteries*, tuvo un éxito moderado. Le siguió *Glee Club*, pero la más popular ha sido la trilogía *La prueba* (*The testing*).

Charbonneau es actualmente miembro de Mystery Writers of America, International Thriller Writers, Sisters in Crime, y de la Society of Children's Book Writers and Illustrators.